

VIKI  
TAPADA

ALICIA  
VILLALBA



Yo Sé  
UN SECRETO

## Prólogo

### Espejos

Había mucho revuelo y alboroto. Eran más de veinte niños, todos ellos moviéndose al compás del viento helado, de la nieve, de la escarcha, en los toboganes, en los columpios. Estaban solos, y eran conscientes de ello, por más que no parecía preocuparles; vivían de manera salvaje, tan solo se tenían los unos a los otros.

Todos ellos hubieran muerto, pero no podían hacerlo por un extraño encantamiento que se daba en aquel lugar. Nada más que un par de ellos salían al *exterior*, para dar un paseo por los alrededores, donde los humanos corrientes no lograban verlos.

Había una única forma de llegar allí, y era entrando en un espejo, siempre y cuando éste estuviera fabricado en el pequeño pueblo. Todo giraba en torno a una leyenda aún algo desconocida, donde las traiciones familiares eran la clave. Como siempre, pagaban los niños. Sin embargo, haber pasado tanto tiempo allí, repercutió en su forma de ser: nadie se fiaba del otro.

Bajo sus miradas inocentes escondían verdaderas fieras que luchaban con uñas y dientes por sobrevivir, por no volverse transparentes, por seguir siendo alguien con un cuerpo de niño. Fueron demasiado inocentes, se entregaron al juego de los secretos, y la jugada les salió mal.

El primero de ellos estaba sentado observando a los demás. Era el rey, el jefe del pequeño grupo; a él le seguía otro joven de ojos verdes, curiosos, inquietos; los dos, llevaban el peculiar apellido Watts. El resto se limitaba a obedecer; en caso contrario, serían ejecutados con un puñal en el que estaba grabado un dragón dorado.

Un buen día, el segundo de los Watts se lo entregó a un hombre, a un adulto, a un humano, en uno de sus paseos por la otra esfera.

Esto enfureció al primero, pero, como líder indiscutible, llegó a un pacto con el adulto, era el puente entre la realidad y aquel lugar, infestado de un mal olor que llegaba a cada poro de la piel. Esperaban con impaciencia a que alguien los rescatara, por más que, generación tras generación, iban quedando enterrados –por así decirlo–, en aquel paisaje mortecino.

**“Tras mi reflejo... Se oculta un secreto... Que debes guardar... Para ganar.**

**Yo sé un secreto, que tú ocultarás; si no, perderás.**

**Tras tu reflejo, descubrirás un secreto que no olvidarás para jugar.**

**Yo sé un secreto que tú ocultarás... Si no, morirás”.**

# 1

## *Capítulo I*

### *Iceground*

Junto a los primeros fugaces y gráciles rayos de sol que se arrodillaban sobre Iceground, por la carretera principal avanzaba un coche familiar rojo. Los cuatro ocupantes de vehículo estaban exhaustos por el largo recorrido. Todos dormían en su interior, menos uno: el conductor, por supuesto. Nadie en el pueblo los conocía, y todos cuantos los vieron se preguntaban quiénes eran los intrusos.

Dos mujeres del poblado siguieron con la vista el vehículo rojo, brillante y aparentemente caro; tomaba el viejo camino que en la antigüedad conducía a la mansión Watts, que llevaba dos siglos deshabitada. Las señoras comenzaron un diálogo que a los ocupantes de aquel coche les habría dado que pensar. Una vez que terminaron aquella charla clandestina, ambas se cubrieron los rostros con sus respectivas bufandas de lana. Lo único que dejaron al descubierto fueron aquellos ojos curiosos, que rebosaban miradas indiscretas.

El invierno había entrado bruscamente en Iceground, aunque ese no era un hecho a resaltar, pues siempre ocurría lo mismo. Las nieves se prolongaban durante todo el invierno, y en infinidad de ocasiones quedaban incomunicados.

En días sucesivos la nieve no cesó, e invadió todos los rincones del lugar, con su blancura. No volvieron a ver aquel coche rojo. Pero sí pudieron observar cómo una furgoneta, que procedía de la ciudad, tomaba también el camino escarpado hacia la mansión Watts. La curiosidad iba creciendo entre los parroquianos, si bien nadie se atrevía aseverar con certeza el motivo de a todos aquellos viajes hacia la mansión.

Cuando las nieves fueron más livianas, las puertas de Bridge –el colegio e instituto oficial del pueblo– volvieron a abrirse. La vieja escuela acogía a niños, y no tan niños. Puesto que Iceground poseía una única institución para la enseñanza, estaban obligados a impartir clases hasta la secundaria. En muchas ocasiones se reunieron profesores y dirigentes del pueblo, con la intención de ampliar el viejo edificio. No obstante, todos los intentos fueron igual que palabras llevadas por el viento: los jóvenes alzaban vuelo a la ciudad más próxima, allí donde podían cumplir sus deseos de progresar.

Iceground se había quedado pequeño, ¡hacía mucho tiempo!

Las campanas del antiguo reloj del ayuntamiento anunciaban las nueve de la mañana, y todos los alumnos de Bridge ya estaban sentados y preparados para comenzar una nueva jornada estudiantil. A través de los viejos cristales, podían

## 2

contemplar la nieve descendiendo con suavidad, como virutas de algodón que luego el viento impulsaba muy lejos de allí, y arrastraban groseramente las sillas, con la intención de hacer el mayor ruido posible, para que los profesores se dieran cuenta de la poca intención de estudiar que tenían los jóvenes.

La señora Cox, había ejercido como profesora en aquel colegio... podría decirse que durante toda la vida. Hizo una señal para que uno de sus alumnos se levantara.

No reconocieron al que ahora permanecía de pie, pues era un nuevo alumno del Bridge. Era rubicundo, y abundantes pecas cubrían su rostro, sobre todo en la zona de sus mejillas. Era más alto de lo normal para un alumno de cuarto de primaria, y no por su edad, ya que tenía 8 años, como el resto de chiquillos de aquella aula.

–Bryan, acércate a la tarima –invitó la profesora a su nuevo alumno, mientras era el objeto de todas las miradas.

La profesora le pasó la mano por el hombro, intentado que se sintiera a gusto.

Bryan intentó sonreír, pero no pudo, y tan solo pudo esbozar una mueca maltrecha.

Sus ropas eran como la de todos los niños, vaqueros y yérsey de lana grueso. Nada en él parecía diferente al resto, excepto que era el nuevo.

–Buenos días –saludó al tiempo que el rubor cubría su cara.

–Bueno, vuestro nuevo compañero se llama Bryan Watts. Espero seáis amables con él. Puedes sentarte, Bryan.

El chico volvió a tomar asiento, estaba situado lo más próximo a la pizarra, dada su circunstancia de atraso en algunas materias. Al menos, todos los demás pensaban eso.

En otra aula del mismo centro, una joven de cabellos cortos y alborotados permanecía inmóvil en la tarima. De su cuello colgaban muchas cadenas con cruces de diferentes tamaños. Totalmente vestida de negro. Su rostro pálido atraía las miradas de sus compañeros, y sus grandes ojeras eran dignas de mencionar. Aquel *piercing* en la ceja derecha, daba a entender que provenía de tierras lejanas, puesto que allí todos eran muy diferentes y nadie llevaba accesorios decorando su rostro de semejante forma.

–Bueno, ahora que conocéis a la nueva alumna del Bridge, podéis abrir el libro de historia por donde lo dejamos el último día –dijo con voz grave el profesor Whedon.

Sin duda esperaba que ninguno de sus alumnos luciera aquella imagen que tantas veces había criticado de los jóvenes de la gran ciudad.

En el transcurso de la mañana, muchos fueron los que observaron a Bryan y a Brooke, los nuevos y, por lo tanto, desconocidos. Todos dedujeron que eran hermanos, y aunque nadie lo sabía con certeza, era lo más lógico, aunque físicamente

### 3

no se parecieran demasiado. Debían tratarse de los recién llegados a Iceground.

Aquellos que cruzaron el pueblo en el hermoso coche rojo.

Todas las pruebas apuntaban a ello: deberían de ser los nuevos herederos de la mansión Watts.

A la salida, el coche rojo esperaba a los hermanos Watts, el joven Bryan y la excéntrica y gótica Brooke. Una mujer conducía el vehículo. Era pelirroja, al igual que el niño, y todos cuantos los vieron juntos, supieron que se trataba de su madre, por el gran parecido entre ambos. La chica abrió la puerta delantera y, con desgana, lanzó hacia atrás su mochila negra. Luego se acomodó en el asiento con los pies sobre la guantera. Bryan pintaba una sonrisa abierta al tiempo que ocupaba su lugar en la

parte trasera del vehículo. Sabía que todos sus compañeros lo estaban observando en aquellos momentos.

Bryan le dio un beso a su madre, antes de que partieran. Brooke, menos dada a sentimentalismos, siguió mirando hacia el frente. Una vez que marcharon dejaron una nube de polvo; por unos instantes impidió que las miradas curiosas se posaran sobre el vehículo y sus ocupantes. Al desaparecer la bruma, ya era demasiado tarde para observar a aquellos que ya estaban lejos de allí.

Dos de las damas más influyentes de todo el pueblo, habían sido partícipes de aquella escena. Ambas con sus hijos de la mano, comentaban sobre temas sin importancia, preludio de aquello que sí les interesaba de verdad. La señora Mcguire, cuyas tierras eran las más extensas del poblado, siempre maliciaba de la información que le proporcionaba su marido –dueño del periódico de Iceground– como un privilegio frente al resto de respetables mujeres. De mediana edad, delgada y siempre muy arreglada, era el modelo a seguir por muchas de sus convecinas; aunque no por su elegancia dejaba de ser el blanco de chismorreos: comentaban que tenía un humor de perros.

Los ojos castaños de la señora Mcguire se clavaron en el rostro de la farmacéutica, la señora Parkes. Entre las dos disputaban, desde hace años, quién conocía el mejor rumor; hasta el momento ninguna había conseguido sorprender a la otra. Hasta esa mañana, en que la señora Mcguire tomó la palabra.

–Mi marido me ha contado unos cuantos secretillos que la nueva familia guarda desde hace muchas décadas. No vas a creer lo que ha llegado a mis oídos – murmuró en tono bajito.

La farmacéutica la observaba con seriedad, los ojos muy abiertos, esperando que su competidora en chismes lograra al fin sorprenderla. Luego hizo un gesto de

## 4

desgana, haciendo ver que a ella no le iban aquellos tejemanejes. Todo era pura fachada.

Se aseguró de que los posibles clientes que fueran a comprar algún antibiótico no escucharan nada. En el fondo, la señora Parkes estaba ansiosa por conocer aquello que

la tenía tan alterada a su confidente, así que fue acercándose a ella.

–Es una casualidad que hayan llegado justo cuando han transcurrido doscientos años de aquel suceso tan desagradable, tú ya sabes...

–Supongo que hasta ahora no habrán encontrado a los herederos de la fortuna del viejo Watts. No creo que sea tan alarmante –comentó sin demostrar el menor interés.

Ellas dos se conocían desde niñas. La señora Parkes estaba al tanto de la desmedida pasión de su amiga por propagar los rumores. También conocía la mejor manera de sonsacárselo: no dándole importancia. La señora Mcguire indicó a sus dos hijos que entrasen en el coche, y su amiga hizo lo mismo con su hija de cinco años.

Después de acomodarlos, continuaron con aquella conversación.

–Tal como yo lo veo, aquí hay gato encerrado. Cuando ocurrió la tragedia, el clan de los Watts terminó con el viejo Steven Watts. Y si es así, ¿de dónde procede su descendencia? No me digas que no te intriga –miró un instante en dirección a su coche y añadió–; mis hijos están impacientes, ¿por qué no pasas luego por casa?

–No creo que me sea posible hoy, mi marido no puede estar en la farmacia. Tal vez mañana.

La señora Mcguire asintió y, tras despedirse con un leve gesto amistoso, marchó hacia su coche. Carson y Selena estaban comenzando una de sus disputas de cada tarde, que siempre lograban sacar de las casillas a su madre, la cual no disponía de tiempo, ni paciencia para detener las continuas peleas de sus hijos.

–Carson, tienes 16 años, ¿no crees que ya eres mayorcito para pelearte todos los santos días con tu hermana de 8? –preguntó en tono tosco–. Cuando arranque el coche, no quiero escuchar ni un suspiro –giró para observarlos, e indicó con voz de mando– ¡los cinturones!

Luego alzó la mirada, y vio pasar a la señora Parkes en su auto, que agitaba el brazo a modo de saludo. Ésta sonrió falsamente y se pasó la mano derecha por su horrible falda rosa, quitándose el polvo.

En pocos instantes estaba en su casa. En cuanto llegaron, sus hijos comenzaron una nueva disputa. Intentó poner orden y, al no conseguir ningún resultado, optó por enviarlos a cada uno a su habitación. Aquí también hay una repetición y ese es el por qué del cambio.

## 5

–A hacer los deberes, reflexionar y luego merendáis –dijo intentando mantenerse calmada.

Carson la miró, incrédulo. ¿Desde cuándo alguien tenía derecho a mandarle?

¡Casi era mayor de edad, no tenía derecho!

Dio un codazo a su hermana, Selena y los dos empezaron a reírse a expensas de Emma, que cortaba la carne con rudeza, usando un gran cuchillo de cocina.

Subieron las escaleras y cada uno entró en su cuarto; él, acostumbrado a que oliera muy mal, sin encontrarle un por qué a eso.

Más de una vez pensaba que era la ciudad la que olía así, en especial si estaba enfurecido.

Escuchaba la música a todo volumen desde la habitación de su hermana. Pegó varios golpes en la pared. Hubo silencio, y apenas diez segundos más tardes Emma Mcguire empezó a gritar desde abajo, con palabras secas y órdenes directas para él, que era el mayor y, como tal, debía acarrear con las consecuencias.

No tenía la menor intención de abrir ningún libro, así que se recostó sobre su cama, levantó sus pies y los apoyó contra el respaldo. Comenzó a lanzar contra la pared una pelota roja, seguidamente la recogía, y así repetidas veces. No necesitaba estudiar, poseía todo lo que un chico de su edad podía desear; lo único que cambiaría de su vida era a la insoportable de su hermana, pensaba que a su edad era mucho más responsable, por eso solía discutir mucho con Selena.

En el fondo la quería, por más que no conocía ese sentimiento, y mucho menos lo mostraba ante los demás. Cogió su móvil de la mochila que estaba a su derecha y marcó un número, sin pensarlo. En la tapa del móvil podía leerse: Iván Seth.

Tras varios pitidos, una voz masculina atendió el teléfono.

–¿Carson? ¿Eres tú, tío?

–¡Tío! Sí, pues claro que soy yo, macho. ¿Tienes el *buga* disponible?

–No lo llares *buga*, tronco, que hablamos del Chevrolet negro más molón de todo el pueblo.

–No me la des. ¿Dispones de él en estos momentos, sí o sí? –preguntó con sarcasmo. Momentos después, la pelota con la que estaba jugando cayó en picado al suelo.

–Pues claro, chaval, ¿con quién te crees que hablas? ¿Para qué lo quieres?

–¿Me dejas dar una vuelta con él, Iván?

–Carson, no tienes el carné y te han prohibido conducir. Además, seguro que acabamos en un bar con *titis* y bebemos más de la cuenta.

–Enróllate, Iván, tío.

## 6

–Solo si vamos sin el coche. Emborracharnos y ya. Además, me han dicho que el cementerio está guapo por la noche.

–¿Quieres ir al cementerio de noche?

–Pues claro. A ver con quién piensas que estás hablando, no soy ningún gallina, Carson. ¿Te hace?

–A ver, no hagas más programación de la que se puede hacer, Iván. Mira, creo que ya no me hace tanto. ¿Quedamos a la noche para tomar algo?

–Es miércoles. ¿Te dejan? Yo mañana paso de ir a clase. Pero tú, como eres tan pijo...

–¡Iván! Pues claro que me dejarán; si no, me escapo. ¡Claro que me hace ir al cementerio y más si es con tías, que cuando tienen miedo se agarran a ti! ¿Te crees que soy bobo? A las nueve en mi portal –tras oír la débil risa de Iván al otro lado del teléfono dio a botón de colgar.

Ya tenía planes, y puesto que estaba claro que no lo iban a dejar, debía preparar la forma de escaparse.

La tarde transcurrió lenta; ni siquiera bajó cuando su madre los llamó para merendar.

Seguía maquinando la forma de salir por la noche sin despertar sospechas.

Había pensado en decirles que iba a estudiar a casa de Iván... enseguida cayó en la cuenta de que aquello no resultaría. Iván jamás cogía un libro para estudiar, y así le iba. Todos en el pueblo conocían a Iván Seth, de buena familia, acomodado, aunque sin duda era más conocido por fumador empedernido, amante del riesgo y paranoico.

Especuló pues que la mejor de las excusas sería decir a sus padres que después de cenar saldría un buen rato a correr. Como buen deportista, solía hacerlo con frecuencia. De esta forma nadie sospecharía sus verdaderos motivos. Aún así seguía sin tenerlas todas con él: era demasiado tarde, y al día siguiente había clase.

Oyó a su padre llegar. No bajó; prefirió esperar hasta la cena.

En la cocina Emma seguía con sus quehaceres cuando Peter, su marido, la abrazó por detrás apoyando la barbilla en su hombro. Peter era un hombre sosegado, que encontraba la felicidad en las pequeñas cosas. Hogareño, buen esposo y padre entregado. Su trabajo en el periódico no le dejaba mucho tiempo; aún así, conseguía estar con los suyos siempre que le era posible. Emma sonrió con picardía, era el momento más esperado por ella, en el que su marido la ponía al corriente de las noticias que habrían de salir en el periódico al día siguiente.

–¿Qué tal tu día, cariño?

–Bien, agotador. Mañana saldrá un especial, ya que justo mañana hará doscientos años de la desaparición de los Watts. He creído acertado dedicarles

## 7

las páginas centrales. En ellas relato toda la historia del viejo Watts. Seguro que lo encontrarás interesante.

–Yo ya conozco la historia –replicó la mujer

–No toda; he investigado durante estos últimos meses, y todavía no lo tengo muy claro, sigue habiendo cosas que no acaban de encajar.

–¿Entonces no lo has hecho también por los recién llegados? –exclamó enarcando una ceja.

–No, era un proyecto que tenía entre manos. La llegada de sus herederos es mera casualidad. ¿Y los niños?

–Selena, en casa de la vecina, se ha ido hace un rato, y Carson en su habitación.

–Sí, ya oigo la música. Me daré una ducha, y luego cenamos. Por cierto, te he traído un ejemplar del periódico de mañana. Corre, que sé que lo estás deseando –dijo sonriente.

A Emma le faltó el tiempo para ir en busca del diario, lástima que estuviera con la cena y no le fuera posible leerlo en detalle. ¿Qué habría querido decir su marido con que no conocía toda la historia? Aquello la reconcomía, pero tuvo que seguir con el guiso. Pronto serían las siete, y todavía le quedaban algunas cosas por hacer.

Unos pasos ligeros, y veloces la hicieron volverse. Era Carson, que tras haber cogido una manzana del frutero, la pasaba de mano en mano, como si fuera una pelota. La madre frunció el ceño.

–¡Carson! O te la comes o la dejas donde estaba.

–No te estreses mamá, ¿Sabes? Cada día estás más guapa.

Acto seguido la abrazó haciéndole cosquillas; ella soltó el escurridor de golpe, rompiendo en carcajadas. Todas las verduras quedaron esparcidas por el suelo.

–¡Basta...! –logró decir entre carcajadas.

Carson alzó los brazos indicándole que no la atacaría más, ahora esperaba la pregunta que sin duda le haría su madre tras sus halagos y jugueteos.

–¿Qué andas buscando? –dijo por fin un poco desconfiada.

–Nada... bueno, en realidad me gustaría ir a correr un rato por la noche, hace tiempo que no tengo oportunidad.

–Bien, ¿eso es todo?

–Entonces, ¿no te molesta?

–No, en tanto me dejes terminar con lo que estoy haciendo. Mira qué desastre, ahora las verduras no me sirven. No crecerás nunca –dijo suspirando llena de satisfacción.

Casi sin darse cuenta, el muchacho cogió el periódico para ojearlo. Las páginas centrales destacaban sobre las otras, ya que estaban a color y con grandes titulares.

## 8

Comenzó a leer el reportaje sobre los Watts, y recordó por unos instantes el rostro de Brooke. Desde un primer momento le resultó extraña, como salida de un relato de Lovecraft. Ahora, leyendo la historia de sus antepasados, le pareció más normal. En definitiva, en aquel artículo todos eran sucesos extraños, la mayoría sin resolver. Tal por su asombro, le pareció mucho más terrorífico entrar en la mansión de los Watts que ir al cementerio en plena noche. Se preguntó qué reacción tendrían los implicados al día siguiente, al leer el periódico. ¿Se sentirían intimidados por las gentes del pueblo? Después de todo, la verdadera historia les concernía solo a ellos.

Dejó el periódico donde estaba antes y se sentó a la mesa dispuesto a cenar, con hambre voraz, lo que su madre había preparado o cosechado. Entretanto llegó Selena, no menos hambrienta que su hermano, quien también ocupó su puesto, y esperó hasta que sus padres estuvieran acomodados.

La cena transcurrió en silencio, todos comían con ganas. Emma tenía un motivo para darse prisa: deseaba que llegara el momento en que pudiera disfrutar del artículo especial sobre los Watts. Se apresuró a sacar el postre, y en cuanto terminaron recogió la mesa como un rayo. Carson fue a su habitación a ponerse una ropa deportiva, una sudadera con las siglas de su equipo, pantalones de chándal, y deportivas. Eso bastaría para disimular ante sus padres. Cuando había comentado en la mesa que más tarde iría a correr, su padre lo animó a hacerlo. Siempre apoyaba a su hijo para que practicara algún deporte, y se sentía orgulloso de él.

Al cruzarse con su madre por el pasillo, ésta ya llevaba en la mano el periódico; le dio un beso en la mejilla y salió por el portal.

Ella comenzó a ojearlo hasta llegar a la parte que tanto le incitaba leer. Siempre había pensado que lo sabía todo sobre la leyenda que rodeaba al viejo Watts.

Los titulares rezaban: “El maestro de los espejos cumple doscientos años”. A Emma le llamó la atención, en especial, un fragmento que decía: “Tras la desaparición de su nieto, el maestro de los espejos perdió la cordura hasta enloquecer. En esa época fabricó espejos que nadie ha podido ver, aunque sabemos de buena fuente que fueron

sus mejores obras. Dos años después, desapareció sin dejar rastro.

Curiosamente, desde su desaparición, Iceground emana –en épocas muy específicas– olores nauseabundos, que los que son supersticiosos atribuyen a la misteriosa desaparición de tan ilustre miembro de nuestra comunidad. Fuera como fuese, nunca encontraron los cuerpos, y nadie pudo entrar jamás en la mansión. No obstante, el último hecho inexplicable es que vuelve a estar habitada por los descendientes del maestro; suponemos que su hija tuvo más suerte al huir y formar una nueva familia lejos de nuestras tierras. De todos es conocida la rivalidad entre padre e hija, y cuando

## 9

ella huyó dejando al hijo a merced de su padre, comenzó una nueva vida que ahora nos revela la identidad de su descendencia...”

Se quedó pensativa; todo aquello lo sabía, por más que nunca hubiera supuesto que aquellos olores extraños eran causados por algo que ocurrió hace tantísimo tiempo. No creía que aquello fuese posible, las supersticiones no iban con ella aunque, desde luego, era verdad que olía muy mal en algunas épocas del año. No cabía duda de que todo el asunto daba qué pensar.

Entró su marido, y sonrió. Sabía que su mujer había satisfecho su curiosidad, por lo menos de momento. Dejó el periódico sobre la mesa, y fue a lavarse las manos.

–¿Carson ya se ha ido?

–Sí, hace ya un rato. Voy a acostar a Selena, luego podemos ver la tele un rato; esta noche hay un programa de investigación que no me quiero perder.

Peter asintió, y se dirigió al salón dispuesto a tragarse el programa que entusiasmaba tanto a su esposa; total, a él le daba igual ya que terminaba siempre dormido oyendo a Emma quejarse de la mala vida en Iceground.

El cementerio del pueblo era pequeño, pero sin duda se trataba de un lugar sagrado, respetado, y bien cuidado por todos. Los jóvenes no lo miraban con los mismos ojos; más bien era un lugar donde tomarse unas birras sin ser molestados, y un sitio en donde poder usar sus mejores estrategias con chicas; esto, claro, cuando tenían la suerte de que ella compareciesen. Carson e Iván llevaban un buen rato allí tumbados.

–¿Te hace otra?

–No, Iván, ya llevamos bastante rato bebiendo y aquí no aparece nadie. Hoy no nos hacen caso ni los muertos.

–Déjate de rollos, ¡venga, la última!

–Está bien, y luego me largo. La próxima vez elige mejor.

–No, la próxima vez me traigo a la chica Adams. ¡No me digas que no la encuentras rarita!

–Sí, la verdad es que no da buen rollo esta tía –dijo con la mirada ausente.

–Vamos, que te veo en otra onda hoy, te acompaño un poco hasta tu casa.

Se levantaron y se internaron algo más en el cementerio. De pronto Carson sintió ganas de vomitar; vieron luego varias sombras a lo lejos, y un sollozo lejano los alarmó, aunque estaban demasiado confusos como para fijarse bien.

## 10

### *Capítulo II*

#### *Nieve Blanca*

La noche caía cual un manto sobre el pueblo, abrazando con fuerza las calles y las casas, y creando en el aire una sensación extraña: el tiempo parecía detenerse, como si nada importara. Estaba mirándose las manos, hacía apenas un segundo que se las había lavado. O no... Estaba en el cementerio, agachada y mirando una tumba, fijándose en cada detalle, en cada foto colocada por sus familiares.

En cuanto cerró los ojos pudo imaginarse la vida de aquella persona.

Perteneciente a una familia de clase media, habría tenido amigos y aparecía delgado, en la foto que estaba en la parte inferior.

Un hombre. Más bien un niño. No se molestó en retirar el polvo acumulado para saber quién era el individuo. Quizá otra persona de su edad tuviera miedo allí, pero para ella era un sitio donde podía respirar.

Logró acomodarse al fin en el suelo, y dobló las piernas sujetándolas con sus manos secas, mirando al firmamento, carente de estrellas.

Llevaba el MP3 conectado, ¡qué sería ella sin su música! También tenía un bolso en el que guardaba un misterioso cuaderno que unos pocos habían llegado a ver. Todos los adolescentes se comportaban de forma extraña en aquella época de su vida.

Recogió su cuaderno, en el que podía leerse: “Propiedad de Brooke Watts”; y debajo: “La única Watts mujer”; lo remataba con una sonrisa malévolamente dibujada a la derecha. La verdad es que merecía aquel descanso. La mudanza resultó ser agotadora, y aún no entendía porqué lo habían hecho. Quizá su padre fuera tan egoísta que, por no vender una casa grande a precio económico, decidió quedársela.

Muchas veces lo despreciaba, lo mismo que a la mayoría de la gente que, supuestamente, buscaba que ella estuviera bien.

Hizo el primer trazo de pintura con suma delicadeza, tras dar varios repases a las últimas pinturas realizadas. Estaba mejorando, y era consciente de ello. Alzó las cejas y notó que el *piercing* pesaba. ¿O era su cabeza la que daba vueltas sin cesar? Echó de menos a Emily. Emily Brown, su amiga, su confidente, a ella sí que le contaba todo.

La tímida señorita Brown –así la llamaban en su antiguo colegio–, necesitaba contarle cómo se sentía, mientras ella estaría en aquel momento mirando la tele, leyendo, o escribiendo...

## 11

Siguió dibujando, esta vez la cruz que se alzaba encima de la lápida.

Estaba convencida de que cuando llegara a casa y encendiera el ordenador, la bandeja

de entrada estaría a rebosar, y que el noventa por ciento de los correos serían de su amiga, contándole cómo era la vida sin ella. ¿Seguiría con Andrew? Seguro que sí, se dijo. El chico había sido desde siempre su mejor amigo, hasta que conoció a Emily. Ambos hicieron todo lo posible para que no marchara, los tres eran inseparables. Pero no hubo manera, el destino de Brooke estaba en manos de sus padres.

Era tozudo como él solo, aunque no una mala persona.

Dibujó una sombra curiosa del lado derecho; también varias flores de colores, iguales a las del tiesto posterior; flores de plástico, para que duraran más tiempo.

Tenía que contarle a Emily todo sobre su primer día en el Instituto.

Sus padres, Alfred y Marie Watts –persona esta última, a quien Emily idolatraba por su trabajo de fotógrafa– la animaban. Aún recordaba las miradas ansiosas de los dos durante la cena.

–¿Qué tal te ha ido, cariño? ¿Has hecho amigos? ¿Has conocido mucha gente?

¿Cómo son los profesores?

Y ella se encogía de hombros, como siempre que tenía miedo, pero no quería admitirlo. Para superar el trance que acababa de sufrir, recordaba las palabras de odio que los antiguos compañeros le lanzaban, y aun así pensaba que era mejor lo malo conocido que lo supuestamente bueno por llegar.

Su casa nueva olía a mierda. Para qué engañarse. Aquel olor tan desagradable recorría cada poro de su piel. Su hermano Bryan también lo mencionó; Marie contestaba que se trataba de la antigüedad de la casa, y la cantidad de humedades que habría que arreglar.

Pasó a la siguiente canción. Tiró su cuaderno al suelo con brusquedad y apoyó sus hombros contra el frío mármol de la tumba que estaba a la derecha de la que estaba dibujando. Hinchó sus mejillas y fue sacando el aire por la boca apretando los nudillos contra sus mofletes.

Debería volver a pintarse las uñas de negro, estaban quedando asquerosas. Rió por primera vez. Emily odiaba que su amiga se pintara las uñas, decía que estropeaban su manicura, y que servía nada más que para llamar la atención.

Brooke siempre llamaba la atención, y decían que era rara, solo por el estilo de ropa y de vida que llevaba.

¿Quién es, en realidad, una persona rara? Eran diferentes. Ella adoraba lo oscuro y tenebroso, no por hacerse la interesante como opinaban Ruth y la pandilla de

## 12

tres al cuarto que la insultaban de pequeña; no, sino porque se trataba de algo desconocido. Tenía imán hacia lo diferente, hacia lo estrafalario.

Recordó apretando aún más los nudillos contra sus mejillas –sus manos estaban heladas; llevaba unos guantes sin la parte de los dedos–, las palabras que Andrew le dijo el día de su cumpleaños, cuando Brooke contaba 12 años, frente a los 17 de él.

–Creo que haces todo esto por los rumores de que tus padres van a separarse; necesitas referentes paternos sólidos.

–Tú eso lo has oído en la televisión y me lo dices sin tan siquiera saber lo que significa.

Se encogió de hombros y añadió: –mis padres dicen eso, y yo les creo.

Recordó con dulzura el cariño que Andrew tenía hacia sus padres y lo que sufrió cuando su padre falleció.

Brooke siempre lo perdonaba, era el niño de sus ojos, pero se había pasado de la raya las últimas veces, y cada vez era más rebelde, aunque era evidente que había nacido para enamorarse de Emily, y Brooke se sentía contenta por ellos dos.

No consideraba que fuera egocéntrica. Estiró sus piernas; unos instantes después oyó risas lejanas y, pensando que se trataba de algunos borrachos que habían ido a jugar a la guiya o algo similar, decidió irse.

Entrecerró los ojos. Los conocía: eran Carson Mcguire, el supuesto chico más guapo del instituto, y el pelirrojo... Recordaba haberlo visto en su clase jugando con la goma. Aquel día pasó rápido, y la gente se estaba portando bien con ella.

Las verjas chirriaron y pronto comprendió que estaba perdida; el cementerio era muy grande, tenía mucha vegetación y, por lo tanto, su visión era muy reducida.

Sollozó sin darse cuenta. De pronto oyó un sonido que podía confundirse con un grito en la oscuridad. La neblina lograba colarse por cada resquicio de su corazón y supo

que hacía frío, aun sin saber a ciencia cierta que la temperatura rondaba los cero grados centígrados. Su rostro palideció notablemente, aunque sus mejillas tomaban el color rosáceo del crepúsculo. Se estiró y alzó la cabeza, viendo como Carson Mcguire caía redondo al suelo tras haber visto vomitar al pelirrojo.

No debía meterse donde no la llamaban, pero fue demasiado tentador. Debía ayudarlo, por mucho que odiara a los borrachos.

Se acercó con lentitud, arrastrando los pies sobre la grava y tropezándose varias veces sin llegar a tocar la tierra. Las plantas comenzaban a tener una capa de rocío y ella estaba tiritando. Llegó como pudo y lo primero que encontró fueron los ojos salvajes de Iván –recordó su nombre así, de pronto–, mirándola violentamente, a la vez que trataba de levantar a su amigo que yacía, frío, en el suelo.

## 13

Xxx era su firma, la firma de su mejor amiga. Cogió el móvil y, en efecto, vio el mensaje: fue tan torpe que no se había dado cuenta de que estaba allí desde hacía casi dos horas.

Fue al escritorio, abrió una carpeta y puso su canción preferida, aquella que hacía emanar los recuerdos.

Pulsó la opción contestar en el ordenador apagando el móvil, puesto que ya nadie la llamaría.

*Emily, cariño.*

*Soy yo. Acabo de leer tu mensaje. ¡Cabezota que es una por no revisarlo de vez en cuando!*

*Ahora lo haré más a menudo. Te lo prometo. Gracias por el achuchón. Ya lo puedo sentir, amor. Casi no puedo parar de reír desde que me has contado lo de Ruth.*

*No es que me alegre de que se haya hecho daño, pero me imagino la escena del baño y ella gritando igual que una cabra loca, como sólo ella sabe hacerlo. Y se las da de durita... Sé que la has ayudado y que no me lo has querido contar, eres así de buena,*

*y no me engañas. Ja, ja.*

*Me alegro de que todo te vaya bien con Andrew, en serio, aunque ahora está un poco loco, no es mal chaval. Deseo que no me puedas contestar al e-mail porque estés con él y no tengas tiempo para mí. Estarás pensando: ¡sabes que no es así, Brooke”, pero tenía que decírtelo, guapetona.*

*Iceground es un pueblo frío y apestoso alejado de la mano de Dios, donde la niebla recubre cada esquina y presagias la muerte a cada metro. No exagero. Quizá un poco, vale, lo que pasa es que esto no me gusta nada. Hasta el nombre me produce escalofríos. ¡A mí! Puedes imaginártelo todo, entonces...*

*¿Qué si he conocido a alguien? Hombre, pues de vista a tantas personas que me confundiría sus caras, así, de presentaciones... Una tal Carla, no parece mala tipa, ja, ja. Sí, Carla, igual que la peor enemiga de Ruth, y la novia de James. Es rubia, de ojos azules. Aunque tú eres más guapa, ¡sí señora! Hablando de cosas guapas, tu foto me encanta, luego se la enseñó a mi madre. Seguro que estará encantada de impartirte clases. El colorido...Es tu patio ¿verdad? La hierba fresca, el sol brillando, puedo olerlo, y puedo saber que la foto la has hecho tú porque emana felicidad, la que llevas en la sangre y tan bien conozco.*

*¿Sabes? Aquí también hay populares, en este caso un chico: Carson Mcguire, pero solo te puedo decir que esta noche estaba en el cementerio bebiendo cerveza, vomitando y cayó redondo al suelo. Creo que ya se ha ganado el apodo de borrachín, y esto el primer día... También hay un tal Iván Seth.*

## **14**

*Sé que quizá no debería haberlo hecho, pero fui a hablar con los padres de Carson, el popular, y a contarles todo lo que pasó. Al parecer, sus padres no tenían constancia de que su hijo se había ido al cementerio a beber, que ni siquiera sabían que bebía, ¡vamos que estaban sorprendidos! Creo que al principio no lo creían, me miraban con superioridad y con cara de “¿Qué hace ésta aquí, con esa pinta y a estas horas hablando de nuestro queridísimo Carson?” Esta vez te juro que no exagero.*

*Tenías razón, mis uñas negras no inspiran confianza.*

*Los padres de Carson se llamaban Peter y Emma. ¡¡¡Cómo grita ella!!! Daba miedo. Pero ya sabes que con una mirada mía de estas que tengo yo...*

*Por cierto, serás una gran escritora. El profesor de literatura no exagera lo mínimo. En serio. Lo que yo leí en su momento era... Entre fotografías e historias estás hecha una artista.*

*Pues aquí hace frío, como te decía, así que cuando vengas, en vez de botellas de agua nos deberíamos tirar paraguas. ¡Viva mi pésimo sentido del humor!*

*He ido al cementerio aunque me dijiste que no lo hiciera –te habrás dado cuenta, por lo que conté de Carson–. Lo siento. He dibujado otra vez.*

*No me puedo quejar del comportamiento de Bryan, está ensimismado conociendo cada rincón de la ciudad, ha debido hacer amigos por lo que ha comentado en la cena.*

*Alfred está bien, controlando siempre cada minuto, como buen relojero que es.*

*Marie ahí anda, liada aún con la mudanza. No ha debido hacer muy buenas migas con las vecinas. Tienen pinta de ser las típicas cotillas de telenovela. ¿Sigues enganchada?*

*Creo que ya solo me queda desearte la suerte que no necesitas ¡ánimo, guapa!*

*Te quiero, Brooke.*

*Zzz*

*PD: Mejor mañana le enseño la fotografía a Marie, que no son horas. Si pasa algo con Andrew, un mensaje, que yo cotilleo la bandeja de entrada de sms.*

Tenía tanto sueño que no pudo pensar en nada. Se quedó dormida con lo puesto, y sin dar las buenas noches.

Más tarde, Marie cerró la portátil, pero antes vio la fotografía de Emily, y quedó sorprendida del romanticismo que conseguía expresar. Tapó a su hija con una manta ligera para que no cogiera frío y le dio un beso.

Apagó la luz antes de dirigirse a la habitación de Bryan.

## 15

### *Capítulo III Las tres chicas desaparecidas*

El amanecer despertó acompañado de una extraña bruma que lo envolvía todo; si bien era normal en Iceground, para Brooke fue un total desengaño mirar tras los cristales y encontrarse con aquel paisaje. Añoraba que el sol acariciase su blanquísima piel, echaba de menos tantas cosas... pero, sobre todo, despertarse con los primeros rayos del sol colándose por su ventana y arrastrando los últimos suspiros de la noche. Igual que un torbellino, entró su hermano en su habitación, no había cosa que la pusiera de peor humor que aquel renacuajo –ella lo llamaba así–, husmeando por su habitación.

–¿Todavía estás así? Mamá te va a reñir –le dijo con gesto burlón.

–¡Largo de aquí, renacuajo!

Tiró un libro que reposaba sobre su escritorio directo a la cabeza de su hermano, pero él cerró la puerta haciendo que el objeto chocase contra la puerta.

Comenzó a vestirse de bastante mal humor, gótica como siempre.

Cuando bajó todos desayunaban; a ella no le apetecía nada, así que tan solo tomó un vaso de jugo de naranja, y se dispuso a marcharse.

–¿Nos vamos, mamá?

–¿No puedes esperar a que hayamos desayunado todos en paz? Haz el favor de comer algo, todavía vamos bien de tiempo.

–Me sentaré pero no comeré nada, no tengo hambre.

Su padre la observaba, al tiempo que negaba con la cabeza; no comprendía la forma de ser de Brooke, nunca lo había hecho. Ya de pequeña era especial, todos sus dibujos eran en blanco y negro. Nunca los coloreaba, se defendía de ello diciendo “los colores estropean mi dibujo”. Eran tan distintos, pensaba para sí mismo. Ahora que era una jovencita atractiva, no llegaba a comprender el motivo que impulsaba a su hija a vestir

siempre de negro, llena de cruces, de forma tan deprimente. Ya hacía tiempo que habían dejado ese tema aparte; a su mujer le parecía conveniente que los jóvenes se expresaran con libertad, sin reglas, sin ataduras. Eso logró que el relojero hubiera abandonado el tema.

Marie se levantó, cogió sus cosas y enseguida estuvo dispuesta para acompañar a sus hijos al colegio. Bryan subió a la parte trasera con energía, mientras Brooke tomó asiento en el puesto del copiloto, un poco enfurruñada. La mujer comprendía la actitud de su hija; ella, a su edad, también tenía arranques de rebeldía, y era la

## 16

primera en aceptar que el cambio había sido demasiado brusco para todos. Sin embargo, su marido no quería desperdiciar la oportunidad de comenzar de nuevo, lejos del estrés de la ciudad. Desde siempre lo habían cautivado las pequeñas poblaciones del norte, y por eso mismo no dejó pasar la oportunidad cuando recibió la noticia de que era el único pariente con vida de Steven Watts.

–Abrochaos los cinturones, la niebla cada vez está más espesa. No sé si las luces antiniebla harán mucho aquí –y torció el gesto.

–Mamá, ¿puedo traer a algún amigo a casa?

–Bryan, sabes que todo está patas arriba. Tienen que arreglar muchísimas cosas antes de recibir ninguna visita.

–Mamá, si es un niño como yo, ¿qué más le da cómo esté la casa?

–Está bien, pero sólo uno. Sabes que tu padre necesita paz para poder hacer bien su trabajo.

Llegaron puntuales, Marie besó a sus hijos y los dejó marchar. Al salir del coche rojo, lo primero que hicieron fue empujarse, y hacerse gestos de burla. Bryan encontraba placer en fastidiar a su hermana cuanto podía, por más que en el fondo la adoraba tal cual era, a él no le afectaba sus vestimentas; era su hermana y estaba orgulloso de ella, aunque nunca se lo hubiera dicho. Ellos tenían esa forma de comunicarse, mediante empujonzazos, y gestos burlones.

Al entrar a la clase, Brooke encontró un gran revuelo que ni siquiera la profesora era capaz de detener. Carson no estaba en su sitio, tampoco el pelirrojo. Se percató de que

había tres puestos más libres. No lograba identificar quiénes faltaban, aparte de los dos jóvenes. Tomó asiento junto a Carla, a la vez que observaba a todos a su alrededor, que no dejaban de comentar entre ellos. Con seguridad había sucedido algo, pero no lograba descifrar de qué se trataba. Todos hablaban al mismo tiempo. La profesora comenzó a impacientarse y decidió tomar las riendas del asunto. Golpeó la mesa con las palmas de las manos al tiempo que gritó: –¡Silencio!

Todos callaron al instante, sabían que ya se habían pasado de la raya. Cada uno acomodado en su puesto, menos cinco que no estaban, esperaron a que la profesora se pronunciase. No sabían si les esperaba un castigo, o simplemente comenzaría la clase sin repercusiones para ellos. Ni lo uno, ni lo otro. El tema a tratar era el que todos habían estado comentando toda la mañana.

–Bien, soy consciente de que todos estáis aturridos con las noticias de Anne Green, Patricia y Kelly Carter. Desaparecieron anoche; la hermana pequeña de Anne ha confesado que estaban citadas en el cementerio con unos chicos. Más de una vez se os ha advertido del peligro de trasnochar hasta altas horas de la madrugada. Y esto que digo no es una advertencia dirigida solamente a las

## 17

chicas, a los chicos también les pueden suceder cosas como estas –advirtió seriamente.

Al fondo de la clase se sentaban Edward Garret y Lukas Hamilton, los dos íntimos de Carson. Esbozaban una sonrisa burlona, y pensaban: “a esta mujer le falta un tornillo, ¿creerá que somos nenitas?”.

Edgard, que tenía pocas luces, comenzó a reírse, pero se contuvo al contemplar la expresión del resto de la clase, y de su profesora. Lukas se limitaba a mirar hacia otro lado, haciéndose el desentendido.

–Veo que le hace mucha gracia, señor Garret –acusó la profesora con tono inquisitivo–. ¿Acaso sabe algo?

El chico, consciente de que había metido la pata, bajó la mirada, intentando no agravar la situación. En momentos como ese, recordaba por qué Carson le decía que era un ganso sin mollera.

–Conteste, estoy esperando y no tengo todo el día para sus fantochadas. Este es un

asunto muy serio; tres de tus compañeras pueden estar en peligro.

Responda, pues –dijo con tono desagradable.

–No sé nada –encogiéndose de hombros–, ¿qué voy a saber yo? Sé lo que saben todos, que han desaparecido, nada más.

–Bien, de todos modos aprovecho la oportunidad para decirles que cualquiera que tenga una pista sobre el paradero de estas compañeras tuyas, dé parte a las autoridades. Toda ayuda es poca en estos casos. Y basta de demoras, comencemos la clase que ya llevamos bastante retraso.

Un viento helado se filtraba por los ventanales que, aunque cerrados, no acababan de encajar bien. Los chicos que estaban sentados al lado de las ventanas comenzaron a carraspear, luego terminaron tosiendo todos. No era por el frío, ya que la calefacción combatía ese problema. Era aquel olor a podredumbre. No se cortaron ni un pelo al mirar todos a la nueva. Brooke no entendía por qué todos la observaban con tanta insistencia. La profesora les llamó la atención e hizo que uno a uno saliera de la clase, para ocupar otra que, aunque más pequeña, carecía de ventanas. Allí era casi imposible respirar. Algunos de ellos terminaron en los baños vomitando, debido a aquel olor nauseabundo que envolvía a toda la población. La chica gótica caminaba cabizbaja en dirección a la nueva aula. No entendía qué tenía ella que ver con aquel olor tan desagradable. Se sentía confusa con las miradas de sus compañeros que no dejaban de posarse sobre ella, como si se tratara de un ser extraño y maldito. Carla se acercó a ella.

–No les hagas caso, son unos supersticiosos.

## 18

Brooke asintió y sonrió con desgana. Agradecía las palabras de Carla, por más que eso no iba a solucionar su problema de convivencia en Iceground.

Gran parte de la mañana estuvo pensando, dando vueltas al asunto de las tres chicas desaparecidas; le pareció mucha coincidencia que la misma noche estuvieran aquellos dos deambulando por el cementerio. Además, si habían quedado en encontrarse con unos chicos, bien podría haber sido con Carson, y el maldito pelirrojo ese, que no lograba recordar nunca su nombre. Todo aquello le daba qué pensar, y sin darse

cuenta comenzó a trazar finas líneas en su cuaderno de matemáticas, que al final se convirtieron en un boceto bien definido. En él aparecían las tres chicas encerradas en un mausoleo. Puso hasta el nombre de la familia a la que pertenecía: Familia Watts.

Cuando fue consciente de lo que tenía delante, se horrorizó. Había dibujado el mausoleo de sus antepasados con las chicas encerradas dentro: ellas no podían salir, y sus rostros expresaban horror. Cerró el cuaderno de golpe y respiró hondo, no le gustaba la sensación que se había apoderado de ella.

¡No podía ser verdad! ¡Debía tratarse de algún desvarío de su imaginación!

Comenzaba a creer que era cierto que poseía una imaginación enfermiza. De cualquier modo, se propuso volver al camposanto y encontrar el mausoleo de su familia. No tenía nada que perder y quizá, de paso, podría hacer algún boceto como la otra noche. Otra vez sintió que la observaban, en esta oportunidad por la profesora que no le quitaba el ojo. Era su nueva alumna y todavía podía calificarla en ningún grupo. Desconocía si era inteligente, trabajadora, no sabía nada en absoluto de ella. Y aunque traía informes de su antiguo instituto, aquello no era suficiente para ella.

Necesitaba considerarlos por ella misma.

Con seguridad la seguiría bien de cerca durante el primer trimestre, pues pensaba que esa era su obligación.

Carla había intentado conversar con ella durante la comida, pero Brooke no tenía ganas de hablar. Tan solo ansiaba que el reloj apuntase las cinco en punto para salir huyendo a su casa.

Entretanto, Bryan se había convertido en la estrella de su clase, siempre fue muy sociable, y ahora los niños y niñas de su clase hacían cola para ir a su casa. Todos sentían curiosidad en torno a la mansión, y las historias que circulaban por el pueblo.

Sin embargo, la agradable compañía de su nuevo amigo era un incentivo más que sobrado para ir a pasar una tarde divertida a casa de los Watts.

A la salida la esperaba su madre, esta vez un poco impaciente. Su agente de la ciudad le estaba dando prisas con la última exposición de fotos. Aquella era la primera vez que Smith la representaba, y no se sabía quién estaba más nervioso, si ella, o él.

# 19

No era el día ideal para invitados, pero de lejos vio venir a Bryan con su nuevo amigo, un niño pelirrojo de rasgos muy simpáticos. Los dos se dirigían muy sonrientes hacia el coche de Marie; ella no era capaz de decirle que no era un buen día. En fin, ya se las arreglaría, pensó. A la que no acababa de divisar era a Brooke, y eso le extrañó, porque sabía de su afán por llegar a casa, para luego poner la música a tope.

Por fin llegó la chica, con cara de pocos amigos. Marie puso la mejilla para que le propinara un beso. Fue un beso débil, y sin afán de nada más, puso los pies sobre la guantera, dejando la mochila bajo sus pies. Los niños no se animaban a entrar; estaban entusiasmados hablando y gesticulando. Marie tocó el claxon, y ellos acudieron a su llamada.

Entraron dando brincos, a lo que Brooke respondió escondiendo la cabeza entre las rodillas. No aguantaba el entusiasmo de su hermano por todo. Eran polos opuestos.

–¡Mamá! Este es James Conrad. Se quedará a jugar conmigo hasta que su madre venga a buscarlo. ¡Ya verás qué casa, James! ¡Vas a alucinar! ¿No es cierto, mamá? – exclamó emocionadísimo.

–Sí, cariño, pero no arméis demasiado jaleo. Yo voy a estar ocupada, y vuestro padre también. Brooke, tendrás que encargarte de vigilarlos tú de vez en cuando.

La chica sacó la cabeza de su escondite, y acto seguido la escondió. Aquello era demasiado para ella. Solo le faltaba eso, hacer de niñera cada vez que su hermano trajera un amigo a casa. ¿Por qué a ella?, se preguntaba entre rabiosa y deprimida.

–¡Brooke! ¿Me has escuchado?

–Sí, mamá, alto y claro.

Cuando llegaron, todavía estaban los albañiles con sus quehaceres. Los hombres procedían de los pueblos vecinos, ya que los habitantes de Iceground no querían establecer ninguna clase de lazo con la familia Watts. Tan solo unos cuantos eran conscientes de que se trataba nada más que de unos nuevos vecinos, como los padres de James Conrad. Ellos también habían sido nuevos en Iceground no hacía mucho; pero, desde luego, no sufrieron tantas trabas. El peso de las patrañas sobre los Watts y la mansión, para algunos eran mucho más que simples leyendas populares.

Los niños salieron del coche, embalados y dispuestos a jugar a lo que fuese.

Brooke se dirigió a su habitación para recoger el correo, y más que nada para enviar uno urgente sobre todas los sucesos acontecidos en el instituto, y en el pueblo en general. “Bien –se dijo–, tengo correo de Emily”.

## 20

*¡Hola Brooke! Hoy ha sido un día de locos, parece que para todas las parejas que conozco, y con esto me incluyo. Las cosas a veces son muy raras, al principio sabes bien que Andrew iba detrás de mí, aunque no lo demostrase. Pues bien, ahora que lo demuestra, me parece más raro que antes; es como si a veces fuese todo muy forzado, y no me gusta tampoco que se vea obligado a estar conmigo, ¿qué harías tú?*

*Tú lo conoces mejor que nadie. Reconozco que a veces me dabais envidia, pero sólo un poquito, es que ya sabes que soy celosa (pero sólo un poco) ¡ja,ja,ja!*

*Cuéntame qué tal tu día, ¿ha salido el sol? Imagino que no, tal y como me pusiste ayer el panorama, supongo que ese será el clima de casi todo el año, ¡pobre blanquita mía! Vas a parecer una vampiresa dentro de muy poco. Por cierto, ¿qué le pareció la foto a Marie? Ya sabes, cuéntamelo todo, ya bastante duro es estar lejos la una de la otra, como para encima estar incomunicadas.*

*Aconséjame, ¡¡¡ anda guapa!!!*

Tras leer el correo de su amiga se quedó pensativa. En un principio estaba dispuesta a contarle todo, lo de las chicas desaparecidas, el boceto de ellas que salió de sus manos de manera instintiva, pero decidió esperar hasta comprobar si todo aquello era causa de su imaginación desbordante; no quería asustarla con sus paranoias. Le escribiría un correo normal, sin enigmas, solo una charla entre amigas.

*¡Hola Emily! Antes que nada decirte que te echo de menos (icono de llorar) y que sí, has acertado; ha hecho mal día, como mañana y pasado mañana. Todos los días*

*serán igual de pésimos. Pero vamos a lo que te interesa, granuja jaja. Para Andrew es muy difícil expresar sus sentimientos a una chica. Bueno, y en eso no creo que sea el único. Es difícil para muchos, yo me incluyo en el mismo saco. No tienes que darle más vueltas; vive el momento; si estáis bien, no pienses que lo está haciendo por obligación. Por experiencia sé que este tío nunca haría algo obligado, es más huiría de ti si se sintiera atado como tú dices. De todas formas, cuéntaselo, es el mejor modo de saber qué pasa por su extraña cabeza. Hoy me han dejado de niñera de mi hermano, aquí están todos ocupados, y a mi hermanito le ha dado por traerse un amigo. ¡Vaya una a saber qué estarán haciendo ahora mismo!*

*Seguimos en contacto, según como me vaya, te mando otro e-mail. Sabes que te quiero, ¡¡¡hasta luego guapetona!!!*

## 21

Pulsó enviar, y sonrió. Aquellos e-mails le daban vida a los oscuros días a los que se veía sometida.

El sótano de la casa era gigantesco, nadie había bajado aún; no obstante, los dos niños se habían adentrado para indagar en los más oscuros rincones de la casa.

Ambos andaban a tientas, hasta que James encontró el interruptor de la luz. No se veía con claridad, pero ellos prosiguieron investigando. Todo estaba cubierto por sábanas que en algún tiempo fueron blancas. Las paredes estaban desconchadas y lo demás era puro polvo, pero lo que más incitaba la curiosidad de los dos niños era qué había bajo las sábanas.

–¡Bryan! He encontrado una pasada de espejo, ven a verlo –exclamó James.

–Yo acabo de descubrir otro, ¡vamos a quitar todas las sábanas! ¡Esto es genial, son todos gigantescos!

Fueron despojando los espejos de las pesadas telas que los protegían. No había uno igual al otro. Todos tenían algo de maravilloso, y de tanto misterio, que no se podía explicar. Tan solo quedaba uno, el más pequeño de todos ellos. Bryan lo descubrió, mientras su amigo se miraba en cada uno. Descubrió el más humilde, y que no estaba adornado con angelitos, ni con ornamentos recargados.

Al pie tenía nada más que una simple frase en un idioma que desconocía. Se observó en el espejo con mucho interés y vio su rostro más pálido y ojoso. Al mirarse la parte de abajo dio un salto hacia atrás. Su reflejo respondía a él en todo, menos en las ropas; allí podía ver que vestía ropas distinguidas, pertenecientes a otro siglo. Muy despacio volvió hacia el espejo; no podía ser real lo que mostrara antes.

Entonces se vio a sí mismo con su sudadera roja, sus vaqueros y sus deportivas rojas.

Tal y como era. Suspiró y, de repente, no le hizo tanta gracia estar allí.

–James, mejor nos vamos al jardín. Además, mi hermana nos estará buscando.

–Ahora que estaba entretenido –suspiró y siguió a su amigo hacia las escaleras.

Cuando salieron tuvieron un encontronazo con Brooke, que llevaba un buen rato buscándolos por toda la casa. No podía imaginarse que hubieran bajado al sótano, pues hasta ese momento nadie lo había hecho. Con los brazos en jarra, se quedó plantada frente a su hermano, a la par que él, con cara de inocente, intentaba quitarle hierro al asunto.

–Mira enano, llevo un buen rato dando vueltas buscándote. Si te piensas que voy a ser tu niñera andas muy equivocado; ve a la cocina, mamá ha dejado algo para merendar –dijo entornando la mirada, y luego se volvió mascullando–.

¡Maldito crío!

Un claxon sonó en el exterior: era el padre de James. Un joven arquitecto que estaba renovando casas antiguas en el pueblo, y por lo viejo que era Iceground, tenía

## 22

trabajo de sobra. James se despidió de su amigo, y salió disparado hacía el coche de su padre, mientras él mantenía una conversación bastante interesante con el relojero, ya que parecían tener intereses comunes. Los dos eran tranquilos, amantes del hogar y forasteros dentro del círculo de Iceground. Se despidieron, no sin antes quedar en preparar una cena para reunir ambas familias. Bryan estaba encantado de que su padre hubiera hecho buenas migas con el de James, así tendrían más oportunidades de estar juntos.

–¡Venga! ¡A hacer los deberes, que dentro de poco cenaremos! –espetó Alfred al

verlos de brazos cruzados.

Los dos se desperdigaron, cada uno a su cuarto con sus respectivos quehaceres. Brooke era incapaz de tocar ningún libro hasta que no se asegurase de que aquellas chicas no estaban encerradas en el cementerio. No obstante, sería mejor que lo intentara porque, pasara lo que pasase, al otro día tenía que ir a clase. Hizo algunos progresos con el trabajo de matemáticas, aunque sociales prefirió delegarlo para más adelante. Ya le bastaba con lo que había hecho. De haber estado con Emily es probable que hubiera terminado con toda la tarea. ¡Con ella todo era tan sencillo!

Ahora, con su amiga a miles de kilómetros de allí, la vida se le había puesto en contra.

Bryan aporreaba con fuerza la puerta de su hermana; era señal de que tenía que bajar a cenar. Al cruzar el pasillo tropezó con los escombros que estaban esparcidos por el suelo. Maldijo una vez más la hora en que se habían mudado a aquella maldita casa, donde todo eran obras, en medio de un pueblo nauseabundo. En definitiva, odiaba su vida desde que había llegado a Iceground; desde el primer instante en que se adentraron en él, supo que aquel no era su lugar.

Durante la cena Bryan no cesó de contar sus peripecias en el colegio; sus padres, encantados de que le fuera tan bien, no insistieron en que comiera más deprisa. La expresión de Brooke denotaba cansancio. No soportaba la voz cantarina de su hermano, entusiasmado con su nueva vida. Ella ya no tenía nada, todo había quedado atrás... pero el renacuajo aquel...se decía Brooke para sus adentros, ¿Cómo hará para estar siempre tan feliz? Siguió picoteando el brócoli que, aunque no le gustaba, ya era lo de menos. En un momento dado, Marie miró a su hija con cierto pesar.

A la joven no le gustó aquella mirada llena de compasión, así que pidió permiso para retirarse, con la excusa de que le dolía la cabeza. Sus padres hicieron un gesto afirmativo, y Brooke fue directo a su habitación. Una vez allí se colocó los auriculares y se regocijó entre notas tan deprimentes y de acordes distantes como ella misma.

## 23

Las horas pasaron y la chica se quedó dormida. De pronto despertó asustada, ¿qué

hora debía ser ya? Miró su móvil, eran las 22,35. Ya era hora de hacer una visita a los muertos, y descubrir si había vivos entre ellos.

No tuvo ningún problema para salir a hurtadillas y llegar al camposanto: logró arrastrarse por el suelo para colarse por el hueco existente en una de las paredes traseras del cementerio, ya que la puerta principal estaba cerrada a cal y canto.

Encendió la linterna; esta vez no llevaba consigo su bloc de dibujo, porque el asunto que la había conducido hasta allí era muy distinto: encontrar a las tres chicas desaparecidas.

No sabía dónde estaba situado el mausoleo de los Watts, así que comenzó a deambular entre las tumbas, hasta que divisó que en la parte noreste había mausoleos de mayor rango, y se diferenciaban a bastante distancia de las tumbas más humildes.

Con seguridad debía estar allí lo que andaba buscando.

Un crujir de pasos la puso en alerta, y una luz inoportuna la obligó a esconderse tras una lápida: era el vigilante. Sus pasos eran poco precisos, parecía que no podía sostenerse en pie. Ya había escuchado hablar de aquel hombre y su debilidad por el alcohol. Su aspecto era mediocre, ropas viejas y sucias, lucía una melena canosa totalmente desaliñada, barba de años, y una prominente joroba. Empinó la botella que llevaba en la mano buscando el último trago, luego se limpió la boca babeante con la manga. No podía mantener el equilibrio. De pronto, cayó de bruces con la botella de vino en una mano y la linterna enfocando el rostro de Brooke en la otra. La chica, con los ojos como platos, dio un respingo, y luego se acercó muy despacio para comprobar su estado: Estaba durmiendo la mona. No había de qué preocuparse, era muy probable que no despertara hasta el amanecer.

Aquello era un alivio, un problema menos del que preocuparse.

Fue esquivando nichos, con la precaución de que no hubiera ninguno destapado.

La estampa no podía ser más tenebrosa, cuando una bruma comenzó a expandirse por todo el terreno. Junto a una tumba encontró una maza, y la asió con fuerza.

Quizás tuviera que hacer uso de ella. Después de tanto tiempo sin abrir aquel mausoleo, era lógico pensar que estuviera cerrado; y si no, le serviría para defenderse de cualquier agresor que pudiera encontrarse, ¡todo era posible!

La maza pesaba bastante, así que la colocó sobre el hombro. La luz comenzaba a fallarle, y por unos breves instantes quedó a oscuras.

–¡Maldita sea! Justo ahora se me agotan las pilas, ¡mierda! –maldijo en voz alta.

La golpeó y la luz volvió de nuevo, aunque no sabía si aguantaría todo el trayecto. Eso fue un gran despiste. ¿Cómo no pensó que la noche anterior, mientras dibujaba, gastó gran parte de las pilas? De cualquier forma, ya estaba frente al

## 24

mausoleo. Sin duda era el más recargado, con dos gárgolas enormes que lo custodiaban. En el centro, una gran cruz de mármol se alzaba sobre todas las tumbas.

La puerta estaba cerrada a cal y canto, tal y como se imaginaba. Un gran candado impedía la entrada. Al acercarse, pudo alumbrar el interior a través de las rejas de hierro. No encontraba nada que le llamase especialmente la atención. Un panteón en el centro, situado al fondo, un altar desnudo, y detrás, un crucifijo dorado que no parecía tener gran valor. Negó con la cabeza, allí no había nadie. Miró a su alrededor asegurándose de que no tenía compañía. Tan solo se divisaban las sombras de las tumbas como espectrales fantasmas. El silencio del cementerio le parecía más oscuro que ninguna noche; en verdad, para la chica no era una noche normal: podía sentir el peso de la oscuridad tras ella.

Enfocó la luz directo al suelo, y pudo ver algo que brillaba. Era diminuto, tal vez no fuera nada, pero valía la pena averiguarlo.

Se dio a la suerte de que el vigilante no despertara, y decidió comenzar lo que había ido a hacer: indagar sobre aquella fantasía que no la abandonaba. Asió la maza con energía, y la golpeó contra el candado. Ni se inmutó. Una vez más repitió la operación, y el enganche empezó a torcerse. Las gotas de sudor comenzaron a resbalar por su frente, aún estando a varios grados bajo cero. Era necesario continuar.

Tenía que aporrear con más fuerza. Esta vez puso todo su empeño en el golpe, y el candado, finalmente, cedió.

Respiró hondo, cerró los parpados con fuerza, ¡era la hora de la verdad! Se acercó al objeto que había llamado su atención: era un pendiente. Lo dejó donde estaba, sin tocarlo pues podía tratarse de una prueba. Sin darse cuenta, sus pensamientos resonaron en toda la estancia.

–No creo que los muertos usen uno de estos –dijo en voz alta mientras lo miraba con curiosidad, ya que se trataba de un pendiente de oro blanco en forma de rosa.

Siguió investigando, al tiempo que se mordía los labios por el nerviosismo. Tan solo había una tumba; eso le extrañó muchísimo. Si sus antepasados se remontaban a tantos siglos atrás, ¿dónde se encontraba el resto?

Aquello le dio qué pensar.

Rodeó el panteón central; era de mármol tallado finamente con incrustaciones doradas que la mostraban demasiado ostentosa. Otras gárgolas protectoras hacían las veces de ángeles custodios. Dentro, bien resguardado, estaría el ataúd del viejo Watts. Dirigió la linterna hacía el suelo: no encontró nada en absoluto. Prosiguió su búsqueda pasando por el altar, el cual le pareció igual de pomposo que el panteón.

## 25

Hizo una mueca de desagrado. Lo único que le agradó fue el crucifijo; era fino, y de un dorado envejecido. Tal vez era lo que más valor tenía de todo cuanto había allí.

—Tal y como lo veo yo... —musitó—, este pueblo es hijo del diablo —y giró la cruz en una vuelta de ciento ochenta grados.

Sin embargo, volvía a su posición. Rebuscó por el altar, no tuvo suerte. Y volvió a intentarlo con el crucifijo, tal vez hubiera pasado por alto algún detalle. Pensó que eran tres chicas las que estaban desaparecidas, si le daba tres vueltas, quizás...

Al girar tres veces y quedar el crucifijo boca abajo, quedó inmóvil. El suelo comenzó a temblar haciendo que la chica cayera, golpeándose con fuerza las rodillas.

Un chirriante ruido le llamó la atención. Ante su asombro, el panteón se retiró hacia la derecha dando paso a un subterráneo maloliente. Hasta ese momento no se había asustado; pero, tras aquello, supo que tenía todo el derecho de estarlo. No podía dar crédito a lo que sus ojos veían.

Haciendo acopio de sus fuerzas, caminó hacia el pasadizo. Encontró allí unas escaleras, y huellas recientes. Muy despacio, se animó a bajar los inhóspitos escalones. Iba atravesando densas telarañas que entorpecían su camino. Por muy despacio que caminase, sus pisadas resonaban con fuerza, estaba tan nerviosa que hasta eso le asustaba. Se obligó a seguir.

Una vez abajo, se quedó a oscuras de nuevo. No escuchaba nada, ningún ruido, tan

solo su respiración acelerada. Golpeó con fuerza la linterna, pero no la obedecía.

–¡Ahora no! ¡Por favor, por favor! –rogaba mientras seguía golpeando–. ¿Es que siempre me tienen que suceder estas cosas a mí? –balbuceó.

Decidió a caminar a tuestas, con las manos por delante para no tropezarse con nada. Su respiración se aceleraba cada vez más, las piernas comenzaban a fallarle.

Topó con algo que la hizo caer de bruces, la linterna salió disparada lejos de ella y, como un milagro, comenzó a iluminar. Entonces pudo ver dónde se encontraba. Lanzó un grito de horror; también, ¡la situación no era para menos!

A su alrededor había muchas tumbas, aquello era mucho más espacioso que la parte de arriba, en una esquina vio tres cuerpos acurrucados. La linterna los enfocaba directamente.

Las tres chicas estaban con los ojos muy abiertos, sucias, y con las ropas rotas.

Una de ellas tenía la boca abierta al máximo, como intentado gritar. Ninguna podía articular palabra. En sus rostros el horror estaba reflejado como en un espejo roto. Sus expresiones totalmente desfiguradas aterrorizaron a Brooke. En un intento vano de llamar a alguien marcó el número de su casa con el móvil, pero allí abajo estaba fuera del área de cobertura.

## 26

Se acercó a ellas con la intención de averiguar si estaban aún con vida, pero no atinaba a nada. De repente había olvidado todo cuanto sabía de primeros auxilios.

Entonces, salió huyendo.

Cuando hubo dejado atrás el mausoleo, se arrodilló y comenzó a llorar. Tenía que llamar a sus padres, necesitaba que la ayudasen. Marcó de nuevo el número. Su madre tardó bastante en contestar, y una vez que lo hizo, no podía escuchar la voz de Brooke.

La chica tampoco escuchaba a su madre que preguntaba ya enfadada: –¿Quién es?

Al final optó por llamar al número de emergencias, y dejar un mensaje corto en el que

les indicaba dónde podían encontrar a las chicas desaparecidas. Estaba destruida, y lo que más temía no era que la castigasen, o se enfadasen con ella: temblaba ante las preguntas que habrían de hacerle.

Bajo la noche cerrada se mantuvo inmóvil, tiritando, sin poder pensar con claridad en todo lo sucedido. Una bruma espesa volvió a cubrirla con su manto, apareciendo como una sombra fantasmal rodeada de oscuras tumbas. El único sonido de la noche que podía apreciarse era el jadeo de Brooke, y el eco del terror por la escena que acababa de presenciar.

Lloró con fuerza, hasta desahogarse por completo. Ya no podía seguir durante más tiempo allí, tenía que huir. Con pasos pesados se encaminó hacia el hueco por el que había entrado. El camino se le presentó arduo, tenebroso. Cuando por fin logró llegar, las fuerzas las tenía al mínimo, pero consiguió salir.

Sin mirar atrás huyó, a pesar de que sabía que no podría olvidar aquella oscura noche en su vida. La imagen de las tres chicas desaparecidas la perseguiría por siempre, sin importar adónde fuese.

## *Esperando*

Tras pasar la noche en vela, logró levantarse, aunque sin ánimos de abrir ni un libro. Las luces del sol penetraban con gran potencia sobre el apoyadero del sofá, color ocre, lo que hacía que brillara menos e irradiara poco calor. Estaba sentada sobre el frío mármol y su espalda dolorida estaba apoyada contra la pared amarillenta y sucia. Sujetaba su cabeza con sus manos, y éstas las tenía apoyadas sobre sus piernas, que caían vencidas en el suelo. No tenía fuerzas. Hizo que le sangrara el labio inferior de tanto mordérselo. Ni siquiera había dormido en su habitación. Al final decidió no ir a su casa, y caminó meditabunda hasta el Bridge, para que su familia no la viera en aquel estado.

La calle se le antojó más extraña de lo habitual. Olía a humedad, no como en otras ocasiones; su pelo se le había rizado y, extrañamente, aparecieron reflejos rubios, que desaparecieron con las primeras gotas de lluvia. El sol desapareció por completo. ¡Allí nunca saldría el arco iris! Pasó por varias callejuelas estrechas y malolientes atajos. Llegó al edificio mucho antes de que la campana sonara. Quedó sorprendida al ver que ya había gente allí, quizá muy diferente a ella, que llegaba pronto para no tener que soportar la cara ruda de sus padres en casa al ver que sus hijos veían pasar los minutos sin hacer nada. Estaba muy abatida.

Entró a trompicones a su clase, encendiendo la luz. No llevaba la mochila, el día se le presentaba bastante complicado en muchos aspectos. Abrió con fiereza las persianas, sus manos estaban ardiendo del roce con aquel material. Podía no haberlas abierto; el resultado, con seguridad, hubiera sido similar. Ocupó su sitio, ajena a lo demás, y abrió un cuaderno. Sacó su estuche del pupitre y comenzó a escribir palabras sin sentido, y dibujos difíciles e incomprensibles. Estaba volviéndose loca. ¿Había desarrollado algún poder ajeno a lo natural? Soltó el cuaderno con asco y lo tiró al suelo deslizando su mano. Se levantó y fue arrastrando los pies hasta el marco de la puerta, donde quedó apoyada y cansada.

No tardó casi nada en llegar Carla, la saludó con la habitual sonrisa y murmuró algo sobre las ojeras que aparecían alrededor de los ojos de Brooke quien, ensimismada en la pared, ni siquiera la escuchó. Sonreía vagamente para que no hiciera preguntas, la chica quedó conforme con aquella mueca maltrecha, sin hacer más comentarios relativo a su aspecto. Brooke salió disparada hacia el final del pasillo,

donde estaban los lavabos, se lavó la cara y pudo ver su rostro pálido en el espejo, y su labio lleno de sangre seca.

En verdad, tenía muy mala pinta. La mandarían a la enfermería, o quizá peor, al psicólogo del Bridge.

Harta del resto del mundo, se odiaba a sí misma. ¡Sí que era rarita! Debía obligar a Emily a enfadarse con ella. Emily era una gran persona que según la joven no merecía su amistad, debía centrarse en Andrew, y quizá juntarse con Ruth y la pandilla de tres al cuarto. Tenía que olvidarse de ella por completo, ahora más que nunca, era la peor compañía que podía tener.

Recordó con inquietud los rostros de las muchachas que habían desaparecido, y la dureza de su mirada clavada en sus ojos. Sudaba. Quizá tendría fiebre, no apostaría a decir que no. Volvió a sentarse en su sitio recorriendo de nuevo el pasillo.

Carla ya estaba con su amiga y, en secreto, comentaban lo ocurrido el día anterior.

Pudo oír varios insultos hacia su persona. No culparía a Carla de ello, ella se sentía culpable y no tenía nada más que discutir.

.

Todos murmuraban a su paso, el revuelo era general. La noticia de la aparición de las tres chicas había corrido como un reguero de pólvora. Necesitaban una cabeza de turco, y para eso Brooke les venía de perilla.

Cuando quiso darse cuenta sonó la alarma. Carson e Iván entraron en clase con su habitual vestimenta: ropa ancha, la mochila colgando sobre un hombro, una chaqueta y un balón de baloncesto –a punto de caerse– de su otro brazo. Detrás iban Thomas, Edward y Lukas Hamilton, mirando fieramente a Brooke, y avisando a Carson de que ya estaba allí. Dejó sus cosas y se acercó hasta su pupitre. Aún no había llegado la profesora de Ciencias Sociales, una mujer simpática y alegre, de las pocas que quedaban sin demencia senil, algo muy frecuente y triste en el centro.

–¡Hombre, si es la rarita que hace aparecer y desaparecer a la gente! ¿Cómo te encuentras, lechuza chivata? –pudo oír que Iván reía a sus espaldas, y todas las miradas de la clase, que le parecían miles, centradas en ella.

Brooke bajó la mirada. Entonces, Carson estiró y cruzó sus brazos con gesto chulo.

–Hola, Carson –dijo finalmente, sin mirarlo a los ojos.

Carson bajó su cabeza hasta encontrar su mirada con la de la muchacha.

–Mira niña, para embrujar a la gente vete a otro lado. Y si no aguantas a tus padres, no vayas a los de otros compañeros a contar la vida de su hijo. Dime, guapa, ¿quién fue el idiota que te dio mi dirección, o cómo la descubriste?

## 29

–Fue Iván Seth –respondió acariciando una cruz que colgaba de su pecho sobre un cálido jersey negro de lana–, él me dio tu dirección.

–¿Es eso cierto, Iván? –dijo girándose hasta él.

Estaba pálido al máximo. Era todo un espectáculo. No hizo falta que el otro asintiera para que se diera cuenta de que las palabras de Brooke eran ciertas.

–¡Idiota! –y le acarreó una colleja que lo hizo sentirse mareado.

Lukas, su mejor amigo, lo agarró del brazo para obligarlo a sentarse; después, Hamilton –así era su apellido– torció el gesto y sacudió su rubio flequillo para que se recolocara en su sitio: tenía esa manía.

Cabreado, Carson Mcguire se sentó en su pupitre al ver entrar a la profesora con un mapa en la mano y su tamagochi en la otra, pidiendo que tomaran asiento.

–Patricia, Kelly y Anne, como sabéis, han aparecido gracias a la intervención de nuestra nueva alumna Brooke Watts. Están en sus casas haciendo reposo. Al parecer no se encuentran muy bien, pero no les pondré falta –hubo murmullo general, y varias quejas por parte del alumnado–. Empecemos...

Cuando quiso concentrarse, la clase había llegado a su fin. Pasó el tiempo tan ensimismada en su propio mundo, que no era consciente de las miradas que se posaban sobre ella. Tampoco de que Carson estaba aproximándose hacia ella, con no muy buenas intenciones.

–Tú y yo teníamos algo pendiente, niña. ¿Cómo se te ocurre llamarme borracho en mi propia casa? Mi padre me ha dado varias hostias con el cinturón –mostró su vientre, y

era cierto—. No es violento; sin embargo, me juró que lo haría otra vez si me veía en una situación límite. Ahora debería pegarte yo, niñata —estaba delante de la mesa vacía del profesor, y Brooke lo miraba con desgana, no le tenía miedo.

—¿Te encuentras mejor, Carson? —Lukas, que lo estaba esperando, la miró fijamente, sorprendido por su falta de respuesta. Carson apretó el puño contra la mesa.

—¡Joder! Idiota, rara, imbécil es lo que eres... ¡Gótica de mierda! —Lukas observaba, admirado de que el semblante de Brooke no cambiara. Lanzó un gruñido y se dirigió hacia la puerta, donde todos estaban en el pasillo o en el patio degustando su almuerzo.

Brooke se encogió de hombros. Lukas no pudo evitar dejar escapar una sonrisa tímida que ella le correspondió, y el enfado de Carson fue aún mayor.

Semanas más tarde, la situación no había mejorado mucho, y más aún añadiendo el hecho del regreso de Kelly, Patricia y Anne. Sus padres estaban en

## 30

contra de la vuelta al instituto, pues no encontraban que estuvieran preparadas. En cambio, la opinión de los psiquiatras y psicólogos que las habían tratado era muy distinta, opinaban que no debían retrasar más el regreso, que para las chicas era importante volver a relacionarse. Nada más lejos de la verdad, porque las tres jóvenes parecían autómatas, que no lograban mezclarse con sus compañeros.

Durante la hora del almuerzo de aquel primer día, fueron acompañadas hasta la puerta. Los padres marcharon no muy convencidos de que aquello fuese lo mejor para sus hijas.

Anne iba adelante, vestida de verde. Sus ojos, del mismo color que la ropa, ahora sin brillo, miraban a su alrededor como inspeccionando todo por primera vez; su cabello corto castaño parecía más claro, y más lacio. Caminaba perdida, desorientada.

Kelly la seguía, y por último Patricia, iba repitiendo las mismas palabras una y otra vez: guardad vuestros secretos.

Nelly, que era la menos agraciada físicamente con respecto a sus amigas, irradiaba

una extraña sensación de miedo y angustia.

Anne se agachó y recogió la mochila. Brooke y Carson las miraron incrédulas, después encontraron sus miradas, en un gesto de no saber qué hacer. Sus rostros no decían nada; y, sin embargo, reflejaban la ausencia, el olvido, y el horror de no poder hacerlo. De pronto oyeron un sollozo. Anne estaba llorando, por más que seguía igual.

No hablaba, no miraba hacia ninguna parte.

–Odio los espejos –murmuraba Patricia mientras Anne lloraba sin consuelo. Era como si quisiera salir de su cuerpo... como si su alma llorase porque no podía más. ¿Tan doloroso era aquello que había visto?

La tormenta apareció igual que siempre, sin previo aviso. Un relámpago anunció la llegada de un trueno que hizo estremecer los muros del Bridge.

Rompió a llover, quedaron sin luz, y la clase se tornó en un conjunto de mil sombras grises que quedaban reflejadas en cada mota de polvo. Algo siniestro. Era igual al llanto de una niña pequeña. Brooke no pudo más y se acercó con una gran sensación de impotencia. Apoyó su mano en el hombro de Anne.

–Retírala, hija de Satanás –dijo al fin, Kelly. No la estaba mirando. Lukas huyó despavorido a avisar al psicólogo del centro.

–Anne –Brooke hizo caso omiso a las duras acusaciones de Nelly–. ¿Estás bien? ¿Qué demonios visteis allí dentro? ¡Dímelo, por favor! –hizo una pausa para mantenerse entera–. Necesito saberlo –musitó.

–Espejos... –dijo Patricia al fin–. Yo sé un secreto.

Brooke se apartó varios metros de las muchachas. Escucharon un fuerte trueno, y la luz entró en los ojos de las tres muchachas, al menos así lo parecía. Gritaron.

## 31

Anne cayó de bruces contra el suelo y se encogió en sí misma. Llorando. Siempre sin hablar. Patricia era la única que lo hacía.

Lukas Hamilton regresó con el psicólogo, un hombre fuerte y gordo, con las primeras

canas salientes y dos quevedos encima de su nariz. El psicólogo se llamaba Fernando. Según había dicho a Lukas, en la sesión no pudo hacer nada por ellas.

Parecían estar embrujadas.

–Anne –dijo Fernando–, levántate, cariño –le tendió una mano.

Anne la rechazó con crueldad y gritó, tiritando de frío. Fernando intentó presionar el interruptor, pero no funcionaba. Las personas que pasaban por el pasillo empezaron a avisar al resto de alumnos y ya rondaban la centena, cuando Fernando dirigió unas palabras a Patricia: –¿Qué quieres decir con eso de los espejos?

–El juego del espejo. ¿El juego de espejo? Yo sé un secreto.

Fernando entornó los ojos. Estaba nervioso. Colocó las gafas de nuevo en su sitio y respiró hondo, a la vez que se acercaba a Kelly.

–¡Hijo de puta! –le gritó, y le escupió a la cara.

Fernando bajó la vista.

–Nunca había visto nada así, chicos. Creo que es mejor que aviséis al director y salgáis de aquí.

Brooke tenía lágrimas contenidas en los ojos. No podía evitar sentirse culpable.

Esas chicas habían muerto de alguna manera desde que se quedaron encerradas en aquel lugar. Recordó cómo se sentía mientras lo había dibujado.

Carson y Lukas Hamilton abandonaron la clase, no sin echar una última mirada a Brooke. La trataban como a una bruja del siglo pasado que hubiera que quemar en la hoguera. ¡Era injusto! ¡Era inocente!

Kelly recogió un lapicero del número dos y lo miraba como si se tratara de la flor más bonita, lo observaba con cariño, e hizo un esbozo de sonrisa. No era consciente de dónde estaba. Lo levantó al aire... ¡Se lo iba a clavar en el cuello a Fernando! Estaba decidida y miraba con unos ojos que no eran los suyos.

–Los ojos son el reflejo del alma, como los espejos ¡Malditos sean! –gritó enajenada y ausente al mismo tiempo.

Brooke intervino con la intención de controlar su ira, aunque por más que se esforzó

cuanto pudo, su compañera estaba poseída y eso le daba una fuerza sobrenatural. Recurrió a sus últimas reservas en un forcejeo intenso, y logró que cayera al suelo. La otra joven contraatacó con una violencia inusitada, su comportamiento se alejaba de la realidad. Logró apaciguarla, mientras que todos los presentes quedaban perplejos por lo que acababan de ver. Susurraban y todas las bazas no estaban a favor de Brooke. Hubo quien se atrevió a preguntar, a lo que la

## 32

chica hizo caso omiso. Ésta se colocó junto a Carla, alejada de la clase, y tras una señal de su amiga se alejaron, no sin antes dedicarles una mirada de resentimiento.

Sabía lo que todos pensaban de ella.

El psicólogo también abandonó la habitación.

Las semanas que le siguieron, no fueron mejores; los alumnos del Bridge estaban conmocionados, al igual que todo el pueblo en general. Nunca **había** sucedido algo tan macabro en la región. Todos dirigían sus miradas hacia los Watts.

Les parecía demasiada coincidencia que todos aquellos sucesos hubieran acontecido tras la llegada de los parientes del “Maestro de los espejos”.

En casa de los Watts, los padres de Brooke día tras día veían que su hija iba cayendo en picada hacia el vacío; y, sin embargo, no lograban encontrar una solución, no tenía sentido todo aquello. No sabían qué hacer para salvarla. Para ellos, toda la alegría de la casa era Bryan, que seguía trayendo amigos a su casa como si tal cosa.

Extrañamente, los padres de los niños ya no los traían, ni los venían a buscar. Bryan decía que estaban demasiado ocupados, y ya que el pueblo no era muy grande; en definitiva, no había grandes distancias.

Una vez más, de madrugada, la joven gótica acudió al cementerio, en esta oportunidad iba preparada con su bloc de dibujo, y una linterna. El vigilante casi choca con ella cuando estaba sentada frente al panteón de su familia, por más que, al igual que en la anterior ocasión, no descubrió su presencia. Vestida de negro riguroso lograba mezclarse con las sombras de la noche. En cuanto dejó de verlo, encendió de nuevo la linterna. Ya no se le apagaría, pues llevaba pilas de repuesto. Tomó asiento

cómodamente, con las piernas cruzadas frente al mausoleo. No pensaba volver a entrar; aunque algo en su interior la empujaba a hacerlo, esa noche optaría por dibujar el mausoleo desde fuera. Tras los primeros débiles trazos, siguieron otros más definidos que fueron formando su estructura. Cada vez se sentía más cómoda en el cementerio, ¡era mejor que estar en aquella casa llena de antiguos retratos de sus antepasados! Todos parecían espiarla y, por descabellado que fuese, le parecía que las paredes tuviesen oídos, al igual que sus antepasados. Sentía que la observaban continuamente; en cambio allí, su espíritu reposaba. En un principio se le hizo incómodo, pues estaba acostumbrada al cementerio de la ciudad, pero tras unas cuantas visitas furtivas se había ido acomodando.

El boceto prosperaba, y antes de lo pensado, estaba concluido. Lo guardó junto a los otros, le daría los últimos retoques en su casa, con más luz. Sin embargo, todavía no sentía ganas de volver. Prefirió quedarse otro rato.

## 33

Se acercó a las rejas, y percibió un olor bastante desagradable. Un calor insoportable procedía del mausoleo, por más que no había indicios de fuego. Las paredes asemejaban carbones ardientes, y de sus fisuras sobresalía un líquido espeso, anarajando y eruginoso. Soltó los barrotes dando un salto hacia atrás, se había quemado las palmas de las manos. Aún así no sintió temor, estaba confundida eso sí, pero no aterrada como se suponía que debía estar en una situación como aquella.

Tomó de nuevo su bloc, y comenzó un nuevo boceto, esta vez del interior. Lo reflejó tal y como se le presentaba ante los ojos. Dio gracias a que sus padres nunca husmeaban en sus cosas, porque con toda seguridad esos bocetos no les hubieran parecido muy normales. De pronto, todo volvió a la normalidad, nada había de extraño frente a ella y, sin embargo, todo se le antojaba extraordinario en aquel mausoleo.

Las sombras más siniestras de la noche cubrían las tumbas; ella caminaba a paso lento, sin prisas, casi arrastrando los pies. No tenía apuro por llegar a su casa y, en cambio, no le quedaba otra que habitar en ella, aún aborreciendo aquella mansión.

Igual llegó y, como siempre, logró entrar a su habitación sin problemas. No encontró a nadie, todos dormían profundamente. Ella, en cambio, prefirió seguir ocupándose de sus bocetos. Trabajó en ellos hasta el amanecer. Por suerte no tenía clase, había

llegado el fin de semana por fin, aunque no supiera qué hacer.

Los dos últimos bosquejos se le hicieron extraños, una sombra misteriosa aparecía al fondo... ella no la había dibujado, ¿o sí? “Tal vez estoy más pirada de lo que me creía” –pensó. De todas formas, aquellas sombras no estaban cuando estuvo en cementerio. Tenían que haber aparecido al llegar a casa, ¿cómo? No lo sabía.

Se tiró en la cama vestida, y decidió dormir. Estaba agotada de su salida nocturna, necesitaba descansar para ver todo con claridad. Ya pensaría en todo aquello más tarde.

Una ráfaga de viento abrió la ventana de su cuarto con brusquedad, los dibujos quedaron esparcidos por toda la habitación. Brooke dormía profundamente y no se percató de aquello.

Una mano giró el pomo de la puerta de la habitación de la chica, la mujer se acercó con la intención de cubrirla con una manta, su gesto reflejaba preocupación.

Divisó los papeles esparcidos por la habitación, y tras mirarlos con detenimiento, los colocó sobre la mesa. Luego cerró la ventana y marchó con expresión grave.

## 34

### *Capítulo V*

#### *El espejo de los disfraces*

Al día siguiente, la tarde cayó como un pesado manto sobre Iceground, acompañado del terrible olor al que poco a poco iban acostumbrándose, a la vez que su olfato se atrofiaba. Un nuevo ejemplar del *White Snow* caía sobre las manos de los pueblerinos, que leían con detenimiento el caso de las tres muchachas desaparecidas.

Lejos de esta realidad, los padres intentaban ocultar la verdad a sus hijos menores, para que no tuvieran motivos para temer. Bryan tiraba de la pequeña mano de Selena

como si fuera un saco de patatas, a la par que ella intentaba escapar de las garras del niño. Selena era, por lo general, muy pálida, pero en aquellos momentos estaba arrebolada por completo.

–¡Por favor, suéltame, Bryan! ¡Anda!

El niño no le hacía caso. Subió los escalones de madera haciendo que sus pasos resonasen por toda la casa. Solo estaba Brooke, aparte de los dos niños. No corrían peligro.

Una puerta de madera. Ahí se detuvieron. Selena pasó la mirada varias veces mostrando un gesto desagradable ante el deteriorado estado de la portezuela.

–Vamos, Selena –dijo Bryan, a la vez que abría la puerta chirriante–. Entra, quiero enseñarte una cosa.

Ella dio un último vistazo al recibidor, intentando memorizar la escena en su cabeza; también guardó la media sonrisa que dibujó la niña en su rostro. Soltó su mano y sintió que algo faltaba. ¡El calor que irradiaba! Aquello era el principio de una gran amistad.

–¿No puedes entrar tu primero, por si las moscas?

–Yo no veo ninguna mosca –dijo sonriendo con picardía–, pero de acuerdo. Te haré el favor.

Selena sonrió. Vio que Bryan entraba sin miedo. Ella le siguió el paso.

Al principio todo estaba muy oscuro. Sin embargo, sus ojos no tardaron en acostumbrarse a la falta luz. Cientos de sombras de diferentes tonos grisáceos se entremezclaban en las paredes como sombras chinas. Parecía haber varias ráfagas de viento brillantes que caminaban dentro de la habitación. Eran espejos. En realidad, parte de ellos, porque una gran manta cubría el resto.

## 35

–Selena, ¿te acuerdas de la señorita Carola?

–¿La de Conocimiento del Medio? Por supuesto. ¿A qué viene eso ahora?

–Nos hablaba de los acontecimientos que ocurrieron en el pasado. Nos contó que antes no vestían igual.

–Sigo sin entenderte, Bryan.

–Espera, y verás –entonces quitó una sábana blanca de cuajo.

Selena abrió la boca. Iba a palpar el espejo, hasta que Bryan le sugirió que no lo hiciera, sin saber por qué, ¡quizá acostumbrado a las broncas de su madre! La niña dio varios pasos atrás para evitar tocarlos. ¿Cuántos había? ¿Miles? No tantos, ¡pero eran tan grandes... con sus marcos de madera alrededor de diferentes formas!

Quiso gritar cuando vio que su reflejo comenzaba a volverse borroso, y su ropa empezaba a cambiar desde los pies, siempre como un espejismo, sin una imagen nítida a la que aferrarse para decir con seguridad qué ocurría. Miró sus manos, medio transparentes. Frente al espejo, de pronto su pelo se llenó de tirabuzones, y creyó oír una voz que le hablaba.

Entonces cerró los ojos para dejarse llevar en torbellinos de sentimientos y colores, debatiéndose entre la realidad y la ficción.

–Secre... –susurró la voz. En aquel momento pudo escucharla también Bryan, que en ningún momento estuvo frente a un espejo, por más que estaba sorprendido de igual forma, aunque quizá no tanto como Selena.

Entonces el muchacho agarró a Selena y la separó, haciéndola caer con brusquedad contra el suelo; ella parpadeó varias veces, confusa.

A la hora de merendar, y por una vez, Brooke los acompañaba. Sentados en taburetes frente a una alargada mesa que a la vez era parte de la cocina, comían sándwiches de jamón, queso y ketchup o tomate.

Brooke fue más amable de lo habitual, y hasta preguntó a los críos cómo les había ido durante el día. Ellos rieron y se lanzaban miradas.

–Bien –contestaron secamente.

Brooke reía con ellos.

–¿Qué os pasa?

–Nada, nada, hermanita, de verdad –murmuró Bryan.

Brooke odiaba aquel tipo de situaciones.

–Pues bien, niño. Te veo muy contento, si estás con esta niña quizá querrás que mamá lo sepa y... –Brooke vio cómo la cara del muchacho se iba encendiendo.

–¡Selena Mcguire no es mi novia! No tienes nada que decirle a mamá.

Brooke palideció de pronto.

## 36

–¿Mcguire has dicho? –repitió ante la mirada furtiva de la muchacha.

–Sí –repuso ella tímidamente–. La hermana de Carson –aclaró dijo como si todo el mundo lo conociera.

Brooke no sabía dónde meterse. Tapó su rostro con las manos y volvió a levantar la vista, completamente colorada. Carson, uno de sus peores enemigos, tenía una hermana pequeña. ¡La hermana pequeña que estaba en su propia casa!

–Bryan, ¿podemos hablar un momento? –Brooke hizo que su hermano se levantara y tiró de él hasta el pasillo, traspasando la puerta con un cristal traslúcido. Bryan la miró perplejo, sin comprender–. No te juntes con una Mcguire, solo te traerá problemas, enano.

–Pero ¿por qué? Si es encantadora –replicó arrebolado–. No te entiendo. Hace un momento era mi novia y ahora debe ser... ¿Mi peor enemiga? ¡Vamos, tía!

–Bryan –le apretó la mano contra su muñeca hasta que el niño dibujó una mueca de dolor–. ¡No es recomendable!

–No te entiendo –contestó mirando a la muchacha, que merendaba tranquilamente. Volvió a encontrar la mirada de su hermana.

–Carson Mcguire es una mala persona. Esa familia de ricachones envenenados, no nos

interesa.

–Haré lo que me dé la real gana, Brooke, y si tienes algún problema díselo a mamá. No entiendo por qué le tienes manía a la pobre. Si su hermano te cae mal, es cosa tuya. ¡Suéltame!

Brooke lo dejó ir y subió a su habitación, habiendo merendado a medias.

Encendió la pantalla del ordenador, bajó el volumen y puso una de sus canciones favoritas. Suspiró, y abrió un nuevo correo, mirando la mochila, los libros y los cuadernos sin abrir. Repetiría el curso, seguro, a pesar de que había sido dotada de una gran inteligencia. No tenía ningún correo nuevo, así que ella abrió uno en blanco.

Necesitaba contar sus vivencias a alguien, aunque fuera a la distancia.

*Para Xxx de Zzz:*

*¿Puedes creer que la mejor amiga del renacuajo es una Mcguire? ¡Hermana de Carson! Discutí con Carson, ¡me quiere matar! La niña se llama Selena, rubia, monísima ella, con esa mirada tan furtiva. Yo me reía de los dos, porque no paraban de mirarse, y es seguro que tienen secretos. Yo añoro eso, antes me pasaba con Andrew... (Por cierto, ¿qué tal está? Si tiene e-mail, dámelo) y claro, me vi reflejada, pero les picaba diciendo pues eso, que eran novios. Y al final su apellido salió a la luz.*

*(Puso la canción de Marilyn Manson, If I Was Your Vampire) ¡Qué asco de vida! Ya han vuelto a clase las chicas que desaparecieron.*

## 37

*No tengo nada más que contarte. Sé que tienes telepatía y que sabes cómo me siento.*

*Te quiere, Xxx*

En el otro lado de la casa, con más exactitud en el sótano, los espejos habían sido destapados, y las sábanas yacían en el suelo, perdiendo la luz y los reflejos que tomaban cuando tapaban los espejos. Un grito ahogado. Los espejos comenzaron a

despertarse, lentamente, siempre lentamente. Reflejos de niños en el suelo, vestidos como a final de siglo. Palabras sueltas se escribían encima de rostros sin nombre.

“Juegos”, “Secretos”, entre otras palabras borrosas que aparecían sin ningún decoro.

La imagen más concreta era la de un niño con tirabuzones rubios; su rostro en el espejo era amarillento y plateado a la vez, sin colores concretos... usaba zuecos grandes de madera, calcetines blancos hasta la rodilla tapados por un pantalón ancho, una camiseta con cuellos blancos y una chaqueta que, obviamente, le apretaba.

Parecía querer sonreír, por más que sobre sus grandes ojeras quedaban restos de lágrimas. Estaba encerrado. Era como un alma.

Algo cayó al suelo. El niño dio la vuelta y salió corriendo, quedando solo el espejo vibrando. Aquello parecía un conjunto de espejos embrujados, de disfraces. No era normal, de eso no había ninguna duda. Empezaba algo...

Si no tapaban pronto los espejos, quién sabría los terribles acontecimientos que podrían ocurrir... Y ocurrieron, porque siempre se habló de la mansión embrujada de los Watts.

Por lo que podía suponerse, todo había comenzado cuando Steven Watts era un niño. Le ocurrió algo especial, su madre –su padre no estaba vivo–, heredó de su marido, el padre de Steven, un montón de espejos. No cabían en la casa, así que los guardaba en unos grandes almacenes. Steven pronto conoció a Margaret, su musa, la mujer de sus sueños. Compraron la mansión –que ya por entonces estaba bastante alicaída–, y guardaron los espejos en el desván. Tras muchos sucesos sospechosos, Steven tapó cada espejo con una sábana; ni siquiera los limpiaba ya, aunque cada noche cogía su butaca vieja y se sentaba frente a ellos, como si fueran a despertar de un largo letargo.

Esa era la versión oficial. Aunque en realidad no ocurrió así. La versión original era que Steven recibió aquel nombre por ser el mismo de su padre. Éste compró aquella mansión y encerró allí los espejos inútiles que nunca consiguió vender o subastar. Lo cierto es que una noche ocurrió algo espectacular. Al principio, Steven estuvo contento, pero a medida que transcurrían los días, Iceground fue el pueblo donde más desapariciones estaban ocurriendo.

Se volvió solitario y silencioso. Solía encerrarse en el desván, hasta que un día a él también le tocó desaparecer. Contaron muchas versiones sobre el hecho.

Escribieron su historia. En realidad es poco lo que se conoce. ¿Quién sabe lo que ocurrió aquella noche? ¿Quién sabe quién fue realmente Margaret, si era una persona tan siquiera, o era el nombre de un espejo? Todas son especulaciones...

De todos modos, nadie conocía todos los detalles de la historia del viejo Watts, tan solo él, y cuando murió en circunstancias extrañas, se llevó a la tumba todos los secretos.

## Capítulo VI

### *Los zapatos nuevos de Bryan*

Marie andaba por la cocina con cierto nerviosismo... algo la inquietaba, aunque no podía hablar de ello con su marido. Preparó la comida mucho antes de lo previsto, tenía bastante prisa. El trabajo se le acumulaba, y por si fuera poco, tenía que visitar unos cuantos pueblos de los alrededores para concluir el trabajo en el que estaba enfrascada. Por más que, en realidad, ese no era el mayor de sus problemas; sus temores estaban centrados en Brooke. Desde que llegaron allí, no tenían una buena comunicación; se sentía hasta extraña frente a su hija. Se habían convertido en dos desconocidas. Antes solían hablar bastante, tenían una excelente relación. Ahora, toda esa unión se había quebrado al instalarse en Iceground. Luego...estaban esos malditos dibujos que no podía quitarse de la cabeza desde esa mañana. Eran demasiado siniestros, incluso para ser suyos. “Ha cruzado los límites de la oscuridad”

–pensó Marie. Debía mantener una conversación con su hija, y cuanto antes fuera, mejor.

–Bryan –llamó a su hijo aprovechando que lo había visto pasar.

–Dime, mamá –contestó muy solícito.

–Avisa a tu padre y a tu hermana que la comida ya está en la mesa. Que se den prisa, si no, comerán pollo frío –lo apremió.

Bryan salió a la carrera, dispuesto a obedecer la petición de su madre. No tardó en volver, tomó asiento, y se dispuso a comer, por más que tuvo que esperar hasta que su padre y Brooke acudieran a la mesa. La chica lucía unas horribles ojeras por no haber dormido. Todos observaron su mal aspecto, pero tenían por costumbre no sacar los problemas a la luz a la hora de comer. Ese momento del día era para reunir a la familia en un buen ambiente, y conversar de temas que no ocasionaran conflictos.

De lo que nadie se percató fue de los nuevos zapatos que lucía Bryan, eran de charol negro. Una lazada de raso los hacía demasiado ostentosos para esta época; sin embargo, el niño parecía orgulloso de llevarlos. Todo el tiempo los miraba con orgullo.

–Bryan, come y deja de mirar al suelo –le advirtió su padre, cansado de ver que no comía.

–Sí, papá –dijo sonriente, con gesto de felicidad.

Los padres se miraron orgullosos de tener un hijo con tan buen carácter, nada conflictivo, estudioso, obediente. No encontraban ningún defecto en él que no tuviera

## 40

remedio con una pequeña charla. En cambio, con Brooke todo era tan distinto. Marie hubiera deseado que los dos hubieran salido igual de sociables, de cariñosos, pero sabía que no, jamás serían parecidos ni por asomo. Todo entre ellos eran diferencias, eran lo mismo que el día y la noche. La chica era su mayor preocupación, y se culpaba de no haberle dedicado más tiempo desde su llegada a Iceground. Todo eso tenía que cambiar, antes de que fuese demasiado tarde.

Brooke masticaba los trozos de pollo con desgana; no tenía hambre, y la comida tenía un aroma que no le gustaba, era como si su carne estuviera putrefacta. El olor por momentos parecía más intenso, y tuvo que levantarse de la mesa precipitadamente. Tropezó con los escalones antes de llegar al baño, y una vez allí vomitó cuanto había comido. Hubiera pasado perfectamente por una anoréxica, pero lo cierto es que su estómago estaba muy revuelto y no estaba nada bien.

Todo cuanto escupía era una masa negra, viscosa, que olía a podredumbre, tal como el petróleo. Ella misma se asustó, y corrió alarmada, ahogando un grito.

“¿Qué narices me está ocurriendo?” –se preguntó.

Tiró de la cadena, la presencia de aquel asqueroso vómito era insoportable.

Lanzándose sobre el lavabo, observó su rostro en el espejo; los dientes y los labios estaban del color del vómito: completamente negros.

Cogió el cepillo de dientes, y limpió con tal fuerza los dientes, que las encías le

comenzaron a sangrar. Repitió la operación un par de veces. Luego, con rabia, tiró el cepillo al cubo de deshechos. Volvió a apoyarse sobre el lavabo, y se miró de nuevo...

estaba limpia y, en cambio, ¡se sentía tan sucia! No lograba entender qué le estaba aconteciendo.

Se tiró contra el frío mármol del baño y sintió escalofríos en cada poro de su piel, así que apoyó la cabeza entre sus dos piernas, mareada. No podía decírselo a Marie, no contaba con pruebas, y la tomarían como una enferma mental. ¡Incluso La encerrarían en un psiquiátrico! Se sentía desfallecer, todo estaba demasiado oscuro para ella, y no era solo por el hecho de haber entrado en la etapa de la adolescencia, la más difícil de todas ellas, cuando una persona empieza a madurar y aún no sabe lo que quiere y lo que no.

“No quiero morir” –pensó.

Regresó a la mesa, presumiendo de una normalidad de la que carecía, y pidió disculpas por haberse marchado de aquella manera. Todos degustaban el pollo con placer, ¿qué era lo que le estaba pasando a ella?

–¿No comes más?

–Tengo mal el estómago, en tal caso luego picaré algo –contestó a su madre que la observaba con gesto grave.

## 41

Marie no estaba para nada convencida con esa respuesta, y comenzó a pensar si su hija no sería bulímica, ya que no encontraba una explicación más razonable a su comportamiento en general. Un trastorno alimenticio podía causarle muchas deficiencias en otros aspectos. No dejaba de observarla con el rabillo del ojo, y aunque su disimulo era extremo, Brooke se daba cuenta de lo que ocurría.

Por la tarde, Brooke salió al jardín; o, mejor dicho, en lo que un día lo fue. Atisbó pequeñas figuras venir hacia su casa: eran muchos niños. “Deben de ser amigos de mi hermano” –dijo para sí misma. De cualquier forma le pareció que era un grupo demasiado numeroso. Antes de que quisiera darse cuenta, su hermano estaba plantado junto a ella, no lo había escuchado llegar. ¿Tan sigiloso estaba de repente?

Lo miró fijamente a los pies, y no pudo dejar de observar los zapatos que llevaba puestos. ¡Eran tan brillantes, y tan lujosos! No los había visto jamás, Bryan siempre usaba deportivas de marca. Eso lo tenía muy claro. Tampoco creía plausible que su madre le hubiera comprado aquellos esperpentos que lucía en los pies. Lo miró con una gran extrañeza.

–¡Enano! ¿Se puede saber de dónde has sacado esos vejestorios?

–¡Qué sabrás tú! –replicó con desdén–. Y ahora déjame, que vienen mis amigos –añadió entusiasmado, al tiempo que movía los pies con nerviosismo.

–Haz lo que quieras –contestó torciendo el gesto y volviéndose a sentar malamente, haciendo acopio de sus últimas fuerzas.

Todos aquellos muchachitos parecían emocionados con la sola idea de pasar la tarde con Bryan en la mansión, y eso era algo que Brooke no comprendía. Alguien estaba acercándose a ella, esta vez sí pudo escuchar sus pasos. Eran los de su madre. Llevaba una manzana en la mano, que iba mordisqueando por el camino.

–¿Me puedo sentar a tu lado?

–Si lo deseas... –respondió secamente.

Marie dejó de comer la manzana, y tomó asiento al lado de Brooke; no sabía por dónde comenzar. La observaba y la veía tan cambiada, que no la reconocía.

–Tenemos que hablar, y lo sabes –hizo una pausa, esperando alguna reacción por parte de su hija, pero ella no se inmutó, así que continuó–. No comprendo cómo hemos llegado a este punto. Desde que nos mudamos a este sitio, no eres la misma.

–No mamá, no somos las mismas –interrumpió–, no soy la única que ha cambiado –aseveró dijo mirándola con frialdad.

–Eso no es cierto, cariño, yo te quiero como siempre. Lo que ocurre es que no logro llegar a ti... y luego están tus salidas nocturnas...

Brooke la miró de reojo.

–¿Qué? ¿Creías que no lo sabía? Esperaba que se te pasara, pero ya ha transcurrido un mes y cada vez te veo peor. Tus dibujos son...

–¿Qué has dicho? ¿Acaso me espías? Lo que yo dibuje es cuenta mía, y no tienes por qué husmear entre mis cosas –y se giró con brusquedad dándole la espalda.

–Marie apoyó su mano sobre el hombro de la muchacha, tenía los ojos hinchados. Brooke percibió que una vecina miraba de manera disimulada desde su ventana.

–Yo no he hecho tal cosa, hija, me los he encontrado desperdigados por toda la habitación, sabes bien que yo nunca haría eso. ¿Por qué dibujas esas cosas?

¿Tan infeliz eres?

–Puede ser...nadie me pidió mi opinión a la hora de venir a este maldito pueblo.

–¿Por qué no puedes aceptarlo, como lo hizo tu hermano?

En el rostro de la joven se dibujó una sonrisa irónica; sabía que tarde o temprano saldría a la luz la perfección de su hermano.

–¿Te refieres al enano que anda por ahí con unos zapatos del siglo pasado?

¡Por favor mamá, aquí no hay nadie perfecto! Y si tú quieres velo así, allá tú. Me voy, esta conversación no nos va llevar a ninguna parte.

Marie suspiró y le dio un mordisco a la roja manzana. Brooke miró la fruta, y le pareció familiar aquel tufo. Prestó más atención al olor que desprendía, se la quitó bruscamente a su madre, y la olió... apestaba lo mismo que el pol o. ¡Todo allí apestaba! La tiró con rabia, ante la mirada atónita de su madre, que cuando se dio cuenta del comportamiento de su hija se enfadó con ella. El miedo y la frustración estaban reflejados en la mirada de Marie, que no sabía qué le estaba sucediendo a su hija para que actuase de una forma tan anómala.

Al ver la expresión de su madre, Brooke adelantó su respuesta: –déjalo –suspiró decepcionada–, no lo entenderías– y se alejó de su madre, que la miraba perpleja.

Las dos estaban llorando, y por primera vez parecía lucir el sol en Iceground.

¡Qué paradoja tan macabra!

Del sótano de la casa salían los niños, todos ellos con una gran sonrisa pintada en la

boca. Nadie se iba infeliz a su casa. Todos y cada uno de ellos adoraba a Bryan, y él – según lo esperable– se sentía en un pedestal, era especial y lo sabía. ¡Todos lo sabían! Ahora, con sus zapatos nuevos, era más veloz y silencioso, ágil y vital como nunca. Con aquellos zapatos no habría nada que pudiera resistirse, todo era posible.

Sin embargo, él ambicionaba mucho más. Todos ambicionaban mucho más, porque el juego era de todos, y ahora eran muchos. Eso lo hacía feliz al niño de los espejos...

quizá demasiado.

## 43

Marie Watts fue acercándose con lentitud hasta la puerta, donde atisbó a su hijo despedirse de James Conrad, al que entretenía contándole historias sobre espejos y Selena Mcguire. El otro muchacho parecía muy interesado en la conversación. Marie tomó un pañuelo para secarse las lágrimas. Recordó las palabras de su hija acerca de los nuevos zapatos del pequeño Bryan. Más tarde, él diría que las encontró por la calle y, como buena madre, Marie se lo creería.

Brooke en su habitación recibió un sms de Emily, en donde le enviaba la dirección de correo de Andrew y le hacía preguntas concretas, pero la joven no tenía ánimo para responder, así que se quedó dormida hasta la hora de la cena. Comida...

esa palabra comenzaba a apestar, lo mismo que todo por allí. Tuvo pesadillas horribles durante esas horas, recordando el vómito negro, los gritos de su madre, oía entrar a su padre... muchos relojes, pensamientos confusos y un único sentimiento: algo no andaba bien.

Logró estirarse perezosamente, aunque con un dolor horrible de estómago.

Tomó el termómetro, se lo puso y lo sintió frío. Casi marcaban treinta y nueve grados de temperatura. Sintió que se desmayaba.

Vio con dificultad entrar a su hermano, debía estar desvariando porque lo que estaba contemplando, no podía ser real. Su hermano caminaba sin poner los pies en el suelo, ¡como si flotara! Sentía su aliento cálido sobre ella, y luego perdió la consciencia.

–¡Mamá! –gritó Bryan–. ¡Ven pronto!

Cuando su madre entró en la habitación encontró a Brooke inconsciente, así que corrió al teléfono para llamar al médico del pueblo. No obtenía ninguna respuesta, siguió insistiendo hasta que, por fin, la atendieron. Le aseguraron que el médico y su enfermera no tardarían en llegar.

Las cosas no iban mucho mejor en la casa de los McGuire. Carson llevaba varias noches sin poder dormir, sufría pesadillas, extrañas imágenes se sucedían una tras otra, todas ellas sin sentido. En cambio, su hermana parecía más feliz que en toda su vida. Abrazada a una muñeca antigua, pasaba largas horas mirando el cielo con expresión de felicidad. No recordaba haber visto esa muñequilla en casa, tenía que habérsela regalado alguien; no obstante, por mucho que había intentado sonsacarle algo, no obtuvo respuesta alguna. Sus padres tampoco comentaron nada; después de todo, tan solo se trataba de un juguete infantil. Carson habló con su madre sobre todo aquello, a lo que su ella le repuso que veía fantasmas donde no los había. Nadie lo escuchaba. Algo no andaba bien, lo presentía. Pero no podía acudir a nadie, sus padres no le daban importancia a sus conjeturas, y sus amigos lo hubieran tomado a risa. Por primera vez en su vida se sintió apartado del resto del mundo, y en aquellos

## 44

momentos pensó en la rarita de los Watts, ella debía sentirse así todo el tiempo.

¿Cómo haría para no volverse loca? No cabía duda: todo aquello no iba con él.

Sin embargo, cada vez que veía a su hermana con la muñeca en su regazo, algo por dentro lo alteraba, y luchaba por salir. Sin soportar más aquella situación, se propuso hablar con su hermana muy seriamente.

Selena estaba en el columpio, el viento le acariciaba su larga cabellera. Cerraba los ojos para sentir con más intensidad la brisa contra su rostro. Su hermano frenó el columpio. Su expresión era seria, aunque la niña siguió sonriente.

–¡Hola Selena! Quería hablar un rato contigo...

–Bien, hablemos –dijo alegre, a la vez que quedaban al descubierto algunos espacios de dientes que ya no estaban.

–Cuéntame, ¿de dónde has sacado esa muñeca? Parece muy antigua.

–La he ganado –contestó feliz.

–¿Cuándo y dónde la has ganado? Aquí no hay ninguna feria.

–No te lo puedo contar, es un secreto... –añadió lacónicamente.

–Déjame un momento –y extendió los brazos para cogerla.

Al intentar acercarse a su hermana –cual si de una barrera protectora se tratara–, Carson chocó con algo que lo lanzó lejos de Selena. La niña permanecía muy quieta, mientras observaba que su hermano se levantaba. El chico se dijo a sí mismo que no podía estar sucediendo aquello, y volvió a intentarlo. Esta vez no le hizo falta acercarse demasiado, pues sus intenciones fueron adivinadas por algo, o por alguien.

Antes de que pudiera aproximarse mucho a la niña, salió despedido muy lejos de allí.

Se arrastró por el suelo, lleno de tierra, y maltrecho.

–¡Selena, suelta esa muñeca!

–No, Carson. Tú no puedes mandar en mí –y sonrió con una mirada extrañamente maléfica.

El chico había terminado por asustarse de verdad; su hermana parecía otra persona, y sus padres no se daban cuenta de los cambios sufridos por la ella, ¿a quién podía acudir sin que lo tomara por loco?

Tan solo le quedaba intentarlo con la rarita. Al día siguiente iría a su casa a hablar con ella. Era muy probable que la muñeca le perteneciera, y si fuera así, ya iba a enterarse quién era Carson Mcguire.

A la mañana siguiente despertó más temprano que de costumbre ya que era un domingo. Vistió sus vaqueros, una sudadera gris y sus deportivas de marca. Estaba dispuesto a cualquier cosa, con tal de que la maldita gótica saliera por fin de sus vidas.

No alcanzaba a comprender hasta qué punto llegaba su locura, porque si era capaz de hacer vudú con una muñeca y regalársela a una inocente niña, no se detendría ahí. De

## 45

cualquier forma, él no pensaba quedarse de brazos cruzados. Todo había cambiado para mal desde su llegada al pueblo.

Al llegar a la mansión, encontró con que la chica estaba enferma; su hermano, con una sonrisa de oreja a oreja, le había explicado que tenía gastroenteritis. Al menos, ese era el diagnóstico del médico. Observó los zapatos de Bryan, y le parecieron horribles ¿Por qué un niño que parecía tan normal se había puesto aquello? Luego pensó en su hermana, quien también llevaba consigo un objeto antiguo. Demasiadas casualidades, y él no creía en ellas. Algo grande se le estaba escapando ¿Pero, qué?

–Dile a tu hermana que tengo que hablar con ella, ¿seguro que lo recordarás?

–Claro, ¿algo más? –preguntó con sonrisa inocente.

–No –negó a la vez que gesticulaba también con la cabeza, pensativo– bueno...

¿sabes dónde suele andar, para encontrarla?

–¡Parece mentira que no la conozcas! En el cementerio.

–Ya... gracias.

Entonces desapareció por el turbio camino de piedras

*Capítulo VII Un accidente de coche*

El relojero Alfred Watts se acarició la nariz y mirando fijamente a través de sus gafas redondas y muy chicas, se dispuso a correr la pieza para situarla bien en el reloj; era muy pequeña, por lo que la precisión era fundamental. Levantó la mano con un leve temblor y acercó la pieza con la frente llena de sudor. El señor Philiap, el señor al que estaba arreglando la máquina, era un hombre de negocios; si lo hacía bien, la publicidad de sus locales sería más grande. Philiap debía tener un gran aprecio por su reloj, puesto que le pidió al señor Alfred Watts que lo arreglara de manera especial en su casa.

Se encontraba en la habitación pegada al desván, y eso era tan oscuro como el lugar donde se guardaban los espejos. Alumbrado por una pequeña lámpara, comenzó a recolocar la pieza...

Bryan estaba en el altillo, con Selena Mcguire. Se divertían allí. Aquel día, el niño lucía el flequillo hacia un lado, y Selena miraba divertida como éste cambiaba de manera radical frente al espejo. Ella llevaba un bonito vestido de tela que se convertía en un aparatoso traje de terciopelo, con su can-can y su decoración... En el espejo, los dos niños parecían mayores, y bailaban al compás de una música inexistente.

–Acércate más a mí –murmuró el niño.

Ella, colorada, comenzó a arrimarse sonriente; entonces el espejo tembló levemente, como si los espíritus encerrados acudieran a su l amada...

...Hubo un leve temblor en la casa, y la pieza cayó al suelo, desapareciendo entre dos tablas de madera de las que recubrían el suelo. Alfred se quedó con los ojos abiertos como platos y después ahogó un grito sollozando. ¡Solo a él le pasaban estas cosas! Ahora todo caería en picado y el señor Philip haría naufragar su negocio.

–¡Mierda! –murmuró Alfred, antes de quitarse las gafas con rapidez y dejarlas sobre la mesa–. ¿Qué ha ocurrido? –se preguntó.

Acto seguido alzó los brazos y abrió la puerta de una patada, dispuesto a ver qué sucedía. Estaba desaliñado, con la corbata medio caída y la camisa blanca de líneas, con la mitad de los botones desprendidos; sus pantalones de domingo estaban

manchados por el polvo.

Subió al piso de arriba, dispuesto a descubrir la causa de ese temblor. Bryan y Selena no podían tener la culpa...

## 47

Los niños salieron más que sonrientes del desván, con algo entre sus manos, algo nuevo.

\*

Carson caminaba meditabundo entre las angostas calles que llevaban al

cementerio alumbrado por el crepúsculo. Caía ya la tarde del domingo. Andaba arrastrando los pies, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón beige y percibiendo el viento cálido –dentro del tiempo de Icegrund–, moviendo su flequillo con gracia. Al principio, las vallas grises y murallas le recibieron igual que la noche que acabó en el hospital. Aquel día, Lukas había invitado al muchacho a salir por ahí a despejarse, pero no se quitaba de la mente aquel objeto perverso de su hermana Selena, como si se tratase de una muñeca encantada que guardaba un cuchillo bajo su anticuado vestido de terciopelo y seda.

Entró cabizbajo, sintiendo que una mirada acusadora clavada en su nuca: era el vigilante. Más bien el ermitaño, que cuidaba de la iglesia donde oficiaban la misa.

Había un silencio sepulcral, por lo que Carson pudo oír hasta el rudo sonido de las llaves que chocaban colgando del pantalón del hombre canoso al que ya se le veía la coronilla. Pensó que tendría alrededor de 50 años, y por su rostro ceniciento pudo adivinar que llevaba tiempo trabajando allí. Lo saludó con un susurro, levantando su cabeza apenas hasta el punto de ver su camisa inmaculada de mangas recogidas.

–Hola, chico. ¿Qué haces por aquí un domingo? ¿Tú no eres el hijo de Peter?

¿Peter McGuire? –su voz era áspera, como el carácter de Brooke Watts, la chica a la que buscaba con desesperación.

–Nada en especial, y sí.

–¿No habrás quedado para encontrarte con una jovencita de buen ver, verdad?

Para putiferios hay uno cerca, así que no me toques los cataplínes.

–No se me ponga usted así, señor –dijo el joven enrojecido–, Sé perfectamente en qué lugar estoy, por el amor de Dios.

Empujó su pie contra una piedra, que llegó a varios metros de distancia. El hombre agarró una escoba y se apoyó en ella echándole un último vistazo.

–¡Te vigilo, chaval!

Carson Mcguire alzó sus hombros. No iba a hacer nada malo. Solo quería hablar; aunque se tratara de Brooke; y con ella, de todo menos hablar...

El primer pasillo era todo arenoso y las tumbas estaban divididas en dos filas. El color verde destacaba en el mármol, y el blanco también. Se giró con rapidez, para ver si realmente “el ermitaño” lo estaba vigilando. Estaba barriendo. Mucho ladró el perro para luego no morder.

## 48

En la tercera fila vio a una mujer que sollozaba, dejando una rosa llena de lágrimas encima de una tumba grisácea, que debía llevar allí su tiempo. Lloraba abiertamente y caían goterones por sus mejillas coloradas; era bajita, de pelo gris y ropa negra, como si no se la hubiera quitado nunca y le quedara pequeña. La vio recoger un cuadro que estaba en la parte superior y acariciar la imagen de un hombre que podía ser su marido. Entonces soltó un grito de dolor que estremeció al joven, quien tras varios escalofríos, pudo divisar la sombra de Brooke.

Brooke, tirada encima de una tumba, rozaba su pelo con la punta de los dedos.

Ahora su cabellos se habían vuelto más rizados Tenía expresión triste y una palidez enfermiza. Se acercó cabizbajo. La muchacha posó sus dos manos en el bolso y las cruzó al igual que sus piernas, oteando fijamente el firmamento de colores púrpuras y rosáceos. Cuando llegó detrás de la tumba sobre la que se relajaba, Carson abrazó la sepultura por detrás.

–Aquí se detiene el tiempo –murmuró la chica.

Él parpadeó varias veces.

–Aquí ocurren cosas extrañas que nadie alcanza a ver, o a conocer. Aquí se llora, se libera el alma. Descansa en paz –la voz de Brooke sonaba rota de dolor.

Carson se sentó entonces en el sepulcro de al lado, curvando su espalda y atando sus manos.

–Sabes... ¿Sabes que eres extraña, Brooke? Eres una criatura curiosa.

Ella soltó un alarido y después dejó paso a un interminable suspiro. En ningún momento lo miró.

–Si fueras la primera persona que me lo dice, quizá te tomaría por un loco sabelotodo. Sin embargo, creo que me he aceptado tal y como soy. No espero que los demás lo hagan. De todas formas, ¿qué es lo normal y qué es lo extraño? –entrecerró los ojos–. Esa nube –dijo señalando hacia el cielo–, tiene forma de león. ¿Te gustan los leones, Carson? A ti te ven como son ellos: fuertes y salvajes. ¿Lo eres? ¿Eres un león?

Dibujó media sonrisa en su rostro y hundió la cabeza por debajo de sus piernas antes de poder mediar palabra. Había ido a gritarle, pero desde que vio a aquella mujer su corazón se había reblandecido.

–Puede que me vean como un león, y quizá lo sea. Aún es pronto para descubrirlo...

–A lo mejor eres un cachorro de león –murmuró pensativa...

–Quizás –sonrió Carson–. ¿Y tú qué eres?

–Ahora, el patito feo; o no, un murciélago, que ve todo y vive de noche, que es misterioso y tiene doble personalidad...

## 49

–¿Tienes doble personalidad, pequeño murciélago? Como patito feo no te veo...Al fin y al cabo tendrías que acabar siendo un cisne...Y lo veo difícil.

–¡Eres un bastardo, Carson Mcguire! No sé qué ven en ti todas esas personas del instituto. Eres solo imagen. Lo sabes.

–¿Y desde cuándo me conoces tan bien, querida? Yo creo que de mí sabes más bien poco.

–Eso es lo que te crees tú. Mira esa otra nube...No tiene una forma concreta. Es como un alma que no sabe dónde vivir.

–Mira, Brooke. He venido a tu encuentro aquí, porque quiero hablarte de algo...

–Puedes apagar tu grabadora, niño. No les hice nada a aquellas muchachas.

Desaparecieron y yo las encontré. No soy culpable de nada más. Ahora manipula la grabación hasta que consigas el resultado perfecto.

Carson se levantó y la miró fijo a los ojos. Ella apartó la vista. Estaba, muy molesta. Quizá se sentía culpable por algo y no quería que nadie lo descubriera.

Mucho menos el tío más popular del instituto. Aquél que podía echarla del Bridge, si venía en ganas.

–No he traído nada. Solo te quería pedir que dejes de contar mentiras a mi hermana Selena. Es pequeña todavía y se lo cree todo, y no le regales muñecas góticas de esas.

–Pensé que los Mcguire nacíais sabiéndolo todo. Veo que estás al tanto de la gran amistad entre Selena y Bryan... Una lástima que su hermano mayor sea tan mezquino. Por cierto, no sé de qué muñeca me hablas, y si lo supiera se la hubiera dado igual.

–¿Sólo por fastidiarme?

–No ocupas tanto espacio en mi cabeza, amigo. Creo que entonces... –no terminó la frase—. ¿Tú le has dado a Bryan esos zapatos?

Carson levantó una ceja.

–¿De qué zapatos me estás hablando? Yo no le he dado nada... ¿Zapatos? qué regalo más ordinario, ¡por favor Brooke!

–Pues no sé de dónde los habrán sacado. No me gusta que se lleven tan bien esos renacuajos...

–¿Te crees que a mí me hace gracia?

Oyeron los pasos cercanos de un hombre. Después se dieron cuenta de que llevaba una escoba en la mano, y cuando abrió la boca mostró que le faltaban casi todos los dientes.

## 50

–¿Qué te he dicho, Mcguire? ¡Aquí con señoritas, no! Seguro que la ha engañado...A estos me los conozco, niña –dijo mirando a Brooke, que lo observaba entre divertida y asombrada.

–¿Qué ocurre, señor? No estamos haciendo nada malo –murmuró el chico.

–¡Todavía, chico, todavía! Menos mal que he llegado a tiempo.

Carson quiso recriminarlo lanzándole una mirada furiosa.

–Señorita –dijo el hombre mirando a Brooke–. ¿Es cierto que este niño la ha traído aquí para aprovecharse?

Carson miró a Brooke quien, incrédula, miraba a los dos hombres que estaban de pie. Entonces se sentó. ¡Aprovecharse de ella! ¡Qué gran estupidez!

–Sí, es cierto, él me ha engañado –entonces se tapó con una mano la sonrisa.

Carson la miró cabreado.

–Llamaré a la policía, usted no se preocupe –dijo dejando la escoba a un lado–.

Ahora vuelvo.

–¡Oiga! –reprochó el joven Mcguire–. ¡Que yo no he hecho nada! ¡Ni pensaba hacerlo! ¡Y mucho menos con ésta! –dijo señalándola.

–¡Qué poco caballero! –murmuró el otro en tanto se alejaba entre los pinos.

Él la miró incrédulo. Brooke se levantó y murmuró un “ahí te dejo” con mucha gracia. Carson salió huyendo del cementerio, antes de que la policía llegase. Ya se había

metido en bastantes líos desde que la familia Watts llegara a Iceground. Una vez que salieron por la puerta, los dos se echaron un último vistazo: —¿Vas hacia la derecha, mentirosa?

—Ha sido una broma sin importancia, Carson, fíjate, Thomas nos ha dejado salir y no ha llamado a la policía.

—¿Lo conoces? —gritó.

—Vengo mucho por aquí, chico —entonces Brooke tomó hacia la derecha, al igual que Carson. No debían de vivir muy lejos, y el cementerio estaba alejado del pueblo.

Fueron en silencio, el uno junto al otro, durante varios metros. El chico iba encogido en sí mismo. Era mucho más alto que ella, aunque iba estirada, con la capucha puesta, una chaqueta bien decorada con calaveras, un bolso a rayas rojas y negras, y un imponente flequillo tapándole un ojo.

Carson la observaba por el rabillo del ojo, mirándola entre furioso y triste.

Olía especialmente mal cuando cruzaron el puente.

Brooke miraba hacia delante, decidida y con paso firme, como si fuera sola. Vio a varios niños cruzar con una peonza en la mano, rulos y un extraño gorro en la cabeza, ropa muy antigua. No tenían color, eran como el barro, como si fueran espejismos en

## 51

vez de niños, como una pintura antigua. Llevaban peonzas en la mano y calcetines hasta la rodilla, tapados pobremente con unos viejos zapatos de charol.

Los niños gritaban y sonreían, con sus peonzas en la mano, cruzando el paso de cebra a los saltos. Brooke divisó un coche que se acercaba a toda velocidad; si no se apartaban, el coche negro los aplastaría: era un deportivo brillante. Brooke comenzó a correr para apartar a los niños, pero estaba muy lejos.

El coche chocó contra ellos con estrépito, luego siguió avanzando y los niños se perdieron en la luz. ¡Nadie! ¡No había nadie! No podía haberlo soñado. Tenía que haber sido real. Brooke miró desde más adelante a Carson, que seguía inmerso en sus pensamientos.

–¿Lo has visto? ¿Lo has visto? –murmuró perpleja.

–¿Si he visto qué? –dijo por fin levantando la cabeza.

El coche negro pitó fuertemente. Carson levantó la cabeza. El deportivo negro paró a su lado y la ventanilla transparente se abrió dejando ver el rostro perfecto de Iván Seth.

–¡Ey, colega! –murmuró Carson–. ¿Qué haces tío?

–Pues dar una vuelta con el buga. ¿Te hacen unas birras o estás ocupado con la pivi esta gótica?

–¡Eh! Que estoy aquí –murmuró ella disgustada a la par que atónita por su repentina alucinación.

–Ya ves, nena, no me importas –dijo Iván, y desvió la mirada hasta encontrar de nuevo la de Carson–. ¿Te vienes, tronco?

Carson se mordió el labio inferior, y terminó encogiéndose de hombros. Ladeó la cabeza.

–Brooke, ¿quieres venir?

Aquella pregunta la pilló de sopetón. A ella, a Iván, incluso a él mismo. Las palabras surgieron solas de su boca. La joven asintió tímidamente. No quería pisar su casa. Accedió al plan, y momentos después se sentó en la parte trasera mientras el otro hacía de copiloto.

Arrancó y el motor rugió, inundando el coche de humo y, por fin, otro olor que no fuera tan asqueroso: Brooke casi vomita. Hasta eso ya le daba miedo, desde la última vez... Aún tenía pendiente una charla con su madre sobre su supuesta bulimia o anorexia. La estaría esperando en casa con los brazos cruzados. Esto le recordó que debía revisar el correo, por si Emily le había dejado algún mensaje que no dejara sin contestar por estar demasiado ocupada comiéndose la cabeza con tonterías.

Al llegar al bar Iván entró primero, abriendo la puerta y dejando que saliera el humo. Una vez dentro respiró, se sentó en el taburete de la barra negra con tubos

fluorescentes de color rosa y verde, y pidió una cerveza. Carson arrimó otro taburete hacia él, y se sentó al lado de Brooke. Cogió una servilleta, sacó un bolígrafo de su bolsillo, y escribió una nota.

*Yo también lo he visto, he visto a los niños.*

Se la entregó arrastrándola por la mesa. Después de que Brooke abriera los ojos como platos y bebiera todo el zumo de piña de un sorbo, dejó el vaso triangular otra vez sobre la mesa. Iván le sonrió y aclaró que a aquella ronda, invitaba él.

*Capítulo VIII Cartas sobre la mesa*

Bryan posó el mazo de cartas sobre la mesa del salón, todo lleno de muebles, libros en las estanterías y la televisión apagada en medio del armatoste que ocupaba medio salón. Una vez que hubo dejado las barajas sobre la mesa, se sentó en el suelo y apoyó su refresco del lado derecho. Selena, mientras tanto, se acomodaba en el sillón observando con insistencia el refresco que el otro estaba bebiendo. La muchacha torció el gesto. Bryan sacó otra lata sin mediar palabra y se la ofreció risueño, mientras la niña sonreía con cortesía, volviendo a la situación anterior.

Primero se empapó los labios sintiendo las burbujas y después, sin tener en cuenta lo frío que estaba el líquido, comenzó a beber.

Bryan pasó una a una las cartas. Estaban viejas y, además, tenían símbolos extraños, parecidos a las del Tarot. Aparte había un papelito enrollado a las cartas.

Bryan lo estiró y Selena que acudió rápidamente, observando las nítidas palabras escritas en tinta.

*Corazón de serpiente*

*Coloca las cartas en dos montones iguales, sin tener en cuenta qué cartas sean y ponlas boca abajo, de tal manera que no sepas con qué carta estás jugando.*

*El primer jugador debe robar una carta y la colocarla boca arriba en el centro de la mesa de juego.*

*Si es un sol, ya sabes, vale dos puntos, así que roba otras dos cartas.*

*Si es una luna solo vale una, roba otra.*

*Si es un anillo vale tres, roba otras tres.*

*Si es una serpiente, pierdes turno, excepto si se trata de la serpiente con un corazón en el centro.*

*Si es un hexágono deja de robar cartas.*

*Entonces debes retirarte del juego, pues has ganado.*

*Debes conseguir el máximo número de puntos posible.*

*Si robas serpientes pierdes un turno, pero debes guardarlos.*

*Si al final del juego tienes una o ninguna serpiente: eres libre.*

*Si tienes entre dos y cuatro serpientes dibujadas, debes ir a los espejos y ya sabes lo que tienes que hacer una vez allí.*

*Si un jugador queda solo, puede robar solamente tres veces más.*

## **54**

*Si tienes las seis serpientes...Debes colocarte frente al Espejo Rey y nosotros guardaremos tu alma.*

*Nunca cambies las cartas al otro jugador, ¡es una advertencia!*

*Una vez leídas las instrucciones, no tienes otro remedio que jugar, o el espíritu de los espejos te poseerá.*

*¡Este juego está maldito, oiga! ¡Debes jugar!*

*Atentamente: \*\*\*\*\* \*\*\*\*\**

Los dos muchachos se miraron, incrédulos. Aquella vez habían sacado un mazo de cartas del espejo, y el juego estaba maldito. No sabían si darle importancia o no, si jugar o romper las cartas, si volver al desván frente a los espejos o quedarse allí.

Bryan iba a guardar las barajas, cuando la mano de la niña se posó cálida sobre la suya.

–Juguemos –instó.

Colocaron treinta y cinco –había setenta cartas– en el lado derecho y las otras en el lado izquierdo. Bryan, con pesar, recogió una de las cartas: un sol. El sol valía dos puntos. Recogió una primera carta: una luna. Cogió otra: un hexágono. Suspiró aliviado y pasó el turno a Selena. Robó: una serpiente sin un corazón en medio. Una lágrima acudió a ella, y se sentía sin fuerzas para hablar. La lámpara se encendió sola.

Alarmado, Bryan acudió a apagarla.

–Tranquila, Selena, todo va a ir bien.

–¿Cómo lo sabes? –murmuró a duras penas.

–No dejaré que te hagan daño, quienes sean que estén jugando con nosotros.

¡Da asco!

Bryan robó otra carta: una serpiente. Otra, pero con un corazón en medio.

Gracias a Dios, el juego había terminado pronto para él. Selena robó otra carta del montón derecho y apareció una luna. Recogió otra del mazo izquierdo: otra serpiente.

Ya iban dos. Otra vez debía recoger...Tres veces exactamente. Solo le quedaban dos robos, puesto que las instrucciones decían que un jugador puede tirar nada más que tres veces.

Al final se quedó con cuatro serpientes. Había tenido muy mala suerte.

Bryan cogió el papel y leyó en voz alta: –si tienes entre dos y cuatro serpientes, debes ir a los espejos, y ya sabes qué hacer allí.

## 55

Selena lo miraba con gesto preocupado. Bryan se levantó y tiró de ella, repitiéndole que no tenía nada que temer, que no era la primera vez que visitaban el desván. Tenía la intuición de que aquella vez sería diferente.

Una vez allí, la oscuridad se cernió sobre ellos. Había una pequeñísima mesa de

madera enfrente de uno de los espejos, y fue donde depositaron el mazo de cartas, los dos cautelosos y muy agarrados de la mano. La niebla comenzó a pasar por cada rincón de la habitación, oliendo al temible hedor que aumentaba en las calles de Iceground. Bryan se puso delante del espejo; de nuevo su reflejo cambió a oscuro, con un tono de marrón, diferente. Tenía miedo. Por primera vez, el espejo habló lo bastante claro para ser oído. La misma cara de siempre, con pocas curvas y un terrible aspecto –los muchachos comentaron que ese reflejo podía ser el de la Muerte–, apareció perspicaz, los miró con destemplanza.

En la parte inferior, y dorada del espejo aparecía la frase: *Yo sé un secreto, ¿cuál es tu secreto?*

La niña dio varios pasos hacia delante.

–¿Cuál es el secreto que vienes a traerme? –murmuró con voz deforme.

Seleme se inclinó, apretó los puños, cayó al suelo de golpe. Echó a llorar como nunca lo había hecho: a los gritos. Bryan la oteaba desde el rincón de la habitación, queriendo ayudarla pero, al mismo tiempo, sin querer enfurecer al espejo.

He perdido en el juego. Esta vez vengo a contarle otro secreto... De un adulto, como usted desea –agachó la cabeza–. Sé que quiere que le diga algo mucho interesante, pero no sé mucho...

La cara en el espejo asintió apesadumbrada. La niña debía contar el secreto de algún mayor, como siempre. Bueno, como siempre no, esta vez no sacaría una recompensa, sino que se libraría de una muerte horrible. No sabía qué decir, así que decidió contar una mentira piadosa. Hasta Bryan se dio cuenta de que no decía la verdad, por su tono de voz. Era una mentira, sí, pero no muy importante.

La señora Parkes quiere dejar la farmacia y mudarse de ciudad –dijo de manera entrecortada, y después entrecerró los ojos.

–Mientes –dijo secamente el espejo–. Según la magnitud de tu mentira será tu castigo. Por ser la primera vez, solo saborearás lo que viven los mentirosos como tú.

Entonces, una brizna de aire helado los congeló a los dos. Bryan se agachó y empezó a temblar, de frío o de miedo, no lo sabía exactamente. Selena cayó al suelo pidiendo perdón, pidiendo ayuda. El olor se hizo mucho más intenso. Su cabello resbalaba, y parecía que su tamaño aumentaba; era Selena, pero Selena con unos 16

años.

## 56

Se levantó entonces un torbellino grisáceo que la absorbió de tal manera, que la encerró en el espejo, como si fuese el Triángulo de las Bermudas. Era una masa plateada y asquerosa, casi tirando a negra, que abría, por así decirlo, sus fauces y tragaba a la niña, que ahora era una adolescente de finales de siglo.

Bryan, que no daba crédito a lo que veía, se acercó y palpó el espejo, llorando y suplicando que la dejase salir. La expresión de Selena dentro del espejo era de horror y producía tantos escalofríos que el niño se sentía desfallecer.

–¡Déjela salir! –gritaba consternado–. ¡Por favor!

Empezó a romper objetos contra el espejo, incansablemente, tiró el mazo de cartas, la pequeña mesa de madera... Pero el espejo no se rompía con nada. Parecía indestructible.

De nuevo salió la cara abominable. Bryan tenía una brecha en la frente por haberse dado contra la mesa. La cara empezó a entonar una débil canción.

–¿Quieres que te devuelva a tu chica mentirosa?

–¡No es una mentirosa! ¡Por favor! ¡Devuélvemela, devuélvemela!

–Está bien, pero nunca debéis aprender a decir mentiras. La salvaré porque me ha caído bien, pero toda acción tiene sus consecuencias. Toda. He sido demasiado flexible...

–¡Por favor! –murmuró por última vez Bryan.

Levantó la cabeza. Selena estaba dormida... era una niña. Estaba encima del sofá donde habían jugado a las cartas. Bryan miró su tripa, esperando que se moviera, que estuviera viva, hasta que se levantó con una jaqueca horrible. Se había desmayado, sí, pero... ¿Cómo había llegado hasta allí?

Emitió un quejido, e instantes después, Alfred entró por la puerta.

–¿Habéis notado algo extraño?

Selena se incorporó y mintió de nuevo, negando con la cabeza aquella horrible pesadilla. Alfred se acercó y miró a la muchacha.

–¿Y tú eras...?

–¡Papá!, ¿cómo no te acuerdas? –aparentó estar normal–. ¡Selena!

–¿Papá? ¿Quién eres tú? –Apoyó la mano sobre su cabeza–. No recuerdo nada.

Selena y Bryan se miraron desconsolados.

Todo había comenzado...

## 57

### *Capítulo VIII (bis) Lúgubre medianoche*

No podían dar marcha atrás y lo sabían, una vez que comenzaron con el siniestro juego de los espejos, nadie podía abandonar sin salir perjudicado. El único camino era seguir hacia delante, con todas sus consecuencias. Demasiado tarde para arrepentirse de ello. Aunque desde luego sólo lo hacían cuando perdían, porque cuando ganaban se sentían invencibles. Eras muchos los secretos develados al misterioso ser que se ocultaba tras el espejo, y todos los niños de Iceground, en mayor o menor medida habían participado. Todos estaban implicados.

Pasaron días, tal vez muchos días. Era una noche especialmente lluviosa: viernes. Muchos amigos de Bryan iban a quedarse a dormir. Todos los rumores sobre los Watts estaban olvidados, y por fin podían hacer una vida normal. Bryan se enorgullecía de haberse rodeado de tan gran número de niños, todos pendientes de él.

Sin quererlo se había convertido en una especie de maestro del juego que, día tras día, los iba atrapando más y más, hasta dejarlos sin voluntad. El chiquillo lo único que pretendía era que lo aceptaran, y sentirse querido de nuevo, como en su antiguo colegio. Quizás esta vez había llegado demasiado lejos.

Esa noche en concreto eran siete, incluyendo a Bryan. Toda una tortura para Brooke que debía vigilarlos por órdenes estrictas de sus padres. Marie y Alfred estaban demasiado cansados para ocuparse de poner orden entre aquellas fierecillas.

–Esta es mi última advertencia, ¡todos a la cama! –gritó Brooke.

Muy al contrario de lo que pudiera pensar en un primer instante, todos accedieron sin protestar. En pocos minutos estaban en la cama, tal y como había ordenado Brooke. La chica se extrañó un poco de que la obedecieran sin más, aunque se alegró de ello; por fin podría escuchar un poco de música tranquilamente en su habitación. No podría acudir al cementerio como todas las noches, ya que no debía dejarlos solos. En fin, debería permanecer alerta todo el tiempo, por si alguno de aquellos mocosos necesitaba algo. El plan no le hacía mucha gracia, pero las órdenes de sus padres habían sido bien claras: No querían ser molestados bajo ninguna circunstancia.

La situación la ponía de los nervios ¿Por qué debía encargarse ella de un puñado de renacuajos que ni le iban ni le venían? No le gustaban los niños de por sí, y menos hacerse cargo de ellos. Mas no le quedaba otra que obedecer. Sus padres estaban agotados, y necesitaban un respiro.

## 58

Entró en su habitación, se colocó los auriculares y comenzó a escuchar uno de sus grupos favoritos. Luego abrió su bandeja de mensajes: tenía dos. Uno era de Emily, el otro supuso que se trataba de publicidad; más tarde lo abriría. Necesitaba leer qué le había escrito su amiga, y abrió el correo.

*“¡Hola guapa! ¡¡¡Estoy contenta, contenta, contenta!!! ¿Te he dicho que estoy contenta? Jajaja!!! Todo me ha salido bien esta semana, he hablado con Andrew y tal como tú dijiste, eran cosas mías. Simplemente es que las cosas en su casa no van muy bien, parece que sus padres van a separarse. La cosa está mal porque le han dado a elegir entre los dos, y claro, él los quiere por igual. Son cosas que no deberían pasar. Ahora estamos más unidos, desde que me ha confesado lo que le preocupaba tanto, ha vuelto a ser el de siempre, al menos conmigo. Soy feliz, y lo voy a apoyar en todo lo que necesite. Espero que a ti te vaya mejor, sabes que te echo de menos, pero me conformaría con saber que estás bien, que haces nuevos amigos. Esta semana he*

*vuelto a hacer unas cuantas fotos, que a mi modo de ver están que rompen, te las envío para que Marie les eche un vistazo, luego tú me cuentas. Quiero saberlo todo de tu vida allí, no omitas detalles, ¿sigues dibujando? No lo dejes, sabes que eres muy buena en lo tuyo. ¡¡¡Soy feliz!!! Es que no puedo evitar repetirlo una y otra vez, espero no caerme de mi nube y darme un batacazo. Y es que cuando me mira con esos ojos, ¡¡¡ains!!! Lo que no me van del todo bien son las clases, y es que como siempre estoy en las nubes, pues no logro enterarme de mucho. Tengo que ponerme al día, si no mis padres me matan, estoy en el último curso haciendo el ganso. Pero tengo motivos poderosos, si es que el amor lo llena todo. En fin, ya no te doy más la brasa con mis cosas de enamorada, admito que llego a ponerme muy cansina con el tema.*

*Espero tu e-mail, y si tardo en contestar, ya sabes, son las mates, ellas tienen la culpa de todo... ☺*

*¡¡¡Besos!!!*

A Brooke se le había quedado una sonrisa pintada en la cara, se sentía feliz por su amiga. Y ella, ¿qué iba a contarle? ¿Sus alucinaciones? ¿O no lo eran? Aquellos niños también los había visto Carson. Y tenía que ser verdad, porque no le hubiera dado la razón, no eran amigos, y lo más posible es que nunca llegasen a mantener una relación de compañeros, y sin embargo era el único que había visto lo mismo que ella...

Abrió el otro e-mail, que rezaba: Asunto: ninguno. La dirección de correo no le era familiar, aún así lo abrió. No se trataba de ningún mensaje publicitario. Tan solo

## 59

decía una frase escueta: “Sábado por la noche en el cementerio, te espero”. Pensó en responder, aunque ¿Qué iba a decir? ¿Quién eres? Lo borró, e intentó no darle importancia. Sería el mensaje de algún atolondrado, no podía ser más que eso. Si hubiera querido darse a conocer, habría firmado el mensaje, le habría dado alguna clase de pista. Pensó en Carson, era el único que se le pasaba por la cabeza, pero él no tenía modo alguno de saber cuál era su correo, ¿o sí? Y si era él ¿Qué podía querer de ella?

Decidió dejarlo estar. Bastantes problemas tenía, como para añadirle un correo de un desconocido a la lista.

En una de las habitaciones más amplias de la mansión descansaban Alfred y Marie. Él intentaba dormir, pero se lo impedía la luz de la lamparita de su mujer; ella estaba enfrascada en una novela de misterio, y no se daba cuenta de que molestaba a su marido. Éste, no hacía más que dar vueltas sin hallar la postura, y sin poder relajarse por la brillante luz. No habían conseguido bombillas de luz más tenue, y tuvieron que conformarse con lo que encontraron.

–Cariño, ¿Por qué no dijiste que te molestaba la luz? Lo siento, estaba tan entusiasmada con la lectura, que no me he dado cuenta.

–Ahora ya es lo mismo, estoy desvelado... Puedes continuar con tu lectura –No –dijo negando con la cabeza–. A ti te preocupa algo, y no es la luz.

Cuéntame, sabes que me gusta escucharte –se abrazó a él en actitud cariñosa.

Alfred callaba, aunque conociendo a su mujer sabía que tendría que hablar sobre ello. No se daría por vencida. La mirada interrogativa de Marie se posaba sobre él esperando pacientemente una respuesta.

–Es por las obras de la casa...

–¿Qué pasa con las obras? Van bien, poco a poco está quedando estupenda la casa –lo miraba sin comprender –no entiendo.

–Pues que vamos a tener que parar las obras, no hay presupuesto suficiente. Se han complicado, todo está en muy mal estado. Parece como si a medida que fuesen arreglando, todo se fuese estropeando de nuevo. Sinceramente, no lo entiendo –dijo en tono preocupante.

–Antes de llegar aquí ya nos habían prevenido sobre el estado de la mansión.

Eso no debe asustarnos. Es cuestión de tiempo –siguió indagando en la mirada de Alfred –hay algo más, ¿verdad?

–Sí, son los niños...

La mujer lo miraba sin comprender. Bryan no había sido nunca un problema, siempre estaba satisfecho por todo; en definitiva, era un niño feliz. Tenía que referirse a Brooke, ¿no podía ser de otra manera!

## 60

–No es solo por Brooke que vive aislada del mundo, Bryan también me preocupa, no sabría decirte porqué, pero creo que se lo ve demasiado feliz, ¿Crees que estoy paranoico?

–No, cariño. Es que te preocupas demasiado, pero no tienes por qué. Bryan es así, aunque ahora es más feliz que nunca. Tiene muchos amigos, y se le ha subido un poco a la cabeza. En poco tiempo volverá todo a la normalidad, hay que darles tiempo a que se acostumbren. Y sabes que a Brooke nunca le han gustado los cambios; además es más grande, y tenía toda su vida hecha. Hay que comprenderla, ha dejado todo atrás, pero con el tiempo...

–No sé, siento que algo no va bien...

Marie lo besó con dulzura, y después le sonrió.

–Duérmete, no tienes de qué preocuparte.

Los dos se acomodaron en la gran cama con dosel con cortinas de terciopelo carmesí, Marie se durmió enseguida, mientras que Alfred tardó mucho más en conciliar el sueño.

Un ruido provenía de la parte inferior de la casa. Ninguno de los dos se despertó.

Brooke, que estaba medio desvelada, oyó perfectamente unos pasos. Se levantó tomando la linterna enseguida. Abrió la puerta con cuidado, pero aún así chirrió. Sus pies descalzos se deslizaron lentamente por la escalera de caracol; en algunos escalones crujía la madera haciéndose notar la presencia de la chica. Enfocó hacia todas partes, no había nadie. Pasó junto a un gran espejo, y su reflejo bajo la luz de la linterna la asustó. Intentó calmarse, tan solo se trataba de su imagen.

Seguramente se habría colado algún roedor. Al pasar junto al sótano vio entreabierta la puerta, y se dispuso a cerrarla, pero no lo hizo. Un débil murmullo provenía de su interior, la luz estaba encendida. Quedó extrañada y alarmada a un mismo tiempo.

Decidió bajar, ¡tenía que comprobar que todo estaba en orden!

Bajó los escalones con sumo cuidado, fijándose bien dónde pisaba. Una vez que estuvo abajo vio muchísimos espejos, las sábanas que los cubrían estaban en el suelo. Alguien los había destapado. Prosiguió, al tiempo que observaba su reflejo en cada

uno de los espejos. No le gustaban. Todos eran demasiado recargados, con sus marcos dorados, y aquellas figuras tan ostentosas labradas en ellos.

Fue hacia el fondo, y vio la figura de un niño que flotaba en el aire. El corazón le iba a mil por hora. ¡Era Bryan! Estaba asustada. ¿En qué se estaba convirtiendo su hermano? Quiso llamarlo pero su voz no le respondía, luego intentó acercarse a él, que estaba sumido en una especie de trance, los brazos los tenía alzados, el cabello

## 61

revuelto, movido por un viento extraño. Todo procedía del espejo que estaba frente al niño. Brooke negaba con la cabeza, estaba aterrorizada, no sabía qué debía hacer.

Ponía todo su empeño en alcanzar a su hermano, pero sus esfuerzos eran en vano. El niño se dio cuenta de que no estaba solo, dirigió la mirada hacia su hermana, que estaba tendida en el suelo, arrastrándose.

Bryan sonrió con una extraña mueca que le puso los pelos de punta a la chica.

Sus ojos se tornaban de un gris blanquecino, como si las pupilas fueran a salirse de sus órbitas. Brooke no pensaba rendirse; reuniendo todas sus fuerzas, logró acercarse a su hermano. Alzó un brazo para alcanzar los pies de su hermano, y le arrancó un zapato. De pronto, el niño cayó desmayado en el suelo. Brooke sintió que todo daba vueltas a su alrededor, lo último que vio antes de perder la conciencia fue el rostro de su hermano, sudoroso.

Los dos quedaron allí, sin conocimiento. Surgió del espejo un brillo rojizo que parecía cobrar vida por instantes. Unos ojos helados aparecieron por unos instantes en él, luego todo volvió a la calma.

Sus padres seguían durmiendo, ignorantes de todo cuanto había acontecido esa noche.

Por la mañana Brooke despertó con un gran dolor de cabeza; de repente todas las imágenes de la noche anterior acudieron a su cabeza como un torbellino. Se cubrió los ojos con las manos. Miró a su alrededor, estaba tumbada sobre su cama.

Esperaba estar en el sótano, pues sus últimos recuerdos la situaban allí, frente al rostro sudoroso de su hermano. En cambio, se encontraba allí, cubierta con su edredón

nórdico, ¿había sido un sueño? No, no podía ser. No podía creer que todo hubiera sido una horrible pesadilla; algo en su interior le decía que había sido real. Fue al dormitorio de su hermano, él también descansaba en su cama. Esbozaba una suave sonrisa que hizo que la chica se quedara observándolo largo rato.

No podía esperar más, ¡tenía que hablar con él!

–¡Bryan, despierta! ¡Despierta! –insistía.

–Cinco minutos más...

–No, no hay cinco minutos más, tenemos que hablar, ¿Estuviste anoche en el sótano? Dime la verdad –dijo en tono amenazante.

El niño entreabrió los ojos, vislumbró el rostro de su hermana borroso y lejano.

Negó con la cabeza.

–No me mientas, ayer te vi en el sótano, con esos malditos espejos. Yo te sujeté, y te quité un zapato. ¡Contesta!

## 62

–No sé de qué me estás hablando, ¿seguro que no has tenido una pesadilla? No puede ser sano ir tanto al cementerio, se lo diré a mamá.

–¡Niñato! –gruñó la chica.

Observó por encima el cuarto: todo estaba en su sitio. Tenía el cuarto bien organizado. Le miró los pies; uno colgaba fuera de la cama y llevaba calzado. Lo despojó del edredón, y comprobó que el otro también lo tenía. No le faltaba ningún zapato. Suspiró. ¿Se estaría volviendo loca? ¿En realidad había sido tan solo un mal sueño? Estaba muy confundida, y el dolor de cabeza le impedía pensar con claridad.

Después de vestirse, bajó a desayunar. Bryan ya había terminado con todas las tortitas. Tendría que conformarse con los cereales. Su aspecto era el de siempre, despreocupado, alegre, nada fuera de lo normal. Aparte de aquellos zapatos, nada salía de lo habitual en él.

Cuando su madre pasó junto a ella, evitó mirarla. Su aspecto era horrible, pero al levantar la vista pudo ver que su madre tampoco tenía buena cara, ni su padre, que tomaba un café con desgana, ¿qué estaba pasando? Estaba segura de que todo cuanto estaba ocurriendo giraba en torno a su hermano, aunque carecía de pruebas. Y

aunque las tuviera, con seguridad sus padres no le harían el menor caso. Para ellos Bryan siempre había sido un modelo de hijo, y nada iba a cambiar eso.

De nuevo debía enfrentar una larga jornada en el Bridge, ¡nada más emocionante que ser la rarita de todo el instituto! En esos momentos echaba tanto de menos a Emily, que le daban ganas de salir corriendo de allí y no parar hasta que aquel maldito pueblo desapareciese de su vista y de su cabeza.

No era tan fácil como lo veía en su imaginación.

Metió la mochila de gimnasia en su taquilla, y con el libro de álgebra se dirigió a la clase. Todos estaban sentados cuando llegó, y con eso dio mayor motivo para que la observaran. No miró a nadie, ocupó su asiento y se propuso aprovechar el día.

Estudiar no le haría mal, y quizá podría quitarle todos los pensamientos negativos que rondaban por su cabeza.

Durante el almuerzo, Carla la evitó con descaro; no se molestó por ello. Le sobraba la compañía, deseaba comer sola y en paz, sin tener que escuchar los clásicos cotilleos sobre si a este le gustaba aquella, y viceversa. Tenía cosas más importantes que resolver en su vida, como para interesarse por la de los demás.

El día se le hizo relativamente corto, y aunque todos la seguían observando igual que a un bicho raro, dejó de un lado todo aquello para centrarse de lleno en los estudios. Fue su tabla de salvación sobre el paso del tiempo y el aburrimiento.

Cuando la noche cayó sobre Iceground, Brooke ya estaba frente a una humilde lápida con su bloc de dibujo en la mano. Había pensado varias veces en el misterioso

## 63

e-mail recibido el día anterior. Prefirió no darle importancia. Todavía estaba consternada por el suceso de la noche anterior, y todo el temor que sentía quedó reflejado en el dibujo que estaba haciendo. Otra vez apareció aquella maldita sombra en su dibujo. El a no la había dibujado... simplemente, estaba allí.

Un leve ruido atrajo su atención.

Escrutando largo rato con la linterna orientada hacia donde provenía el sonido, comenzó a asustarse. El vigilante no era, pues llevaba una buena tajada. Seguía esperando temerosa. Unos pasos ágiles se dirigían hacia ella. Podría tratarse del desconocido que la citara allí, aunque hasta ese momento lo había tomado a broma ¿Quién iba a querer encontrarse con ella? Nadie quería acercarse a la rarita, la gótica.

Por fin divisó un rostro: el de Carson Mcguire ¿había sido él entonces?

Se aproximó a ella con cierta timidez, nada habitual en él. Parecía inseguro, sus ojos azules bajo la luz de la luna brillaban cual dos preciosas canicas que Brooke no pasó por alto. Entornó la mirada con la intención de conversar con ella, pero algo en su interior lo frenaba.

–¿Me estabas buscando? ¿Fuiste tú el que me envió un e-mail para citarme aquí? –se adelantó Brooke un tanto apurada.

El chico asintió. Ahora que estaba frente a ella todo le parecía una tontería, fruto de su imaginación. Miró a Brooke con cierta fascinación, ¿fuera del instituto parecía tan distinta! No llevaba maquillaje, llevaba unos vaqueros desgastados y un yérsey muy ajustado negro. Le pareció atractiva por primera vez, sus ojos rasgados, negros como el carbón, destacaban en su rostro de porcelana. Todo en ella parecía embellecerse bajo la noche cerrada.

Negó con la cabeza. No podía ser que encontrase atrayente a la gótica. No era su tipo de chica.

–Será mejor que me vaya –se excusó Carson con una sonrisa pesarosa.

Brooke quedó atónita ante la reacción del chico, y pensó en dejarlo marchar.

Pero si lo dejaba, no sabría quién le había enviado el e-mail y, en ese caso, tampoco qué andaba buscando de ella. Así que le negó el paso; se plantó frente a él con los brazos en jarra. No pensaba quitarse de en medio hasta que le diese una explicación razonable, poco le importaba a ella que fuera el mandamás del instituto. No temía a los chicos como él.

Los dos permanecían frente a frente, sus miradas se cruzaban. Carson jugueteaba con algo que guardaba en el bolsillo de su pantalón.

–¿Eres tú quien me había citado aquí? Tan solo quiero saber eso...

–¿Y si fuera así?

## 64

–Pues, no lo entiendo, no sé porqué debería hablarte fuera del instituto, cuando dentro de él te jodes de mí todo el tiempo, tú y tus amigos.

–Es por mi hermana, estoy preocupado por ella. Están ocurriendo cosas extrañas, eso creo o...

–...te estás volviendo loco –terminó la frase por él.

Parecía que Carson no quisiera seguir con la conversación, estaba arrepentido de haber ido al cementerio al encuentro de la chica. No obstante algo, muy en su interior, le decía que ella era la única que podía comprenderlo. Se dirigió a la lápida donde había estado sentada Brooke y cogió el bloc, lo miró con gran interés, pasó las páginas con cuidado de no estropearlas, y se detenía en cada nuevo dibujo como entendiendo su verdadero significado. Torció los labios, completamente absorto en los dibujos. La chica lo observaba con curiosidad ¿Desde cuándo al chico más atractivo del instituto le interesaban los dibujos de tumbas y jóvenes góticas?

–Me gustan, tienen misterio. Son profundos, lo que no comprendo es porqué en todos tus dibujos has pintado la misma sombra, esta que se esconde tras las lápidas.

Parece de un ser pequeño o de alguien que estuviera agachado... ¿Qué es?

–No lo sé, eso no lo he dibujado yo. Me tomarás por loca, pero desde que estoy aquí aparece esa sombra en todos mis dibujos. Ahora ya puedes huir y propagar por todo el pueblo que estoy majareta.

–No lo voy a hacer. Creo que entonces lo estamos los dos, no te vayas a creer que eres la única a la que le ocurren cosas extrañas, sucesos que no pueden explicarse. Mi hermana está muy rara, es como si algo maligno la rodease –negó con la cabeza–. No puedo creer que te esté contando esto.

Brooke también necesitaba desahogarse, y comenzó a contarle su vivencia en el sótano de su casa. Temía que la tomara por loca; muy al contrario, el joven la escuchó con atención y parecía tomarla en serio. Todo coincidía, los objetos que sus hermanos poseían los habían cambiado. Algo se estaba apoderando de ellos... nadie se daba cuenta de ello, y sus padres estaban demasiado ocupados con sus obligaciones.

Una vez que cada uno hubo confesado sus vivencias de los últimos días, quedaron en silencio.

–Me ha hecho bien hablar contigo, ¿sabes? No eres tan rarita... –dijo Carson antes de marcharse.

Brooke esbozó una atractiva medio sonrisa que al chico no le pasó desapercibida; metió las manos en los bolsillos y le dio la espalda. La chica no pudo ver que el joven se alejaba con una sonrisa cómplice.

## 65

### *Capítulo IX*

#### *Reflejos*

Sentía un terrible calor en sus mejillas. Avanzó a paso lento por el pasillo de su casa y llegó, sin saber cómo, al baño de su instituto.

Había estado tan ensimismada y dormida, que no era consciente de sus actos.

Se lavó la cara y la dejó mojada, lo que hizo que despertara un poco más. Alzó la cabeza para mirarse en el espejo. Roja, rojísima. Sus ojos estaban del color de la sangre y el fuego, cada poro de su piel irradiaba calor. Bajó la cabeza, alarmada.

Colocó las palmas sobre su cara, y sintió calor, ¡un excesivo calor!

Volvió a levantar la mirada. Al menos, aquella vez no ocurrió nada extraño. Solo quedaban pequeños esbozos del color que había tomado su rostro momentos antes; sin embargo, su corazón no dejaba de latir frenético, ¡tan rápido que casi podía divisarse desde fuera, tapado por el yérsey marrón de lana de cuello vuelto! Dejó la mochila

encima del lavabo y sacó una pastilla, que tomó sin pensar...alguien la vio desde la entrada...

¡Anne, la lunática de Anne! Desde que reapareció nadie la volvió a ver con el humor que acostumbrada a tener. Estaba apoyada sobre el marco verde de la puerta, con la cabeza ladeada y los brazos, al igual que las piernas, cruzadas. Después comenzó a andar hacia ella con expresión sombría, dibujando cierto brillo en sus ojos.

Abrió el grifo y giró la vista hacia Brooke.

–Hola, Brooke. Buenos días.

Brooke solo podía compadecerse de ella. Cerró el grifo, puesto que no estaba utilizando el agua. Anne se rascó el cuello, haciéndose sangrar. Brooke entrecerró los ojos, meditando. ¿Cómo podía haberse vuelto tan irremediabilmente masoquista?

–Anne... ¿Estás bien? –dijo oteando el araño en su cuello.

Se encogió de hombros, mientras su rostro permanecía impassible: –Nadie está bien en Iceground.

–¿A qué te refieres con eso, Anne? –murmuró mordiéndose el labio inferior.

–Tú lo sabes mejor que nadie, Brooke. Los espíritus de los espejos conviven con nosotros. Cosas extrañas suceden. Estoy más cuerda que nunca, aunque lo niegues. ¡Cobardes! ¡Todos lo ven y nadie lo dice!

–¿Ver qué? ¿Qué espejos? ¿Qué secreto? –de pronto, abrió los ojos como platos.

## 66

¡Espejos! La noche anterior, su hermano Bryan había estado amparado bajo la atenta mirada de los espejos, últimamente lo veía bajar mucho al desván y antes pudo ver el rostro del demonio y no el suyo en el espejo.

–Todos los espejos en general, y pocos en concreto. Los reyes, los que guardan los secretos, los otros son reflejos de los verdaderos. Tú sabes dónde, Brooke, no te hagas la tonta. ¿Qué secretos? Cualquiera. El problema es nuestra edad.

–No comprendo nada de lo que me estás diciendo.

Anne apoyó su mano terriblemente fría, en las mejillas arreboladas y ardiendo de Brooke. Ella se apartó en un acto reflejo y cogió su mochila, situándosela en la espalda. Las dos muchachas no dejaron de observarse, pero Anne tenía la mirada perdida... podía ser que en el fondo no estuviese tan loca. Que tuviera razón. No comprendía ciertas cosas de las dichas, por más que la vida en Iceground había cambiado desde su llegada. Estaba segura. Y debía haber alguna razón: los espejos.

Debería estudiar con detenimiento el caso, y necesitaría ayuda.

Anne salió del baño, dejando de nuevo el grifo abierto. Brooke lo cerró de sopetón y se dirigía hacia clase cuando la alarma sonó. Daba comienzo otra aburrida jornada.

Carson Mcguire la miraba por el rabillo del ojo, dubitativo. Brooke esbozó un “¿Qué?” en sus labios. Él no supo responder. Se encogió de hombros, sacando un papel de su estuche. Estaban en clase de matemáticas. Carson destacaba en aquella asignatura. Le iba muy bien, mientras que Brooke siempre suspendía.

### **He tenido una pesadilla. Salías tú en ella...**

Brooke cogió el papel al aire sonriendo débilmente. Carla la vio, y su enfado era visible. Su relación, sin dudas, se había enfriado. Brooke cogió otro Pilot, y comenzó a escribir una respuesta, frunciendo el ceño y apoyando el bolígrafo sobre sus labios.

Carson la miraba.

### **Querrás que me disculpe por haber aparecido en tu pesadilla...Tendrás**

**morro.**

Carson miró a la profesora y contestó a la cuestión que ella **había** redactado.

Estaba concentrado en clase, y a la vez pendiente de la respuesta de Brooke, que tardó segundos en llegar. Él recogió la nota y volvió a escribir debajo, esta vez con el lapicero.

**Fue demasiado real, como si hubiera pasado mientras estaba sonámbulo.**

Brooke lo miró.

**67**

–Tú lo flipas, chaval.

–Por favor, señorita Watts –exclamó la profesora–, si no le interesa puede abandonar la clase.

Carla sonreía.

–No, claro, profesora –balbuceó bajando la cabeza.

Iván Seth le dio un codazo a Carson. Éste se giró y lo miró sin comprender. Iván miraba continuamente a Brooke y a Carson, y éste se dio cuenta de sus pensamientos, dibujando en su boca un: “No, nunca”.

**Pues luego me lo cuentas, cuenta cuentos...**

Escribió Booke, y después la lanzó.

Al rato, la profesora recibió una llamada. El director personalmente acudió a entregarle el teléfono, con la otra mano sobre el corazón, con cara ojerosa. Parecía

traer malas noticias. La profesora salió disparada. El director nunca interrumpía una clase. Casi se cae sobre el baldosín que diferenciaba el pupitre del resto de la clase.

Cuando se hubieron quedado en el pasillo los dos adultos, Carson se apoyó sobre la mesa de Brooke, dejando caer su cabeza.

Ella tiró de sus pelos a la vez que lo levantaba. Tenía los ojos verdes más bonitos del mundo. Brooke sonrió irremediablemente. Lo odiaba, pero tenía un imán hacia él.

–¿Me lo vas a contar o no? –preguntó.

Miró a su alrededor, todos conversaban animadamente con la persona más cercana. Otros reían, incluso cantaban o gritaban; solo uno o dos miraban sus deberes o hacia la puerta –los más cotillas–, para saber la causa de la interrupción.

–Estábamos en un descampado, tú y yo solos –Brooke puso una mueca de disgusto, él alzó su mano en señal de espera–. Todo era verde, perfecto.

Mirábamos el cielo, pero estábamos esperando algo. No lo que tú te piensas. De pronto aquello se llenó de espejos, de todas formas, colores y tamaños a nuestro alrededor, ¡tantos que llegaban hasta el cielo! Miles de almas salían de allí y comenzaban a orar. Vestidos extrañamente, como aquel día en el cementerio...

¿Qué ocurre?

Brooke apoyó sus codos sobre la mesa.

–Algo extraño que no alcanzo a entender. Mi hermano se comporta de forma extraña, y mis padres están muy olvidadizos. Huele a podrido y solo obtengo una palabra: espejos. Pienso investigar sobre este misterio.

Carson parpadeó varias veces.

## 68

–Mis padres también se comportan como unos críos, olvidándose de lo que antes era el fin del mundo. A mi hermana casi no la veo por casa. Siempre anda con tu hermano por ahí...

El director entró en la clase cerrando la puerta tras de sí.

–Ella no puede seguir dando clase. Yo me quedaré el resto de la hora –llevaba un periódico bajo el brazo–. Podéis juntaros de dos en dos y hacer deberes en silencio, por favor –en su rostro se leía dolor.

Carson se juntó a Brooke, moviendo con timidez la mesa hasta que encajaron a la perfección los dos pupitres. Iván lo observaba resignado, lo mismo que Carla. En cuanto Brooke la miró, ella apartó la vista.

La cercanía del chico la incomodaba, al tiempo que le parecía agradable. No estaba acostumbrada a su aroma, pero no se le haría difícil aceptarlo. Era más que un perfume, la calidez de su cuerpo desprendía una atracción que hasta ahora no había sentido por nadie. En cierto modo se asustó de sus propias sensaciones, y era lógico.

¡Eran demasiado fuertes para pasarlas por alto! Algo en ella cambiaba cuando Carson estaba cerca de ella, y aunque lo había encubierto bajo un manto de desprecio, desde el principio supo que se trataba de algo más.

–¿Te encuentras bien? –susurró

Brooke asintió con la cabeza, estaba cohibida, pero no quería que él se percatase de su apuro. Todo era tan extraño, ¿hasta qué punto era real todo cuanto le sucedía?

Miró su reflejo en el ventanal situado a su izquierda, de nuevo sus pupilas eran un fuego, una llamarada intensa se apoderaba de ella, de sus entrañas. Un dolor punzante la hizo encogerse sobre sí misma. Carson quiso ayudarla, pero ella lo alejó de un manotazo. No quería que la viera así. Luego, todo pasó. Tan solo fueron unos segundos, que para ella habían sido eternos. Quedó enormemente cansada.

Ahora era el centro de atención de la clase, ¡lo último que deseaba! Lo peor es que de nuevo sería “la rarita” para Carson. No deseaba perder la confianza del chico.

Lo miró con cierto recelo, y sus miradas se cruzaron. Por extraño que le pareciese, el joven mantenía una expresión afable.

–¿Estás mejor? Me habías asustado...

–Sí, perdona por el manotazo. Algo ha debido de sentarme mal El director carraspeó llamando la atención de todos hacia él. Acto seguido comenzó a escribir en la pizarra lo que deberían ser los deberes de matemáticas.

Todos apuntaban en sus cuadernos los ejercicios que habrían de hacer en sus casas, y también Brooke. Al levantar la mirada, quedó aterrada ante lo que vio. Un niño vestido de época estaba junto al director. Miró a su alrededor, nadie parecía percibir

## 69

su presencia. El pequeño seguía de espaldas a ella. Brooke no podía apartar la vista de él, y dejó de tomar apuntes. Su figura era etérea, no podía ser que estuviera viendo a un espíritu, ¿pero si fuera así, por qué tan solo se hacía visible ante ella?

–Te aconsejo que pilles los apuntes, ¿qué estás mirando?

–¿Eh? –volviéndose hacia el chico.

–No has escuchado nada de lo que te he dicho, ya te pasaré los apuntes.

Brooke volvió su mirada hacia la pizarra, el niño ya no se encontraba allí. El director ocupaba gran parte de ella mientras seguía escribiendo. Una vez hubo terminado, volvió a su mesa y quedó visible todo cuanto había escrito. Pero había una caligrafía que no era la suya, y era deforme. Aquello no era obra del director. La chica tragó saliva al leer lo que rezaba al pie de la pizarra “Yo sé un secreto”. Las manos sudorosas se desprendieron del bolígrafo que todavía sujetaba.

–Carson ¿Qué pone en la última línea, al final de todo?

–Una pregunta sobre el ejercicio anterior de álgebra, ¿necesitas gafas?

–No, y no pone eso –negaba con la cabeza, muy nerviosa.

–Tranquila. ¿Qué ves tú?

Se mordió el labio con fuerza presa de su nerviosismo, hasta hacerse daño. Un hilo de sangre comenzó a brotar de la parte inferior. Carson intentó hacerla entrar en razón, pero no tuvo la oportunidad, ya que la chica recogió todas sus cosas y se marchó corriendo de allí. Le pareció que huía de algo o alguien, no sabía qué pensar.

Ya le habían advertido sus amigos que era mejor que se mantuviera al margen de “la rarita”. Tal vez tenían razón, aunque en cierto sentido se sentía unido a ella. Los sucesos en su casa le preocupaban, y hasta el momento la única que le había tomado en serio era Brooke. Tenía que averiguar qué le estaba pasando... Aunque quizás no

confiaría en él. Después de todo, hasta hacía bien poco era un extraño.

Brooke ya estaba lejos de allí. No había esperado a que la recogiera su madre, como todos los días. Necesitaba huir de todo y de todos. Estaba horrorizada, con aquella sensación a muerte que le había calado las carnes. Corría con todas sus fuerzas, y sin embargo, le daba la impresión de no avanzar. Se sentía al filo de la locura, y solo había un lugar donde su espíritu descansaba: en el cementerio. Allí se encontraba con su verdadero “yo”. Sabía que cuando llegase a casa le esperaba una reprimenda por parte de sus padres, y esa sonrisilla que tanto detestaba de su hermano. Aun así, prefería quedarse un buen rato allí; tendría oportunidad de dibujar y de pensar con calma en todo lo sucedido. Pensó en Carson, en esos ojos preciosos que tenía, y lo que sentía al mirarlos. Después de lo acontecido no volvería a mirarla de la misma forma, la habría dado por loca. A estas alturas estaría con sus amigos riéndose de ella.

## 70

Se sentía fatal, pero en su vida había cosas mucho peores que la indiferencia de Carson.

Hacía mucho frío y se cubrió hasta la nariz con la bufanda. De paso evitaría aquel olor nauseabundo que se había levantado de nuevo. Soltó la mochila sobre una lápida, y sacó de ella el bloc y los lapiceros para dibujar. Había encontrado un lugar idóneo para expresarse.

Sus trazos, al principio imprecisos a causa de sus temores, se fueron volviendo firmes... dibujó a una hermosa mujer semidesnuda, una sábana cubría su cuerpo de cintura para abajo, sus bellos senos dibujados al descubierto. El cabello, recogido en un moño, dejaba varios mechones sueltos con gracia; y su rostro reflejaba una pureza nunca antes dibujada por ella. Su mirada, baja, mostraba una gran tristeza. Tras ella, un ángel la tomaba del brazo. Sus alas desplegadas parecían querer echar a volar en cualquier instante, llevándose consigo a la bella mujer que pisaba con sus pies descalzos enormes rosas. De las plantas de sus pies brotaba sangre. El dibujo la asombró enormemente al contemplarlo terminado. Era tan real como la escena tan delicadamente descrita.

Lo acarició con la mano, dibujando con su dedo el rostro de la mujer semidesnuda, y de sus ojos comenzaron a brotar unas lágrimas negras. Miró hacia arriba, seguramente se trataba de alguna gota que había caído sobre él, pero no. Lo tocó, estaba seco. Se

quedó muy quieta, contemplando aquellos ojos que no cesaban de llorar. No pudo más, arrugó la hoja con rabia y la tiró lejos de ella.

Rompió a llorar, no sabía qué era lo que le estaba ocurriendo, pero no era normal. Una mano se posó sobre su hombro, se volvió con lágrimas en los ojos y pudo ver que se trataba de Carson. No quería que la viera en aquel estado, y lo echó.

Pero el chico no parecía tener intención de marcharse, muy al contrario, se sentó a su lado en estado de espera. No se atrevía a abrazarla, tampoco a preguntar qué le ocurría. Simplemente esperaba que se calmara y fuese ella misma la que le diese a comprender qué ocurría.

A Brooke le molestaba ser observada mientras lloraba, y cogió sus cosas, dispuesta a marcharse. Él se lo impidió, abrazándola. Fue un acto reflejo que no se esperaba la chica, en cambio para Carson era algo que había deseado hacer desde que llegó al cementerio. Ella se abrazó con fuerza, y se sintió arropada por la seguridad del joven. Junto a él todo le parecía más sencillo.

–¿Estás seguro?

–¿De qué?

–De querer tener como amiga a “la rarita del instituto”.

## 71

–No seas tan creída –dijo en tono burlón–, no eres la única. O quizás estemos todos equivocados y sea al contrario, y los raritos seamos nosotros.

–No me hagas reír –dijo, soltando una débil risa.

–¿Lo ves como no puede ser tan grave?

Brooke calló, no quería romper aquel instante mágico entre los dos, allí abrazados, sin nadie que los criticase. No quería confesar sus preocupaciones en un momento como aquel. Apoyó suavemente la cabeza sobre el pecho del joven y permaneció así durante un buen rato. Necesitaba aquella paz, sentirse protegida.

Temía hasta mirar su reflejo en un espejo, estaba acobardada y no lo quería admitir.

La luna asomó en el cielo con cierta timidez... su luz tenue se posó sobre ellos creando una escena gótica, la figura de los dos jóvenes rodeados de tumbas, los ángeles con sus alas desplegadas. Una imagen de esas que tanto le gustaba dibujar a Brooke. Solo que ahora, ella era parte del escenario.

Tras ellos había un niño, el mismo que en clase de matemáticas había sobresaltado a la chica. No lo veían pues estaba tras ellos, y aunque Brooke sintió una brisa helada que le recorría la espalda, se negó a separarse de Carson. No quería mirar hacia atrás, pues temía lo que pudiera encontrar.

*Capítulo X**Desaparecidos*

A medida que transcurría el tiempo, la ciudad iba envejeciendo. Las caras de sus edificios eran más grises y sus calles se deterioraban sin razón aparente. De algunas casas deshabitadas brotaba un líquido de color oxidado, herrumbroso. Y el cielo se presentaba como una losa pesada, que cubría con su negrura todo Iceground. En cambio la mansión de los Watts se encontraba en todo su esplendor, sus jardines habían florecido a pesar del mal clima que los acechaba.

Misteriosamente, había vuelto a renacer.

Por aquellos días, una desagradable noticia se extendió como la pólvora por todo Iceground. En grandes titulares del periódico local se anunciaba la desaparición de Selena Mcguire. La noticia había sido escrita por el propio padre de la desaparecida.

Todos comentaban el suceso, alarmados de que hubiera entre ellos algún perverso que se dedicase a raptar a niños. Fue un día extraño, los padres no dejaron acudir a sus hijos a la escuela, mucho menos que salieran de sus casas. Todos estaban en alerta. El instituto había cerrado sus puertas, en señal de respeto hacia la niña y sus familiares. Parecía que la hubieran dado por muerta antes de tiempo.

En casa de los Watts, Brooke mordisqueaba una manzana mientras que su hermano daba vueltas a su alrededor; comenzaba a ponerla nerviosa. Últimamente había estado muy tranquila, a pesar de que fallaba Internet, la televisión había dejado de funcionar y la mayoría de aparatos eléctricos se habían revelado. Aún así había pasado unas semanas en las que no había sucedido nada fuera de lo normal.

—¡Enano! ¡Fuera de aquí!

—¡Porque tú lo digas, “rarita”!

Se fijó con más detenimiento en Bryan. Ahora además de los zapatos lucía una gorra de terciopelo y una lazada a juego. Frunció el ceño en señal de desaprobación.

La niña que había desaparecido era la hermana de Carson, y también llevaba ropas

extrañas. Además de todo eso, era muy amiga de su hermano. ¿Cómo podía ser que siendo tan amigos estuviera tan tranquilo?

–¿De dónde sacas esas ropas? No me gustan nada.

–¿Te digo yo cómo has de vestirte?

–Déjalo... dime pues, ¿sabes algo de Selena? ¿Sabes que ha desaparecido?

–Sí, y no sé nada.

## 73

Bryan sonreía inocentemente, como si nunca hubiera roto un plato. Esa actitud exasperaba a Brooke. Sabía que su hermano no le contaba la verdad, podía percibirlo. Lo conocía demasiado bien.

–Cuéntame lo que sepas, es lo mejor. Esto es muy grave, Bryan.

El niño no le hacía ni caso, se puso a tararear una melodía al tiempo que saltaba a la pata coja. Luego comenzó a canturrear. En un principio Brooke no atendía a la canción, pero era muy pegadiza. Y en cierto sentido, atrayente.

*Tras mi reflejo*

*Se oculta un secreto*

*Que debes guardar*

*Para ganar.*

*Yo sé un secreto*

*Que tú ocultarás*

*Sino perderás.*

*Tras tu reflejo*

*Descubrirás un secreto*

*Que no olvidarás*

*Para jugar.*

*Yo sé un secreto*

*Que tú ocultarás...*

*Sino morirás.*

El niño se iba alejando a la pata coja mientras repetía una y otra vez la canción.

No le gustó nada la cancioncilla. Fue tras su hermano y lo agarró por el brazo con rudeza. Bryan sonreía mientras seguía canturreando. Brooke comenzó a zarandear a su hermano para que callase; pero no lo conseguía, éste seguía cantando. La manzana que tenía en la mano comenzó a pudrirse, hasta que se convirtió en cientos de gusanos. La chica la soltó asqueada, y fue entonces cuando su hermano aprovechó para escapar.

Miró al suelo, y no vio nada, ni gusanos, ni manzana. ¿Había sido una ilusión?

Vio como su hermano se marchaba con un vaivén cantarín, pero no pensaba dejarlo marchar así como así, y fue tras él. La canción hablaba de secretos, tal y como

## 74

relataban las tres chicas desaparecidas... Anne la había repetido en varias ocasiones.

También coincidía con la frase que vio escrita en la pizarra.

Estaba completamente segura de que su hermano guardaba muchos secretos.

Alcanzó a su hermano en breve, demasiado pronto. Más bien parecía que quisiera ser alcanzado. No le gustó la sensación que le produjo tenerlo cerca de ella, tan lejos de la casa, de sus padres. No daba crédito a aquello. ¿Desde cuándo temía a un niño de ocho años? A su propio hermano.

–¿Qué quieres hermanita?

–Sabes lo que quiero. Dime qué hacéis en el sótano, ¿dónde está Selena? ¿Está allí? No es posible que estés tan tranquilo cuando una amiga tuya puede estar en peligro ¡Responde! –gritó enfadada.

–Era una mentirosa –dijo con melodiosa voz, ladeando la cabeza con una mirada inocente.

Después, sin saber cómo, contempló cómo su hermano desaparecía a una velocidad que no era normal en un niño, ni tan siquiera en un deportista. No parecía haber puesto esfuerzo en correr, simplemente se deslizaba velozmente con esos zapatos tan extraños. La respuesta de su hermano la había dejado como estaba.

¿Qué había querido decir con que era una mentirosa? Ese no era un motivo para desaparecer. Intentaría hablar más tarde con sus padres, quizás ellos le hicieran más caso.

De momento ella tenía un asunto importante que resolver, debía ir a casa de los Mcguire, se lo debía a Carson. Estarían pasando uno de los peores momentos de su vida, y si ella se consideraba una verdadera amiga del chico, no podía dejarlo de lado en aquel trance.

El cabello le había crecido bastante y se hizo una cola alta, dejando al descubierto sus rasgos delicados y su piel blanquecina, casi de porcelana. Sus ropas seguían siendo las mismas, tan gótica como siempre. Buscó algo más formalito para la ocasión. Si pretendía presentarse en casa de los Mcguire más valía que se vistiera en concordancia. Se encaminó hacia allí, no sin antes colgarse su mochila a cuestas, con lápices y bloc en su interior. Sin eso nunca salía de casa, nunca se sabía cuándo se le presentaría la oportunidad de hacer un buen dibujo.

Por fin había llegado, tocó el timbre y salió la señora Mcguire, que la observó detenidamente. Luego esbozó una mueca y la dejó pasar. No le preguntó quién era, ni a qué venía, pero cuando estuvo en la sala comprendió que casi todo el pueblo estaba allí. Supuso que la mujer estaba cansada de dar explicaciones y de que se las dieran. En aquel momento Carson bajaba por las escaleras, con las manos en los

bolsillos y la mirada baja. Al verla frente a él, intentó dedicarle una sonrisa cortés que no resultó muy convincente.

Le hizo una señal con la cabeza para que la siguiera al jardín, Brooke la siguió con disimulo, aunque nadie se dio cuenta. Todos estaban muy enzarzados tratando otros temas.

Cuando alcanzó al chico vio una amargura inmensa reflejada en su mirada. Se sentaron en un banco, situado frente a una fuente que emanaba agua. El sonido era sedante.

–¿Se sabe algo?

–No se sabe nada, y no creo que se sepa nada ni mañana, ni pasado, ni dentro de un mes.

–¿Por qué dices eso?

Carson apoyó los codos sobre sus rodillas y se frotó las manos compulsivamente. Evitaba mirar de frente a la joven, que pacientemente esperaba una respuesta.

–¿No te has dado cuenta? Míralos –dijo, señalando al ventanal que daba al salón–. No están buscando a mi hermana, están buscando un objeto perdido. Mi madre no ha mostrado el menor interés, tan solo reconoce que se ha perdido su hija, pero como si se tratase de un coche. Mi padre ni siquiera se ha molestado en dar parte a la policía, con anunciarlo en el periódico se ha dado por satisfecho ¿Qué les está pasando?

–Tal vez es que no lo han asimilado, a veces pasa.

–Ojalá fuera eso, pero sé que no lo es. Esto tiene que ver con tu hermano, él tiene que saber algo, ¿le has preguntado?

–Sí, y tan solo he logrado sacarle que tu hermana era una mentirosa. No te ofendas, yo no digo que lo sea –se apresuró a explicar.

De nuevo Carson se quedó pensativo. Intentaba buscar una solución que sabía, de antemano, que no estaba a su alcance. Él adoraba a su hermana, y ahora la había perdido. Conocía a su hermana y no era aventurera, aunque tenía que reconocer que desde que se juntaba con Bryan había cambiado. No era la misma, era más arisca.

También le vino a la mente aquel día en que comprobó que era capaz de atacarle, y que su fuerza no correspondía a una niña de su edad.

–Lo mejor es que te vayas, este no es tu lugar. Yo soy de la opinión de que toda la culpa la tiene tu hermano. No puedo hablar contigo.

Brooke se quedó observándolo fijamente, esperando a que la retuviera, pero no lo hizo. Y se marchó de allí con un amargo sabor de boca. Ella no tenía nada que ver con la desaparición de Selena, tampoco con Bryan. Lo quería a su manera, pero

## 76

últimamente estaban más distanciados que nunca. La culpa la tenía aquella casa, nunca tenían que haber venido a Iceground, por el bien de todos.

Tenía que seguir más de cerca los movimientos de su hermano, y no podía confiar en sus padres para eso. A la única que seguían desde siempre, por problemática, era a ella. Por mala suerte no podía ni tan siquiera comunicarse con Emily, ella la comprendería... O tal vez no. Todo esto superaba a cualquiera, y no lo podría entender nadie que no lo sufriera en sus carnes. De camino hacia su casa se detuvo en el cementerio, se sentó un rato. Esta vez no sacó su bloc, no se sentía con ánimos de dibujar nada. La última vez había roto el dibujo, y desde entonces ya hacía bastante. La imagen de aquella mujer llorando se le presentaba confusa, como si hubiera pasado hacía una eternidad, y en cambió tan solo habían transcurrido un par de semanas.

Marchó pronto de allí y paseó por las lúgubres calles de Iceground... grises, deprimentes, sucias. Grandes ratas también grises paseaban por los callejones. Se cruzó con gentes que caminaban despacio, como ausentes. Nadie parecía verla, todos seguían su camino como autómatas. El aire era pesado, y le costaba respirar.

Cada vez había más edificios en ruinas, el aspecto del pueblo comenzaba a ser lamentable. En cambio, al llegar a su casa todo era distinto, como si la casa brillara con luz propia, el aire era más puro, y todo se hacía más liviano. Las obras habían concluido, y el resultado era envidiable. Lucía con todo su esplendor, el de los mejores tiempos. Por dentro todo estaba limpio, luminoso, bien organizado. Y sin embargo Brooke no terminaba de sentirse a gusto entre aquellas gruesas paredes.

Podía percibir algo en ella que le ponía los pelos de punta. Sus padres estaban en el salón, cada uno con un libro entre las manos, totalmente entregados a la lectura.

Tomó asiento frente a ellos, necesitaba hablar con ellos, y cuanto antes mejor.

Comenzó por anunciarles la desaparición de Selena, asunto que no pareció afectarles. Luego optó por hacer hincapié en los últimos sucesos en Iceground, el lamentable estado en que se encontraba. Tampoco hubo respuesta a sus interrogantes. El tema que más temía tocar era el de su hermano, pero se armó de valor y les contó todo cuanto había visto. Las propiedades que había adquirido gracias a aquellas vestimentas del siglo pasado... Les contó todo, con todo lujo de detalles. Les confesó su gran preocupación por todos los sucesos que había presenciado desde que había llegado aquí. Lo único que omitió fue lo que la implicaba directamente a ella, cuando se miraba en un espejo. Quería evitar que la tomaran por loca.

## 77

Lo único que consiguió, fue que de vez en cuando levantasen la vista de sus respectivos libros. La situación comenzaba a desesperar a la chica, no le hacían el menor caso. Todas sus preocupaciones eran tomadas a la ligera.

—¿No me vais a contestar? Por favor, mirarme, estoy aquí, necesito vuestra ayuda —rogó.

Marie la miró fugazmente.

—Tranquilízate, tienes mucha fantasía, ¿por qué no dibujas algo?

—¿Pero es que no habéis escuchado tan siquiera una palabra? En Iceground están ocurriendo cosas muy extrañas. ¿No pensáis hacer nada al respecto?

—¿Qué deberíamos hacer según tú? —preguntó Alfred.

—¿Es que no lo veis? Estáis cambiando, mamá ¿desde cuándo no haces una fotografía? Papá ¿Qué pasa con tus relojes? Los tienes abandonados. ¿Y con Bryan? ¿no le vais a parar los pies?

Alfred se levantó abandonando el libro sobre la mesa y se dirigió hacia el sótano.

Brooke pensó que le había escuchado, que por fin la tomaba en serio, pero no. Sus intenciones eran otras muy distintas.

–¿Qué vas a hacer?

–Voy a subir unos cuantos espejos para dar amplitud a la sala.

–¡No! ¡espejos no! ¿es que no me has escuchado? Algo pasa con esos espejos.

–Son unas obras de arte que no tienen que permanecer por más tiempo ocultas, y ahora quítate de en medio que he de pasar.

La chica se retiró dejando paso a su padre, su madre también había abandonado la lectura. Ahora se encontraba en la cocina, había sacado leche, huevos, azúcar y vainilla. Luego puso una gran olla en la cocina.

–¿Qué haces, mamá? A ti no te gusta cocinar.

–Voy a hacer muchas natillas para tu hermano y sus amigos. Vendrán esta tarde.

Marie no paraba de moverse, mientras que Brooke caminaba tras ella con la intención de hacerse escuchar. Intentaba convencerla de que no debía venir ningún niño a la casa, que por ahora era lo mejor. Sus palabras no la afectaban lo más mínimo, ella proseguía con su tarea, haciendo oídos sordos.

–¡Mamá! –gritó–, ¿no lo entiendes? La culpa es solo nuestra, y sobre todo de Bryan.

Su madre se giró de repente y le propinó una bofetada en la mejilla. La chica se cubrió allí donde la había golpeado. Se sentía más humillada que nunca, jamás le habían pegado, ni su madre, ni su padre ¿Qué les estaba ocurriendo?

–Jamás vuelvas a echarle la culpa a tu hermano, sabes bien que todos los problemas de esta familia siempre los has creado tú.

## 78

Brooke salió corriendo en dirección a su habitación. Con los ojos enrojecidos, a punto de llorar y sintiendo una rabia contenida. ¡Maldito Bryan! Siempre salía impune de todas sus fechorías, pero ahora no se trataba de una simple travesura. Se trataba de algo mucho más grave, algo que ella sola no podía parar.

Y sin embargo tendría que arreglárselas ella sola. No podía contar con nadie, y lo

sabía. Se tumbó en su gran cama y los párpados fueron cediendo a la tentación del sueño. Se dejó llevar por el cansancio y se quedó dormida.

Tuvo pesadillas que se sucedieron como días enteros con sus noches. Siempre atraída por los espejos, alguien intentaba atraparla, seducirla con artes maliciosas. El sudor recorría sus sienes, nada de aquello podía ser real, en cambio sabía que la realidad superaba con creces la ficción, sus sueños y su imaginación.

En realidad tan solo había trascurrido una hora, lo comprobó al abrir su móvil. En frente de su cama estaba situado un gran espejo en el que podía observarse de cuerpo entero. Instintivamente se dirigió hacia él, con los pies desnudos sobre la moqueta azul. Su cabello había vuelto a crecer, ya le alcanzaba la cintura. Con su mano derecha acarició la superficie cristalina, deslizándola con suavidad. El cristal comenzó a temblar sin motivo alguno, y en un instante se rompió en mil pedazos. Era como si su propio reflejo la rechazase.

–¡Mis pies! Maldita sea... –maldijo.

Los cristales se clavaron en sus pies como clavos, y éstos comenzaron a sangrar. Un grito de dolor lo eclipsó todo por unos instantes, pero nadie acudió.

Caminó con algunos cristales todavía incrustados en las plantas de los pies hasta llegar al baño. Allí se los fue quitando uno a uno, y con cada cristal que extraía se podía escuchar una queja de dolor. Aun así nadie acudió en su ayuda. Se desinfectó los pies con agua oxigenada, y se los cubrió con una venda que de casualidad encontró en el botiquín, ya que casi nunca estaba provisto de materiales de urgencia.

Caminó con dificultad hasta su cuarto y se puso unas zapatillas. Luego barrió todo aquel estropicio. No podía más, su mente necesitaba un descanso. El espejo había quedado totalmente destruido, tan solo se había salvado el marco ostentoso que lo sujetaba.

Cuando bajó, todo en apariencia era normal; su hermano jugaba con una pelota y sus padres estaban sentados frente al televisor. Pero no lo era, Brooke conocía bien a sus padres, y sabía que éstos odiaban ver la televisión. A su hermano no le gustaba jugar solo a la pelota, pero fijándose más pudo ver que no se trataba de una pelota normal. Era muy antigua, aunque estaba en buen estado. Nadie parecía estar preocupado por la desaparición de Selena. Tan solo ella, que en general se despreocupaba de todo. Parecían haber cambiado las tornas, o tal vez se trataba de

que estuviera madurando. Fuese lo que fuese, en su familia tan solo le afectaba a ella. También podía mirarse desde otra perspectiva, tal vez la única que se mantenía cuerda era ella, aunque eso se lo cuestionaba bastante. Normalmente, todos estaban centrados menos ella, todos eran normales menos ella. Aquella situación la superaba.

Fueron transcurriendo los días y las semanas, y la situación en Iceground no mejoraba, todo lo contrario, iba a peor. Selena no había aparecido, pero eso no era lo peor. Muchos niños habían ido desapareciendo. Ya eran catorce los niños que no habían vuelto a sus casas, pero como en el caso de la hermana de Carson nadie parecía poner mucho interés en su búsqueda. Los buscaban, si, pero no se alarmaban al no encontrarlos, ni al no hallar ninguna pista que los condujera a ellos.

El Bridge abrió de nuevo sus puertas a todos sus alumnos, pero nadie hablaba de los sucesos de las últimas semanas. Todo parecía tan normal, que a Brooke se le ponían los pelos de punta ante tanta normalidad.

Algo muy grave estaba por acaecer, y aquello tan solo era el comienzo.

*Capítulo XI**Arenas movedizas*

Serían las ocho de la mañana cuando cayeron sobre el asfalto gotas de lluvia, negras, espesas. Brooke había decidido marchar a pie a sabiendas de que se mojaría, prefería la oscura lluvia que sentarse en el asiento del coche bajo un silencio incómodo y con la compañía de un niño extraño, al que ya no reconocía como hermano suyo. Se había convertido en un ser frío a sus ojos, muy al contrario que a los de sus padres, que lo adoraban cada vez más. Estar junto a ellos se le hacía insufrible.

Por el camino se puso la chaqueta vaquera que su madre le regaló el año pasado. Por aquel entonces no le entusiasmó, ahora le gustaba. Ella también estaba cambiando, y le aterraba pensar en qué. Por el camino se encontró con algunos chicos de su clase que la ignoraron. No les dio mayor importancia, se había acostumbrado a la indiferencia que manifestaban hacia ella.

Cuando llegó se fijó en los coches que normalmente dejaban a los más pequeños; cada vez eran menos, porque las desapariciones continuaban. Sin embargo todavía quedaban suficientes para seguir jugando con su hermano. Había intentado pillarlos en el sótano varias veces, pero no había tenido éxito. Cada vez estaban más preparados, más alertas a ser descubiertos por ella ¿Qué harían allá abajo?, se preguntaba. Era una cuestión que no se quitaba de la mente. Se había convertido en una obsesión para ella, una cuestión de vida o muerte, desvelar el gran secreto que tanto protegían.

Las paredes del instituto se le presentaban como una vieja y sucia caja de cartón usada. Todo estaba descuidado, sucio, y aquel maldito olor lo impregnaba todo. Nadie parecía darse cuenta de ello. Por los pasillos todos caminaban con parsimonia, mientras hablaban entre ellos. Nada fuera de lo común. La escena podía haber sido sacada de cualquier instituto, pero no era así. Todo apestaba.

Le sorprendió ver que Carson volvía a sentarse a su lado, pero no le comentó nada al respecto. Si alguien tenía que hablar era él. No pensaba ir detrás de un niño malcriado, al que todo el instituto veneraba como si se tratase de un dios. Para ella se trataba de un chico normal, muy atractivo eso sí, pero no se dejaría deslumbrar por él.

Ella no era como todas, y se lo había demostrado con creces. Observó que llevaba la mano izquierda vendada, seguramente había tenido algún accidente casero. No le dio mucha importancia.

## 81

La clase comenzaba, el profesor comenzó a escribir en la pizarra pero ella no lograba comprender en qué idioma lo estaba haciendo. Levantó la mano para preguntar, y todos parecían morirse de la risa al comprobar que la chica no entendía la escritura. Se giró hacia Carson y miró su cuaderno, él tampoco había apuntado nada. Se volvió hacia ella, pero no le dirigió la palabra. Luego se giró para asegurarse de si Iván y el resto lo observaban. No lo hacían.

–Yo tampoco sé qué es lo que pone en la pizarra –argumentó.

Brooke asintió. Hablaría con él más tarde, si se encontraba solo, claro. De todas formas, de nuevo la chica había llamado la atención del profesor y de sus compañeros. La habían tomado por lerda, razón de más para que Carson mantuviera las distancias.

El último asiento estaba desocupado, y pensó en marcharse para evitar que Carson se viera implicado con “la rarita”. Se giró para comprobar que estaba libre, no había nadie, así que pidió permiso para cambiarse de puesto. El profesor la miró con extrañeza, pero accedió a su petición. La chica recogió sus cosas y se dirigió hacia el final de la clase. Se sintió observada por todos, menos por Carson. Él seguía con la mirada puesta en su cuaderno. Ya estaba justo al lado del último pupitre cuando al girarse vio un niño pequeño sentado. Sentía que no podía respirar. El cuerpo del niño era traslucido: se trataba de un espíritu. Tenía la cabeza baja, no podía verle la cara.

Se fue acercando, hasta que estuvo muy cerca de él. Todos observaban a Brooke, pero no le importaba. Las piernas parecían ser de goma porque no lograba mantenerse en pie.

El niño alzó la mirada, sus ojos estaban en blanco. Tenía las mismas facciones que su hermano, iba vestido con un traje de terciopelo, una gran lazada en el cuello.

De repente le sonrió, sus dientes resplandecían como espejos. Era una sonrisa malvada, cruel, fría. La chica sentía que se mareaba y que no tardaría en desmayarse allí mismo. Cayó al suelo.

Él se acercó a ella, que permanecía petrificada por el miedo. Su aliento era helado, lo sintió sobre su nuca. Luego le susurró al oído “Yo sé un secreto”, después de eso comenzó a tararear la canción que cantaba su hermano, y así cantando se marchó, atravesó la puerta y desapareció.

La chica comenzó a toser. Se trataba de un tos seca, se ahogaba, pero nadie se ofrecía a ayudarla. Carson alarmado acudió en su ayuda, y la cogió en brazos. Brooke no tenía ni tan siquiera fuerzas para sujetarse a su cuello, los brazos le colgaban como los de una muñeca rota. Se la llevaba a enfermería.

Una vez allí no resistió más y quedó inconsciente, el chico permanecía a su lado, estaba asustado. Estaba tan blanca, y a la vez la encontró tan bella, tan especial.

## 82

Nunca había conocido a nadie así, y aquello era lo que realmente lo empujaba hacia ella. Brooke era, sin duda, un ser muy especial.

La enfermera la revisó con parsimonia, eso enardecía al chico que ansiaba saber qué le había ocurrido a la chica. Al final le dijo que se trataba de una lipotimia. Le dijo que podía quedarse con ella hasta que reaccionara, y que se la llevase a tomar algo, como un chocolate bien caliente. Carson dijo que así lo haría. Luego pensó que lo intentaría, mejor dicho, porque a lo mejor cuando despertase lo enviaba a tomar viento.

–¿Te he asustado? –susurró ella con voz débil.

–Sí, tengo el deber de llevarte a tomar un chocolate. De paso, podrías contarme qué te ha pasado, porque lo de la lipotimia es secundario, ¿verdad?

Brooke se mordía el labio inferior, se veía incapaz de mentirle pero no le apetecía que la tomase por loca. Era lo último que deseaba. Al final no había logrado su objetivo de alejarlo de ella, todo lo contrario, ahora estaban juntos y a solas. Sus rostros estaban muy cerca, él la miraba fijamente, mientras ella intentaba huir de su mirada. Sentía su aliento cálido tan cerca que deseaba besarle, pero no...él estaba fuera de su alcance. Se retiró instintivamente, y él hizo lo mismo.

*Capítulo XII**Huellas dactilares*

*Huellas dactilares.* Aquél era el nombre de la cafetería más cercana.

La siguiente clase la pasaron allí, agarrados fuertemente a sus tazas de porcelana blanca, y al calor que irradiaba, intentando no dejar caer ni una gota al plato de abajo. Las paredes estaban cuidadosamente ordenadas con carteles y pizarras que ofrecían las ofertas de la semana, además del café, tomaron tortitas bien cargadas de chocolate. Les atendió un hombre calvo, con camiseta de rayas rojas y la servilleta doblada en su mano. Carson fue el que pidió. Cuando estaban por la mitad del café, él se atrevió a hablar.

—¿Qué tal te encuentras, Brooke? —ella tiritó a su vez.

—Bien, mejor...Supongo —su mirada le buscó—, pero, ¿por qué lo haces?

—¿Hacer...? ¿El qué, Brooke?

—Cuidarme, no estar con Iván. Visité la web del Bridge y el año pasado eras el mejor en todo. En todas las actividades. Y este año, tu actividad soy yo. ¿Qué ocurre?

—Vaya, veo que te has informado bien sobre mí. Me siento halagado. El año pasado tuve que competir mucho, me cansé de ello. Sí, algo lo echaré de menos, pero cada día veo padres que no se preocupan de la desaparición de sus hijos. ¿He de preocuparme yo por abandonar el fútbol? No, Brooke, da por hecho que no. Además, no eres tan importante para mí, yo no te consideraría una actividad en realidad...

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por dejarme claro que no soy importante para ti. Me despejas las dudas antes de plantearlas.

—De nada —murmuró con una sonrisa turbia.

–Nunca dejarás de ser un tío, Carson.

–Gracias a Dios.

Brooke se deshizo en una sonrisa. Carson lo había hecho a propósito. Quería verla sonreír. En el fondo era tan bueno... pensó. Lástima que no se mostrara así con todo el mundo. Bien era cierto que los caballeros de libros como *Romeo y Julieta* ya no existían. Brooke se quitó el abrigo negro de Carson y se lo tendió. Él lo cogió con gratitud.

–¿Ya no lo necesitas?

## 84

–He entrado en calor. Gracias de todas formas, por habérmelo prestado.

Era lo menos que podía hacer.

–... Siempre tienes que tener la última palabra –murmuró ella, con intención de hacerle rabiar.

–No es cierto.

Ella lo miró con cara inquisitiva. Él bebió un sorbo y comió una de las tortitas, sin mediar palabra.

–Eres odiosa, Brooke.

–Y tú encantador, Carson –el muchacho esbozó media sonrisa.

Mientras, el camarero fue a servir a la mesa contigua, así que Carson se levantó ligeramente para correr la silla.

El camarero pasó, pero sin dejar de mirarle en ningún momento, fijamente, como queriendo investigar su mirada, sonriéndole malévolamente.

Sus ojos se volvieron negros como el petróleo y de pronto le rodeaba un aura oscura, tenebrosa. Intentaba apartar la vista hacia su camiseta, pero las rayas rojas eran como sangre que caía y le hacía daño. Su corazón comenzó a latir más deprisa.

Buscaba desesperadamente la mano de Brooke, pero todo se había tornado negro. No encontraba significado a las cosas y comenzaba a sudar, teniendo cada vez más frío. Ahogó un grito. El camarero llevaba un plato cuyo contenido era una daga de filo brillante que recogió con suma delicadeza, instantes después hacía movimientos rudos hacia el caballero que estaba sentado.

Pudo cerrar los ojos antes de que la daga se clavara en la cabeza del caballero.

Parpadeó varias veces. Había palidecido notablemente, se sentó y se aferró a la silla. Sintió la respiración de Brooke muy cerca, soplándole en la cara.

–¿Estás bien? –murmuró la muchacha.

Era tan... Cálida...

–No... ¿Qué ha ocurrido?

–Has debido sufrir una alucinación. Las cosas no están bien aquí. Tenemos que investigar.

–¿Pero tú lo has visto, Brooke?

–Esta vez no, pero has de ser fuerte –sus manos se juntaron. Se apretaban con mucha, mucha fuerza–. Investigaremos los espejos, este maldito olor, cada...

paranoia... y volveremos a ser lo que éramos. Lo prometo.

El muchacho suspiró pesadamente, nunca en sus dieciséis años había sufrido tanto por lo que, visto desde fuera, parecían cuentos chinos. Cada vez que cerraba los ojos podía sentir esa sonrisa maligna, y esa sangre cayendo del pecho del hombre hacia ninguna parte. El camarero se les acercó; él, asustado, rehuyó su mirada.

## 85

–¿Desean algo más los jóvenes?

–Solo la cuenta, por favor –dijo Brooke, mirándolo más a él que al hombre.

Estaba claro que Carson no volvería al *Huellas dactilares*. Salieron empujando la

pesada puerta de madera a trompicones, y Brooke abrió su paraguas negro para resguardarse ambos de la lluvia.

–¿A clase? –preguntó, dubitativa, la muchacha.

–Tomémonos el resto del día libre. No nos echarán de menos y conozco un gran sitio para hablar.

El a se giró hasta ponerse frente a él. Estaban tan cerca...El a alzó una ceja.

Aquel gesto la dotaba de un gran atractivo...

–Ven, sígueme –y la agarró.

El cielo estaba completamente negro. Era prácticamente de noche, y el reloj tan solo marcaba las nueve de la mañana; aunque, probablemente, se había parado.

Lo curioso fue que en ese instante todos los relojes se pararon.

Un prado lleno de tubos de mármol les acogió bajo la lluvia, se sentaron encogidos sobre sí mismos mientras soplaban fuertemente sobre sus manos, para que su propio aliento les sirviera como calefactor.

–Parece que no va a dejar de llover.

–Aquí nunca dejará de llover, Carson, parece mentira que aún no lo sepas.

–No me contestes así, por favor...

–No me seas tan delicado. Las situaciones que estamos viviendo son para personas fuertes.

–¿Cuándo he deseado yo esta situación?

Hubo un silencio incómodo.

–Estamos cansados...Aturdidos, más bien diría yo –murmuró ella, soltándose la gran melena–. Cuando llegue a casa voy a bajar a ese maldito sótano... Quiero saber ya qué demonios está ocurriendo. Si no descubro nada, te juro que no sé qué va a pasar. Los niños están desapareciendo, y los adultos se están volviendo locos. Todo esto es terrible.

–¿Quieres que te acompañe?

–Si te atreves... Yo sé que tu mayor virtud no es tu valentía. Eres un poco cobarde. Nunca te obligaré a hacer algo que no quieras hacer.

–Tú no eres mucho más fuerte que yo.

De pronto oyeron las risas de dos jóvenes fuera. Una risa femenina, la otra masculina. Brooke se agachó, sumida en la oscuridad del tubo y solo pudo observar dos pares de piernas: unas eran finas y delicadas, con calcetines altos y un vestido verde, y los otros eran unos vaqueros sencillos con los zapatos llenos de barro.

## 86

Los dos muchachos se miraron varias veces. Brooke los conocía, y Carson también. Salieron dando tumbos de aquél tubo y lo que descubrieron no les dejó indiferentes: Carla e Iván Seth, juntos. Hacían, física y moralmente, muy buena pareja. Estaban agarrados de la cintura, y, como dos adolescentes empedernidos, se besaban.

Cuando Iván levantó la vista y los descubrió, avisó a Carla. Supuestamente, Carla se moría por Carson. Le alegró comprender que no era así, y que estaba con Iván. Brooke fijó la mirada en su amiga, pero ella no fue capaz de pronunciarse.

Estaba enfadada con su única amiga de Iceground. Se sintió triste. Necesitaba a Emily a su lado.

–Míralos, Carla, la enferma y el cuidador –se rió, acto seguido. Ella hizo lo mismo, malévolamente.

–¿Qué hacéis aquí, Iván? –preguntó Carson.

–La clase era terriblemente aburrida, además, casualmente hoy todos se encontraban mal, así que aproveché para cuidar de esta chica tan maja – acarició la mejilla de Carla. Aquella situación daba asco.

–Quizá lo mejor sea que nos vayamos para casa, Brooke –murmuró el joven rubio–. Iván, aquí te dejo con Carla.

La muchacha no había dicho ni media palabra, pero su mirada la delataba: enamorada completamente de Carson, intentaba darle celos con Iván, puro entretenimiento, y pasaba de Brooke haciéndole ver que ella era más.

En ciertas cosas guardaba parecido con Ruth, aquella maldita bastarda del colegio del que provenía.

–Será lo mejor –exclamó Brooke, tirando de la mano del muchacho.

–¡Dar recuerdos a vuestros hijos, pareja! –se burló Iván, que claramente parecía enfurecido por haberse encontrado allí con Carson.

Pero los dos jóvenes ya estaban en camino hacia el maldito desván repleto de espejos. Apenas llovía, y era una lluvia suave y delicada, que como mucho provocaba algún escalofrío. Aunque los escalofríos también podía ser por otras muchas cosas.

Brooke recordaba la escena anterior con cierta timidez. Ahora, todos pensarían que el chico guay estaba con la rarita, y el puesto de chico líder se vería arrebatado por Iván. Carson dejó claro que aquello le daba igual, pero que Iván no tenía madera de líder, que nunca la había tenido.

El chico no podía dejar de mirar las paredes desde que entró por el porche de la mansión, estaba todo tan bien cuidado que asombraba. Aquella casa había quedado derruida cuando Steven desapareció. Se recuerda que alguien más estuvo por allí los días después de su desaparición, quizá su hija, con la que tenía una fría relación y

## 87

por eso ella no se dejó ver, quizá su desaparecido nieto. La familia Watts era dada a los misterios, y esto atraía a Carson como un imán, acostumbrado a vivir en la más absoluta normalidad.

Los padres de la muchacha discutían en la cocina. Alfred se quejaba de que todos los relojes del pueblo se habían parado, como bien detectó Brooke en su momento. Mientras tanto, Marie batía huevos y se quejaba de la envidiosa vecina de la casa de al lado. Parecía una conversación de besugos, puesto que cada uno hablaba de sus temas sin escuchar al otro. Sin tan siquiera intentarlo.

Brooke intentó no encontrarse a Bryan durante la trayectoria a su habitación.

Debían esperar unos minutos allí antes de bajar al desván, aunque solo fuera por calmar los nervios. Carson se sentó en la silla con ruedas, mientras que Brooke se tiró en la cama a la par que encendía el ordenador.

–He tenido una idea, Carson. Mi amiga Emily, podría venir aquí y ayudarnos a resolver el misterio. Ella lo ve desde afuera, puede traerse su cámara y así mientras, practica. Supuestamente mi madre iba a darle clases de fotografía, pero ya ves, los hechos hablan por sí mismos.

Entornó los ojos antes de seguir hablando:

–Son las siete y media de la tarde, Carson. Este reloj está bien –se mordió el labio inferior–, qué extraño...

Carson aceptó la oferta que la muchacha había propuesto, se apartó unos centímetros mientras veía a Brooke levantarse y darle al botón de bandeja de entrada.

Tenía un nuevo correo, por supuesto, de Emily Brown. Dio gracias al cielo de que Internet funcionase nuevamente.

*Hola, Brooke. Siento no haberte escrito antes.*

*Ya lo sabes, hoy hace un año que se murió mi padre, y quería estar cercana a mi madre. Sé que le gusta que le de calor en momentos como este. La verdad es que esperé algún mensaje tuyo o alguna visita, pero supongo que andarás ocupada con tus cosas. Y esto no va de forma falsa o decepcionada, solo triste porque el tiempo pasa y nos abandona.*

*Si estoy muy melancólica ya sabes por qué es. He mejorado mis técnicas de escritura, y con creces la fotografía, mera información.*

*... Quería decirte que ando algo distanciada con Andrew. No por él... Sino por todo el mundo en general... Pero sé que me entiende, puesto que vivió la misma situación... Pero esto no tardará en pasarse. Qué bien que lo sé yo... Sonrisa tímida*

*Te echo de menos.*

**88**

*Con que allí no hace sol... Por cierto, tía, he perdido todos tus correos por un virus que me entró de tu ordenador. Y no recuerdo nada de lo que me dijiste la última vez.*

*Ando algo confusa, discúlpame. Cuéntame qué tal con el chico este, ¿hay que pegarle? ¿Ya huele mejor la ciudad? Media sonrisa.*

*No quiero enrollarme demasiado, tampoco tengo el humor suficiente para hacerlo. ¿De acuerdo?*

*Xxx*

*Te quiero.*

Brooke leía atentamente, conteniendo sus lágrimas en los ojos. Emily estaba triste, y Brooke la había fallado olvidando la fecha que era... Tampoco se podía culpar demasiado... Una mano se apoyó sobre su hombro, sobresaltándola.

–¿El chico este al que hay que pegar? –preguntó Carson, sacando a Brooke de sus propios pensamientos–. ¿Va por mí? ¿Le has hablado de mí?

–No, por supuesto que no eres tú, prepotente. Va por otro chico... –la contestación no acababa de sorprender a Carson, que miraba y remiraba la pantalla del ordenador.

Carson fue a coger el ratón a la vez que Brooke, y sus manos se juntaron durante décimas de segundo. Pero no fue un encuentro cálido, fue frío y distante.

–Lo siento –murmuró el joven.

–No pasa nada. Voy a contestar.

–De acuerdo.

Aquel o sonó terriblemente frío y confuso, y todo... ¿Por una maldita frase?

Brooke deseó no haber nacido. Pasó muchas cosas malas en el pasado, y en el presente, pero nunca se encontró en una situación así con un chico.

*Estoy con Carson, un chico del Bridge. Necesitamos tu ayuda, ¿recuerdas que te dije lo mal que olía aquí y que sucedían cosas extrañas? Procederé a contártelo.*

Mientras Brooke tecleaba, Carson se sentó tras ella, sin mover un solo músculo, rígido y encogido sobre sí mismo. Brooke le comentó ciertas cosas sobre misteriosos

objetos, frases sueltas de espejos y la clave del enigma: “Yo sé un secreto ” . Era la única pista en la que todos coincidían, la gente que había perdido la cordura la había pronunciado alguna vez. Así reunió una serie de pistas para poder desvelar el misterio.

*(...) Bueno, sólo quiero que sepas que Andrew te comprende, y que yo también, mucho. Y deseo que estés aquí y que me perdones por no prestarte la suficiente atención sobre este tema, porque sé que la necesitas. Allí podría ir a tu casa y darte el*

## 89

*abrazo que te mereces, pero ya ves. Distancias. Ese es el obstáculo de nuestra amistad. Supongo que la gente nos comprende. Niña, lo siento.*

*Ayúdanos sólo si quieres. La gente está perdiendo la cabeza aquí... Y...*

*Echamos de menos a los desaparecidos...*

*Zzz*

*PD: Deseo ver tus escritos y tus fotografías, ya. Y aquí, a poder ser. Vente, por favor, pasa una temporadita aquí. Sé que estás estudiando y que allí, pues no es lo mismo, pero...*

*Gracias de todas formas y de todo corazón.*

Enviar.

Brooke giró la cabeza. Carson estaba llorando.

–Selena...

–¡Oh!, Carson, lo siento tanto... –entonces lo abrazó, pasando el brazo por su espalda, y le dio un beso en la mejilla.

¿Quién dijo que los chicos no lloran?, pensó Brooke.

*Capítulo XIII**Gabardina*

Pasó el primer escalón con miedo de tropezar, pero se agarró a tiempo en la barandilla. Nunca había bajado allí. Brooke iba por delante, indicándole qué debía hacer en cada instante. Qué mal estaban aquellas escaleras. Viejas y chirriantes, como si las termitas se las hubieran comido tiempo atrás. Quizá fuera cierto.

Instantes antes, Marie pudo comprobar que había un chico en su casa, y que, cuidadosamente, se dirigía al desván. En otra ocasión hubiera pensado mal de su hija. Pero directamente, los adultos habían dejado de pensar.

Abrió la puerta ágilmente y esperó a que Carson entrase. Él asintió, pesaroso.

Se quedó en medio de la sala, quieto unos instantes, hasta que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Un hilo de niebla cubría la habitación, envuelta en un halo misterioso que desataba la ira de la muchacha. Ella fue quien se atrevió a quitar la sábana del último espejo, que ya estaba medio descubierto. Era tan bonito como lo imaginaba, misterioso, enigmático. Realmente no entendía nada. Ella solo hablaba de espejos en general, sin embargo, siempre se imaginó que uno tendría poder sobre todos. Y mirando aquel, no había lugar para ninguna duda. Descansó el codo sobre el hombro de Carson y éste la miró, indeciso.

¿Por qué no ocurría nada? ¿Por qué todo el pueblo andaba loco hablando de espejos, y a ellos no les pasaba nada? Carson dio un puntapié sobre la parte inferior del espejo. De repente se oyó la voz enfurecida de un niño.

—Pídele disculpas al espejo... ¡Ahora! —los muchachos se dieron la espalda y miraron a su alrededor. Nadie. Del espejo salió entonces el niño que tantas veces había estado a su lado en clase, etéreo, cristalino.

—¿Qué ocurre, Brooke?

—No lo sé. Has enfurecido al espejo y ha salido el niño, ¿Tú lo ves, verdad?

Al estar cabeza con cabeza, Brooke pudo notar cómo el muchacho asentía, y cómo sus

músculos comenzaban a congelarse.

–¡Ahora! –dijo otra voz infantil.

Pero esta vez era un niño de carne y hueso el que salía por detrás de un espejo, lleno de ira, con una capa negra igual que sus ojos, igual que sus pupilas, igual que su cabello y sus pecas... Era él, pero sin color. Ya no era el niño pelirrojo llamado Bryan Watts, ahora era un niño extraño, el hijo del mismísimo diablo.

## 91

–¡Bryan! –susurró Brooke, extrañamente aliviada–. ¿A qué juegas? ¿Qué está pasando?

–Yo sé secretos... –otra vez aquella maldita frase que hizo que los muchachos se estremecieran–, y tengo un pacto, pero vosotros no, así que lo más correcto será que pidáis disculpas a los espejos y salgáis de aquí, sin decir nada de lo que habéis visto.

La voz del niño sonaba distorsionada y apagada, como la de un adulto pero con el tono chillón de un niño. Bryan acariciaba al espíritu. Realmente tenían cierta similitud. ¿Quién era, entonces? ¿Por qué habían de pedir disculpas a un espejo?

¿Por qué era todo tan extraño?

–Lo siento –murmuró Carson para sorpresa de Brooke–. No volverá a pasar.

El espíritu del niño exhaló un suspiro. Bryan parecía apoyarse en él, paciente.

Dio dos palmadas y un báculo negro surgió de su mano, tan real como una nube, tan transparente como el humo, con una punta acabada en un filo, que acercó peligrosamente al cuello del joven, que ahogó un grito. Brooke se atrevió a dar un paso y a mirar a su hermano a los ojos. Aquél ya no era su hermano, estaba segura.

–¿Lo mato? –murmuró Bryan, preguntando al espíritu.

–Oh, para nada –contestó, para sorpresa y alivio de los dos adolescentes–.

Gracias a Dios ellos no tienen que estar aquí encerrados, así que ellos tendrán lo que nosotros no tuvimos –dijo, mirando lacónicamente al espejo–. Ya nadie nos quiere

ayudar. Al menos, nadie que sepa de nuestra existencia.

Bryan retrocedió un paso y dio dos palmadas. El báculo desapareció de su mano. Algo chocó contra las ventanas. Ramas. Era completamente de noche. Una noche fría, como todas. Se hacía tarde.

El espíritu del niño fue atraído por el espejo, y éste, con una mueca de desprecio, se dejaba arrastrar, medio llorando.

–Otra vez aquí no, por favor –musitaba.

–Adiós, amigo –gritó Bryan instantes antes, mientras se despedía con la mano–.

Hasta mañana.

Bryan se acercó a Brooke, después miró a Carson:

–Largaos de aquí.

No tuvieron el suficiente tiempo para irse corriendo, temiendo lo que un crío de ocho años pudiera hacerles. Era irónico y surrealista. Brooke y Carson se miraron. Ya tenían más pistas.

Brooke invitó a cenar al muchacho. Cenaron a solas con lo que la joven preparó, puesto que su madre había batido los huevos y allí los había dejado, mientras leía

## 92

interesadísima el *White Snow*, con frases inacabadas y vocabulario pobre, pasando por oraciones en otros idiomas, etcétera.

–El espíritu... Los espíritus salen de los espejos del desván, y al cabo de un tiempo tienen que regresar...

«Son almas condenadas a vivir allí por lo que parece. Bien, todo va encajando en este rompecabezas sin sentido. Qué paradoja... –explicó Brooke, tomando apuntes inconclusos en su cuaderno–. El espejo los abduce por un extraño juego que tiene algo que ver con la frase: “Yo sé un secreto”, que hace que los adultos pierdan la cabeza, los adolescentes no se centren y los niños vayan desapareciendo.

»Los niños, que tienen inocencia, son los que acaban abducidos. Una norma del juego

es que acaben vestidos como a finales del siglo XVIII. ¿Me equivoco?».».

–Eres una buena investigadora, Brooke. Piensa en dedicarte a ello.

–Y nada de esto ocurre –hizo caso omiso a las palabras del muchacho–, desde que nosotros llegamos aquí.

«No por nosotros, sino porque los espejos ahora están destapados ahora que a mi hermano le dio por jugar con ellos. Son tentadores. En el fondo no somos tan diferentes.

Creo que el espejo central es el del desván y es el que va controlando a todos uno a uno según absorbe almas, así se explicaría que las tres chicas perdieran la cordura y fueran encontradas en el cementerio, cerca de los únicos espejos que hay por aquella zona.

»Ellas debieron ver alguna paranoia como las que nosotros vemos, pero son más débiles y no pudieron soportar que las cosas no fueran como habían de ser. No debían estar acostumbradas a visitar el cementerio y creyeron que los zombis o algo así les estaban comiendo la cabeza.

»Es evidente el hecho de que tres chicas que se preocupan por su aspecto, y que habían quedado con chicos súper guapos –hizo un tono irónico a esto último–, necesitaran espejos para arreglarse.

»Lo que debemos hacer es devolver a los niños, sacarlos del espejo para que todo vuelva a la normalidad, pero... ¿cómo?».».

Carson agitó la cabeza varias veces, asombrado y con ganas de aplaudirla. Era cierto que Anne, Patricia y Kelly eran muy coquetas y de buena familia, aquel suceso tenía sentido. Todo encajaba gracias a la teoría que la joven acababa de exponer.

Llamaron a la puerta. La joven miró por la ventana, tomando ahora el yogur de frutas: fresa y plátano. Carson se divertía mirándola, observando cómo volvía a comer después de varias semanas prácticamente sin probar bocado. Ella se volvió a mirarlo.

–¿Quién es? –preguntó el muchacho–. ¿Cómo es que no abres?

–Es un hombre... Curioso, parece sacado de una novela. Lleva sombrero y gafas de sol negras y una gran gabardina color ocre. ¿Qué querrá?

–Vamos a descubrirlo, va, abre la puerta –la animó.

Los dos salieron de la habitación mientras un nuevo correo electrónico llegaba a la bandeja de entrada de la muchacha. El hombre volvió a llamar un par de veces, esta vez con el puño. Bryan no estaba, su padre, Alfred, dormía pacíficamente en el sofá agarrado de varios relojes y un destornillador, y Marie seguía enfrascada en la lectura.

–¿Quién es? –preguntó Brooke al abrir la puerta.

El hombre sacó una identificación. Pudieron leer: “Jorge... Wilson Investigador, detective, periodista infiltrado del *White Snow*”.

Carson alzó una ceja y miró a la muchacha, que se debatía entre permitirle pasar o cerrar para dejarle allí mismo con la puerta en las narices. Pero había tormenta, como casi siempre, y tuvo lástima de él. No le ofreció nada, sólo fueron a la parte trasera del patio, donde había techo. Carson y Brooke se taparon con una manta mientras el hombre estaba de pie, esperando que se callaran para poder hablar.

La luna brillaba en el cielo y se podían contar las estrellas de las constelaciones.

–Tengo métodos para no caer en ningún embrujo, os he estado siguiendo a los Watts desde que llegasteis.

«Fui el encargado de recoger la información sobre el reportaje que os dedicaron en el periódico, sí, ese que no os deja en muy bien lugar y con el que, gracias a Peter Mcguire, os habéis ganado mala fama –Carson Mcguire tragó saliva.

»Solo quiero deciros que vais por el buen camino. Le pedí a Bryan Watts que pusiera una cámara en vuestra habitación esta mañana, mientras vosotros supuestamente estabais en el colegio. Él, supuestamente, también lo estaba, pero me pidió silencio. Os he estado escuchando y solamente quiero entregaros esto –sacó de su gabardina unos folios y se los tendió.

»Mañana por la mañana os habré dejado de vigilar y mi historia con vosotros habrá acabado. Vosotros decidís el final.

»Me l aman El Novelesco, porque soy un detective curioso que trabaja donde quiere y como quiere, que hace cosas ilegales y nunca acaba en la cárcel. Llamadme original y por favor, no penséis mal porque puse la cámara en la habitación, solo se veía el

ordenador, y oí la conversación con los cascos que en este instante llevo puestos –se los dejó ver.

»Así que espero que todo esto os salga bien. Yo volveré a este pueblo para el año que viene, soy el encargado de una investigación muy interesante. Lo dejo en vuestras manos».

Se dio media vuelta y desapareció como había venido.

## 94

Los jóvenes se miraron, preguntándose qué había sido realmente aquello: ¿Una visita, o una carta con voz propia? Aquel hombre se les antojó irreal.

*Capítulo XIV**Datos sobre los espejos*

La caligrafía de El Novelesco se les presentaba como los garabatos de un niño, a primera vista era ilegible. Tendrían que descifrar todas aquellas frases que se mezclaban con pequeños esquemas. Seguramente hechos con la intención de facilitar su entendimiento, de momento ambos ojeaban con interés los apuntes sin aclarar mucho en un principio.

–Que tipo más extraño, ¿no te parece?

–Sí, pero quizá nos conduzca a la verdad de todo esto –apuntó Brooke–, ¿qué estás mirando?

–Los apuntes...

–No es cierto, me estabas mirando, ¿por qué me mirabas? ¿tengo algo en la cara?

–No te miraba –hizo una pequeña pausa–, bueno, y si lo hacía ¿es un delito acaso?

Brooke bajó la mirada reiniciando la lectura con una pícara sonrisa. Poco a poco se decía que tal vez no sería tan complicado descifrar aquel galimatías.

–Se ha hecho muy tarde, es mejor que me vaya. Nos vemos mañana –De acuerdo, yo seguiré con esto –dijo, mostrándole los folios.

Enseguida que marchó, la chica se ocultó tras las cortinas del ventanal. No tardó mucho en ver a Carson cómo se alejaba por el camino. Se quedó allí, observándolo hasta que desapareció en el horizonte. Se mordió el labio inferior con una sonrisa que no podía apartar de su rostro. Se sentía feliz cuando lo tenía cerca, o por el simple hecho de pensar en él. Desde su cercanía todo le parecía más liviano, no todo era tan horrible en Iceground desde que el chico había entrado en su vida. Miró los folios sobre su cama, suspiró y se obligó a seguir con ello.

El Novelesco daba mucha importancia al maestro de los espejos, pero había pasado por alto totalmente al nieto desaparecido. Según sus descubrimientos el niño se llamaba Ryan, pensó que, el nombre era tan parecido al de su hermano. Siguió leyendo aunque había fragmentos que se le hacían verdaderamente complicados de

entender. Ryan nunca había sido un niño vital, siempre aquejado de una enfermedad congénita, desde su nacimiento, que le obligaba a estar continuamente en reposo.

Brooke se preguntó si su madre lo abandonaría por esa razón, o se debía a que

## 96

Iceground se le había quedado pequeño. Todos sabían de los enfrentamientos entre padre e hija, ese era otro punto que destacar respecto a su huida.

Brooke estaba tan centrada en la lectura que no se oyó un gran estruendo procedente de la parte inferior de la casa. Ahora venía la parte en la que entraban en juego los espejos. Todas las obras de arte que el viejo Watts había creado tras la muerte de su nieto tenían un toque sombrío, con rasgos mortíferos. Por fin encontraba algo que no hubiera sospechado, se suponía que Ryan había muerto, pero no tuvo funeral, tampoco tumba, se decía. ¿Entonces donde descansaban los restos del niño?

Se preguntó. Siguió leyendo, pero esta vez el ruido fue más agudo, dio un respingo.

Soltó los folios, y salió escaleras abajo. Encontró a su padre con un martillo de grandes dimensiones, estaba destruyendo todos los relojes de la casa. Miró asombrada a su madre que impassible observaba la escena sin oponerse. Parecía todo tan surrealista... Brooke sabía del amor que había puesto en cada uno de esos relojes, y se puso en medio, intentando que entrara en razón.

–Déjame pasar, sabes que esto es lo que se debe hacer.

–¡Papá, estás destruyendo tu trabajo de muchos años! ¡No me pidas que me quede sin hacer nada, porque no puedo!

–Marie, controla a tu hija que ha perdido el buen juicio.

–Hija, ven conmigo, haremos una tarta, ¡verás cómo te gusta!

–¿Es que no lo veis? Todo esto es culpa de esta casa, de los espejos. Mamá, a ti no te gusta cocinar, nunca te ha gustado. Y tú, papá, siempre has vivido para tu trabajo, era tu pasión... ¿De verdad que soy la única que me doy cuenta de lo que está ocurriendo? ¡Esto es una locura!

Su hermano contemplaba la escena desde lo más alto de la escalera, tranquilo, con una

suave y p rfida sonrisa pintada en la cara. Su atuendo había aumentado con creces, ya no parecía para nada un niño de este siglo. Era el vivo reflejo del niño del espejo. Sus miraras se cruzaron, y Brooke se vio intimidada por aquellos ojos fríos, vacíos. Retiró la vista.

Su padre proseguía con la destrucción del trabajo de toda una vida. No podía creer lo que estaba viendo. Su madre ya estaba en la cocina preparando la masa para el pastel que se había propuesto cocinar. Aquellos no eran sus padres.

Corrió escaleras arriba, pasó cerca de su hermano pero evitó mirarlo. Temía lo que pudiera encontrar. Se estaba quedando sin familia, y le dolía. Nunca pens  en que le importasen, pero era así. Ahora descubría apesadumbrada que sí le importaban, que los quería, y que no los quería perder. Tenía que seguir investigando, tal vez ella pudiera hacer algo para evitar que las cosas empeorasen.

## 97

Se encerr  en su habitación con la puerta con llave. No quería ser molestada, y temía sobre todas las cosas que su hermano entrase. No quería verlo.

Se enfrascó de nuevo en la lectura, tumbada en la cama comenzó donde lo había dejado. Los espejos, todos dedicados a su nieto al que veneraba. Siempre había admirado la obra de su abuelo, los espejos eran sus amigos, jugaba con ellos y se inventaba amigos invisibles, que siempre eran él mismo.  De dónde había sacado toda aquella información el hombre de la gabardina? Esto no podía constar en ninguna parte, eran intimidades de la familia Watts. Negó con la cabeza, cada frase que descifraba le parecía más sorprendente que la anterior. El niño resultaba que hablaba con los espejos y le contaba todos sus secretos, sus intimidades, todo aquello que no podía contarle ni tan siquiera a su abuelo al que veneraba. Por el contrario odiaba al resto de los adultos, nadie lo había querido, comenzando por su padre y por su madre, y terminando por el último habitante de Iceground.

También odiaba a los niños, mejor dicho, los envidiaba porque él carecía de un cuerpo con el que ejercitar los juegos que correspondían a su edad. No tenía amigos, nunca los tuvo. Era inmensamente rico e infeliz.

Algunas respuestas comenzaban a cobrar forma en la mente de la chica, todo aquello explicaba por qué estaba tan unido a los espejos y a los secretos.  Pero qué pretendía?

¿Estaba muerto en realidad? Ella lo había visto como a un espíritu, porque el niño que se había presentado ante ella ahora tenía nombre, se llamaba Ryan Watts. ¿Y qué sucedía con los secretos? ¿Quién se los contaba a quién? Se suponía que eran los niños que confiaban en Ryan, era lo único que se le ocurría. Mientras más conocía, más desconocía, más interrogantes surgían.

Una nota al pie de la última página le indicaba que indagara en cada uno de los espejos de la mansión, que alguno la conduciría a la verdad. Había cientos de ellos y estaban por todos lados, no sabía por dónde comenzar ni que buscar en realidad.

Todo seguía siendo muy confuso. Guardó los folios en lugar seguro y tras ponerse el pijama se metió en la cama. Necesitaba aclarar sus ideas, tal vez tras descansar lo viese todo desde otra perspectiva.

La madrugada se presentó tormentosa, los árboles se mecían, el viento silbaba y algunas puertas chirriaban al estar mal cerradas. Un rayo iluminó la habitación de la chica; sobresaltándola, el trueno le dio el toque de gracia para despejarla del todo.

Siempre le habían gustado las tormentas, pero desde que vivía allí le desagradaban, eran demasiado frecuentes. Antes le gustaban porque en raras ocasiones podía disfrutar de un espectáculo así, comenzaba a detestar todo cuanto antes le atraía.

La cortina se infló como una vela, y acto seguido se abrió la ventana de par en par. Brooke corrió a cerrarla, hacía mucho frío. Cerró los cristales, y en ellos apareció

## 98

el reflejo de aquel niño, de Ryan. La miraba con infinita maldad. Su cuerpo se iba desvaneciendo, al igual que su rostro, al final solo quedaban sus ojos. Brooke se retiró temerosa del cristal. Miró a su alrededor. En las paredes, las sombras de los árboles se presentaban como grandes fantasmas con grandes garras que intentaban atraparla.

Se refugió en una esquina, sentada con la cabeza entre las rodillas. Cerraba los ojos con fuerza, mientras esperaba a que todo se desvaneciera; la tormenta, las sombras, el viento, los ojos de Ryan. Pasó tanto tiempo allí acurrucada, que se quedó dormida hasta que unos fugaces y débiles rayos de luz iluminaron su habitación, hasta llegar al rincón donde ella se había guarecido. Entreabrió los ojos, y se retiró el cabello de la cara para contemplar un nuevo amanecer.

Respiró hondo, ahora sabía que aquel maldito niño no aparecía tan solo en los espejos

sino en cualquier superficie reflectante. Comenzaba a odiar a su antepasado con toda su alma, y aunque intentaba comprender el sufrimiento que padeció en vida, no era motivo suficiente como para destruir todo un pueblo. Era un niño egoísta y seguramente siempre lo había sido, pensó al tiempo que se preparaba para darse una ducha. Necesitaba sentirse fresca, limpia. Con los nervios de la noche había sudado bastante.

Como siempre el agua salía helada. Al pasar por el espejo evitó mirarse en él, no se atrevía. Se dio una ducha medianamente decente y se vistió. Luego para peinarse y arreglarse un poco la cara no le quedó otra opción que mirarse en el espejo del baño. Esta vez no sucedió nada extraño. Se alegró de que la mañana comenzase con normalidad, sin sucesos extraños. Aquello la alivió.

Transcurrió el tiempo, y pronto sería Navidad. Pero Iceground había cambiado, era como si cada día que pasase fuesen para atrás. Sus habitantes cambiaban sus costumbres por las de sus antepasados, los adolescentes raras veces iban a clase, y los niños continuaban desapareciendo. Pocos eran los que no lo habían hecho, y éstos, eran extraños con vestiduras de una época antepasada. Eran los vencedores hasta el momento. Brooke no había logrado averiguar mucho más, y aunque había seguido indagando sobre sus antepasados, y los extraños espejos, parecía que mientras más se aproximaba a la verdad, más se alejaba. La vida cotidiana en su casa se había convertido en un caos, su padre había plantado un huerto, y se dedicaba a él en cuerpo y alma. Su madre no tenía más ocupación que mantener la mansión limpia, y representar el papel de ama de casa. No quedaba nada de ellos, de lo que fueron un día no muy lejano, antes de que Bryan cambiase sus destinos. No había duda que el más feliz de todos ellos era él, siempre con esa sonrisa burlona, malvada, que hacía enmudecer a Brooke.

## 99

Al instituto ya no acudían las profesoras, estaban muy ocupadas con sus quehaceres en sus casas. Los profesores en cambio daban las clases casi siempre que tenían oportunidad, ya que el alumnado había dejado de asistir con asiduidad.

Los padres habían perdido respecto a sus hijos. Lo que sí había aumentado de forma alarmante era la cantidad de espejos. En todas las casas colgaban de las paredes, triunfantes, símbolo de antigüedad, eran el reflejo de lo que habría de ser de Iceground.

En aquella mañana de diciembre el cielo amaneció verde, sucio, tormentoso.

Brooke salió a la ventana, una enorme ráfaga de viento se cernía alrededor de todo el pueblo. Vio pasar a un Chevrolet que iba a excesiva velocidad. Lo conducía Iván, en el asiento del copiloto estaba Carson. Thomas, Edward y Lukas detrás. El coche dejaba una nube de polvo a su paso, al tiempo que un gran alboroto por los gritos de los ocupantes y la estridente música. Brooke cerró la cortina con rabia, de nuevo había vuelto a las andadas con sus colegas de siempre. Los chicos más importantes de la ciudad todos juntos haciendo gamberradas de nuevo, aquello era un golpe bajo para la chica, había comenzado a creer en Carson, habían sido confidentes durante aquellas últimas semanas, pero se acabó, se dijo, si había vuelto con ellos, difícilmente podría estar con ella.

Le deprimió bastante la idea de perderlo, de no tenerlo de su lado. Se tiró en la cama en plancha, no quería salir, no había nada en Iceground que la motivase a hacerlo. Ya no lo había.

En un arranque de furia se levantó, cogió los folios de la investigación y los hizo añicos. ¿Por qué había de preocuparse tan solo ella? Después de todo, aquel pueblo ni le iba ni le venía. Deseaba marcharse muy lejos de allí, pero no podía ¿Dónde se iba a ir ella sola? No podía abandonar a su familia, a pesar de que ellos la habían abandonado frente a una lucha que no sabía cómo afrontar.

Oyó voces que procedían del exterior, y se asomó ligeramente para ver de quién se trataba. Era su padre con hombres del pueblo, todos ellos equipados con herramientas. Parecía que se preparasen para construir algo. No tenía un buen presentimiento, así que se arregló en un santiamén y salió corriendo tras ellos, pero sin ser vista. Por el momento no le interesaba que la descubrieran, pues no sabía qué tramaban. Por el camino se fueron acoplando más hombres, también con sus herramientas auestas. Dos grandes camiones pasaron junto a ella, luego una hormigonera. ¿Qué estaba sucediendo ahora? ¿Se estaban volviendo todos locos?

Llegaron a las lindes del pueblo, donde comenzaba el campo. Un muro se estaba construyendo, y por lo que se podía deducir sería de grandes dimensiones.

Atisbó a su alrededor y vio que el muro rodeaba todo cuanto divisaba. Estaban

## 100

aislando el pueblo para que nadie pudiera entrar ni salir de él. Intentó escuchar la

conversación que mantenían entre ellos. Comentaban que ya era hora de que Iceground se convirtiera en un país con fronteras, y que esto haría grande al pueblo.

Brooke permanecía muy quieta tras un arbusto, su respiración se aceleraba por el nerviosismo. Por su lado pasaron más hombres, entre ellos, el padre de Carson.

Unas manos sudorosas se posaron sobre sus hombros, ella ahogó un grito. Y se volvió alarmada. Era uno de sus profesores. Éste le cubrió con ambas manos para que no pudiera gritar, mientras alertaba al resto de la presencia de la chica.

La inmovilizaron de inmediato, atándola de pies y manos. Su padre fue uno de los que la amordazó para acallar sus gritos.

–¿Qué hacemos con ella? –preguntó un hombre barrigudo y desarreglado.

–La podemos abandonar aquí mismo, entre los arbustos. Nadie la encontrará –propuso su padre.

–¿Creéis que todo esto es necesario? De todos modos se ha de saber, esto es una gloria para nuestro pueblo. Es digno de proclamarlo –anunció el profesor que la había descubierto.

–Puede alertar a los pueblos vecinos, a la ciudad. No es conveniente, sabemos que querrán impedirnos ser libres. No comprenderán que queramos volver a nuestras raíces, a cultivar la tierra con nuestras manos –explicó el hombre barrigudo.

–¡Tiene razón! –gritó el profesor–. Iceground tan solo nos pertenece a nosotros.

¡Ocultar su cuerpo para que nadie lo descubra!

Todos la apabullaron con sus herramientas alzadas, apoyando unánimemente la decisión de abandonar a Brooke. Ella los observaba aterrorizada, las lágrimas recorrían sus mejillas. Se resistía mientras se la llevaban a cuestas, como un saco de patatas. Intentaba deshacerse de su opresor sin éxito. Sabía que nadie la encontraría allí, podrían pasar meses hasta que alguien diese con ella. Y si la encontraba un adulto de poco le iba a servir. Estaba muerta de miedo.

Mientras ella permanecía allí, los hombres volvieron al trabajo. Escuchaba sus voces y el ruido de sus herramientas. También de vez en cuando podía ver las ruedas de grandes camiones.

Nadie la echaría a faltar, no la buscarían, ni se preguntarían dónde se había metido.

Echaba de menos más que nunca la familia que eran cuando unos se preocupaban de los otros. No pudo evitar seguir llorando, hasta que el cansancio la venció y se quedó dormida. Hacía mucho frío, y la lluvia comenzó a caer con fuerza sobre ella. Así se despertó en mitad de la madrugada, hambrienta, helada y aterrorizada. Intentó arrastrarse por la tierra para llegar a la carretera, se le hacía muy

## **101**

costoso avanzar. No lograba llegar, estaba demasiado lejos y el terreno era demasiado escarpado. Vio las luces de un coche que paró cerca. Pero no escuchó voz alguna, ningún ruido que le indicase que alguien se acercaba. Luego arrancó y se marchó, nunca sabría de quién se trataba.

De nuevo se quedó dormida allí, bajo la lluvia y aquel cielo sucio y hambriento.

## Capítulo XV

### *¿Fantasía o realidad?*

Carson había tomado prestado el Chevrolet de Iván, pretendía desquitarse con el acelerador. Se sentía confuso, desde la desaparición de Selena su vida se había convertido en una pesadilla. Su madre hacía cajas de madera, mientras que su padre desaparecía sin mediar palabra. No reconocía a sus propios padres. Una parte de él ansiaba odiar a Brooke con todas sus fuerzas, desde que había entrado en su vida todo le iba de mal en peor. A él y a todo el pueblo. Los Watts estaban malditos según su punto de vista. Y sin embargo no podía odiarla, todo lo contrario, era la única persona a la que en aquellos momentos le confiaría sus secretos.

No resistió más y se dirigió a casa de la chica, necesitaba hablar con ella. Había intentado integrarse en su grupo de amigos sin mucho éxito, le aburrían las conversaciones sobre tías que no le decían nada. No congeniaban, ni sus intereses eran ya los mismos. Nunca lo hubiera pensado cuando la vio por primera vez en el instituto, que ella se convertiría en mucho más de lo que hubiera deseado. Jamás lo hubiera pensado, y en cambio, allí estaba, frente a su puerta.

Tocó la puerta, no había timbre, lo habían quitado. Salió Bryan con su atuendo de terciopelo y una gran sonrisa, que más que darle confianza le revolvió las tripas.

Preguntó por ella y él siguió sonriendo. Cerró la puerta de sopetón, y Carson se quedó allí, preguntándose si aquello era una negativa o que había ido en su busca.

Parecía lo segundo pues la puerta volvió a abrirse y frente a él apareció Brooke.

Le pareció distinta pero no le dio importancia. Lo extraño fue cuando su mirada se volvió tenebrosa y lo empujó con rabia.

—¿Pero de qué vas? ¿Te has vuelto loca?

—Nada de eso, es simplemente que ya no me interesa tu compañía.

—¿Pero qué dices?

–Lo que oyes, coge tu cochazo prestado y lárgate de aquí, ¡engreído!

–No me pienso ir hasta que me digas qué te he hecho para que te pongas así.

Creía que éramos amigos.

–Nada de eso, ni hablar. Yo no me haría amiga de un imbécil como tú, jamás.

¿Me oyes? Jamás. Creo que te he hablado alto y claro, no me es grata tu compañía, y tu presencia me repugna.

–¡Maldita sea! Yo confiaba en ti.

## 103

Brooke soltó una carcajada que jamás había escuchado en ella. No parecía la misma. Su voz sonaba tan fría como el metal, su mirada estaba empañada por un velo negro que no lograba traspasar. Se metió las manos en los bolsillos y se fue caminando hacia atrás, hasta que la puerta se cerró. Acababa de perder a alguien muy importante para él, y ni tan siquiera sabía el motivo. Todo era tan confuso, cada vez sucedían cosas más extrañas que no podía explicar, y menos aún comprender.

Ya en la carretera, todavía resonaba en su cabeza aquella carcajada que Brooke le había escupido en su propia cara. Estaba furioso con ella, con él mismo y con el mundo entero. Aceleró con todas sus ganas, pero llegó a un gran muro que le impidió continuar. ¿Desde cuándo estaba aquella muralla allí? Era altísima, y por lo que se veía no tenía fin. Estaban sitiados por una gran barrera que los separaba del resto del mundo. Aquello era de locos. Dio marcha atrás y se dirigió en dirección contraria, quería saber si el muro rodeaba todo el pueblo, o si había alguna forma de salir de allí. Porque por si fuera poco, en lo alto habían colocado alambradas imposibles de traspasar.

Habiendo llegado al otro extremo del pueblo se encontró en las mismas, no había por dónde salir. No tenía escapatoria. Comenzó a ponerse nervioso y puso el freno de mano, apagó las luces e intentó relajarse. Le estresaba pensar que estaban condenados a vivir allí para siempre, sin salida, sin futuro. Tan solo se le presentaba ante él el pasado, que lo perseguía. Los ojos de Selena de aquella última semana clavados en él le producían un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Apoyó la cabeza sobre el volante y cerró los ojos.

Muy cerca de su coche, tras los arbustos, permanecía Brooke como un desecho humano. Aterrada de nuevo ante lo que sus ojos presenciaban en ese mismo instante. Ryan, tan etéreo como siempre, se había mostrado ante ella, pero esta vez traía compañía. Muchos niños eran los que la rodeaban sujetando candiles con sus manos. Las luces enfocaban el rostro de la chica, ella entornaba los ojos pues le cegaba tanto resplandor. Daban vueltas alrededor de ella, al tiempo que entonaban una canción que ya conocía. La hermana de Carson también estaba allí, y sonreía como el resto, malévolos, sombríos...

Ryan se aproximó a la chica clavando su mirada fría en los ojos de ella. Luego sonrió y le susurró al oído.

—¿A quién vas a llamar? Estás perdida, el pueblo entero me pertenece, vuestras vidas me pertenecen. Yo soy vuestro Dios.

Brooke permanecía con los ojos muy abiertos, atenta, asustada. Luego todos, uno tras otro, se dirigieron a la carretera. Los vio alejarse como espectros de la noche, espíritus procedentes del infierno. Cerró los ojos con fuerza, no podía creer que todo

## 104

aquello fuese realidad, tenía que tratarse de una pesadilla. Temblando, sucia y desahuciada, todavía esperaba un milagro que la salvase de una muerte lenta.

Carson seguía en el coche cuando frente a su coche vio pasar niños con farolillos encendidos, parecía que se tratase de una tétrica procesión. Pudo ver que junto a ellos también estaba su hermana, traslúcida, fúnebre. Se escondió para no ser visto. No le daba la impresión de que fueran inocentes niños, ya no lo eran.

Esperó bastante hasta que todos hubieron pasado a la otra parte. Habían aparecido tras los arbustos que estaban a su derecha, ¿de dónde vendrían? ¿Y qué estarían haciendo? Cogió una linterna de la guantera y comprobó que funcionaba. Sí, perfecto, podría ir a investigar el lugar. Al salir del coche se cubrió con la capucha de la sudadera, hacía muchísimo frío.

Se fue aproximando lentamente, vigilando que nadie lo viera. Temía que volvieran y tener que enfrentarse a ellos, y sobre todo a su propia hermana. Patinó al adentrarse entre los arbustos y cayó sobre un bulto que se movía. Ahogó un grito, y dirigió la luz de la linterna hacía aquello que se movía. No podía ser, se trataba de Brooke, o lo que

quedaba de ella. Estaba sucia, harapienta, los labios tenían un color azulado. La tenían inmovilizada y amordazada ¿Quién podía haber hecho una cosa así?

La chica le hacía señas con la cabeza y con los ojos, le estaba pidiendo que la desatase y le quitase la mordaza. Carson se apresuró a ayudarla, le quitó la venda que le cubría la boca y la desató. Brooke respiraba con dificultad, no podía pronunciar palabra alguna, parecía estar en estado de shock. El chico la cogió en brazos sujetando la linterna con la boca. Estaba helada, no tenía casi temperatura.

–Te llevaré a tu casa.

Brooke al oír su proposición comenzó a negar con la cabeza, estaba como poseída. Y el chico no sabía adónde llevarla, si se la llevaba a su casa tendría grandes problemas, ¿o quizá no le dirían nada? Probaría, no perdía nada con intentarlo. Condujo todo lo veloz que pudo, la chica necesitaba cuidados urgentes.

No le fue difícil colarla en su habitación, sus padres no estaban y lo prefirió así.

La tumbó en su cama y la cubrió con varias mantas. Luego le trajo agua, un poco de caldo caliente que le fue dando a cucharaditas pequeñas. No se lo tomó todo, estaba exhausta y la dejó descansar. Él puso una manta en el suelo, junto a la cama, y se tumbó dispuesto a vigilarla toda la noche. Estaba preocupado y furioso. ¿Por qué le habían hecho aquello? No comprendía cómo podía haber gente tan vil en el mundo y que se salieran siempre con la suya. No podía dormir, a pesar de que Brooke se veía mucho mejor de aspecto, descansaba como un bebé. Pero Carson no podía dejar de darle vueltas a que aquella noche había visto a su hermana, que ya no era un mortal.

## 105

Era un espíritu ¿Serían ellos los que habían maltratado a Brooke? Tan solo ella podía aclarar sus dudas, y para ello tendría que esperar a que se recuperase.

La realidad era demasiado dura, deseaba que todo aquello fuese una maldita pesadilla de la que poder despertar. Pero no podía, cuando abría los ojos de nuevo todo seguía igual. El aroma a muerte los rodeaba por todas partes, y la locura se había apoderado de sus padres, de todos los adultos en general.

–Agua –logró decir penosamente.

El chico le inclinó la cabeza hacia delante y le puso el vaso en los labios. Brooke bebía sorbitos pequeños, se cansaba enseguida. El chico la colocaba de nuevo para que estuviera lo más cómoda posible. Le entristecía verla así, parecía tan delicada, incluso dulce. No sabía qué le ocurría últimamente pues cuando estaba junto a ella, no precisaba de nada, ni de nadie. Ella completaba todo su mundo, y le daba miedo.

Le acarició su larga melena y se quedó dormido junto ella.

La mañana brillaba extrañamente soleada, pero ninguno de los dos daba muestras de despertarse. Estaban cansados, y a Brooke todavía le faltaba algún tiempo para recuperarse.

Alguien tocó a la puerta de su habitación, eran unos golpes suaves y repetitivos.

Se trataba de su madre. Carson se sobresaltó, miró a Brooke, no podía moverla de la cama y tampoco podía cerrarle la puerta en las narices a su madre. Emma entró por la puerta con una bandeja de bollos y un gran tazón de leche. Vio que su hijo tenía compañía pero no dijo nada al respecto. Dejó la bandeja sobre el escritorio y se marchó.

Hundió la cara en las manos y respiró hondo, aquella no era su madre. Hubiera preferido que le hubiera echado la bronca sin más, antes que aquella indiferencia que le molestaba aún más. A sus amigos les parecía bien que sus padres pasaran de ellos, así podían hacer lo que les viniera en gana. Carson sabía que no podía ser bueno que los padres se desentendiesen de sus hijos, y que podía llegar a más. Y

temía hasta qué punto pudiesen llegar, le horrorizaba pensar que carecían de ética o de límites.

La chica comenzó a agitar la cabeza de un lado a otro: parecía tener una pesadilla. El sudor nacía de su frente y resbalaba hasta sus mejillas, ahora sonrosadas. Balbuceaba frases ininteligibles, que el chico no alcanzaba a entender.

Luego gritó un «¡No!» desgarrador, que le puso el vello como escarpías. Luego, el silencio.

Con un pañuelo le enjugó los restos de sudor y la volvió a cubrir. Después se fue al baño a darse una ducha, la necesitaba.

Cuando se dirigía al baño escuchó voces que provenían del salón, había más de dos personas, o sea que no sólo estaba sus padres. Bajó con cuidado las escaleras para no ser descubierto y se escondió tras la puerta del salón, que estaba entreabierta. Parecía que su padre llevaba la voz cantante en el tema que estaban tratando. Hablaban del periódico y de que ahora más que nunca tenían que hacer más tiradas, tenían que proclamar la independencia de Iceground entre todos sus habitantes. Algunos rebatían la propuesta por salirse del presupuesto, alegaban que no era necesario pues todos apoyaban el movimiento de independencia.

–Sabemos que nuestros pueblos vecinos no nos comprenderían, que nos tomarían por locos, nosotros sabemos que no lo estamos. Pero ellos no lo entenderían. Tenemos el don de escuchar la tierra, el aire, y hasta podemos percibir los secretos del infierno, eso, amigos míos, no es estar locos, ningún loco tiene los sentidos tan agudizados como nosotros –expresó Peter con demasiado énfasis.

–Pero ahora con el muro estamos a salvo de invasores –replicó el cura.

–Por ahora, pero pueden intentar sabotear todos nuestros ideales, nuestro legado. No debemos permitirlo.

Carson había escuchado suficiente como para saber que lo peor estaba aún por llegar. Nada ni nadie los frenaría. Se marchó lentamente y se metió en el baño. El agua estaba helada, pero no había otra cosa.

Brooke abrió los ojos y se encontró en una cama desconocida para ella, se sobresaltó al no saber dónde se encontraba. Intentó recostarse para visualizar la habitación al completo, pero las fuerzas le fallaban. Vio muchos trofeos de fútbol, banderines de equipos, y otras tantas cosas relacionadas con este deporte. Un escritorio con una bandeja sobre él, parecía un desayuno ¿sería para ella? Le rugían las tripas, y los bollos tenían buena pinta, pero no podía acceder a ellos, estaban demasiado lejos.

Entró por la puerta Carson con tan solo una toalla enrollada por la cintura. La chica lo miró extrañada, recordaba vagamente que alguien la había recogido, pero la mente le bullía. Demasiada información que procesar.

–Veo que estás mejor, ¿Qué miras, los bollos? Toma –le dijo, acercándole la bandeja.

–Gracias –musitó.

–Tenemos que hablar cuando estés mejor, primero recupérate que falta te hace... Pero luego tenemos que hacer algo por este pueblo, por nuestras familias. Tú siempre tienes más ideas que yo.

## 107

Le hizo gracia aquello de que ella tenía más ideas que él, puesto que hasta ahora ninguna de ellas había funcionado. Comió los bollos con gula, y se bebió la leche con ansia. Necesitaba reponer fuerzas.

Recordó todo lo sucedido como si de diapositivas se tratase, sus padres, aquellos hombres construyendo el muro, su propio padre abandonándola como a un animal, los espíritus de los niños, y luego a Carson liberándola. Todo le vino a la mente como ráfagas de imágenes, toda su realidad.

Pasaron dos días hasta que Carson y Brooke conversaron sobre sus vivencias, todos los sucesos encajaban entre sí. Ambos habían presenciado la procesión de niños, los dos habían visto que Selena ya no pertenecía al mundo de los vivos. El chico se rindió ante la imposibilidad de salvarla, nadie podía salvar a los muertos ¿o sí?

–¿Qué vamos a hacer?

–Ni que yo lo supiera...

–Todo esto procede de tu casa, de tu familia, de tus malditos antepasados. Digo yo que algo habrá en ti que conecte con ellos.

–¿Con los muertos? – exclamó asombrada–. Mira, ni siquiera puedo conectar con mi hermano que está vivo, o al menos eso parece. Estoy igual de perdida que tú, y con el muro que rodea el pueblo no podemos acudir a nadie, los teléfonos sabes que no funcionan, Internet no vuelve a funcionar porque claro, tampoco tenemos electricidad. Así que dime, cerebritito, ¿qué pretendes que hagamos nosotros dos solos?

–¡Yo quiero recuperar a mi familia! No sé tú, pero yo no me pienso quedar de brazos cruzados...

–Yo tampoco –negó con la cabeza Brooke–, pero no podemos ir a ciegas, pasemos por la biblioteca y miremos los periódicos antiguos. Quizá encontremos alguna pista que hayamos pasado por alto.

–Todavía estás muy débil, no deberías salir de casa. Además si te ven tus padres...

–No dirán nada, están demasiado pendientes de independizar este pueblo del resto del mundo como para fijarse en una simple adolescente –hizo una mueca de desagrado.

–Ya –asintió.

La biblioteca estaba abierta, vacía completamente. Nadie se encargaba de su cuidado y el caos se había apoderado del establecimiento, a falta de personal que se ocupase de su organización. No les fue tan difícil como creyeron en un principio encontrar los periódicos de aquella época. En un principio no encontraron pista

## 108

alguna, ningún acontecimiento que les aportase más información de la que ya tenían.

Carson, mirando uno de los últimos periódicos, asentía con la cabeza. Enseguida Brooke se unió a él para confirmar si había descubierto algo nuevo.

Según aquel periódico nunca se había sabido nada más de Ryan Watts porque había muerto, pero lo extraño venía después. Se indicaba que tal vez había sido víctima de un asesinato, no podían confirmarlo porque su abuelo lo incineró con demasiada urgencia. El viejo Watts pasó sus últimos años totalmente demente, su demencia era tal que se olvidaba frecuentemente de comer y de sus necesidades básicas. Lo único que hacía día tras día era trabajar en sus espejos, todos ellos cada vez más tétricos. Los habitantes del pueblo comenzaron a evitar pasar por la mansión, tan solo una vieja criada se había quedado a su lado para cuidarlo. Se trataba de una anciana sin familia que no tenía dónde ir, así pues, se quedó con el maestro de los espejos hasta su último suspiro.

–¿Por qué crees que es tan importante la noticia?

–Si fuera cierto, el niño puede buscar venganza por haber sido asesinado, y por nunca haber podido vivir como un niño de su edad. Y por otro lado tu antepasado se volvió loco, como ocurre con todos los adultos de Iceground. Creo que tiene mucho que ver, lástima que no haya nadie cuerdo para contarnos qué versión es la que más se acerca a la verdad.

–Puede ser que sea como digas, aún así, seguimos en las mismas. No sabemos qué hacer –dijo con voz cansada–. Volvamos a mi casa y esperemos en el sótano. Mejor

aún, tú pide ayuda a tus amigos y yo me encargaré de averiguar algo más en mi casa. No creo ni que perciban mi presencia.

–No me convence mucho dejarte sola.

–No te apures, que ya soy mayorcita.

Carson negaba con la cabeza mientras pensaba que Brooke no tenía remedio.

Hacía muy poco había estado a punto de morir, y ahora se creía muy mayorcita. De cualquier forma, tenía razón, habrían de pedir ayuda. Dos no eran suficientes.

El chico acompañó a Brooke a su casa y siguió su ruta. Tenía que buscar a los demás, aunque no los tenía todas con él. Lo más seguro es que se mofarían de él, pero tenía que ponerle ganas y ser lo más convincente posible.

En el asiento de atrás un niño de pequeña estatura estaba tumbado, Carson no lo había visto, y en cambio, tenía la sensación de que no estaba solo.

Cuando se levantó, el chico vio el rostro del niño reflejado en el retrovisor interior y dio un volantazo al tiempo que frenaba. El coche acabó estrellándose contra un árbol de grandes dimensiones. El niño permanecía ahora justo a su lado, el chico

## 109

intentaba en vano abrir los ojos, pero estos se le cerraban. Un hilo de sangre resbalaba por la comisura de su labio. Luego, el silencio.

## Capítulo XVI

### Viento

*H acía, quizá, demasiado frío. Era un viento helado, calculador. Apenas podía abrir los ojos, y cuando lo hizo, se encontró tumbado sobre la hierba; bueno, no exactamente sobre la hierba, sino sobre una gran capa de hielo y nieve que cubría todo lo que sus ojos alcanzaban a ver.*

*Estiró su mano pesadamente rompiendo el hielo en mil pedazos. Se levantó despacio, con sumo cuidado, intentándose estirar, pero el frío se lo impedía.*

*Comenzó a tiritar a la par que lloraba. ¿Dónde demonios estaba? ¿En Iceground? No podía ser, aunque realmente hiciese tanto frío.*

*El reflejo de un espejo. Se vio reflejado, entonces avanzó tan rápido como pudo, observando el marco de oro decorado sinuosamente. Lo fue a tocar pero de repente observó que había un niño pequeño a su derecha, recogido en sí mismo, con las orejas y la punta de la nariz completamente rojas, tiritando y llorando, cuando a él se le habían secado las lágrimas para dar paso al miedo.*

*–¿Estás bien, chico? –exclamó Carson, agachándose. Los ojos del niño eran azules, muy, muy azules y profundos, cubiertos por una capa cristalina de lágrimas.*

*–¿Dónde está mi mamá? –preguntó–. No la recuerdo. No recuerdo su rostro, no recuerdo cómo es... Solo veo el futuro. Tengo miedo. Yo sabía el secreto, y se lo conté. Todo se volvió así.*

*–¿Qué se volvió así? ¿Qué secreto?*

*–¿Cómo te llamas? ¿Tú como has llegado al interior del espejo?*

*Carson levantó la vista. ¿Estaba en el interior de un espejo? El cielo era blanco, mortecino. Tuvo sensación de ahogo. Él era... ¿Transparente? Todo se había tornado extraño, diferente.*

*Ella seguía corriendo a lo largo del pasillo tan rápido como podía, con dos o tres*

papeles en la mano y las manos ensangrentadas. ¿Cómo había sido tan estúpida? No debió dejarle solo. Cuatro enfermeros rodeaban la camilla, en el centro, Carson estaba en coma.

Todo eran luces, pero en su interior, nunca se había sentido tan sucia, tan oscura. Necesitaba respirar, pero no en aquellos momentos.

## 111

Los dos padres del muchacho, Peter y Emma Mcguire llegaban corriendo, dados de la mano, al hospital más cercano, aquel que dejaba a Iceground varios kilómetros atrás, y que estaba tan cerca de la antigua ciudad de los Watts. Peter y Emma, en cuanto vieron a Brooke le pidieron explicaciones, culpándola del accidente que su hijo acababa de tener. Ella se apoyaba contra la pared, mirando sus manos y balbuceando cosas extrañas.

–Nada tiene sentido. Me extraña que hayáis venido. Todo os resbala. ¡A todos!

Sois unos idiotas, señores Mcguire, no os importó la desaparición de vuestra hija Selena y tampoco os importa la posible... La posible... Muerte de Carson. ¡Oh, Dios mío! –exclamó subiendo el tono de voz.

Peter y Emma se miraron mutuamente, pálidos y ojerosos, pero cargados divinamente de ira contenida.

–En treinta y nueve años que tengo ninguna niñata me ha dicho... –comenzó a decir Emma.

–¿La verdad? –preguntó Brooke–. Solo os he ayudado desde que llegué, como aquella vez que fui a hablaros del alcohol que vuestro hijo consumía. Casi os reísteis de mí. Lo veis todo perfecto. Peter puede malmeter contra mi familia en su periódico, pero, por favor, váyanse a la porra y déjenme en paz, no merece la pena tratar con ustedes.

Emma soltó un bufido de rabia y la palma de su mano fue a parar, furiosa, a la mejilla de Brooke, cuya cabeza chocó con la pared blanca, ahora teñida de sangre por sus manos. Brooke le escupió a la cara, y después volvió a caer en el suelo, llorando.

–Todo esto es una mierda.

Peter tenía el rostro desencajado y preguntaba a los médicos información sobre su hijo, pero nadie sabía nada. Después, con el rostro hundido se dirigió hacia el baño, muerto de la rabia, y por primera vez pensó en la desaparición de su hija. Era como si hubiera tenido amnesia y algo volviera a la normalidad.

Algo similar le ocurrió a Emma, de pronto, despertó de su nube y comenzó a llorar murmurando el nombre de sus hijos y preguntándose varias veces: “¿Qué he hecho?”. Brooke leyó en su mirada la inseguridad y la tristeza, y finalmente, la mujer y la adolescente rompieron su odio en un cálido abrazo.

–Gracias por haber sabido cuidar de mi hijo mejor que yo misma.

Brooke no podía articular ninguna palabra, pero cuando Peter llegó, le tendió su móvil y pidió como pudo que se llamara a los amigos del joven. Todo parecía volver a la normalidad, moralmente hablando.

## 112

Brooke entonces miró los papeles que había llevado en la mano todo este tiempo, aquellos papeles que Jorge Wilson, El Novelesco, les había ofrecido no hacía mucho tiempo atrás. Hablaban de la influencia de los espejos.

Aquella era la respuesta. Al estar alejados de Iceground, por una extraña manera, recobraban los sentidos, el pensamiento. Pero solo ella podía darse cuenta en aquel momento, y su mente estaba demasiado borrosa para pensar con claridad, aunque parecía que ciertos puntos comenzaban a concordar. Miró su reloj pacientemente, eran las siete de la tarde. No era excesivamente tarde, y decidió hacer una llamada.

–¿Emily? ¿Estás en tu casa? –exclamó para la curiosidad de Peter, que acababa de hablar con Edward, compañero de clase, y la perdida Emma, que sollozaba en un rincón sumergida en sus propios pensamientos.

*Tenía la maldita impresión de oír un pitido constante a lo lejos, y por ello se comía la cabeza. Aquél era un rompecabezas que no encajaba. Sostuvo al niño entre sus brazos y le irradió el suficiente calor como para que dejara de llorar. Siendo dos se sentía más aliviado.*

–Yo me llamo Carson, ¿y tú, cómo te llamas?

*–Carson... –murmuró el niño con voz melancólica–, me gusta tu nombre. Yo no recuerdo el mío.*

*–¿Y sabes por qué no lo recuerdas?*

*–Puede ser...–murmuró encogiéndose de hombros– Puedo haber perdido la memoria porque antes me caí.*

*–¿Cómo... te caíste?*

*–Sí, no sé cómo llegué aquí. Sólo recuerdo que estaba en mi casa, en mi desván jugando y vi este espejo, entonces comencé a jugar con él, a contarle el secreto que quería saber y llegué aquí, tropezando justo en el bordillo nevado en el que estaba sentado.*

*–Perdiste la conciencia... ¿Recuerdas cuántos años tienes?*

*–Solo sé que allá donde voy me llaman enano –dijo con rostro ceniciento–, no me gusta que me llamen así. Me hace sentir inferior.*

*–Eres listo.*

*–¿Afirmas o preguntas?*

*Carson lo miró fijamente con mucha curiosidad. Lo cierto es que aparentaría unos siete años y era muy parecido a él de pequeño, pero no podía ser... Carson lo sentó de nuevo en el bordillo y sujetó sus manos.*

*–Saldremos de aquí, ¿vale?*

## 113

*Las ramas de los árboles comenzaron a moverse lentamente, dejando caer trozos de hielo que debían evitar. No había farolas, el cielo era tan claro... Aunque se antojaba extrañamente pequeño.*

*El niño sintió un escalofrío. El joven intentó abrigarle más agarrando los extremos de su cazadora para unirlos con más fuerza. Al extenderlo, vio un nombre bordado con hilo: Steven Watts.*

*En ese instante el rompecabezas se deshizo aun en más y más pedazos que se desencajaban en el pensamiento del joven Mcguire, cuyos labios comenzaban a ponerse morados, y se dio cuenta de que el frío podía acabar con su vida y llevarlo hasta la muerte si no lo evitaba antes.*

*–¿Eres Steven Watts, pequeño? –dijo, intentando ser agradable. Pero el niño se encogió de hombros.*

*–No lo sé. A lo mejor lo saben esos niños –dijo, extendiendo la mano. Carson se giró y no vio a nadie, entonces, devolvió la vista al pequeño. Éste hizo que el adolescente cerrara los ojos presionando su mano sobre sus párpados.*

*Momentos después, volvió a abrir sus ojos enrojecidos y sólo oía bulla y jaleo, y el pitido era cada vez más lejano, más suave y delicado mientras decenas de niños corrían a sus anchas en un parque imaginario.*

La cosa no pintaba demasiado bien. La información tardaba en llegar.

Les habían sentado a los tres en una sala de espera mientras, según los médicos, operaban a Carson de urgencia. Era su cabeza la que fallaba. Estaba intubado y apenas podía respirar sin ellos. Brooke estaba especialmente nerviosa.

Llamó a sus padres para contarles lo sucedido, y ellos apenas contestaban, porque “estaban jugando” a cosas mucho más divertidas. El os estaban en Iceground, por lo tanto, su cerebro no funcionaba demasiado bien, aunque decidiera avisarlos, aunque solo fuera por el respeto que los tenía...O había tenido en un pasado no demasiado lejano.

Entró en la sala una chica castaña, con el pelo especialmente liso por la altura del pecho, de ojos azules y mirada delicada, quitándose los guantes y murmurando “Qué frío hace aquí”. Después dejó ver su extrema delgadez antes de levantar la cabeza y deshacerse en un abrazo con Brooke ante la atenta mirada de los Mcguire.

–Cariño. ¿Qué tal estás? Qué disgusto... Cuánto tiempo.

–Emi... Emi... Menos mal que estás aquí –se podía observar que Brooke era notablemente más baja que la estilizada Emily.

–Siempre estoy contigo. En cada momento –entonces le dio un beso en la frente–. ¿Me oyes?

Brooke se dejó llevar por la emoción del momento. El médico, a su vez, entraba en la sala.

Peter y Emma prácticamente se abalanzaron sobre el señor que acababa de llegar, que miraba atentamente a la pareja con seriedad a través de sus gafas grises.

–No hay demasiada información por el momento. Como ya sabrán perfectamente, las cuarenta y ocho próximas horas son cruciales para la seguridad de su hijo. ¿Saben si llevaba el cinturón puesto? –la pareja giró la cabeza hacia donde Brooke estaba.

–Tuve un mal presentimiento. Últimamente... Trabajamos mucho juntos y quería comentarle un par de cosas, entonces miré como el coche se iba y se chocó contra un árbol, si no me hubiera dejado llevar no lo hubiera visto. Corrí hacia él y lo saqué por la ventanilla, puesto que el coche estaba aplastado. Pero me puse tan nerviosa que no pude observarlo. Creo que saltó el airbag.

–Así es. Siento no poder hacer más por ustedes, es todo lo que tenemos por ahora. Solo pueden esperar y rezar.

El hombre salió por la puerta, recogiendo el polvo de la puerta con su bata blanca y dejando el bolígrafo sobre su bolsillo, en la chaqueta a cuadros.

–Debemos hacer algo por cambiar esta situación –susurró Emily, meditabunda–.

Le dije a mi madre que si podía quedarme esta noche contigo. Me dijeron que no había problema, pero que me dejaban por ser una ocasión... diferente, puesto que mañana debería acudir a clase.

–¿Has contado algo de toda esta surrealista historia a alguien en concreto?

–No, aunque Andrew casi me lo sonsaca, me veía preocupada.

Brooke se mordió el labio inferior. Después removió su larga cabellera, y a continuación metió los dos papeles en el interior de su chaqueta –puesto que había colgado el abrigo en el perchero–. Reinaba el silencio en toda la sala.

*Al respirar, su aliento era como vapor helado. Sus huesos comenzaban a enfriarse y*

*sus músculos producían cada vez menos calor. Avizoraba con delicadeza a cada uno de los niños, todos rozarían los diez años como mucho, casi todos de la misma altura, niños, niñas, más gordos o más delgados, parecían incluso divertirse, pero con una sombra sospechosa bajo sus pies y una mirada penetrante.*

*–¿Dé donde han salido estos niños, Steven? –aun sin estar seguro de que el niño se llamara así, de aquella manera lo nombraba. Si estaba ante el verdadero Steven Watts, había realizado un viaje al pasado.*

## 115

*–No lo sé, pero aquí todo está conectado. El tiempo, el espacio... Ocurren cosas que no alcanzo a entender. Realmente, no sé cuánto tiempo llevo aquí ni cuánto estuve dormido; yo no sé por dónde has llegado aún.*

*–Yo tampoco lo sé, Steven, pero por un espejo estoy seguro de que no, apenas puedo pensar, es como si algo me sucediera... No lo sé. Me rindo.*

*–Lástima que en este lugar nadie se pueda rendir. Tu alma vagará siempre, aun si mueres, por este pequeño lugar.*

*–¿Cómo sabes tú tantas cosas de pronto, Steven? –preguntó Carson, alarmado.*

*–Observo. Todos son niños, los espejos solo abducen a los inocentes. Digo los espejos porque estoy seguro de que hay más. No todos han podido entrar por el mismo, eso es otra observación. Yo no debería estar aquí, aunque es como si el lugar... Como si fuera mi propia mente, ¿entiendes? Deduzco que no debería estar aquí, y menos contigo. Es como si algo en el pasado se estuviera modificando.*

*–Es complejo.*

*–Extraño –completó el niño, mirando fijamente hacia delante–. Y tengo mucho miedo, al fin y al cabo solo soy un niño, si tengo tanta inteligencia... Puede que tenga algo que ver con los espejos. Si fuera alguien estúpido, sin cabeza, estaría disfrutando, como esos niños en este instante. Pero ellos están borrosos, son visiones. Por eso se necesita cerrar los ojos para verlos.*

*–¿Sí nosotros nos volvemos locos aquí dentro...? –musitó Carson, cabizbajo–.*

*¿Fuera?*

*–Muy probablemente, también.*

*–¿Y por qué exactamente?*

*–Porque aquí se modifican las leyes, todo cambia, y creo que repercute de alguna forma al mundo exterior.*

*–Da miedo.*

*–Es tenebroso –afirmó Steven–. Y tú por lo menos, al ser mayor, el espejo te repercute en mayor medida. Yo veo... imágenes del futuro y del pasado, también del presente, pero de otros lugares...*

*–¿Y qué ves?*

*–Veo... muchos más espejos. Veo madres que entierran a sus hijos vivos de camino al cementerio, veo una ciudad helada, veo la imagen de un café caliente en unas manos frías, veo hospitales, veo luces. Por otra parte, veo mucho mejor la imagen de una niña preciosa, y de un niño, Ryan creo que se llama, entrando aquí. Tengo un vínculo con ese niño, lo presiento, lo leo en sus ojos, no están nada borrosos. Veo a mis padres y veo cómo este espejo consiguió la magia.*

## **116**

*Carson parecía muy interesado, y decidió no mencionar todavía lo que sabía sobre Ryan Watts.*

*–Sí, sé que te preguntas cómo. Yo fui el culpable, pero fue sin querer. Sobre esta casa pesa una maldición reciente y yo me reí de ella. Ahora mis padres han muerto y todo empieza a cambiar. El maleficio adquirido en la mansión se debe reflejar en un objeto, y qué mejor para reflejar que un espejo... Y tú sabes más cosas, ¿verdad?*

*–Ryan Watts es tu nieto, y supongo que la niña bonita es tu hija, leí en cientos de novelas que no es bueno revelar aspectos del futuro... Realmente de tu futuro, que es mi pasado, Steven. Ya sabía algo cuando leí ciertos papeles que me pasó Brooke. Brooke Watts, la única mujer con tu apellido, y por una razón desconocida, la que debe desenredar este complicado nudo. ¿Cómo salvar Iceground?*

*–Liberando las almas del espejo –murmuró Steven, aunque Carson ya lo sabía de sobra.*

*–Eres tan listo... Eres incluso más inteligente que Brooke. Sois increíbles.*

*El niño sonrió.*

*–¿Y cómo liberar las almas del espejo? ¿Rompiéndolo?*

*–Con eso solo conseguirías que la maldición pase a otro cuerpo y las almas quedarán igual. No, lo que debes hacer es enfrentarte al juego. Al juego de: “Yo sé un secreto”. Si tú al espejo le cuentas una verdad obtienes un premio a la par que pierdes la cabeza, y si mientes te abduce. El problema es que nosotros, los niños, las almas, vemos cómo alguien se enfrenta al reto, y podemos...*

*manipular sus pensamientos. Si ellos mienten porque nosotros les manipulamos, podemos salir fuera del espejo, a dar un garbeo. Cuando digo que manipulamos quiero decir que tocamos sus mentes y esto ayuda a que se vuelvan locos. La única forma de liberar las almas es... matándome –sentenció Steven.*

*De pronto una niña tímida se acercó a Carson por la espalda. Selena. Se fundieron en un abrazo, mientras veía cómo una fila de niños se ponía frente al espejo.*

*–Va a hablar el nuevo rey, Carson, escúchale. Hay que adorarlo.*

*Frente al espejo estaba, firme, el cuerpo cada vez más fornido de Bryan Watts.*

*El pasado y el presente se entremezclaban.*

La máquina se detuvo un instante, una línea verde, fina, delgada, cruzaba la pantalla negra. Estaba muriendo. Su corazón estaba dejando de latir.

## 117

Los médicos trabajaban incansablemente para hacerlo volver a la realidad, pero sus labios estaban amoratados y dejaba ver una palidez mortecina, como si estuviera muriendo congelado. Había algo que no acababan de entender.

El médico, que hacía apenas treinta minutos había visitado a la familia, sudaba mirando desde la puerta cómo lo operaban, escribiendo algo en su cuadernillo.

–Venga, chico, que aún eres joven... No dejes a esa chica tan guapa esperándote...

Mientras tanto, Iván Seth llegaba apurado, seguido de Edward, Thomas y Lukas, que saludaban pacientemente a unos padres heridos y terriblemente cansados, y se presentaban amigablemente a Emily.

Al fin, Iván Seth extendió los brazos y se deshizo en un abrazo con Brooke, que aún tenía los ojos rojos.

–¿Estás bien? Oh, he sido un estúpido.

Brooke dio un paso atrás y saludó con la cabeza a los otros tres. Edward, el más fuerte, estaba apoyado sobre su hermano mayor, Thomas. Aquellas orejas de soplillo y aquellos ojos brillantes eran iguales, Lukas la saludó tímidamente.

–No importa. ¿Carla?

Iván se encogió de hombros.

*Steven se colocó a la derecha de Carson, comprendiendo todo lo que sucedía.*

*Carson le explicó quién era el niño y se comprendió el parecido físico a grandes rasgos, aunque Bryan hubiera cambiado, sus facciones eran las mismas.*

*–Señoras, señores. El tiempo se está acabando. Espejo... Yo sé un secreto –su imagen se difundía en niebla y su voz sonaba distorsionada a la vez que fría y distante–. Mañana romperemos el espejo y acabaremos por vivir, como siempre deseamos. Si alguien no tiene fe en esta idea que hable ahora... Pero estoy seguro de que no. Alabad al rey...*

*En otra ocasión, Carson se hubiera reído de él, pero aquél aura que desprendía, aquel olor tan terrible, aquél frío intolerable... Se agachó como el resto y obedeció, mirando por el rabillo del ojo a Steven, y observando cómo su hermana Selena estaba viva, aunque loca.*

*Capítulo XVII El método*

Por la mente de Brooke pasaron muchas cosas, todas funestas, agonizantes como la vida de Carson en esos instantes. No quiso preguntarse cómo habían atravesado el muro de Iceground para llegar a la ciudad más cercana. No se cuestionaba nada, porque lo que realmente le importaba estaba en el interior de aquella habitación blanca llena de médicos. El chico se debatía entre la vida y la muerte, y ese era su único pensamiento. Los amigos de Carson estaban preocupados, ella lo pudo adivinar por sus expresiones, no hablaban, simplemente esperaban, como todos.

El tiempo se hacía eterno, la espera insoportable. Nadie podía entrar para estar junto a él. Brooke se apoyaba en Emily que se mantenía entera. Y aunque podía suponer el sufrimiento de su amiga, no era lo mismo. La chica a duras penas se mantenía en pie, pero hacía acopio de todas sus fuerzas para mantenerse firme y no derrumbarse. Si Carson salía del coma, necesitaría de todos, de ella también.

No muy lejos de allí, en Iceground, una gran nevada cubría con su manto las antiguas calles y las desvencijadas casas. Hacía menos de un año que se hubiera podido considerar un paraíso para sus habitantes y para los turistas. Ahora, no se mantenía en pie. Sus casas estaban desteñidas, grises, casi derruidas, y sus calles acallaban cualquier sonido bajo aquel aroma a muerte. Sus habitantes seguían una rutina tenebrosa, oscura. Todos los adolescentes se habían convertido en vándalos, los adultos en seres extraños que habían retrocedido en el tiempo, los pocos niños que habían sobrevivido se habían refugiado en la mansión de los Watts, tenían que continuar jugando, no podían parar. Los niños pequeños, todos aquellos que no tenían edad suficiente para jugar, se pasaban el día llorando, y sus madres se desentendían de ellos. Ya no les importaban sus hijos, tan solo seguir la rutina establecida.

Las mujeres habían acabado los pequeños carros y sus tapas, siempre bajo la atenta supervisión de sus maridos. Porque las mujeres habían pasado a un segundo plano en sus matrimonios, tan solo importaba los deseos de sus hombres, nada más.

Los Watts seguían viviendo sus vidas en la mansión resplandeciente en la que se había convertido, bellas rosas sangrientas adornaban sus jardines. Nadie las había sembrado, ni había sido necesario ningún cuidado. Todo cuanto pertenecía a la gran casa había adquirido vida propia. Marie y Peter no se preguntaban dónde se

encontraba Brooke, porque de ella tan solo les quedaban vagos recuerdos. De su hijo sabían de su existencia porque se dejaba notar, pero no eran muy conscientes de lo que les unía al niño de ocho años que vagabundeaba por la casa con movimientos extraños.

Peter estaba entregado a las tejas, tenía que ponerlas todas nuevas para las futuras lluvias que habrían de llegar. Marie tejía un jersey a rayas rojas y negras para su marido, y a pesar de que nunca había hecho punto parecía haberse convertido en una experta. Como todas las mujeres de Iceground, su papel era muy simple, tenía que ser la esposa perfecta. Siempre dispuesta a complacer los deseos de su esposo.

Aquella noche los ángeles del cementerio lloraron, las lágrimas recorrieron sus rostros marmolinos. Sus alas se fueron desquebrajando hasta hacerse añicos. Un viento ensordecedor se adueño de sus tumbas removiendo la tierra santa. El vigilante contemplaba la escena sin inmutarse, estaba borracho como de costumbre, pero su desinterés no se debía a la bebida. Había caído en las mismas redes de confusión que todos los demás. Nadie se salvaba, la policía, el alcalde, todos se regían por las mismas leyes. Nadie era consciente de que Iceground, agonizante, pedía a gritos ser salvada.

Se hizo de día, aunque no la luz. El pueblo seguía sumido en la más miserable de las tinieblas. Las mujeres se arreglaron porque era domingo y debían asistir con sus maridos a la iglesia, donde el párroco, el padre Borys, les surtiría de una buena cantidad de palabras que no extraería del evangelio. Él ya tenía sus propias palabras, no necesitaba de ningún Dios que le mostrase el camino que habían de seguir sus feligreses.

Todas las parejas acudieron a la casa del señor ataviados con sus mejores galas. Los niños pequeños y los bebés los habían dejado en los pequeños remolques fuera de la iglesia, evitando que fueran una molestia. El sermón del día comenzó de cómo conseguir que la paz se instalara en sus hogares. El padre Borys hizo mención específica al silencio, este les era muy necesario para alcanzar la armonía que tanto ansiaban todos. Cualquier distracción, como la televisión, la radio, música, era cómplice del diablo y debían destruirla, si no lo habían hecho ya.

Todos habían destruido ya aquellos instrumentos de Satanás. Prosiguió su sermón haciendo hincapié en que no debían dejar pasar la oportunidad de reconstruir el pueblo, de recuperar las viejas tradiciones. Dio especial importancia al matrimonio, a

la unión del hombre y la mujer. Todos escuchaban complacidos, estaban en la casa de Dios, recibiendo su palabra. Nadie apartaba la vista del cura, que terminó diciendo que cualquier impedimento que se interpusiese en la paz y la armonía de un hogar debía ser eliminado.

## 120

Desde el interior de la iglesia comenzaron a oírse los llantos de los niños que estaban fuera, atados, tapados con aquellas gruesas tapas de madera en el interior de sus carritos incómodos, fríos, sin mantas y sin luz. Totalmente a oscuras. Algunas madres comenzaron a sentirse incómodas ante la persistencia de aquellos llantos inconsolables. El párroco los miro con severidad, y le dijo: –¿Lo veis? A esto me refiero, la paz nunca existirá si no lucháis por ella. Esos niños son los mensajeros de Satanás. Os obligarán a discutir entre vosotros y no podréis dedicar vuestras vidas a nuestro pueblo, a nuestro Dios. Tenéis que acabar con esto cuanto antes.

–Amén –respondieron todos, asintiendo.

La misa concluyó con un Padrenuestro y la bendición del padre Borys. Todos sabían qué debían hacer. Las mujeres se dirigieron todas a sus casas, los hombres partieron a otro lugar muy diferente: al cementerio.

Las madres fueron arrastrando a sus hijos por las empedradas calles y los niños se fueron tranquilizando. Muchas de ellas los destaparon. Los niños se sentían felices de que les pasearan, de ver el cielo, que aunque fuese gris no era una caja de madera, de ver los rostros familiares de sus madres. Incluso se reían.

Por un corto espacio de tiempo eran felices.

Mientras, en el cementerio, los hombres se habían apoderado de todas las palas que habían encontrado. Comenzaron a cavar con ahínco, el vigilante se unió a ellos por la buena causa que ya le habían explicado. Y aunque hacía un frío alarmante, todos tenían un calor desmesurado. Sudaban y se iban desprendiendo de sus chaquetas de los domingos. Trabajaban con energía, no parecían cansarse. Tenían que hacer hoyos lo suficiente profundos para enterrar el futuro de Iceground. El párroco se había pronunciado claramente, y ellos habían captado lo que se esperaba de ellos.

Nadie podría impedir la masacre que estaba a punto de acaecer.

En las casas las madres que tenían hijos pequeños los alimentaban, los aseaban y los abrigaban. Tras eso, sólo cabía esperar a que sus esposos volvieran.

Comenzaban a impacientarse los niños también, y los intentaban calmar primero con algunos juguetes, cuando se cansaban de estos, volvían a las andadas. Necesitaban que sus madres los cogieran en sus regazos, pero eso no era posible. Unas los metieron en las cajas de madera, otras los amordazaron para no soportar sus llantos.

El tiempo comenzaba a pesarles, y sus maridos no llegaban.

Tras un tiempo prudencial todos fueron llegando a sus casas, con los zapatos llenos de tierra, las manos enrojecidas pero orgullosas de haber cumplido con su

## 121

deber. Las mujeres se emocionaron al ver a sus esposos llegar, se besaron y abrazaron. Era un día de júbilo que no se repetiría en mucho tiempo.

La noche caía cerrada, sin estrellas en el firmamento, sin luna que alumbrase los caminos, las calles... Todas las mujeres se hicieron con un farolil o del que harían uso para llegar hasta el cementerio. Se arreglaron con esmero, al igual que sus maridos.

Los hombres fueron sacando de sus casas las carretillas destapadas donde estaban los niños sentados; otros, más pequeños, iban tumbados. El ruido de las ruedas rompía el silencio de la noche, y el vaivén los motivaba para hacerles reír. Todos iban acompañados de su muñeco o peluche favorito, los cogían entre sus manitas al tiempo que miraban absortos las luces que procedían de los farolillos. Estaban contentos porque para ellos se trataba de un agradable paseo.

Se sentían cómodos, los habían aseado y alimentado, y aunque no los habían cogido en brazos, ni mecido con dulzura, ahora se sentían el centro de atención de los mayores. Nada más lejos de la realidad.

Algunos niños hacían preguntas, y las madres se resistían a dar explicaciones.

Pero algunas de ellas sí que lo hicieron.

—¿Qué quieres saber dónde vamos?

—Sí, mamá —contestaba una niña de cuatro años, sonriente.

–Vamos a jugar.

La niña reía, jubilosa y deseosa de comenzar el juego le metía prisa a su madre.

–¿Falta mucho?

–No, ya llegamos. Cuando te diga, tienes que estarte quietecita y cerrar los ojos.

Luego los angelitos vendrán a buscarte y comenzarás a jugar.

–Nunca habíamos jugado a ese juego, ¿Y si no sé jugar?

La madre guardó silencio, ya habían llegado a su destino. Todos aguardaban el gran momento, la liberación de sus almas, la victoria contra Satanás.

Se fueron quitando las ruedas de las carretillas, y cada padre fue introduciendo a su hijo en los hoyos. Los bebés comenzaron a llorar, pero fueron inmediatamente cubiertos con sus tapas. Los más mayores se miraban entre sí antes de ser introducidos en los nichos.

Un niño rubio de grandes ojos azules hacía pucheros, y estaba a punto de llorar.

La niña que estaba justo a su lado le saludaba con la mano.

–No llores, vamos a jugar con los angelitos.

Y el niño dejó de llorar momentáneamente. Luego todos fueron introducidos en sus nichos, con los pequeños ataúdes improvisados. Tan solo quedaba cubrirlos de tierra. Los hombres comenzaron a tirar tierra sobre ellos con sus palas. Las mujeres sonreían liberadas, orgullosas.

## 122

Pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer, eran como caricias que pretendiesen aplacar el miedo de los niños. Los llantos ahogados de todos ellos comenzaron a surgir, rasgando el silencio del cementerio. Aquella noche no habría en él paz como de costumbre, porque los que lloraban no cesarían de hacerlo hasta perder la vida.

Todos marcharon hacia sus hogares, donde pretendían vivir en paz. No habría

remordimientos ni recuerdos, nada quedaba de aquellos niños que un día ocuparon un lugar en sus corazones. Todas las cosas que les pertenecieron fueron desechadas, quemadas. Nunca habían existido.

El cementerio lloraba, pero nadie acudió a sus lamentos.

En el hospital, Brooke tenía una sensación extraña, un frío repentino se apoderó de ella y supo que algo no iba bien. No se trataba de Carson, era algo muy fuerte que no alcanzaba a comprender. En Iceground había ocurrido algo grave, pero no podía marcharse y dejar allí a Carson. Aunque tampoco podía hacer oídos sordos a sus presentimientos, que hasta ahora no le habían fallado.

No sabía qué hacer. Emily la observaba con gesto grave, conocía a su amiga, y deducía que algo iba realmente mal. Algo que no le había contado.

–¿Qué es lo que pasa? ¿Te encuentras mal? Estás muy pálida...

–Algo está pasando en Iceground, lo sé, lo siento aquí –mientras se palpaba el vientre–, pero no puedo abandonar a Carson, no sería justo.

–Están sus padres y sus amigos ¿Quieres que vayamos a Iceground? A lo mejor me gusta y todo –bromeó.

–No –negó–. Te puedo asegurar que no te gustaría ese pueblo. Está maldito.

*Carson a duras penas lograba respirar, el aire cada vez era más denso, más embriagador. No lograba percibir la realidad, los niños lo rodeaban. Todos eran tan blancos, sus labios mortecinos y sus miradas perdidas le daban escalofríos. No podía resistir más tiempo en aquel lugar. Steven estaba fuera del círculo, pero si él estaba allí, donde estaba Ryan, su nieto podía estar en otro espejo. ¿Quién era pues el que dominaba el juego? Tal vez el único método de salir de allí sería descubriendo qué había sido del nieto. O quizá no había salida. No podía pensar con claridad. Y sin poder evitarlo gritó el nombre de Brooke con todas sus fuerzas. No se le ocurría nadie que pudiera escucharle, salvo ella, que de algún modo estaba unida a los espejos, como sus antepasados.*

*Era su única esperanza. Pero Brooke no lo escuchaba.*

# 123

*Steven se acercó a él, y el círculo se rompió. Extendió la mano y le propinó una tremenda bofetada, no se imaginaba que un niño pudiera pegar así. Se cubrió la mejilla dolorida, y lo miró reprimiendo su odio. No le convenía que se convirtiera en su enemigo.*

*–Jamás pronuncies ese nombre en mi presencia, ¿queda claro?*

*El chico asintió, Steven seguía observándolo con curiosidad morbosa. No podía pasar por alto que si él había llegado hasta allí, otro también podía conseguirlo. Tenía que acelerar sus planes, no podía esperar más. Había llegado la hora de liberarse de sus ataduras, pero sobre todas las cosas lo que pretendía era devolver la vida a su nieto. Se lo debía. No debía sospechar de sus intenciones pues se había convertido en una pieza fundamental para lograr sus objetivos.*

*Capítulo XVIII Ondas sonoras*

Brooke no miraba hacia ninguna parte. Emily la cogió del brazo y la sacudió hasta que ella reaccionó debidamente, girándose hacia la joven de largos cabellos y mirándola sin comprender. Emily entrecerró los ojos: –Brooke, por favor, reacciona.

La joven se había sentado contra uno de los bancos, había escondido su cabeza entre sus piernas y sus manos heladas masajeaban con delicadeza sus sienes. Su corazón latía mucho más fuerte y más rápido, su estómago la sobresaltaba y no paraba de sudar, es como si ella también sufriera un ataque, pero no era así...La joven, de naturaleza, creía ya en lo sobrenatural. Y sabía que estaba percibiendo una llamada, algo que, en el fondo, no era tan inusual en ella. ¿No había visto fantasmas? Pues bien, alguien quería comunicarse con ella. Cerró los ojos con fiereza, y en su mente se formó la imagen borrosa de Carson, abstracto, suplicante y con una piel demasiado pálida para pertenecer al joven.

–¿Carson? –exclamó exhausta. En la sala, Emily quería llamar a un médico, puesto que su amiga se estaba volviendo loca–. ¿Eres tú? –balbuceó entre lágrimas.

–Brooke, cariño, ¿estás bien? –acabó pronunciando Emma Mcguire–.

¿Necesitas agua? Aguanta... –dijo, con la voz rota de dolor.

–¡Cállense! Intenta hablar conmigo –dijo, levantando ligeramente el brazo para que no se acercaran más.

Carson, aquella imagen borrosa, estampado en una luz blanca sin nada material detrás, con aquella mirada que engatusaba. Sobre el cuerpo del joven, letras y sonidos envolventes se acumulaban, eran como rastros de tinta pronunciados en la lejanía por una voz varonil.

**“Ve a rescatarlos. Camina hacia mi sueño. Observa lo que yo vi y haz lo que yo no puedo hacer”.**

¿Hacia qué sueño? Iceground tenía problemas. Se levantó y por una vez, fue tan valiente como para salir de aquella desesperante situación.

*¿Por qué mientras veía el rostro rubio de Steven podía hablar con Brooke? ¿Por qué si giraba la cabeza, veía las imágenes que acababa de vivir? ¿Por qué aquel*

## 125

*lugar se volvía tan borroso y apagado? ¿Por qué dejó de tener frío, para no sentir nada?*

*Es como si su mente se hubiera dividido en cachitos: veía su presente, su pasado cercano y lo que los ojos de Brooke veían, pero, ¿cómo? ¿Cuestión de magia?*

*Sin embargo, sentía una calidez incierta. Él mismo se sentía inquieto y perplejo, fue cayendo en lo más profundo de un abismo para concentrarse solamente en una cosa: Iceground.*

*Veía los pasos acelerados de una muchacha montándose en un coche. La veía a ella, su piel blanquecina, su cabello negro como ala de cuervo y su nariz de perfil, la observaba delante de él, pero no la podía tocar. Ella estaba mirado su pasado.*

*Habían conectado sus mentes de una forma impresionante, estaban el uno junto al otro, unidos.*

*–Ve a Iceground y sálvalos, una vez allí, ve al desván y mata a Steven, a todos, si hace falta.*

*Ella turbiamente hacía lo que él ordenaba. Eran tantas las imágenes que se infundían en una sola en su cabeza... Percibió que alguien estaba con ella.*

*–Si necesitas vomitar, me avisas y paro el coche.*

*Brooke asintió apesadumbrada, con las manos pegadas fuertemente a su tripa.*

*Cerrando los ojos, todavía. Se sentía mal físicamente, pero tener contacto con Carson había liberado tensiones.*

*Iceground en el fondo no estaba tan lejos, tardaron treinta minutos en llegar, en los que el teléfono de la muchacha no dejaba de sonar: Lukas, Edward... Todos se*

preguntaban para qué volvían. La trataban como si fuese su novia. Pero nunca se lo había planteado: ¿qué sentía por Carson?

Estiró las piernas nada más salir, aún con las visiones en mente, y como si de una sonámbula se tratara sólo actuaba. Entró en casa, apenas sin darse cuenta de que ninguno de sus dos padres estaba allí. No lo tuvo demasiado en cuenta. Estarían haciendo alguna estupidez, de todas formas, la cosa no podía haber empeorado tanto en cuestión de horas.

Fue al servicio, y al fin, vomitó, como la primera vez, aquella masa tan pringosa que se podría tratar perfectamente de petróleo. Cayó rodando sobre las baldosas del baño con los ojos rojos de tanto llorar, y secándose con un pañuelo de papel, mientras Emily la miraba desde la puerta, absorta, sorprendida. Emily supo entonces que la vida de su amiga corría peligro.

**“Ahora has de bajar al sótano a matar a Steven”.**

## 126

Oyó que decía aquella voccecita dulce en su cabeza. Parpadeó un par de veces.

Aquello debía hacerlo, pero no en ese preciso instante, no había llegado la hora. No supo muy bien por qué habían hecho una primera parada allí, sin embargo, supo que debía encaminarse hacia el cementerio. Se recompuso el cabello y se estiró la ropa antes de abandonar el cuarto de baño a buen paso.

Fue cuando Emily se dio cuenta de la extrema delgadez de su amiga, que estaba enferma, y probablemente, llevaba días o semanas sin comer nada decente.

Se montó en el coche de nuevo sin hacer caso al frío aterrador que destilaba el aire y, regocijándose en la cazadora que acababa de coger, entró sin hacer el menor ruido. Las calles se le antojaban más estrechas y peligrosas, y los árboles la miraban atentamente, con numerosos cuervos crocitando encima de las ramas grises que formaban cientos de sombras. Brooke apoyó su cabeza contra el cinturón de seguridad, que apenas la dejó apoyarse correctamente en el asiento del copiloto.

«Radio de la capital: Últimas noticias.

»Las temperaturas aún continúan en descenso sobre todo en los pueblos del norte como pueden ser Iceground y Sweetland, que alcanzan, como mucho, tres grados centígrados a estas horas de la tarde-noche. Recordad amigos, que mañana se cambia la hora.

»Por otra parte, un chico de unos dieciséis años ha sido ingresado con urgencia en el hospital tras sufrir un accidente de tráfico en el pueblo de Iceground.

Últimamente hay sucesos muy extraños por allí, ¿no crees, Tom?».

–Buenas noches, Christine. Pues sí, algo raro sucede allí y bueno, por eso mismo vamos a hacer un reportaje a fondo. El periódico, el White Snow, dejó de publicarse sin saber por qué y la gente no acude a sus trabajos, pero lo que más impacta son las numerosas desapariciones que últimamente suceden allí. Les informa Tom. Christine, puedes continuar.

–Pues bien, ahora vamos a hacer una breve pausa y...

Emily bajó el volumen hasta que se dejó de oír. Se oía de nuevo el ruido de la carretera. La joven giró la cabeza en dirección a Brooke, pero ella no correspondió a la mirada. Se limitaba a callarse.

–¿Estás bien, cariño?

–Sí, Emily, estoy contactando con Carson, no me preguntes cómo. Le he explicado que voy a detener la situación en el cementerio. Él dice que algo está ocurriendo allí, porque desde donde él está, que no sé qué lugar es de su mente... Me fio de él. Hay que detenerlos, algo malo ocurre allí.

## 127

–Claro –Emily volvió la vista hacia la carretera–. Esto suena a novela de terror ¿no crees?

–Me dan escalofríos solo de pensarlo –dijo con voz turbia–. Quiero que acabe ya. Todo es tan surrealista...

–Entiendo...

Allí dejaron la conversación. En la puerta del cementerio se encontraron al mismo vigilante y cura que Brooke ya conocía de sus antiguas visitas al lugar. Nada había cambiado en él, su aliento tampoco.

–¿Qué te ha ocurrido? –preguntó Brooke.

Murmuró algo por lo bajini que ninguna pudo entender. Una pequeña sombra tras una lápida les llamó la atención, se trataba al parecer de una niña, más o menos de la edad de Bryan. Emily se dirigía muy decidida hacia ella, pero Brooke la detuvo bruscamente sujetándola del brazo. No se fiaba ni un pelo, los niños eran peligrosos.

Así que se fueron acercando con disimulo, la niña seguía inmóvil, cabizbaja. Tenía los brazos caídos y de una de sus manos pendía desvalida una muñeca.

Cuando por fin estuvieron suficientemente cerca pudieron comprobar que no vestía ropas antiguas, y que la muñeca era de lo más normal. La niña no las miraba, y eso comenzó a mosquear a Emily, no era la actitud normal de una niña de su edad.

De repente alzó la mirada, sus ojos grandes estaban vacíos, carecían de pupilas. Emily no pudo evitar alejarse, y Brooke permaneció inmóvil, se había quedado helada. Las dos amigas volvieron a acercarse. La niña no era fea, sino más bien agraciada, sus cabellos rubios le caían por los hombros, pero seguía pareciendo una figura fantasmal.

–¿Quiénes sois? No puedo veros, por favor no huyáis de mí... –rogó la niña.

–Hola pequeña, nos llamamos Brooke y Emily –respondió–. Yo soy Emily, ¿cómo te llamas?

–Ona.

–¿Eres ciega? –preguntó Brooke

La niña asintió con una medio sonrisa, les causó lastima a las dos jóvenes que se miraron cómplices, pensando que había muchas injusticias en el mundo. Brooke la cogió de la mano, con cariño, y la niña se abrazó a ella con fuerza. Podía percibir su miedo, su frustración.

–Cuéntanos qué ha pasado, ¿tú lo sabes, verdad?

–Os acompañaré al lugar –se ofreció, estirando de Brooke.

Caminaron por la zona más escarpada del cementerio, donde no había tumbas.

Al final del camino pudieron inspeccionar el terreno: la tierra era reciente, la longitud

## 128

de las tumbas era pequeña, se podían apreciar de distintos tamaños. No alcanzaban a comprender qué habían enterrado.

–Son niños, los más pequeños. Ellos no podían jugar, ni revelar secretos, por eso los han enterrado. El párroco así lo aconsejó en la última misa. Yo estaba en la última fila, lo escuché todo, y si estoy aquí, cuerda, es porque nunca tuve amigos que me invitasen a sus casas, no es divertido jugar con una ciega. No creo que queden muchos vivos...

Emily estaba llorando. La noche caía como un manto fantasmal y la temperatura parecía descender aún más cada minuto. Las nubes se escondían en el horizonte, negras, hurañas.

Brooke se lanzó a coger una pala de la caseta del guarda, cuando estuvo allí cogió dos. Necesitaría la ayuda de su amiga, eran muchas las tumbas que habrían de destapar. Emily temblaba y no acertaba a coger la pala. La mirada de Brooke se endureció.

–No podemos flaquear, sé que no es fácil pero hay que ponerse manos a la obra.

Emily no dijo nada, comenzó a cavar con todas sus fuerzas. La niña se apartó y se abrazó a su muñeca, vieja, con harapos, el único tesoro que poseía.

El espectáculo se hacía más horrible a medida que proseguían, no encontraban ningún niño con vida, los bebés todos estaban muertos, habían sido los primeros. Pero no se rendían, mantenían la esperanza de poder salvar al menos a uno. Con eso bastaría, pero el tiempo transcurría y la desilusión fue creciendo. Cada vez que abrían una de esas cajas malditas, y encontraban el cuerpo de algún inocente sin vida, el alma se les caía a los pies. La angustia y la rabia se podían leer en sus rostros.

Ningún llanto brotó de aquellas tumbas, ningún latido había sobrevivido a la locura. Habían inspeccionado todas ellas, pero no habían podido hacer nada. Todo estaba perdido.

–No ha sobrevivido nadie, ¿verdad?

Brooke y Emily se miraban, ninguna parecía querer responder a la pregunta. La niña se levantó.

–Me lo imaginaba, no hace falta que me ocultéis la verdad. Soy ciega, pero no sorda.

–Lo sentimos –se disculpó Emily, con la voz rota.

–Habéis hecho todo lo posible por salvarlos, ¿qué más podíais hacer? Rezaré por mi hermanita pequeña, tenía un añito, bueno, en realidad mañana habría cumplido un añito.

## 129

No supieron qué decir, no bastaba con decir “lo siento”, no había palabras que pudiesen borrar el dolor. La niña se arrodilló y comenzó a excavar con las manos, y allí mismo depositó la muñeca. Mientras tiraba tierra sobre ella, rezaba bajito por los niños, por su hermanita.

–La muñeca era de ella, así estará más cerca de Lisa Emily abrazó a la niña ahogando su llanto, no quería flaquear ante la pequeña.

Ona rompió a llorar, sus ojos, tan vacíos, ahora parecían estar muertos del todo, sin vida. Lo único que le quedaba a la niña lo había perdido.

La rabia se había apoderado de tal forma que no era capaz de contactar con Carson. Sabía que debía matar a Steven Watts, pero no la forma. Su antepasado estaba muerto, y por lo que llegaba a comprender, su alma había resistido el paso del tiempo oculta en un espejo. ¿Qué debía hacer? ¿Romper todos los espejos? No creía que fuera tan fácil, demasiado sencillo. De cualquier forma, en el cementerio no harían mucha cosa, todo estaba perdido. Debían dirigirse de nuevo a la mansión.

Sabía que habría de tener mucha suerte para detener la locura que había desolado el pueblo, todo era una imagen distorsionada, como una pesadilla de la que no podía despertarse. Se alegró de tener junto a ella a su amiga de toda la vida, y así, las tres subieron al coche de Iván.

Intentó llamar al hospital, pero el móvil no daba señal. De nuevo Iceground estaba

incomunicado del resto del mundo, tal y como deseaba el viejo Watts.

Las tres ocupantes del coche estaban conmocionadas, con el ánimo quebrado en mil pedazos. Pero Brooke se había propuesto que la desesperanza no podía intimidarlas, todavía quedaba lo más difícil, y estaban solas. Totalmente solas. Y

aunque de camino a la mansión fueron barajando la situación desde diferentes puntos de vista, esforzándose por encontrar una solución, no la encontraban. La niña permanecía en silencio, Ona tan solo escuchaba lo que ambas jóvenes proponían.

Brooke intentaba no omitir ningún detalle sobre sus antepasados, sobre todo lo que concernía a Steven Watts y su nieto Ryan. Sabían que allí estaba la solución, pero no sabían de qué forma utilizar toda aquella información. Varios caballos se cruzaron en su camino con sus jinetes dirigiéndolos, intentaron cortarles el paso, Brooke tuvo que maniobrar con brusquedad para no chocarse contra ellos. Vendrían más, y todos ellos con las mismas intenciones: detenerlas.

El aire denso, pesado, se posaba sobre el coche, entraba por los conductos del aire y les provocaba ahogo. Casi era imposible respirar, necesitaban llegar cuanto antes a la casa. Ahora era cuestión de vida o muerte. Emily se giró para ver en qué condiciones se encontraba Ona, estaba tumbada, hecha un ovillo, y respiraba con dificultad, comenzaba a tener los labios amoratados.

## 130

—Hay que apresurarse, Brooke, písale a fondo.

La joven aceleró hasta que el coche parecía volar, su expresión era grave, comenzó a toser nuevamente y aunque tenía la necesidad de vomitar, no podía pararse. Tenían que llegar cuanto antes.

En mitad de la carretera divisaron una hilera de caballos que la acordonaban. Tal y como presentía, intentarían detenerlas. Eran muchos, todos ellos cargaban antorchas. Le parecía haber retrocedido a un siglo muy anterior al suyo.

—¿Qué vamos a hacer? No se quitarán...

—No voy a frenar, si nos paramos sería nuestro fin. Se lo debemos a todos esos niños, a Ona. No van a poder conmigo, eso te lo aseguro.

La mirada de Brooke estaba cargada de odio, y aunque no estaban en sus cabales, y no podía responsabilizarlos de todas las muertes, no podía reprimir su rabia. Aceleró, los caballos se encabritaron y haciendo caso omiso de las órdenes de sus dueños, se retiraron asustados, abandonando a sus jinetes allí mismo magullados y tendidos en el suelo.

Ya podían divisar la mansión, todas las luces parecían estar encendidas. Un brillo malévolo la rodeaba, un aura maligna la protegía.

Una vez hubieron llegado, Emily cargó con la niña, mientras Brooke se abrió paso entre zarzales que habían crecido hasta que no quedaba un milímetro por el que pasar. Ya dentro de la casa, consiguieron respirar con normalidad. El aire era extremadamente puro, extrañamente limpio.

Una vez fue volviendo en sí poco a poco, pidió un poco de agua. Brooke trajo para las tres, todas tenían la garganta reseca. Emily se quedó embobada admirando los espejos que colgaban de las paredes.

–¿Y tus padres habrán vuelto? ¿Y tu hermano?

–No lo sé. Tengo miedo de encontrarlos, quién sabe como estarán.

–Oigo ruidos en la cocina, muy débiles, son como gemidos...

–¿Estás segura? Yo no escucho nada, y ¿cómo sabes dónde está la cocina? – preguntó Brooke.

–Mi oído es más sensible que el vuestro, al igual que mi olfato. Huele a huevos podridos, o a algo por el estilo, ¿de verdad que no lo oléis? Es muy desagradable el olor.

–Cierto, nos olvidamos de eso. Tú quédate aquí, siéntate tranquila que volvemos enseguida.

Se dirigieron a la cocina a paso lento, no querían ser descubiertas. La puerta estaba entreabierta, y se colaron sin tan siquiera abrirla. Los cristales de la ventana estaban rotos, y la cocina estaba plagada de cuervos negros. Sus graznidos eran

desagradables. Desde donde estaban pudieron ver dos pares de pies en el suelo. No los divisaban bien, porque estaban cubiertos por las negras aves. La mesa y las sillas cubrían el resto.

Se acercaron, y allí estaban los cuerpos de sus padres, la sangre cubría el suelo como una pasta pegajosa. No quedaba mucho de ellos, los cuervos se habían encargado de ello. Brooke se arrodilló y rompió a llorar, sus manos se apoyaron en el suelo manchándose de la sangre de sus padres. El quebranto de su llanto era infinito.

Emily, con lágrimas en los ojos, se abrazó a su amiga. Brooke se cubrió el rostro con las manos llenas de sangre, se balanceaba rota de dolor.

–Nunca debimos venir aquí, ¡mi madre no quería! –gritó con rabia–. No se merecían esto, eran unas buenas personas, ¿verdad que sí? –preguntaba a su amiga con movimientos compulsivos.

–Sí, Brooke, eran buenos.

El rostro de Brooke estaba manchado de sangre al igual que sus ropas y las de Emily. Ésta intentaba arrastrar a su amiga que no quería abandonar los cuerpos de sus padres, pero los cuervos comenzaban a atacarlas a ellas también. La joven se resistía a marcharse.

–No puedes hacer nada por ellos, al menos podrás salvar a tu hermano.

Tenemos que salir de la cocina... ¡Brooke! ¡Vamos! ¡Maldita sea! –le propinó una bofetada que la sacó del trance.

La mirada de Brooke transmitía desesperación, y Emily tenía que guiarla, ella no se mantenía en pie. Un grito las puso sobre aviso, e hizo reaccionar a Brooke por unos instantes.

–Es Ona, vamos Brooke, puede estar en peligro.

–Sí, es verdad –respondió como una autómatas.

La niña no se encontraba donde la habían dejado, una risa chillona procedía de lo alto de la escalera. Era Bryan, su atuendo de terciopelo impoluto, su pelo tan bien colocado hicieron dudar a Emily si se trataba del mismo niño que ella había conocido.

Pero sí, lo era. Sus ojos claros y brillantes imponían respeto.

–¡Bryan! ¿Qué les ha pasado a papá y a mamá?

–Hermana... –frunciendo el entrecejo–. Se habían portado mal, compréndelo y aprende, porque te puede pasar lo mismo.

–Déjame a mí –interrumpió Emily–. Bryan, tu siempre has sido un buen niño, dime ¿has visto a una niña que ha venido con nosotros?

–¿Y si la he visto qué? ¿Por qué te lo habría de decir?

Emily iba a seguir preguntando, pero Bryan desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Entonces supo de qué hablaba Brooke cuando se había referido a su hermano,

## 132

él no era normal. Algo superior a él, al mundo que conocían, lo había seducido. El pasado se había adueñado del pequeño Watts.

Corrieron escaleras arriba, pero no pudieron ver por dónde se había marchado, y aunque inspeccionaron todas las habitaciones, no lograron encontrarlo. ¿Y Ona dónde estaría? Tampoco había rastro de la niña. No sabían qué pensar. Todo había sido muy rápido, y temían no poder encontrarla a tiempo.

## *Capítulo XIX*

### *Muerte*

–Es importante que no nos separemos en ningún momento.

–Vamos, Brooke, la cosa está mal pero no vamos a ser tan tontas como las chicas de las pelis de terror que siempre terminan igual, solas.

–Es en serio

–Lo sé, me imagino que estarás fatal...

–Tú lo has dicho, te lo imaginas –dijo la joven torciendo el gesto.

Comenzó a lloviznar y el viento soplaba fuertemente, haciendo que las puertas de la casa crujiesen, y también, de vez en cuando, diesen algún portazo inoportuno que las hacía estremecer. Eran los sonidos normales de una casa antigua en una noche de invierno, las ramas de los árboles se mecían con violencia. El aullido del viento. Pero no lo sentían así, todo era demasiado tétrico a sus ojos, porque la realidad superaba con creces cualquier pesadilla que hubieran tenido. Antes de llegar a Iceground esas eran las noches que motivaban a Brooke a pintar sus retratos góticos, ahora se trataba de mucho más. Algo que no podía controlar con sus trazos, ni sus personajes eran ficticios. Todo era demasiado real, demasiado cruel.

El único lugar donde no habían entrado todavía era el sótano. Y debían hacerlo.

Brooke se hizo con dos linternas y le proporcionó una a su amiga, en medio de aquella tormenta la luz podía irse en cualquier momento. Las dos chicas se miraron, estaban sucias con restos de sangre, no se dijeron nada. Abrieron la puerta del sótano, ésta chirrió. Al entrar la puerta se cerró tras de sí, las dos dieron un respingo, miraron hacia la puerta.

Emily intentó abrirla de nuevo, pero no hubo modo. Estaban encerradas. Su amiga le hizo un gesto para que bajasen, ya se encargarían de la puerta más tarde.

Brooke caminaba delante, su amiga tras ella con pasos indecisos. La luz temblaba con

cada trueno, parecía que de un momento a otro se apagaría. Habían hecho bien en bajar con las linternas.

Abajo, el olor a humedad fue lo que primero captaron. Era lógico, se trataba de un sótano después de todo.

–¡Cuántos espejos!

–Sí, demasiados...

## 134

Emily los observaba con gran curiosidad, estaban todos descubiertos. Se podía apreciar que habían sido destapados, ya que en el suelo reposaban muchas sábanas blancas.

La luz se apagó, e hicieron uso de las linternas. Era previsible.

Un relámpago se filtró a través de la claraboya, el reflejo de ambas se iluminó en todos los espejos. Se apoyaron la una en la otra, espalda contra espalda. Era el mejor sistema para visualizar toda la habitación.

La gran lámpara del techo temblaba, sus cristales chocaban entre ellos produciendo un suave tintineo. Un trueno las alarmó nuevamente, y algunos colgantes de la lámpara chocaron contra el suelo rompiéndose en mil pedazos.

–No me gusta este sitio –dijo Emily.

Brooke no contestó, estaba demasiado atenta a cualquier movimiento extraño que pudiese acontecer.

De pronto la puerta se abrió muy lentamente, se quedaron totalmente paralizadas, esperaban que solo fuese el viento. Pudieron distinguir una sombra, y enfocaron sus linternas en esa dirección. Una figura de mediana estatura se hizo visible. Brooke relajó todos sus músculos al comprobar que era Ona, Emily acabó sentada en el suelo, la tensión podía con ella, sentía que sus piernas le flaqueaban y se quedó allí.

–Voy por ella, ¿Te quedas aquí?

–Sí, necesito descansar, no me mantengo en pie, esto no es lo mío –dijo con sarcasmo.

La chica se dirigió hacia las escaleras y al llegar junto a la niña le preguntó dónde había estado, pero ella no respondió. Su expresión era triste, y Brooke decidió no insistir por el momento. La tomó de la mano para ayudarla a bajar las escaleras, descendían con extrema lentitud.

La lámpara tembló fuertemente, y se desgarró buena parte de ella. La vara de metal que la sostenía cayó sobre Emily, ésta no pudo reaccionar. La vara terminaba en forma de flecha y se clavó con facilidad en la cabeza de la joven que murió al instante. La sangre brotaba a borbotones ante la atónita mirada de Brooke que en un instinto de proteger a la niña le cubrió los ojos. Tragó saliva y sujetó con fuerza la manita de la niña. Corrió hacia su amiga, pero no podía hacer nada por ella.

Negaba con la cabeza, mientras lágrimas de desesperación caían por sus mejillas.

–No puede ser, esto no es cierto... ¡Emily! ¡Emily! – gritaba desesperada–. No puedes estar muerta, esto es una pesadilla, en cualquier momento nos despertaremos y estaremos juntas.

## 135

–No es culpa tuya.

–Sí que lo es, le dije que no nos separaríamos, y lo hice.

–Entonces es culpa mía, ha sido por mí...

–¡No! –gritó–. Nunca vuelvas a echarte la culpa de nada, ¿me oyes?

Ona asintió. Acercó su carita a la mano de Brooke, como un animalito que busca cariño. La chica la estrechó hacia sí, y le acarició sus cabellos de oro, le besó la frente y volvió a abrazarla.

–No te fallaré, te prometo que no lo haré.

–Lo sé, lo sé...

Llorando como nunca se cayeron conjuntas al suelo, mientras comenzaba a fallar la

conexión entre las dos adolescentes, que se notaban cada vez más distantes, desde el suelo y en una posición incómoda miraron el cuerpo inerte de la muchacha, que yacía en un inmenso mar de sangre. ¿Cómo tanto en tan poco tiempo? Debería ser injusto.

Se levantó como pudo y fue directamente hacia donde su hermano se encontraba. Si moría su hermano, a lo mejor... Pero, ¿qué estaba diciendo?

¿Hablaba de matar a su propio hermano? No. Solo lo dejaría fuera de combate e intentaría solucionar el resto de cosas. Pero, ¿cómo saber si lo hacía bien?

Ona comenzó a tiritar; Brooke se quitó la chaqueta marrón y la envolvió en ella, comenzó a notar en su piel que afloraba una nueva sensación, nunca había pensado en cómo sería tener un hijo.

–Gracias –murmuró la muchacha–.

–Ona, ¿tú como te salvaste de la tragedia? –murmuró sosteniéndola entre sus brazos.

–Me escapé de casa cuando oí los gritos de mi hermana... Salí como pude...

Prefiero no recordarlo.

La apretó con más fuerza contra su pecho, la besó en el pelo.

–Todo esto va a terminar pronto –dijo Brooke, intentando convencerse.

–Seguro –la animó la niña.

Comenzó a separarse de ella, después se tumbó al lado del cuerpo sin vida de su amiga.

–Te juro que haré todo lo posible porque todo vuelva a la normalidad; no sufras, cariño. Tú eres la mejor fotografía.

Su mano pareció moverse; un acto reflejo.

Suspiró, podría pasarse la eternidad llorando, pero, definitivamente, no serviría de nada.

## Capítulo XX

### *El sótano de los espejos*

*¿Qué haces? –pensaba–. Oh, ¿por qué todo esto? –tenía los ojos cerrados–. Por favor, qué desgraciados somos. ¡Maldita sea por cuarta vez!*

*Un par de ojos se posaron en él, que se encogió de hombros con rabia. Un día, un día quedaba, una noche para romper el espejo y todos vivir o morir. Si en unas doce horas Brooke no hacía nada... Oh, ¿qué sería de él? Si estaba vivo, por supuesto, puesto que no lo podía saber con demasiada exactitud.*

*Su hermana Selena, rubia y sonriente, se apoyó en él; le hizo agacharse ligeramente para susurrarle algo en el oído: –Saldremos vivos, hermanito.*

*Él se separó, alarmado. Prefería que el resto vivieran a que ellos, locos de remate, sobrevivieran a la tragedia.*

*Su hermana tenía el pelo recogido en dos coletas perfectas, sin haberse despeinado lo más mínimo. Era curioso, porque siempre se quejaba de que su madre Emma la hiciera aquel peinado, porque siempre se despeinaba y aquello era desfavorecedor para ella, mientras tanto, él sonreía y se burlaba de ella como si tuviera su edad. Pero ahora, su hermana se había vuelto tan sobrenatural, que no se atrevería a mencionarle nada sobre aquello. Se sentía solo incluso al lado de su hermana, quería ver a sus padres, quería volver al instituto, necesitaba vivir, poder respirar. ¿Por qué había sido tan estúpido?*

*Steven Watts se le acercó, él intentó evitarle, pero la mirada que le lanzó no le fue indiferente, fue una mirada cargada de odio y maldad; Quizá Steven fuera realmente una mala persona y siempre le había tenido en alta estima.”Nada es lo que parece” se murmuró a sí mismo.*

*Sólo doce horas.*

La sala de espera se les antojaba cada vez más pequeña; tenían una extraña sensación

de agotamiento y se mostraban fuertes, aunque por dentro estuvieran hechos polvo. Edward se acercó a Lukas, con una mirada cargada de interrogantes.

–¿Brooke? –murmuró el joven mirando a Lukas. Éste intentó esbozar media sonrisa, a duras penas.

## 137

–Se fue con Emily, normal, la chica necesita descansar.

–¿Brooke estaba con Carson?

–¿Por qué acabas de hablar en pasado? –recriminó Lukas duramente.

Edward se encogió de hombros, la psicología no era su mejor cualidad, pero aún así lo intentaba, y todo lo que hacía era a la buena de Dios.

–Lo siento –murmuró Edward.

–No sé si estaban juntos; últimamente estuvimos más tiempo preocupados por nosotros mismos que por nuestro colega... Pero Edward, ten fe. Siempre ha sido el más fuerte de nosotros ¿por qué no iba a salir de esta?

–No sé –murmuró—... No lo sé.

Lukas se apoyó contra el frío mármol de la pared, alejado de las ventanas y de los calefactores, estirando su espalda y comprobando que allí su reloj funcionaba, pero estaba a deshora. Con precaución se estiró, pues tenía el cuerpo entumecido y comenzaba a estar cansado de tanta espera. Tantas cosas rondaban por su cabeza...

De alguna manera, se sentía culpable de todo lo que le había pasado a Carson, si hubiera estado con él como siempre, desde niños, nada habría sucedido. Ni siquiera conocía a Brooke, y los antiguos ligues de Carson ya habían sido más que conocidos por él.

Era un auténtico imbécil. Thomas Garret, el hermano mayor –pero menor en estatura– de Edward lo miró con preocupación, después dirigió la mirada a Peter y a Emma, que estaban arrinconados sobre las sillas verdes de plástico. Thomas fue a por un vaso de agua a la pequeña fuente que había en el pasillo, después entregó el vaso a Emma,

que se separó un poco de su marido para beber un sorbo. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y un pañuelo en la mano.

Un pañuelo blanco.

Caía el crepúsculo sobre la ciudad. Emma hizo esfuerzos para preguntar por las dos muchachas, pero no podía, su voz se rompía en llanto cada vez que intentaba vocalizar una palabra, en cada ocasión que articulaba una frase.

Peter parecía más tranquilo, más sereno, pero su mirada estaba completamente vacía, aborrecía el olor del hospital, siempre intentando aparentar que era el sitio más limpio del mundo. Comenzaron a pasar carritos con la comida para llevar a planta; aquella comida sin sabor.

Lukas preguntó a una mujer que también estaba en la sala de espera que dónde se encontraba el baño. “Al final del pasil o” contestó la mujer como pudo.

Avanzó a trompicones por el pasillo, observando los rostros de enfermeros y enfermeras, para saber si alguno traía noticias, o intentando buscar al de la otra ocasión. Sin embargo, las horas avanzaban y su amigo estaba siendo operado. Era

## 138

tan triste y lamentable... Jamás había tenido tantos sentimientos a flor de piel. Nunca había sentido la muerte tan cerca, susurrando en su oído.

No podía dejarle morir; algo raro había ocurrido entre ellos, algo más que la distancia. Brooke sabía lo que pasaba. Cerró la puerta del baño, puso el móvil sobre la mesa y se lavó la cara, sin mirar nada más. Levantó la cara y le pareció ver un reflejo negro sobre el espejo.

Se giró ahogando un grito, ¿qué había visto? ¿Un hombre? No. Era demasiado oscuro para tratarse de una figura humana, era más bien como una sombra. Sí. Algo así. Se giró, pero solo encontró a un hombre que acababa de entrar.

Puso su mano derecha sobre su cabeza recogiendo de nuevo el móvil, que se empapaba por el agua del grifo que había quedado en su mano, ¿O era sudor? Ya no podía estar seguro. Justamente cuando salía, Thomas Garret entraba. Apoyó una mano sobre él.

–¿Estás bien? –preguntó. Lukas asintió—. ¿Seguro?

–Que sí –dijo con una turbia voz. Abrió la puerta y salió, mientras marcaba el número de Brooke, que casualmente lo tenía desde esa tarde, cuando copió el número de la agenda de Seth.

Ahora, solo quedaba esperar.

Los médicos hacían lo imposible por salvar su vida. Su pulso era débil, pero constante, gracias a Dios. Las próximas veinticuatro horas eran cruciales. Cuando le habían estabilizado mínimamente le metieron en la unidad de cuidados intensivos.

Mientras tanto, Peter veía pasar las horas, los minutos, los segundos, con rabia.

En aquel momento desearía estar escribiendo otro de sus artículos para el periódico, el *White Snow*, por estar en casa con un café caliente en la mano. Marie lo miraba desconsolada.

Pasaba el tiempo.

## Doce horas.

Brooke no sabía qué hacer, se sentía desesperada, ¿acababa por aquello?

¿Intentaba reanimar la conexión con Carson? No tenía ni idea de lo que podía hacer.

A duras penas se mantenía en pie y todo le parecía una locura.

Tuvo que cerrar todas las ventanas de la casa porque los cuervos la atormentaban y se acercaban a aquella casa como si tuviera un aura especial, aunque maligna. No entendía nada, pero simplemente, se limitaba a pensar, a divagar, mientras Ona la seguía a todas partes con la intención de ayudar, mas ¿qué podía hacer una cría de su edad? ¿Cuántas personas quedaban en el pueblo?

139

Miró por la ventana. Nadie. Un reloj comenzó a cantar, pero, ¿cómo? Brooke dio una patada. Solo quedaba creer en el destino, si es que existía de verdad. Todo parecía dar vueltas.

– ¿Brooke? –dijo una voz en su interior–. ¿Estás ahí?

Brooke cerró los ojos intentando ver una imagen nítida, solo pudo recordar aquellos ojos tan intensos. Ona la apretó de la mano y la conexión aumentó, por una misteriosa razón la niña también podía verlo, más bien, oírlo.

–Sí –murmuró en voz alta–. Carson, ¿estás bien? ¿Qué he de hacer?

– *Juega, gana al espejo, mata a Steven, libéranos.*

–Jugar... ¿Cómo? –murmuró Brooke–. Yo no sé jugar.

Vacío, silencio, luciérnagas, noche, oscuridad.

–Pero puede que yo sí –musitó entonces Ona–. Siempre se me dieron bien los juegos complicados.

–¿De veras?

Ona asintió en una sonrisa.

–Y bien, ¿a qué hay que jugar?

–Ven conmigo –exclamó Brooke tirando de su mano.

Los espejos comenzaron a emitir un silbido espeluznante, molesto, y unas figuras semitransparentes fueron saliendo de todos ellos. De todos, menos de uno, aquel al que se dirigían. El trayecto hacia él se había convertido en un laberinto improvisado. Cada vez que pasaban por alguno de los espejos, unas manos frías intentaban atraparlas. Brooke iba girando todos aquellos que podía, pero estuvo a punto en más de una ocasión de ser atacada. Aun así seguía dándoles la vuelta en cuanto tenía ocasión, siempre sin perder de vista a Ona. Ella era sus ojos.

Todos los espíritus de los niños estaban fuera, acechando, cada vez estaban más cerca de ellas. Tenían que darse prisa, y Brooke estiró de ella para comenzar a correr hacia el último espejo. Ya estaban muy cerca, pero alguien se interpuso en su camino: su hermano.

Se colocó frente a ellas, inmóvil, con los ojos llenos de maldad. Las detuvo en seco.

–No podéis pasar, sabes bien, hermanita, que tú no puedes jugar.

–Yo no, pero ella sí –dijo estrechando la mano de la niña.

–¿Por qué debería dejarla jugar con mi espejo?

–¿Tienes miedo de una pobre ciega, Bryan? –le dijo en tono desafiante Ona.

Bryan comenzó a reírse, sus dientes eran negros, al igual que su lengua. Brooke sintió repulsión por aquella cosa en que se había transformado. De repente cesó su risa, para mostrar una sonrisa socarrona y falsa.

140

–Puede ser divertido, en menos de dos segundos pertenecerás a nuestro mundo, ya verás como serás más feliz. Te estoy haciendo un favor...

–Gracias... ¿qué debo hacer? ¿revelar un secreto?

–Si sabes alguno, lamento que no te vaya a servir de nada. Os jugáis mucho, no solo tu vida, sino la de tu amiguita. ¿Verdad, hermana? ¿Sabes que si pierde ella, tú morirás?

Brooke no se dignó a responder, ni tan siquiera le miró a los ojos. Tenía fe en Ona, y no pensaba echarse atrás. Ona comenzó a cantar la canción, y el espejo comenzó a emitir un resplandor blanco, luminoso, que lo cubría todo. Aunque Ona no lo veía, sentía una extraña frialdad que provenía del espejo, y supo que era la hora.

Había llegado su momento. Mientras, los espíritus de los niños habían quedado inmóviles, como esperando una señal que les dejase continuar con lo que habían comenzado. Brooke los miraba asombrada, eran tan solo niños, Selena entre ellos.

Acarició el cabello dorado de Ona para darle ánimos y hacerle comprender que había llegado el momento. La niña ya lo sabía, pero seguía pensando en lo que iba a decir.

–Yo sé un secreto. ¿Quieres tú saberlo?

Una voz infantil respondió a través del espejo « Sí ». Ona tragó saliva, no las tenía todas con ella, le sudaban las manos y soltó a Brooke.

–Sé quién mató a Ryan Watts.

La voz infantil rugió de rabia, no le había gustado el secreto que Ona quería desvelar. « *Nadie mató a Ryan Watts, es una mentira* » gritó furioso.

–Tú sabes que no, sabes que fue su abuelo Steven Watts.

El espejo comenzó a temblar, y la sangre brotaba de él a borbotones... Brooke alejó a la niña de él. Bryan se alejó, se le veía aterrorizado. Y fue entonces cuando del espejo surgió el espíritu del niño. Alzó las manos con ímpetu y todas las almas de los niños se adentraron en él. Había adquirido la suficiente energía como para nacer de nuevo. Era de carne y hueso.

Los demás espejos se hicieron añicos, tan solo quedaba intacto el último de ellos. Brooke agarraba fuertemente a la niña, se iban alejando del niño, intentaba con la mirada advertir a su hermano, pero este hacía caso omiso a sus advertencias.

Los observaba detenidamente, y luego a Bryan. Eran dos gotas de agua, y él quería ser único. Hizo un gesto con su mano señalando firmemente el corazón del niño, y este se

desplomó a sus pies. Había acabado con su vida en un abrir y cerrar de ojos. Brooke no pudo contenerse y gritó con todas sus fuerzas «¡Déjalo! ¡Es lo único que me queda!».

La chica embistió contra él, cegada por el odio. No podía controlar el fuego que sentía en su interior, él tenía la culpa de todo, Steven Watts debía pagar por ello. El

141

niño la agarró con una mano del cuello, la alzó sin hacer el más mínimo esfuerzo y la arrojó contra uno de los espejos ya rotos. Brooke cayó mal y se torció la muñeca, se clavó cristales en las manos y en las rodillas, sangraba bastante y se desmayó.

Se aproximó a Ona, le tomó la mano. La niña percibió aquella frialdad que tan solo podía proceder de alguien sin vida, sin alma. Pero extrañamente no tuvo miedo, no lo veía, pero podía sentir que aquel ser, fuese lo que fuese, no pretendía hacerle daño.

–Dime tan solo una cosa, ¿Cómo lo has sabido?

–Basta con escuchar, yo como no puedo ver, pienso mucho y saco mis propias deducciones. También sé que tú no eres Steven, ¿me equivoco?

–No, no te equivocas, ¿quién crees que soy?

–Eres Ryan Watts. ¿Quién sino? Siempre has buscado lo mismo, poder jugar con otros niños igual que yo, y vengarte de los adultos, sobre todo de tu abuelo.

Siempre supiste que era él quien te había envenado, porque ¿fue así, cierto? – preguntó al espíritu.

–Supongo que sí, ¿de qué manera sino...? Él me daba las medicinas, y cada vez me sentía más débil, pero no fui capaz de contradecirlo y no tomármelas. Nunca le creía capaz de matar a su propio nieto. Pero estaba cansado de cargar conmigo, era un lastre en su vida. También sé de su arrepentimiento, de su obsesión por dedicarme todos los espejos que iba haciendo. Nunca llegó a imaginarse que yo estaba observando sus pasos, que nunca me fui.

–Sabes que está mal todo lo que has hecho.

–Ahora ya está hecho, ¿vienes conmigo?

–Sí, podemos jugar si quieres...

–Vayámonos lejos, muy lejos de Iceground, busquemos una nueva familia.

Ona asintió, se dejó llevar por su nuevo amigo y ambos salieron del sótano flotando, sus pies no tocaban el suelo. Y los ojos de Ona se apagaron, aunque por fin recuperó la vista; pero su mirada estaba vacía, como la de Ryan. Brooke parecía no volver en sí. Y volvió junto a Carson, en sus sueños.

142

## *Capítulo XXI*

### *Pitido agudo*

– Carson, ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? –preguntó Selena mirándole detenidamente.

*Él se puso las manos sobre su rostro y empezó a gritar, a la par que Ryan Watts reía a más no poder.*

*Selena se acercó con aires amenazadores a la chiquilla, que adoptando un tono sombrío la dio un tortazo. Lo siguiente no lo pudo oír, desde el suelo se repuso el cabello y con la otra mano apretaba firmemente la mejilla herida.*

–¿Por qué lo has hecho? –murmuró ella.

–Siempre te dije que no me gusta que la gente pregunte demasiado. ¡Steven, ven aquí!

*Steven surgió de la nada. Sus manos estaban heladas, pero eso no evitó que ayudara a la muchacha a levantarse. Steven era algo más alto que Ryan, se parecían, pero era evidente que no se soportaban, la soberbia de Ryan era comparable con el egocentrismo de Bryan, muy parecidos en muchos aspectos, pero al fin y al cabo, de la misma familia.*

*Comenzó a nevar con más furia, Carson lo veía todo con los ojos entrecerrados, abrazándose a sí mismo y tiritando, como al principio, tanta gente, tantos espíritus etéreos, todo tan extraño...*

*Oía un pitido lejano acompasado con el ritmo de su corazón, se puso su mano derecha sobre el pecho y comenzó a gritar...*

*–Brooke...*

## Siete horas.

La chica estaba recostada en una butaca de hospital, por fin le habían dado una habitación a Carson, y se recuperaba con normalidad. Brooke llevaba ambas manos vendadas, y su rostro ojeroso delataba las noches que había pasado en vela junto a la cama del chico. Habían hablado de todo lo sucedido, y ambos no daban crédito a todo cuanto les había ocurrido. Ahora les parecía una pesadilla lejana, pero sabían que no lo era, y que mientras Ryan siguiera con vida, el temor les perseguiría allí donde fuesen.

143

Brooke quería ir en su busca, pero Carson se lo había impedido con la excusa de que no quería tenerla lejos de él, que aunque no era mentira, era solo parte de la verdad. Aún seguía algo afectada con el tema de Ona, pero Carson la calmó diciendo que al menos seguía viva. Se lo tuvo que contar a riesgo de que sufriera un shock, porque, simplemente, no quedaba tiempo.

Había despertado del coma sano y salvo. Había sobrevivido.

–¿Y tú, Carson, cómo estás?

–Supongo que no me puedo quejar, tú estás peor...

Ella se encogió de hombros.

–Mis padres han muerto, Carson. Y Emily, mi amiga, también –dijo con un hilo de voz, no se había atrevido a decirlo antes, porque no quería aceptarlo, había sido un duro golpe para ella, y había comentado todo, excepto aquel punto.

A él se le llenaron los ojos de lágrimas y lo único que fue capaz de hacer es cogerla y apretarla muy fuerte contra él, a la par que suspiraba como nunca lo había hecho. Entonces, sus padres llamaron a la puerta. Marie entró sonriente, pero con marcas en los ojos. Mientras tanto, Peter tenía el gesto serio y un periódico en la mano. Todo estaba yendo demasiado lejos.

–Oh, cariño –murmuró la madre besándole por toda la cabeza, mientras Brooke se

separaba de él y se sentaba en la butaca negra que había al lado de su cama–.

¿Qué tal estás? ¿Necesitas algo? Han venido tus amigos a verte. ¿Les dejas pasar ya?

Él parpadeó varias veces, aún difuso, asintió lentamente, entonces fijó su vista en Peter, con más barba y los mismos pantalones, desaliñado y a falta de una buena ducha.

–Papá... –entonces se escuchó a Brooke comenzar a llorar con más fuerza.

Peter le giró la cabeza. Y con razón. Había sido un inmaduro cogiendo un coche sin tener realmente permiso. Su padre iba a propinarle una bofetada, pero instantes antes se arrepintió y acudió en busca del abrazo de su hijo.

–No vuelvas a hacer eso.

–Lo sé, papá, lo siento –exclamó. Primero vio entrar a Edward, tan grande como siempre, con esa sonrisa de niño que le caracterizaba, seguido por los rostros cenicientos de Lukas, de Thomas y de Seth.

–Vaya susto nos habías dado, tío, la próxima vez avisa –murmuró Seth.

Lukas tiró del brazo del pelirrojo y este dio un respingo mientras cerraba el pico, siempre era tan inoportuno, siempre tan niño... Pero no pudo evitar sonreír mientras soltaba un lastimero «De acuerdo».

–¿Qué tal estás? –murmuró Lukas.

144

Carson sonrió viendo que era el centro de atención. Antes de contestar miró a su madre y seguidamente a Brooke, indicándole que la ayudara en lo que fuera necesario.

–¿Interrumpíamos?

– Estoy bien, Lukas, agradezco que hayáis venido, ya echaba de menos esas tonterías –murmuró, mirando a Iván Seth.

–Sí, tío, ¿cómo es el otro barrio?

Pusieron una expresión seria. Marie estaba agarrada a Brooke, proporcionándole pañuelos. Ella los cogió con rapidez y comenzó a sonarse. Tenía que volver a Iceground, sólo regresó ella cuando recibió la llamada. Aprendió a conducir viendo a sus amigos, y no había sacado el carné necesario para ello. Pero Emily no estaba para acompañarlo.

–No recuerdo nada, Iván –mintió a su amigo, para que dejara de hacer preguntas. Brooke se levantó–. ¿Dónde vas?

–Creo que voy a volver a casa, ya sabes, tengo un asunto pendiente.

–No creo que estés en condiciones –intentó persuadirla Peter, pero ella ya había abandonado la habitación, dejando tras de sí un amplio silencio.

## Cinco horas.

La carretera se le antojó más borrosa de lo habitual, cabe decir que se saltó varias señales de tráfico y ¿por qué no?, algún que otro semáforo por el que no pasaba nadie. Después se adentró en una zona donde nunca pasaba nadie, miró por

el retrovisor.

Una sombra.

¿Una sombra? Brooke miró para atrás reduciendo la velocidad y perdiendo momentáneamente el control sobre el volante. Las luces y las sombras se entremezclaban de tal manera, que probablemente no hubiera visto una figura humana, pero ya estaba acostumbrada a ver seres inexistentes. Puso la radio para no sentirse tan sola, sonaba otra canción de moda, aquellas sin significado, carente de mensaje alguno.

*«INTERRUMPIMOS la canción para dar una noticia de última hora: un accidente de coche se ha dado en la montaña, puesto que de manera imprevista se ha desencadenado una tormenta de nieve, impregnando cada minúscula roca de nieve congelada, que ya en algunos puntos es hielo, si viven por la montaña, por favor, pongan las cadenas. Ahora, el tiempo. ¿Cómo continuará esta situación, Mathias?».*

145

*–Buenas noches, Charles. Pues sí, parece que el tiempo nos ha jugado una mala pasada y en fin, esperemos que este sea el único accidente a causa del clima atmosférico. Para las próximas horas más nieve y frío, y quizá la nieve comience a darse en los pueblos. Algo propio de la Navidad, que ya está encima, así que ya saben, cadenas como decía mi buen amigo si quieren disfrutar de hermosas jornadas navideñas con la familia, bajo un árbol navideño y unas estupendas vacaciones, que a todos nos salen caras. Devuelvo la conexión, Charles.*

*–Muchas gracias, compañero. Seguimos hablando del accidente puesto que nos han aportado nuevos datos: se trata de un varón de unos treinta años que parecía*

*dirigirse a una cabaña de la zona, no sabemos su nombre ni su lugar de nacimiento, pero en fin estas cosas suelen pasar. Les mantendremos informados y ahora les dejamos de nuevo con la música.*

*<< When your dreams are broken,*

*When you wish a star... >>.*

Otro accidente de coche, más muertes, Navidad.

Odiaba el mundo.

## Tres horas.

Tomó entre sus manos un vaso caliente de caldo.

–Vaya mierda de comida –musitó, estirando la inmaculada sábana del hospital.

Su madre, sentada un extremo, le replicó.

–No te quejes y bebe, no puede estar tan mala.

–Siempre decís eso las personas que no tenéis que tomarla –musitó.

Peter estaba concentrado en la lectura, y por ello no fue partícipe de la discusión.

Iván se había ido, y Lukas lo había hecho con él; los hermanos Garret, Edward y Thomas habían ido a la cafetería a tomar un tentempié, puesto que el hambre no les dejaba pensar. Llamaron a sus padres, pero estos no cogían el teléfono.

Encendió la televisión con una moneda de cincuenta céntimos; discutieron sobre ver las noticias o el documental, puesto que Carson aborrecía las series juveniles.

Pidió a su madre el teléfono móvil:

**¿Cómo va la cosa? Recuerda lo hablado, no hagas tonterías.**

Enviar. Ojalá lo recibiera pronto y obtuviese una contestación alegre. Aunque las cosas estaban demasiado serias.

**Dos horas.**

Bajó al sótano de nuevo, una inmensa luz azul cubría la habitación, apenas se notaba, pero Brooke era sensible hacia este tipo de cosas. Sangre en las paredes, en el suelo, cristales rotos. Había dejado a sus padres encima del sofá, tumbados. No podía llamar a nadie, tendría que solucionar antes todos los problemas. Miró el único espejo que se tenía en pie. Una neblina cubría la habitación y el reflejo del espejo era cada vez más transparente y azulado.

Ahora la tocaba jugar a ella. No había ni rastro de Bryan, su cuerpo no estaba.

Era demasiado mayor para tener la inteligencia y la inocencia de Ona ante el juego, pero habría que intentarlo.

–Yo sé un secreto –dijo con voz firme y serena. Mientras ella estaba aterrada, su hermano había sido capaz de convertirse en el rey del juego, machacándolos a todos.

El a, sin embargo, apenas podía mantenerse en pie. Hacía... ¿días que no comía seriamente? Estaba esquelética, demasiado para su gusto. Aunque solo de recordar aquel líquido negro que salía por su boca sentía escalofríos. Nuevamente sentía náuseas.

Su móvil había vibrado. Lo miró y antes de que el espejo contestara tuvo tiempo para responder secamente.

**Te quiero; tan solo quería que lo supieras.**

Antes de que comenzaran las llamadas, decidió apagar el móvil con tan solo apretar un botón durante varios segundos.

Una especie de rostro humano –al que no era la primera vez que veía– se asomó ante el espejo furioso, sediento, hambriento...

–¿Qué es lo que sabes? –murmuró, a punto de echarse a reír–. ¿Qué me quieres contar? ¿Cuál es tu secreto?

–Los adultos de Iceground se han vuelto locos y yo sé por qué: porque este juego está maldito por mis antepasados y se cobra almas jóvenes.

–No me ha gustado. Llamar al espejo traidor, maldito. Recibirás un castigo.

–Injustamente –zanjó tajante.

El hombre soltó una carcajada mientras su boca se hacía más y más grande, cambiaba de color pero siempre con un tono plateado... rosas, azules, verdes, todo tipo de colores eran el brillo de su reflejo. Un reflejo que no tenía cuerpo.

Vio a Bryan tirar la puerta debajo de una patada. Ahora tenía un báculo en su mano. Un cayado cuidado al más mínimo detalle, con una serpiente en la parte posterior, una capa negra y ojos sin mirada, sin vida.

–¿Qué has hecho? ¡Ignorante! Ahora el espejo también te atraparé a ti –gritó, mientras ella se quedaba muy, muy quieta.

Ryan Watts salió del espejo, era aquel niño de expresión dulce al que en tantas ocasiones había visto, su voz resonó muy dentro de su cabeza, produciendo, incluso, eco.

*Mírate por última vez al espejo.*

No lo dijo en voz alta en ninguna de las ocasiones, pero todos lo habían hecho.

Se descubrió a sí misma vestida de una forma curiosa y anticuada, un vestido ceñido a su cintura, grandes orlas y un bonito escote decorado con un collar con forma de cisne. Su cabello había clareado y llevaba una diadema con perlas.

Realmente era bella, una belleza irreal, casi fantasmal, como la de los espíritus que se hallaban en el interior. A los que no tardaría en ver. La imagen se fue difuminando, Bryan le tendió la mano y solo sintió sueño, mucho sueño, mientras oía las carcajadas cada vez más lejos del espíritu sobresaliente del espejo.

Asustado, Carson releyó una docena de veces el mensaje, la llamó desesperado ante el susto de sus padres, pero nadie contestaba al otro lado. En cualquier otra ocasión se hubiera tratado de un hermoso mensaje de amor, ahora le parecía una despedida. No la sentía viva, ni siquiera podía recordar su rostro en aquel momento de máxima tensión.

–Dejadme ir, por favor, os lo suplico –dijo levantándose. Su madre acudió a él, que se intentaba sentar con la máxima rapidez posible en la cama. Él negó con la cabeza e intentó seguir, pero su madre comenzaba a gritar–. Tengo que marcharme.

–¿Por qué? ¿Estás bien? Sé que estar aquí es muy cansado pero...

–No, mamá, no se trata de eso. Brooke está en peligro. Iceground está muriendo mientras vosotros estáis aquí conmigo. Se trata del fin.

–¿Qué demonios estás diciendo? Vuelve a la cama –dijo comenzando a llorar–.

Me estás preocupando. Peter –exclamó mientras su marido levantaba la vista del periódico, muy alarmado–. Llama a una enfermera, por favor.

148

–Claro –Peter se levantó con la máxima rapidez.

Mientras tanto, Marie le apretaba de los hombros para que volviera a su posición habitual, comenzaba a estar desesperada, ya no sabía qué podía hacer. Lo había intentado todo.

Una enfermera guapa y joven acudió en la ayuda del hombre.

–¿Qué le pasa? –su voz era dulce y aterciopelada.

–Se está volviendo loco, enfermera –aclaró Marie, mirándola con ojos llorosos–.

Por favor, hágale algo, habla del Apocalipsis, se quiere marchar de aquí.

–Créame, doctora, por favor –se oyó decir al muchacho.

Peter se había quedado sin habla.

La joven miró a ambos padres, Marie estaba sufriendo un ataque de ansiedad, decidió llamar a más médicos.

–Inyectaré esto a su hijo, le dormiré –dijo con una jeringuilla en la mano.

Lo último que Carson sintió fue un agudo dolor...

–¡Ay!

El resto de doctores entraron tan rápido como podían y se llevaron a Marie, que estaba a punto de desmayarse. Peter se quedó allí cuando los doctores prometieron curarla enseguida. Se trataba de un cuadro nervioso.

Una vez estuvo en la sala de curas le inyectaron una buena dosis de *diazepam*, no tardaría mucho en afectarle la medicina y se relajaría. Lo necesitaba, pues estaba al borde de un ataque de pánico. Peter le estrechaba la mano mientras sentía que su mujer se debilitaba por la medicación. Tenía la mirada ausente, y medio sonreía.

Habían conseguido darle un poco de paz.

Carson, también relajado pero con una dosis mayor, dormía intranquilo. Su sueño era inquieto, las pesadillas volvían de nuevo, con fuerza. Pero esta vez no podía despertar, lo intentaba, pero algo le atrapaba. Unas grandes garras no humanas se le clavaban en las entrañas. El dolor era insoportable, sentía como si le estuvieran arrancando todos sus órganos vitales. No estaba solo. El monstruo de grandes garras estaba acompañado de alguien, de pequeña estatura. No lograba identificarlo, lo intentaba pero aquel ser oscuro de grandes dimensiones se lo impedía.

Su risa le era tan familiar... pero no podía pensar, el sufrimiento se lo impedía.

En un arranque, Bryan tomó a su hermana por el brazo arrastrándola hacia la puerta. La chica sentía como flotaba de la mano de su hermano. Estaba tan entusiasmada con su vestido, que no dejaba de mirarse. No era realmente consciente del peligro que corría, pero su hermano sí. Sabía perfectamente lo que venía

149

después, iría a por su hermana y no abandonaría en su empeño hasta haber terminado con ella. Y tras ella, su próxima víctima sería él, porque con el tiempo se había convertido en un estorbo. Ahora que su nieto había huido de él, estaba más furioso que nunca.

–¿Dónde me llevas?

–Déjame pensar...

–¿Qué poderes tienen mis ropas?

–¿Poderes? Humm... Eso lo tendrás que descubrir tú solita, por lo menos podías dar las gracias. Te acabo de salvar, por el momento, claro.

–No me hagas hablar... –dijo con rabia.

Si bien le había salvado la vida, también era cierto que era el causante de muchas muertes. Jamás debería haber comenzado a jugar con los espejos. Tan solo había traído destrucción, todo cuanto había acontecido en Iceground era horripilante.

La muerte de sus padres, de su amiga, de tantos niños inocentes, la locura de los adultos. Todo aquello era difícil de olvidar, mucho más de perdonar.

–Tú tienes que saber exactamente qué buscan, porque tendrán un objetivo, tanto el abuelo como el nieto.

–Volver a vivir, pero tan solo puede quedar un Watts. Sólo uno. Te puedes hacer una idea de que tú y yo sobramos, también uno de ellos. No hay salida, aún con estos trajes, ellos son más poderosos.

–¡No vuelvas a decir eso! No me pienso rendir ante unos antepasados a los que se les ha ido la cabeza por completo. No es culpa mía, ni tuya, que no hayan vivido plenamente. Ellos ya tuvieron su tiempo, ahora es el nuestro –respondió muy segura de sí misma, al tiempo que buscaba el móvil.

–No tienes móvil, recuerda que ahora perteneces a otra época. Se siente...

Lo miró muy seria y lanzó un gran suspiro de resignación. No tendrían cómo comunicarse con el exterior. Le preocupaba que Carson quisiera ponerse en contacto con ella y no pudiese, era capaz de ir hacia allí. No resistiría fuera del hospital, estaba demasiado débil. Ahora era cosa de dos. Su hermano y ella tendrían que luchar con inteligencia para salvar sus vidas, y la de muchos más.

De fondo se escuchaba la melodía de un piano, era una sonata de Verdi.

Huyeron al jardín, miraban a su alrededor pero no lograban percibir de dónde procedía la música. El jardín, antes lleno de rosas carmesí, ahora estaba repleto de flores muertas. Los cristales de la planta superior retumbaron hasta que la explosión los hizo añicos, las cortinas se inflaron como velas en alta mar. Brooke y su hermano se pusieron a cubierto, caían cristales, pero también volaban por los aires restos de muebles, cortinas, colchas, todo tipo de objetos. El niño por primera vez sintió

verdadero miedo, y se agarró fuertemente a su hermana. Brooke intentaba protegerlo lo mejor que podía. Su corazón le dio un vuelco al sentir a su hermano tan cerca de ella, tan indefenso. Era lo único que tenía, no le quedaba nadie de su auténtica familia. No pudo reprimir unas lágrimas escurridizas que hicieron que se volviera, no quería que Bryan la viese llorar, debía ser fuerte. Tenía el deber de protegerlo, sus padres lo hubieran querido así. Se lo debía.

–Sé dónde podemos ir

–¿Dónde? –preguntó la chica.

–Al cementerio, ya ves, es el único lugar que no les agrada. Creo que allí no nos podrán hacer daño.

–Pero yo vi allí a Ryan

–¿Te atacó?

–No, pero...

–Pues eso era porque no podía.

Entraron en el coche y se dirigieron hacia allí. Se preguntó por qué no la había atacado en clase, también lo vio allí. No lograba comprender el comportamiento de su antepasado. Era todo demasiado complicado. De cualquier forma, ahora, vestía como ellos, y no podía tratarse de nada bueno. Había sido una estúpida, no había tomado ninguna precaución, por unos instantes se sintió poderosa jugando, pero la realidad era muy distinta, estaban en peligro. Tenía miedo, y no debía tenerlo, tenía que sacar a flote todas sus fuerzas, no podía flaquear, sino estaría todo perdido.

Mientras conducía por instinto, se cruzó con un coche, no se dio cuenta.

Alguien de la ciudad todavía estaba cuerdo, no montaba a caballo, ni lucía ropas extrañas. ¿Quién era? Bryan se quedó observando al conductor que hizo una maniobra brusca para dar un giro inesperado, ahora les seguía. Brooke miró por el retrovisor, ya llegaban al cementerio. El niño sacudía la mano para llamar su atención.

–No hables con él, no sabemos de quién se trata. Todo está demasiado oscuro,

esperaremos a que se acerque, y si es necesario arranquemos a toda pastilla.

Detuvo el coche sin apagar el motor, debía ser precavida, esta vez estaba dispuesta a todo.

El extraño vestía una gabardina beige, bajo su brazo una carpeta oscura. Pero su rostro no lograba definirlo entre las sombras...

Bryan se acurrucó muy cerca de su hermana, Brooke mantenía la vista puesta en el retrovisor. Aquellos andares le eran familiares, pero no lograba acordarse dónde lo había visto. Era un hombre, eso seguro.

151

El viento se hacía más intenso. La gabardina del hombre se inflaba con una sombra fantasmal en mitad de la oscuridad. Incluso se podían percibir susurros de seres extraños, ¿o era el viento? Era fácil de confundir.

De nuevo la melodía de Verdi lograba hacerse un hueco entre los diversos sonidos de la noche tempestuosa. El hombre caminaba despacio, parecía que nunca hubiera de llegar. Brooke seguía con el pie en el acelerador, dispuesta a salir de allí veloz si la cosa se pusiera fea.

Un cuervo se posó sobre el hombro del desconocido, él no hizo ningún gesto para espantarlo. Estaba cerca, el pájaro abandonó al hombre y sobrevoló sus cabezas emitiendo un graznido que se unió a los demás sonidos, como si de una orquesta se tratase. Todos armonizaban entre ellos para crear una espeluznante sinfonía nocturna.

A Brooke le sudaban las manos por la tensión, ya podía verlo, era...El Novelesco, tal y cómo aseguró en su partida, volvería.

La chica suspiró.

—¿Le conoces?

—Sí, es un periodista.

—Un periodista —rió el niño.

Sacó las llaves del contacto y salió del coche. El hombre la abrazó al verla tan pálida, estaba muy desmejorada. Al principio notó cierta frialdad en el abrazo de la joven, mas luego se relajó y acomodó su rostro sobre su hombro. No hizo falta explicarle nada, él lo sabía todo. Por eso mismo, comprendió el dolor de la chica, su sufrimiento ante la pérdida de sus seres queridos.

–He venido en cuanto he podido, pero no he dejado nunca de investigar. Es algo que me mantiene como abstraído, todo es tan enrevesado.

–Todo es frío, negro, miedo, locura...

–Lo sé, pequeña, ¿Tu hermano, verdad?

–Sí. ¿No me vas a preguntar por qué vestimos así?

El hombre negó con la cabeza y dejó entrever una medio sonrisa un poco gris.

Sabía más de lo que hubiera querido en un principio, pero ya era demasiado tarde, no podía negar la realidad sin más. ¿Quién era El Novelesco?

No entendía aunque quisiese comprender, todo se volvía oscuro en el momento menos esperado, echaba de menos a Carson con todas sus fuerzas y se había quedado pasmada ante una persona a la que llevaba tiempo sin ver y que, realmente, no conocía.

–Esto no tiene salida.

152

*Capítulo XXIII*

*El blanco de la diana*

Encima de una tumba, sentados, con las piernas cruzadas, Bryan estaba de pie, contemplando el firmamento. Allí las horas no existían, todo eran silencios. El Novelesco no quitaba la vista de encima a la muchacha, que, interrogante, lo observaba.

–He de hacer algo, he de entrar en el espejo, antes de que sea tarde, así que no alarguen más esto –dijo, poniéndose una mano en la boca.

Bryan bufó ante la “nueva” forma de hablar de la muchacha.

–Está bien –contestó el hombre–. No dejaré que entres ahí dentro, te estoy reteniendo –Brooke se puso pálida.

–Pero, ¿por qué? ¿Qué tiene de malo salvar vidas?

–¿Salvar? ¿Por qué estás tan segura de que saldrán con vida? –tendió su mano hacia la joven–. Acompáñame.

–¿A dónde vamos? –dijo apretándola con firmeza para levantarse. Finamente, se estiró el vestido y los siguió en la penumbra. Su hermano rió.

Tras caminar por angostos pasillos llegaron a la parte final del cementerio. Lo primero que vieron antes de pasar al mausoleo, fue el cuerpo desangrado de aquel conserje que tiempo atrás había sido su amigo.

–¡Oh, dios mío! –soltó Brooke en un ataque de furia. Empezó a moverle bruscamente, pero el hombre, que yacía inerte en el suelo, no se movía.

Bryan se estaba divirtiendo, Brooke fue a propinarle una bofetada pero instantes antes, lo miró y sintió furia y tristeza, no fue capaz.

Bajaron por unas escaleras marmóreas, blancas, impregnadas de polvo y suciedad acumuladas desde hacía un tiempo. Pudo oír ratas, pero al haber visto tantas cosas últimamente, subió la cabeza, apretó su mano fría y sudorosa sobre la otra e inspiró.

El Novelesco inspeccionaba cada rincón. No era un lugar demasiado grande, él lo conocía bien. Paredes destrozadas, telarañas hasta en el lugar más inhóspito y una

tumba en medio del mausoleo. Se acercó a ella y pasó su mano sobre las inscripciones y las curvas que ésta presentaba.

**Aquí yace el primer patriarca de la familia Watts, sin fecha.**

Brooke se quedó perpleja, no esperaba encontrarlo. El Novelesco hizo ademán de levantar la parte superior, pero la muchacha le dio un manotazo que lo dejó fuera de combate.

—¿Qué haces? —murmuró la joven.

—No sabes quién es, ¿verdad?

Ella hizo un gesto con la cabeza, negando las palabras que sonaban con eco en su cabeza. ¿Por qué habría de conocerle? Nadie conoce a todos los componentes de su familia.

—Es la tumba vacía de Steven Watts, quizá hayas oído hablar de él —le guiñó un ojo—. Realmente era de su padre, pero él no pertenecía al linaje Watts, éste fue el primero. Su padre era rico, y, la primera vez que de niño desapareció Steven se asustó tanto que mandó construir este pequeño templo para él, por si algún día regresaba. Por supuesto, el niño volvió, no había sido más que un juego, su padre, cuyo nombre no se conoce, no le contó la excéntrica historia que él se había montado para llegar hasta estos extremos. Por lo tanto quedó vacío, sin nadie que lo cuidara.

Bryan estaba agazapado sobre sí mismo en uno de los rincones, como una fiera inquieta que desea atacar a su presa en cualquier momento.

—Ahora, por favor, niña, déjame abrir la tumba.

Brooke asintió en silencio, y añorando como nada una ducha, aquel olor... Se apartó y el hombre —que por cierto, ya tenía barba de varios días—, abrió.

Lo primero de todo, humo. La muchacha tosió, Bryan seguía riendo maliciosamente y El Novelesco se limitaba a hacer rápidos movimientos con el brazo para apartar el humo.

Lo segundo, la tumba repleta de gusanos, de suciedad. En medio del todo, ocupando casi todo el espacio, un gran espejo.

—¿Qué es eso? —murmuró la muchacha, acercándose.

Él la retuvo con el brazo, sin dejar que se asomase. Ella iba a replicar, pero él ya tenía la respuesta a punto de caramelo, con aire melancólico comenzó a relatar: –Sí, es un espejo, el que maneja, por alguna razón, al que hay en vuestra mansión. Si llegas a destrozar aquél no hubiera servido de nada. Ya ves, no todo es lo que parece. ¿Cómo maneja un espejo a otro? –sonrió–. Eso es lo que llevo tratando de averiguar todo este tiempo. SI te asomas, entrarás dentro, es...

154

Como si entraras por detrás. Una vez dentro –murmuró, sacando de su gabardina un puñal–. Asesina al niño.

Al niño. Sonaba muy duro, como nunca se había imaginado. Asesinar, y a una pequeña persona con mofletes colorados y sonrisa picarona. ¿Sería capaz?

Aferró el puñal tan firme como pudo –puesto que sus manos temblaban violentamente– y entre lágrimas, exclamó:

–¿Seré capaz de hacerlo? Es injusto, ya he jugado al juego, solo quiero salvarlos, porque estoy segura, señor mío, de que es la misión para la que he nacido. Y no me intente confundir diciendo que los voy a matar, porque sé que no es así. Solo habrá un herido: Steven, que después será enterrado aquí.

–Los salvarás a algunos –murmuró al fin Bryan–. Pero otros llevan tanto tiempo encerrados que la luz del sol les matará.

Ella se giró, preocupada. Se mordió el labio inferior. Dónde estaría Carson cuando lo necesitaba.

## Una hora.

Carson comenzaba a abrir los ojos, pestañeando. Qué le habría ocurrido. Se sentía soñoliento, casi feliz. Respiró profundamente antes de comprobar que seguía en el hospital, y su padre lo miraba con una tez mortecina. De pronto, y como un puñal, recordó tanto... una extraña sensación le daba vueltas en el estómago.

–¿Mamá? –preguntó con cautela, aunque en su voz se podía percibir un hilo de preocupación.

–Con un psicólogo. Todo está siendo duro para ella –dijo con voz grave.

–Y para ti...

–Eres un desastre –murmuró Peter, levantándose–. Estoy cansado de tus tonterías, de tus niñerías. Tu hermana desaparece y en vez de buscarla tenemos que estar cuidando de ti por tu irresponsabilidad.

Le dolió. Cerró los ojos e intentó no pensar, no replicar.

–Pero... ¿Ella está bien? –no hizo caso a las duras acusaciones que el padre acababa de arremeter contra su hijo.

Peter se había encogido de hombros. Carson necesitaba con urgencia un teléfono móvil, y marcar de nuevo el número de la muchacha. Pero Peter siempre lo dejaba olvidado y, además, no era el momento más oportuno para hacerlo.

–No creo que tarden en volverla a traer aquí, pero, para cuando venga, quiero que seas el niño más feliz del mundo y te comportes como es debido. Es una orden, y sabes que nunca me he puesto serio contigo –soltó de golpe–. Pero te estás pasando.

155

–Estás siendo injusto conmigo, papá, yo no he hecho nada. No lo entiendes...

–Lo único que entiendo es que tienes diecisiete años –sentenció.

–Casi dieciocho.

Lo miró con desprecio. Carson apartó la mirada, y justamente entró Lukas en la habitación, recién llegado, unas horas después. Iba tan repeinado como siempre, con un abrigo rojo que daba señas de que en el exterior hacía frío, y marcas azules. Era el abrigo de Carson, no obstante, éste le sonrió.

–Hola, Lukas –murmuró desde la cama. Peter se apartó a hacer unas llamadas al periódico, y a la policía. Más bien a intentarlo, puesto que debido a la nieve que había comenzado a caer las líneas habían quedado saturadas.

–Hola, Carson, ¿Qué tal estás? Oye, he cogido tu...

Carson se encogió de hombros y asintió pensativo.

–No me importa, puedes quedártelo. Siempre y cuando lo cuides –lo miró divertido, pero muy cansado–. Es broma, quédatelo.

–Gracias –contestó el otro. Lukas miró a Peter, que había salido al pasillo, entonces cerró la puerta.

–Déjame el móvil, por favor, lo necesito, Brooke está en peligro –Lukas rebuscó en sus bolsillos y se lo tendió, sin murmurar palabra–. Gracias.

–Está bien, pero has de contarme algo.

–Ahora no es el momento –musitó recogéndolo con fiereza y comenzando a marcar el número de móvil de la muchacha, con la esperanza de que recibiera aquella dichosa llamada tan anhelada.

–Entiendo –sentenció con el rostro sombrío.

–¿Y el resto? –preguntó con el teléfono en la mano y mordiéndose las uñas de los nervios.

–No han podido venir.

–¡Mierda! Da la amada, pero no me lo coge, espero que no sea tarde... Necesito escaparme, Lukas...

Supo que había perdido parte de sus pertenencias cuando perdió su ropa. El móvil, por ejemplo, y ahora, todo eso, ¿dónde estaba?

Estaba realmente indecisa. No sabía cómo actuar, qué hacer. Intentaba no aparentar intranquilidad, pero era, evidentemente, difícil. Bryan miraba con ansiedad la daga que sostenía en su mano, de filo corto y brillante, con un mango negro y un dragón plateado dibujado en él.

–¿Tú quién eres realmente? –soltó cuando El Novelesco menos se lo esperaba.

Este dio un respingo y se giró hacia ella. El bigote del hombre era cada vez más

156

oscuro, como los pensamientos de la muchacha, igual que su mirada tenaz, tensa. Le había pillado desprevenido. Si mentía, sería demasiado evidente.

–Soy yo... –murmuró con una sonrisa entrecortada–. No sé a qué te refieres.

Jorge Wilson, para servirte –se deshizo en una turbia reverencia.

Tras un breve instante, ella se puso nerviosa, empezó a tiritar, su cuerpo empezaba a cambiar... Como si estuviese desapareciendo.

–Has de entrar ya, o nunca lo harás, tiene su efecto solo cierto tiempo, te escapaste porque tu hermano te salvó –Bryan se sobresaltó cuando le mencionaron–. Yo fui, como sabes, un infiltrado en el periódico de Peter, el padre de tu buen amigo Carson; desarrollé buenas habilidades, y en fin, sé investigar...

–bufó–. No sé exactamente qué parte de mi vida quieres saber, pero yo que tú me daba prisa.

–¿Prisa? Ah, claro –murmuró entre sudores y repentinamente, calor–. Quiero decir que cómo sabes tú toda esa historia.

Bryan se aproximó a Jorge Wilson, El Novelesco, y se apoyó en su brazo. El otro se tocaba el pelo con suavidad, haciéndole una de aquellas carantoñas que su hermano tanto odiaba.

–Lleva años siguiéndonos la pista. Fue un posible comprador de la mansión y no pudo

comprarla porque no le llegaba... el dinero, pero insistía en vigilar la zona.

Un día se encontró con un espíritu (te cuento esto como él me lo contó a mí, claro) y bueno, así conoció a Ryan Watts, te suena, ¿verdad? Haciéndole preguntas y demás fue conociendo el misterioso mundo de los espejos con almas encerradas. Nos cayó bien, es como... Nuestro enviado... El que nos cuenta cómo van las cosas. El que nos cuida y nos protege –dijo de golpe Bryan–. Al principio tuvo roces con Steven.

Se echó a reír. Aquella era la verdad de uno de los hombres más enigmáticos que había conocido.

–El tiempo se acaba –murmuró Jorge, al fin–. ¿Qué has decidido? ¿Asesinar a uno para salvar a unos pocos, o dejar que Iceground caiga en la miseria y salvar a los adultos que quedan en otro lugar? Sí, las dos opciones no son buenas.

¿Tenías esperanza de que fuera diferente?

–Tiene que haber otra solución –murmuró la muchacha, preocupada.

Bryan rió.

–Y tú la sabes, Bryan –murmuró su hermana, acercándose a él.

–Yo sé un secreto... Pero no he de decírtelo –enmarcó una sonrisa turbia, llena de pudor.

157

Brooke enarcó una ceja. Si en ese momento estuviera con Carson, se sentiría mejor. Sabría lo que tenía que hacer y le costaría menos esfuerzo. No debía pensar en ello. Dio dos pasos hacia delante, descubriendo un viejo espejo que se conservaba intacto.

Recogió aire, miró profundamente y todo se volvió oscuro y diferente, miles de pensamientos se movían con habilidad en el interior de su cabeza, no podía pensar con claridad, simplemente luchaba contra el vacío que se abría en sus pies, colores creando sombras y diferentes paisajes borrosos. El color negro, después, el azul y, por último, un ardiente color blanco que se fundía en un amplio paisaje nevado.

Más tarde, aterrizó, hundiéndose ligeramente en el suelo. Removió su vestido, más

cristalino que de costumbre, y subió a la superficie, aturdida. Estaba dentro del espejo, por fin. Levantó la vista, y allí, aparecieron cientos de ojos los que la miraban con curiosidad.

Selena, Ryan, el mismo niño que estaba en todas partes, y... creyó ver a Steven.

Tenía que ser él, era una gran corazonada, podía estar casi segura, siempre con el rumor de la duda rondándola, pero mirándole, podía convencerse... Vio como la superficie del espejo se volvía menos nítida, sin embargo parecía que aquel lugar y el espejo del que provenían estaban justo al lado. Las apariencias engañan. Había caído del cielo.

Sin embargo, al mirar a la derecha veía un paisaje roto y desolado, con ciertos brillos y matices como los de un espejo. El mismo que estaba roto.

–Bienvenida –murmuró el niño–. Soy Steven –Brooke abrió los ojos como platos.

Había acertado, pero, ¿cómo lo había hecho? Se quedó mirándole durante una fracción de segundo, pero alguien, una niña rubia de sonrisa picarona, tiró de su brazo.

–¡Ay! –exclamó la joven, agachándose para situarse a la altura de Selena.

–¿Dónde está mi hermano? Ha regresado, está vivo, está bien... ¿no? ¿Y mis padres? –su voz sonaba afligida, como si alguien la hubiera disparado directamente al corazón y no se pudiera hacer nada por salvarla. Debía hacer lo correcto.

–Están vivos, están bien. Buscándote, pero, lo siento, no tengo tiempo, hay algo que he de hacer. Brooke buscó entre todos los niños a Steven.

–Tú –murmuró cuando lo hubo encontrado–. Eres malvado. Eres... No mereces estar vivo... –entrecerró los ojos. Sus propias palabras sonaban crueles. Pero debía hacerlo. Por la seguridad de Iceground.

–Vas a matarme; o al menos, vienes a intentarlo. Puedes retirarte ya, Brooke, esta guerra la tengo ganada –su voz sonaba áspera, como si lo que decía lo

qué recuerdos tan magníficos.

–No voy a irme. He de hacerlo. Salvaré al pueblo, los salvaré a todos –Selena la agarró de nuevo, puso una mano entre su boca y el oído de Brooke, murmurándole al oído.

–Matarle puede ser la solución. Pero es cierto que no todos saldrán vivos, solo unos cuantos... hay que hacer, digamos, una especie de conjuro para salvar después al pueblo. Steven solo es una parte de un gran plan, ahora tú decides su destino, pero cuidado, el resto de los niños, entre los que me incluyo, te intentaremos matar si le haces daño. Entiéndelo, es nuestro amigo, nuestro guía.

Brooke levantó la vista hacia el cielo, este comenzaba a teñirse de rojo oscuro.

Ahí supo que tenía que decidirse ya, sólo esperaba una señal mientras el cielo se impregnaba de... ¿sangre?... ¿de tinta? Nada iba bien. Apenas quedaban minutos para el final de toda aquella pesadilla contra la que habían luchado con sudor y lágrimas. Emily, sus padres, Carson en el hospital... Todo iba mal desde que se habían mudado. Ahora solo quedaba ella y la tenebrosa risa de Bryan, que parecía orgulloso de todo lo que había hecho. La solución podía caer del cielo. Debía hacerlo.

Entonces, alzó el puñal. Se iba a convertir en una asesina, una persona despiadada y sin escrúpulos. El dragón dibujado en el puñal era plateado, parecía sonreír malévolamente. Steven la miraba como un ave rapaz que gira alrededor de su presa.

*Capítulo XXIV**Huida*

–Corre, Carson, date prisa o tu padre entrará de un momento a otro, y perdona que te diga, pero como nos descubra nos castigará por el resto de nuestras vidas, y yo aún no sé muy bien por qué intentas escaparte de la paz y la tranquilidad de este hospital. No sé qué ocurre, te estás volviendo loco.

Carson terminó de ponerse la ropa de su amigo, la que él le había proporcionado. Éste estaba ahora semidesnudo. Peter había decidido ir a la cafetería a tomarse un café y descansar un rato antes de recoger a su mujer, cuando terminara de hablar con el médico. Lukas se estaba haciendo pasar por Carson, al que ya le habían desconectado de cualquier máquina.

El suéter rojo le quedaba magnífico al joven que ya, por último, se ponía los zapatos. Lukas se metía en la cama con el camisón del hospital, practicando caras de dolor para cuando la próxima enfermera pasase a verle. Carson abrió la puerta tapándose con el cuello hasta la nariz.

–Muchas gracias, Lukas, no me olvidaré de lo que haces por mí...

–Aunque no sé exactamente de qué trata ese tema con el que andas entre manos –suspiró–. Cuando nos pillen, yo no quiero saber nada.

–Hablaré con tu madre, Lukas, te lo prometo. Necesito ver a Brooke cuanto antes –dijo pesadamente.

Lukas asintió, tapándose con la sábana.

–¿Estás con ella? –murmuró perezosamente, esperando obtener un no por respuesta. Si conseguía un sí, significaba que Carson no había confiado tanto en él como para haberle hablado abiertamente de Brooke.

–No lo sé. No creo. Es decir, no, no de momento... –titubeó, dando color a sus mejillas. Por fin demostraba ser humano.

–Pero te gusta.

Carson se encogió de hombros intentando mostrarse serio. Después cerró la puerta y con suavidad fue abandonando el hospital. Iván Seth lo había ido a recoger.

Por fin ese muchacho iba a ser de utilidad.

160

–A toda pastilla, por favor –murmuró adentrándose en el *chevrolet* negro más caro de todo el pueblo. Se sentó cómodamente en el asiento del copiloto y se estiró como pudo. Iván agarró el volante y arrancó de golpe, haciendo caso a lo que su amigo había dicho.

–Gracias, Carson. Sé que te he hecho mucho daño últimamente pero Carla... Me comía la cabeza y...

–Sigue conduciendo, rápido –musitó tajantemente–. Me lo debes. Aunque en el fondo aún sigo algo enfadado contigo, ya te conozco. Ahora mismo solo ella y su vida ocupan mi cabeza...

–Y tu corazón.

–Cállate, Iván. Mira hacia la carretera, por favor –la cara del otro se oscureció y giró la vista hacia delante, pisando el acelerador al máximo. Solo rezaban porque nada ni nadie se interpusieran en su camino.

Alguien abrió la puerta de la sala donde Lukas dormitaba, o al menos, lo intentaba, intentando mostrar a la enfermera que era Carson. Ojalá no se diera cuenta, ojalá todo saliera bien.

–¿Carson Mcguire? –murmuró la enfermera, enarcando una ceja y poniendo una cruz en un folio–. ¿Es usted?

Lukas asintió, con los nervios a flor de piel. La enfermera estaba algo confundida con él, pero se limitó a hacerle una revisión y escribir varios párrafos en el folio.

–Vaya, se ha curado... De forma extraña. Muy rápido. ¿No será un hombre lobo, verdad? –sonrió quisquillosa. Oh, estaba tirándole los tejos—. Pronto le daremos el alta... Será una pena que se vaya...

Lukas abrió los ojos como platos e interpuso una sonrisa abierta de par en par.

Aquello pintaba bien, y, aunque pareciera una locura, sonaba a campanas de boda.

## Veinte minutos.

Brooke seguía con el puñal en señal amenazante, pero dudaba. No le daba pena, ninguna, pero, ¿y si esa no fuese la solución a toda aquella pesadilla? No podía fallar en su decisión, tenía que ser la más acertada, y no disponía ni de tiempo, ni de nadie que pudiera guiarla. En esos momentos echaba de menos las palabras de sus padres, ellos siempre tenían una respuesta.

Antes de poder reaccionar estaba tendida en el suelo, Bryan había embestido contra ella, había regresado desde su casa, había traspasado la línea. ¿Por qué trataba su hermano de acabar con ella? Una ráfaga de viento arremetió contra ella, sus cabellos cubrieron su rostro impidiéndole ver con claridad. Pero no necesitaba ver para saber que seguían allí, todos seguían encerrados. Faltaba poco tiempo, no podía

161

quedarse allí sin intentar hacer nada, se levantó y esta vez fue directa a Steven, pero atravesó su cuerpo, era incorpóreo, el puñal no le serviría. La fuerza bruta no le haría daño, ahora lo sabía.

Tenía que haber algo que le afectase, algo que...

–Te ofrezco mi cuerpo, si no haces más daño... –propuso la chica.

La mirada de Steven se vio turbada por tal ofrecimiento, no se lo esperaba. No contestaba, tan solo sonreía con malicia. Todos acudieron a su alrededor, tenían curiosidad por saber qué iba a responder el gran maestro.

–¿Por qué iba a querer tu cuerpo?

–Porque con él te será más sencillo hacer todo cuanto quieras, siendo un niño te tratarán como a tal. Eso es lo que quieres. ¿No?

–Tal vez...

–No, maestro, cualquiera de nosotros estaría dispuesto a todo por vos, sin embargo ella... se guarda algo, no confíe en sus palabras.

–Dejadme pensar...

Todos callaron, miraban a la chica con odio. No querían que ella fuese la fuente de salvación de su maestro, nadie debía restarle importancia a todo cuanto habían sacrificado por él. No permitirían tal sacrificio, no lo harían. En cambio, se veían incapaces de oponerse a ello, la voluntad de Steven era lo principal, lo demás carecía de importancia. Él debía de ser libre, conducirlos a un mundo nuevo donde el modo de vida fuese muy distinto, donde ellos tuviesen un lugar privilegiado al lado de su guía espiritual.

Brooke intentaba imitar una tranquilidad que no tenía, en realidad, no estaba segura de que fuese a funcionar su plan. Nada era seguro, todo era posible y al mismo tiempo, irreversible. No habría vuelta atrás, si erraba en su decisión, no habría futuro para nadie.

El viento cada vez era más fuerte, los espíritus de los niños flotaban sobre Brooke como buitres esperando su recompensa. Tenía miedo, pero no podía dejarse llevar por sus temores, debería ser fuerte, más fuerte que nunca. Sus ojos vacíos se posaban sobre ella, sus manos intentaban tocarla, ella los evitaba. Steven, sin embargo, proseguía sumergido en sus pensamientos, parecía imperturbable.

En la mente de la chica solo un nombre ocupaba sus pensamientos: Carson.

No sabía qué habría sido de él, si se encontraría bien o mal. Le preocupaba no volver a verlo. Eso la entristeció enormemente.

## Diez minutos.

–Acepto. ¿Sabes que una vez que te posea no tendrás voluntad propia, verdad?

162

–Sí, lo sé.

Caminando contra el viento mientras se cubría con el brazo la cara, se encaminaba hacia Steven, directamente a su funesto destino. Miró el puñal con tristeza y prosiguió caminando. El niño la esperaba con los brazos abiertos, rodeado de los niños que flotaban de un lado a otro, inquietos.

Frente a frente, sus ojos vacíos ahora serían los suyos. Abrió los brazos para acoger en su ser a aquel que habría de poseerla para siempre. Se fundieron en un abrazo. Y Brooke se dejó llevar por aquella fría sensación que se adentraba en su interior con fuerza, sintió que su mente se quebraba, que no le pertenecía, había dejado de ser ella. Steven por fin tenía un cuerpo que se correspondía a sus necesidades.

Los espíritus lo seguían esperando ver en el cuerpo de la chica a su maestro, y lo reconocieron. Para ellos supuso un gran alivio, pues nadie excepto él podía liberarlos. Y ahora que poseía un cuerpo esperaban, impacientes, que les regalase aquel bien tan preciado. El cuerpo de la chica se volvió hacia ellos, sonrió, e hizo un gesto con la mano de despedida.

Y se desvaneció a través de la bruma que separaba el espejo de la realidad.

Todos quedaron encerrados, malditos por siempre. Descubrían con pesar que habían sido utilizados, que nunca había tenido la intención de liberarlos, de formar un mundo nuevo junto a ellos. Lo habían perdido todo. Nadie vendría a liberarlos jamás, todos fueron descendiendo y poco a poco se fueron durmiendo, sin poder evitarlo. Steven había extraído toda la energía de ellos para poder salir.

El cuerpo de Brooke caminaba con dificultad a través de las tumbas, Steven no dominaba el cuerpo todavía, e iba dando trompicones cual borracho.

Carson seguía en la mente de la chica, y Steven luchaba por sonsacar aquel

sentimiento de su nuevo cuerpo. Pero era algo que estaba en ella grabado a fuego en el alma. Ahora, era una mujer, bella aunque esquelética, pálida aunque viva.

Se dirigía hacia la mansión, desde allí gobernaría todo el pueblo, tal y cómo hizo una vez. Y una vez allí destruiría de una vez por todas a Ryan, era inevitable si quería sobrevivir. Era el único que podía atacarle, y destruirle para ser el rey. Si no lo había intentado hasta ahora, era por el poder que había adquirido gracias a los niños de Iceground. El corazón le dio un vuelco, y Steven no supo porqué. Lo pasó por alto y prosiguió su camino.

Frente al cementerio aparcaba un coche negro, de él bajaron Iván y Carson. El chico corrió apurado esquivando las tumbas, su amigo lo miraba atónito. No frenaba su paso acelerado, corría, sabía en su interior que algo malo había ocurrido. Brooke

163

estaba en peligro, lo sabía. De alguna forma seguían conectados, y sus pensamientos se cruzaban a intervalos con los de ella.

La buscó con intensidad, pero no la encontró. No estaba allí, ¿Dónde podía estar si no? Seguramente había vuelto a la mansión, y volvió hacia el coche apurado, con las facciones desencajadas.

–¿Qué pasa?

–Hacia la mansión...

–Está bien tío, no haré preguntas –arrancando el coche–. Total no ibas a responder –murmuró.

Carson se apretaba con los nudillos las sienes, un dolor de cabeza lo aturdía.

Las cosas iban a peor. Brooke lo necesitaba con urgencia.

–¡¡¡Más deprisa!!!

–No puedo ir más deprisa. ¿Qué quieres? ¡Nos vamos a matar! No creo que así solucionemos mucho...

-¡¡¡No pienses!!! Límitate a conducir, ¡maldita sea!

Iván en aquellas circunstancias no se atrevió a responder, aunque ganas no le faltaban. Evitó mirarlo, pero podía percibir los temores que consumían a su amigo.

Corrió con el coche todo lo que éste daba de sí, y no se preguntó nada más. Si Carson actuaba así, debía tener sus motivos, y debía confiar en él.

Entraron en los dominios de los Watts, la casa estaba casi derruida, parecía que hubiera pasado por ella un tornado. Algunos cuervos sobrevolaban el tejado, sus graznidos eran estridentes, molestos. A Carson nunca le habían gustado los cuervos, los miró con recelo mientras se acercaba a la puerta, estaba abierta.

Al entrar, vieron a Brooke en lo alto de las escaleras, solo por un segundo, luego su imagen se desvaneció. Parecía que su mente le estaba jugando malas pasadas, o quizás la chica intentaba guiarlo. Decidió subir las escaleras, Iván caminaba tras él.

Mientras observaba la casa en su rostro se dibujó un gesto de desagrado, había algo en aquel lugar que le ponía los pelos de punta, Carson debía tener razón al temer por la vida de la chica, la mansión era siniestra, oscura, parecía estar maldita.

Carson recorrió las cortinas del cuarto de Brooke, todo estaba deshornado, sucio, como si hiciera mucho que estuviera deshabitada. Todavía estaban sus apuntes, los que habían revisado tantas veces. Nuevamente percibió la presencia de la chica, muy cerca, sintió un leve roce en su mejilla, parecía que le hubiera rozado con sus labios. Se giró, pero no estaba junto a él, estaba junto al armario. Lo miraba implorante, queriendo hablarle, pero algo o alguien se lo impedían.

-¿Te ocurre algo? ¿Por qué miras así el armario?

-No es nada, déjame pasar...

164

De una zancada se plantó frente al armario, respiró hondo, había atravesado la imagen de la chica, ahora ya no estaba. En su interior tan solo encontró muchas prendas negras, perchas, algún bolso, cinturones, nada que le llamase la atención.

Pero si ella lo había conducido hasta allí debía significar algo. Comenzó a palpar las

paredes del interior del armario, luego las golpeó con firmeza. Había un sitio donde el sonido era distinto, sonaba a hueco. Tal vez había un trasfondo. El armario era muy antiguo, puede ser que guardase en su interior un secreto.

–Dame algo para golpear aquí –señaló Carson.

Iván miraba a su alrededor intentando encontrar algo que proporcionarle para tal cometido. Sobre la mesilla vio un candelabro de metal, parecía bastante resistente. Lo tomó y se lo pasó, Carson lo cogió al vuelo.

–Gracias, esto me servirá.

Golpeó con fuerza allí donde había localizado el escondite. Tuvo que golpear muchas veces antes de que comenzase a ceder la madera, que era maciza y muy resistente. Lo logró por fin, en su interior tan solo encontró una foto, muy antigua y descolorida. Era un niño, sonriente, feliz, con su madre de la mano. No vio nada extraño en ella, hasta que le dio la vuelta, en el reverso citaba el nombre de Ryan Watts a la edad de cinco años. Volvió a mirar la foto, en ella aparecía como un niño totalmente sano, no como lo habían descrito desde siempre, como un niño enfermo desde que nació. Miró de nuevo en el hueco, y encontró una pequeña llave, su forma era extraña. Su empuñadura tenía forma de ojo. La miró y se la metió en el bolsillo.

No tenía más pistas que la foto y una llave, y Brooke ¿dónde se encontraría?

Decidió bajar al sótano, después de todo, los espejos siempre habían estado allí escondidos, junto con los secretos que custodiaban.

Iván se frotaba la nuca, no podía ayudarle, nada más que seguirle allá adonde fuese. Por ahora su presencia había servido de bien poco, nada más que para pasarle aquel candelabro. En realidad, había hecho más que eso, acompañarle en coche: sin él no hubiera llegado a Iceground, pero seguía sintiéndose inútil a su lado. No sabía cómo actuar, ni lo que estaba pasando.

De repente Carson frenó en seco, Iván que iba tras él casi cae por las escaleras.

Algo había pasado para que el chico se quedase inmóvil. La figura de Brooke nuevamente aparecía frente a él, cada vez más transparente, podía ver a través de ella, eso le asustó. No le quedaba mucho tiempo. La chica le indicaba con la mirada la puerta que conducía a la cocina. A su manera le estaba negando el paso hacia el sótano. Carson asintió, y Brooke desapareció nuevamente. Es como si no fuera ella, como si no hubiera tiempo para hablar, algo malo.

En la cocina el espectáculo era terrible, nauseabundo, Carson comenzó a toser, haciendo de tripas corazón para no vomitar. Los cadáveres de los padres de Brooke...

Iván se cubrió hasta la nariz con la bufanda, no soportaba el olor. Miraba a Carson, esperando alguna reacción por su parte, el próximo paso. Pero éste seguía inmóvil, oteaba la habitación, no sabía muy bien qué estaba buscando. Si tenía en cuenta la llave, podía estar buscando un cajón, pero tampoco le pareció, la llave era demasiado grande para un cajón, y también demasiado pequeña para una puerta de dimensiones normales. Miró al suelo, y comenzó a pisar por todas partes, no se le ocurría nada más que la existencia de una posible trampilla. A estas alturas todo le parecía posible.

Y tuvo suerte, dentro de la despensa había unas baldosas que parecían estar huecas, miró a Iván y este se fue directamente hacia un martillo que colgaba de la ventana. Ya sabía qué pretendía su amigo, y se lo llevó. Carson le dedicó una desganada sonrisa, era lo más que podía expresar. El chico parecía no tener fuerzas, su respiración se dificultaba por su estado débil, y su nerviosismo.

Su amigo le arrebató el martillo y comenzó a golpear allí donde había comenzado a hacerlo Carson. Lo hizo con fuerza, y de un solo golpe, todas las baldosas se quebraron. Ahora a sus pies había una trampilla con una cerradura. Iván se retiró para que su amigo introdujera la llave, parecía encajar a primera vista. Así lo hizo, y suave como la seda encajó en ella. Al principio le costó hacerla rodar, e Iván la roció con aceite. Así fue más fácil.

*Capítulo XXV**En mil pedazos*

Habían conseguido abrir la trampilla y ante ellos se presentaban unas escaleras tortuosas, un camino oscuro hacia las profundidades de la casa. ¿Qué quería mostrarle Brooke? ¿Y por qué no se lo decía en persona? El chico estaba preocupado por ella, no soportaría que algo malo le ocurriese.

–Trae...

–Una vela, ya, lo voy pillando –murmuró Iván Seth.

Iván volvió enseguida, pero no con una vela.

–Tío, he encontrado una linterna, parece mentira que aún haya, toma ¿o la sujeto yo?

–Sujétala tú si quieres... Por favor.

–Sí, será mejor porque tú te quedas en la inopia y a saber dónde va a parar la linterna.

–¡Shhh! Calla...

El chico alzó la ceja en señal de disgusto, y enfocó con la linterna en dirección a las escaleras. Parecía más profundo que el sótano.

Abajo se podía apreciar la habitación de un niño, por las dimensiones de los muebles, los juguetes y una bicicleta muy antigua. Sobre la mesilla, la foto de una mujer con un niño en brazos, parecían felices. Desmontó el marco y leyó en el reverso de la foto “Para Ryan de su madre que nunca lo dejará de amar”. Sin duda estaban en la habitación que fue de Ryan. Su abuelo lo había encerrado allí con la intención de que todos le dieran por enfermo. Seguramente no lo estaba, pero algo le sucedió para que muriese de forma tan trágica. Nada de lo que habían creído hasta ahora era cierto. En realidad, todo formaba parte del gran secreto, ahora lo comprendía.

Una sombra femenina se posó sobre la cama, y Carson supo que de nuevo era Brooke

enseñándole el camino a seguir, pero, ¿cómo era posible que Brooke supiera tanto? Ya no podía distinguir su rostro, ni su cuerpo, se trataba de una silueta borrosa.

Y supo que ya no podría ayudarle más, ahora ya todo dependía de él. No podía ser ella misma.

Fue hacia la cama y retiró la almohada, la deshizo. No había nada en su interior.

Lo quitó todo, la colcha de terciopelo raída, las sábanas que se deshacían con solo

167

tocarlas, y se quedó frente al colchón. Tan solo quedaba eso por mirar, allí debía de haber algo, tenía que haberlo, no podía perder la esperanza ahora.

–Ayúdame a romper el colchón.

Iván obedeció sin rechistar, y los dos se pusieron a estirar con fuerza de la tela que lo protegía, no les fue muy difícil romperla ya que estaba medio deshilachada. Se estaban dejando llevar por corazonadas. Luego extrajeron la lana. Carson estaba frenético en su búsqueda, su amigo lo observaba con cierto recelo. No quería pensar que a su amigo le faltase un tornillo, pero no podía evitar que de vez en cuando esa idea le rondase por la cabeza.

Por fin todos sus esfuerzos habían dado fruto, Iván encontró un espejo de plata, pequeño. Carson se lo arrebató demasiado rápido para que se fijase en sus grabados. El nombre de Ryan estaba grabado en él, y estaba dedicado por su madre.

El chico tenía bien claro que la madre no había huido por voluntad propia, algo muy terrible tenía que haber ocurrido para que abandonase a su hijo. Si el motivo era que tenía miedo de su padre, ¿por qué no marchó con su hijo abandonando al viejo Steven Watts? Había muchas preguntas sin respuestas.

El espejo comenzó a emitir un resplandor cálido, no como los otros espejos. Y

supo qué hacer exactamente en ese instante. Subió las escaleras, Iván alumbraba el camino dando grandes zancadas para dar alcance a su amigo. Luego le siguió hasta el sótano. La puerta se abrió ante ellos, alguien los esperaba.

Carson sabía que era Steven Watts y no Ryan Watts, pese a su parecido físico,

cualquiera los podría confundir; si Steven estaba allí, Ryan debía estar en otra parte.

Lo que no se había imaginado era que Ryan era la persona que había poseído a Brooke, aunque ella pensase que había sido Steven.

El que aguardaba allí había salido detrás de Steven, lo que no sabía hasta qué punto era conocedor de lo que tenía en mente. Iván desde luego no tenía ni idea de lo que pretendía hacer con un simple espejo. No era el momento para hacer preguntas, le siguió como hasta ahora, sumiso y callado.

Abajo en el sótano se encontró frente a Brooke, el chico la miraba a los ojos con curiosidad. Algo le decía que no debía acercarse a ella. La chica abrió los brazos de par en par haciendo ver que estaba feliz de volverlo a ver, y Carson se acercó un poco más a ella. Su mirada se clavaba en él como nunca antes lo había hecho, como la noche más negra. Sus cabellos sedosos se mecían con suavidad, como si una brisa suave los acariciase, pero no era natural. Sus labios se entreabrían provocando el roce de un beso. El chico se acercaba más y más, le seducía todo en ella, siempre lo había hecho, pero nunca de una forma tan inevitable.

168

Iván observaba la situación sin saber cómo actuar. Se sentía el más inútil en estos momentos, nunca sabía qué hacer, siempre había sido así. Solo se había dado cuenta ahora que Carson no podía dirigirlo, sintió que no tenía personalidad propia.

–¡No te acerques! –gritó.

Carson no se giró, ni tan siquiera pareció haberle escuchado, siguió aproximándose a Brooke hasta que la tuvo tan cerca que podía percibir su aliento.

–Eres mío –le susurro una voz gutural procedente de la chica.

El chico no respondió, parecía hipnotizado, ido. Ella fue a abrazarlo, y él tomó conciencia de lo que sostenía en la mano. Y se lo mostró enfrentándose a su seducción. La chica recibió un gran impacto al verse reflejada en el espejo, y se cubrió la cara evitando mirarlo de nuevo. Carson persistió hasta que éste desprendió nuevamente una luz cegadora que dio paso a la presencia de un niño de ojos verdes, éste miró al chico con agradecimiento.

Luego se dirigió a la chica, esta comenzó a convulsionarse violentamente como si no fuera partícipe de sus actos. Y de ella surgió otro niño, muy diferente, maligno.

Ambos se quedaron cara a cara. Brooke yacía desmayada en el suelo, y Carson se reunió junto a ella, Iván también acudió a su auxilio. Los dos chicos no podían dejar de mirar a los dos niños, frente a frente. Ninguno decía nada. Ella estaba inconsciente, y no se aclaraba muy bien, puesto que Steven y Ryan eran demasiado parecidos.

–Por fin te veo, padre –dijo al fin–. Has logrado engañar a todos durante mucho tiempo, eso no está bien. Tú me mataste encerrándome ahí adentro, porque mi madre no te quería. Tú que engendraste en tu hija, tenías también que alejarla de mí. La amenazaste con matarme, y al final lo hiciste, por odio hacia ella, porque creíste que volvería a ti. No eres nada, ahora ya no te temo, no puedes hacerme más daño del que me has hecho.

–¿Estás seguro Ryan? –respondió Steven con malicia–. ¿No querrás que mate a estos chicos? ¿O a tu única pariente viva? ¿Pondrías en peligro sus vidas por el pasado?

El niño se alejó un poco de Steven, miraba a los chicos, les causaba lástima lo que el destino les había deparado, sobre todo a Brooke. Negó con la cabeza.

–Me lo imaginaba, tan débil como siempre –se mofó Steven.

–¿Tú crees?

Steven comenzó a reírse maliciosamente, no podía parar. Ahora tenía la oportunidad de atrapar al verdadero Ryan y aquellos chicos perderían sus almas.

Todo estaba a su favor.

169

Una mano de fuego lo cogió por el cuello con una fuerza y una rabia inauditas.

Los dedos le quemaban, y su ser se veía fatalmente afectado por la esencia de Ryan.

No lo creía capaz de una acción así. Intentó liberarse, pero no podía, era demasiado fuerte. Y Steven se deshizo en mil siluetas borrosas que se desvanecieron. No gritó, ningún sonido anunció su partida, pero había marchado. O al menos eso parecía.

Ryan sonreía abiertamente. Brooke lo veía borroso, e intentaba evitar su mirada.

El niño le miró con franqueza, y supo que no se trataba de Steven, aquel era otro niño muy diferente. ¡Claro! Había confundido a Ryan con Steven, eran tan parecidos...

Ryan la había poseído, y no Steven. En el físico eran los dos exactamente iguales, Steven y Ryan, y Brooke en un primer momento los confundió, temía a Steven, pero cuando se dio cuenta de que no se trataba de él, se tranquilizó. Ryan era bueno.

Como durante el enfrentamiento de los dos niños ella había estado inconsciente, no se había dado cuenta.

–Ahora tenéis que destruir mi espejo, por favor, hacedlo, quiero reunirme con mi madre...

–¿Y qué pasará con Bryan y los demás niños? –preguntó Brooke, haciendo grandes esfuerzos.

–Ellos ya no existen, nada de esto existe. En realidad solo queda un paso para que veáis lo que queda de vuestro mundo, y ese paso es romper mi espejo.

–¡Bryan! –gritó Brooke con desesperación–. Carson, dile que me devuelva a mi hermano, a tu hermana –dijo, volviendo a ser ella misma del todo.

–Él no fue el que se los llevó, fue su padre, Steven, y al abandonar el espejo seguramente acabó con todos ellos. No podemos hacer nada, sabes que haría cualquier cosa por ti, lo que me pidieras, todo, pero esto no está en mi mano –la besó en la frente repetidas veces, mientras la acunaba en su regazo–.

Dejémosles marchar.

–No, no, no –repetía sin fuerzas.

–No hay otra salida, lo único que puedo prometerte es que cuando me reúna con ellos, les diré lo mucho que los querías –dijo tristemente.

Brooke no dejaba de llorar, no tenía nada, su familia ya no estaba, Bryan moriría también, estaba demasiado unido al macabro juego. Y El Novelesco... ¿Qué sería de él? Ella sentía que había perdido. Todo por cuanto había luchado había sido inútil.

Aquello no era justo. Ryan le entregó el espejo, y ella lo tomó. Los ojos del niño eran tan inocentes, y su sonrisa tan dulce. Sintió pena también por él, después de todo nunca había tenido una familia de verdad, y ella una vez, no hace tanto, la había tenido.

170

Se apoyó en Carson para incorporarse. En una mano sostenía el espejo que no quería romper, su otra mano, instintivamente, se fue acercando al niño con la intención de acariciarlo, pero no podría hacerlo. No se puede acariciar a un espíritu, ¿o sí? Su mano estaba muy cerca de su carita translúcida, y ella posó su mano. Y notó por unos instantes su piel, cálida y suave, la de un niño como su hermano. El labio inferior le temblaba por la emoción, no quería dejarle marchar. Unas lágrimas resbalaron por el rostro etéreo de Ryan, mientras sonreía feliz. Hacía mucho que nadie le acariciaba, ya no recordaba aquella sensación hasta hoy.

–Déjame marchar, por favor –le rogó.

Brooke no podía apartar la mirada del niño, luego se miró la mano con la que le había acariciado. Cerró los ojos, las lágrimas caían de ellos.

Y tiró el espejo con fuerza contra el suelo, lo pisoteó hasta destruirlo completamente. Ryan había desaparecido, y una gran tristeza se había instalado en ella. Carson acudió a consolarla, y por extrañas circunstancias de la vida, Iván le tomó una mano con cariño, la aceptaba y la comprendía.

Un enorme temblor los hizo tambalearse, las paredes crujían, el suelo también.

Todo estaba a punto de desvanecerse, tal y como había anunciado Ryan. Entre los dos chicos llevaron a Brooke, que tenía dificultades para caminar. A su paso iban dejando escombros, temían no poder llegar a tiempo fuera. El camino se les hizo costoso con Brooke incapacitada. Ella insistía en que le dejaran allí, que nada más que era una carga. Pero no la abandonarían.

Una viga enorme cayó casi sobre ellos, y les hizo retroceder. Pasaron por encima, mientras miraban cómo otra estaba desprendiéndose del techo. Debían apresurar el paso todo cuanto pudieran.

Brooke, que iba apoyada con un brazo en cada chico, ya no podía sujetarse por más

tiempo a ellos... no tenía fuerza en los brazos, la posesión de Steven la había consumido. Pero Carson e Iván la sujetaban todo lo bien que podían y seguían caminando, al tiempo que evitaban obstáculos.

Cuando llegaron fuera no podían creerse que lo hubieran conseguido, metieron a la chica en el coche. Iván arrancó con facilidad y salió de la posesión de los Watts.

Brooke miraba por la ventanilla cómo la casa se derrumbaba, sin dejar rastro. Todo cuanto quedaba de ella ahora eran escombros. Carson, que estaba sentado a su lado, le pasó el brazo por el hombro para que descansase sobre él. Ella lo miró con dulzura, y Carson la correspondió del mismo modo.

Iván negaba con la cabeza, no podía creerse todo cuanto había visto, ni que hubieran sobrevivido a ello. Condujo durante todo el camino relativamente lento, y a Carson le extrañó.

171

—¿No vas muy despacio?

—Tío, después de hoy, se acabaron las velocidades.

Carson soltó una leve sonrisa, hasta Iván había aprendido algo de todo aquello.

Dejaron el pueblo atrás. Y al volver la mirada, no había nada, no existía. Tan solo se divisaba la carretera, pero no Iceground. Tal y cómo predijo el niño, nada de lo que habían conocido hasta ahora existiría. Todo era tan extrañamente sombrío...

Lo mejor sería volver al hospital junto a los padres de Carson, y que curasen a Brooke, necesitaba descansar y cuidados médicos. Cuando llegaron, los padres de Carson se abrazaron a él con entusiasmo, evidentemente ya habían descubierto que el que estaba en la cama no era su hijo.

No quisieron agobiarle con preguntas, su cara reflejaba cansancio y tristeza. Iván tampoco lucía demasiado buen semblante, ansiaba descansar en algún lugar y se apoltronó en uno de los sofás de la sala de espera. No quería pensar en qué había pasado con su casa, con su familia, dónde viviría de aquí en adelante... Porque según veía él las cosas, todos se habían quedado sin casa.

Dos días más tarde, Carson se encontraba mucho mejor y se quedaba todo el tiempo en la habitación de Brooke, que mantenía la mirada perdida desde que había llegado. No quería comer, ni dormir, tampoco mostraba interés por las visitas. Carson comenzaba a pensar que su presencia no le hacía ningún bien, o que no sentía ya nada por él. La observaba con tristeza, estaba tan pálida, tan ojerosa. Y sin embargo, le pareció la chica más bella que jamás hubieran visto sus ojos.

Se levantó para marcharse, y con las manos en los bolsillos, se dirigió a la puerta.

–No te vayas –dijo por fin.

Carson se volvió hacia ella, ladeando la cabeza, no sabía si había entendido bien, o había sido fruto de su imaginación.

–No te vayas – repitió–, no me abandones.

–Nunca lo haría.

–¿Qué han dicho tus padres? ¿Le has contado lo de Iceground?

–Sí.

El chico se quedó en silencio, no sabía cómo decirle aquello. La mirada de Brooke exigía respuestas inmediatas.

–No lo recuerdan, en realidad somos de aquí, o eso creen ellos. Iceground no ha existido para nadie, solo para ti y para mí. Mis padres tienen trabajo aquí, casa, todo. No lo entiendo, al igual que tú. No te reconocen, no saben quién eres, y nadie lo sabe. Es como si tampoco hubieses existido jamás.

–¿Y qué va a ser de mí?

172

–Vas a vivir con nosotros, le he contado que estamos juntos...

–Pero tú y yo no estamos juntos, ¿no?

Carson rió ante la pregunta de la chica y aquella expresión tan inocente. Le retiró unos mechones de la frente, la miró, y sus labios se rozaron con suavidad. Brooke sonrió, y

se abrazó a él acariciándole el pelo.

–Sí que estamos juntos –susurró Brooke, emocionada.

–Y siempre lo estaremos, ahora nuestro hogar esta aquí, en Groundmoon.

*Epílogo**Cenizas***Dos años más tarde.**

Carson conduce el coche, el suyo propio, con Brooke a su lado. Ambos se dirigen a la universidad. El chico enciende la radio para escuchar un poco de música, pero otra emisora le atrae sin saber el motivo.

*– Aquí con una nueva noticia desde nuestra radio de todos los días, les habla Albert Ross y hoy tenemos un invitado que nos podrá corroborar la noticia que nos trae aquí hoy. En el periódico local de Groundmoon se ha anunciado la próxima construcción de una nueva población al norte de esta localidad, ya han comenzado los preparativos, y hasta le han puesto ya nombre. ¿Qué le parece Peter Mcquire?*

–¿Mi padre? ¿Qué hace ahí?

–Calla, a ver qué dice... –dijo sonriente.

*– Pues sí, ya le han puesto nombre a la nueva ciudad, se llamará Iceground, y por lo que sé va a ser una ciudad muy avanzada, grande, amplia, vamos, que igual nos cambiamos y nos vamos a vivir allí, el rico escritor Jorge Wilson ya ha comprado su casita.*

Brooke apagó la radio de golpe, no podía ser... Iceground no podía resucitar.

Carson le tomó la mano, estrechándola, y con una mirada entendieron que todo podía volver a ser una mentira, o una realidad, pero que siempre se tendrían el uno al otro.

Todo podría suceder en Iceground.



**3 de diciembre de 2007**

**Inca (Mallorca) y Palencia**

# **Viki Tapada y Alicia Villalba**

**174**

175